

Régine Pernoud

LAS CRUZADAS



los libros del mirasol

INTRODUCCION

Las Cruzadas siempre han suscitado los juicios más contradictorios de los historiadores, y es notable observar, a propósito de ello, que durante los tiempos modernos la historia se ha hecho moralista y pocos han sido los historiadores que han resistido la tentación de erigirse en jueces de los acontecimientos que relatan. Pero es inevitable que los juicios referidos al pasado comporten una dosis de error, pues también, de modo inevitable, deben formularse teniendo como referencia los criterios actuales y no los de la época que se considera. Puede admirarnos ver que ese moralismo histórico se propagó durante el siglo XIX y parte del XX, precisamente en una época en que se realizó un esfuerzo admirable para lograr una historia objetiva, imparcial, que obrase como una ciencia exacta, sometida a un método riguroso. Los juicios de los historiadores ofrecen el inconveniente de introducir un elemento esencialmente subjetivo, condicionados por las opiniones políticas y religiosas del mismo historiador, y además someten al público a una condición de verdadero infantilismo, presentándole por una parte a "los buenos" y por la otra a "los malos", como en una película de indios y cow-boys.

De acuerdo con las tendencias del autor, o del momento, en el caso de las Cruzadas, los buenos y los malos pueden serlo alternativamente, tanto los cristianos como los musulmanes. Esas posiciones, demasiado arbitrarias y demasiado simplistas para ser verdaderas, ¿no nacen en general de una mayor inclinación a juzgar que a comprender? Por ello es interesante facilitar al público un contacto directo con los textos. Aun aquellos que de todos modos exigen a la historia una división en buenos y malos, podrán elegirlos de acuerdo con sus convicciones personales, en lugar de aceptar lo que los historiadores les dicen. Y los otros tendrán campo libre para la curiosidad de su inteligencia y podrán ingresar en un mundo distinto del propio, aprovechando los beneficios de esa incursión por ajena tierra intelectual, tan positivos como los que brinda una estada en país desconocido, y sean las que fueren sus convicciones, podrán hallar, tanto en unos adversarios como en otros, las cualidades que admiramos en todos los hombres. Esa posición significa un paso muy importante en pro de la libertad de espíritu.



Las Cruzadas permanecen como algo incomprensible mientras se las quiere considerar a la luz de hechos modernos: migraciones o colonizaciones, con las cuales ha querido hallárseles un paralelo. Tampoco se las puede interpretar de acuerdo con algunas nociones de su tiempo, tales como la "guerra santa", la jihad musulmana, nacida "de las exhortaciones del Profeta que promete el paraíso a la sombra de las espadas", y que es el origen de las conquistas del Islam. Por el contrario, cuando se observa la historia de las Cruzadas pueden advertirse características típicas de la vida feudal que permiten comprender mejor esos acontecimientos. Ya en aquel tiempo la aventura se consideró como algo único y excepcional, y jamás los hombres de esa época se nos muestran con un relieve tan vigoroso, con sus costumbres y sus preocupaciones, como bajo el vidrio de aumento que nos ofrece el "camino de la cruz", como ellos mismos lo llamaron.

Es necesario insistir en que la expresión cruzada, no se empleó nunca durante la Edad Media; es un término moderno y sucede con él algo semejante a lo que ocurre con la palabra corporación, aplicada en la actualidad con tan poca exactitud. Entonces se decía: el camino de Jerusalén, el paso, el viaje, la peregrinación. Esta última forma, que era la más empleada, es muy esclarecedora. La cruzada sólo se entiende si se la ubica dentro del contexto medieval. Es necesario imaginar una sociedad en la que todos —dejemos a un lado las excepciones que, como de costumbre, confirman la regla— tenían fe. La fe cristiana que reina por doquier, tanto en Occidente como en el Oriente bizantino, no provenía de una autoridad exterior —ya fuera ésta la del Papa, o la del emperador—; considerarlo así, sería aplicarle el molde de otras experiencias modernas; estaba enraizada en el corazón de los hombres. La fe, para ellos, era lo que daba un sentido a la vida. Tampoco se podrá comprender las catedrales si no se tiene conciencia de este hecho que permite verificar sus efectos.

La peregrinación era una de las manifestaciones de esa fe ardiente, y era tan importante que pudo influir profundamente sobre las instituciones y la misma geografía. Quien haya recorrido en la actualidad el camino de Santiago de Compostela se admirará seguramente al pensar que una de las tres grandes peregrinaciones de la Cristiandad de aquel entonces (Roma, Jerusalén y Santiago) debiera dirigirse hacia una región tan a trasmano y tan poco accesible, atrayendo muchedumbres a

las que no intimidaban las altísimas montañas de los Pirineos ni las desérticas tierras del norte de España. El hecho innegable existe, atestiguado por la red de caminos y santuarios a los que se llamó de los peregrinos, red tejida desde la segunda mitad del siglo X por los itinerarios de aquéllos y que ha llegado hasta nuestros días a través de algunos recuerdos que ni siquiera sospechamos tienen que ver con ello. ¿Sabíamos que quienes llevan hoy el apellido Roy, Leroy, Rey, etcétera, son descendientes de un peregrino que fue proclamado "Rey" de su peregrinación, por haber sido el primero en llegar a lo alto de la colina desde donde se podía contemplar la iglesia dedicada a Santiago?

La peregrinación no fue para los cristianos, como lo fue para los musulmanes, un acto de piedad ritual. No hay ningún mandamiento explícito ni en las Sagradas Escrituras ni en la liturgia. Pero la peregrinación expresa profundamente algo esencial en la vida del cristiano: el cristiano está en camino hacia otra vida. Al ponerse en camino realiza de un modo concreto la primera obligación planteada por el Evangelio: despojarse de sí mismo y seguir las huellas del Señor. Todo esto se cumple con espontaneidad en épocas de fe profunda. Añadamos a ello el deseo de ver por sí mismos, el ansia de tocar y encontrarse en cuerpo y alma ahí, los lugares donde vivieron Cristo y los santos. Es hasta una noción que resulta el alma del mundo medieval. Desde el siglo IV, en cuanto se establece y se reconoce el derecho de la Iglesia a presentarse a los ojos de todos, la emperatriz Elena, madre de Constantino, según una tradición muy verosímil, se dirige a Palestina en busca de todos los testimonios de la vida, muerte y resurrección de Cristo. El gran iniciador de las peregrinaciones a Tierra Santa, después de la emperatriz, fue san Jerónimo, que dedicó su fervorosa erudición a recoger los textos auténticos de la Biblia y a fundar allí monasterios e iglesias.

Después las peregrinaciones disminuyeron, pero jamás se extinguió por completo aquel espíritu. Estaba tan arraigado en las costumbres, que aun el siervo medieval, el hombre "sometido a la gleba", el ser estático por excelencia, cuya vida postulaba la unión a una tierra de la que no podía arrancársele, ni él podía abandonar, poseía el derecho a desligarse de aquel compromiso para partir en peregrinación, sin que nadie pudiese impedirselo. En el siglo del turismo, de los campamentos de vacaciones en el extranjero, de los congresos internacionales, nos resulta fácil imaginar aquel intenso movimiento provocado por el ir y venir de las peregrinaciones. En el siglo pasado no fue así. El erudito Quicherat, al

leer en el texto del proceso de rehabilitación de Juana de Arco, que luego de la partida de aquélla, su madre partió a su vez para hacer la peregrinación a Puy, creyó enfrentarse con un error del copista. Y sin embargo, era muy normal en aquellos tiempos — aun en época de Juana de Arco, en que el fervor se había debilitado por obra de las guerras y de un descenso general del nivel de la fe — tomar el bastón del peregrino y partir. Más aún si se trataba de ir a Nuestra Señora de Puy, que era por aquel entonces el santuario más importante dedicado a la Virgen en Francia.

La epopeya de las Cruzadas comienza durante una peregrinación a Nuestra Señora de Puy. El peregrino era ilustre: Urbano II, cabeza de la Cristiandad. El 15 de agosto de 1095 el pontífice celebró una misa solemne en el santuario — que todavía existe — de la vieja ciudad auvernesa, donde fue recibido por el obispo, Adhemar de Monteil.

No ha llegado hasta nosotros ningún testimonio de la entrevista que mantuvieron los dos obispos, el de Roma — por aquel entonces expulsado de la ciudad madre de la Cristiandad, donde el emperador, el más temido poder de Occidente, había instalado a un partidario suyo, un antipapa — y el de Puy. Pero es fácil imaginar lo que habrán tratado, si se consideran los sucesos que de aquella entrevista se derivaron. En aquella época la suerte que corría Tierra Santa era un grave problema para la Cristiandad.



Una mirada sobre el mapa del mundo conocido de aquel entonces nos permite comprobar que estaba dividido en dos partes: la mayor es la que corresponde al mundo musulmán y la más pequeña al mundo cristiano. En cuatrocientos años los árabes, a través de una conquista fulminante, habían aniquilado las cristiandades de Siria, Egipto y Africa del Norte, que conocieron un pasado próspero. Ciudades como Alejandría, sede de una de las escuelas más brillantes del pensamiento cristiano, desde el siglo III, como Hipona, de la cual fue obispo San Agustín, y sobre todo como Antioquía y Jerusalén, cunas de la Cristiandad, fueron destruidas en parte o en su totalidad en menos de un siglo. Las fechas arqueológicas que señalan la destrucción de las grandes basílicas cristianas indican con exactitud la fecha de la conquista árabe. El empuje islámico sólo se detendría

ante los muros de Constantinopla (718) y en los campos de Poitiers (732).

¿Qué suerte corrieron entre tanto los cristianos que permanecieron en aquellos países y los peregrinos obstinados en visitar los Santos Lugares? El trato que se les dio fue diferente, según los sitios y las épocas. A veces gozaron de buen trato y facilidades, de acuerdo con los tratados concertados entre Carlomagno y el califa Harún-Al-Raschid; otras, al ignorarse esos tratados de manera lamentable, se los trató con crueldad, como en época del califa Hakim, a principios del siglo XI (1009), en que se mandó destruir, sin motivo visible, el Santo Sepulcro, reconstruido después de las sucesivas destrucciones por persas y árabes, y se persiguió y mató por doquier a cristianos y judíos.

Podemos tener una idea acerca de las anécdotas que circulaban sobre el tema y lo que un "cristiano medio" sabía sobre el estado en que se hallaba Tierra Santa en el siglo XII, a través de este fragmento de un historiador de la época, Guillermo de Tiro:

Sucedió que los de Egipto salieron de sus tierras y conquistaron todas las tierras hasta Antioquía¹. Junto con las otras ciudades de las que se apoderaron, la Santa Ciudad de Jerusalén cayó en poder de ellos. La ciudad vivió con la holgura en que se puede vivir en cautividad, hasta que sobrevino, con el permiso de Dios Nuestro Señor, para probar a su pueblo, un hombre desleal y cruel que fue señor y califa de Egipto; tenía por nombre Hakim y quiso sobrepasar en crueldad y malicia a todos sus antepasados. Fueron tales sus obras que las mismas gentes de su ley lo consideraron arrebatado por el orgullo, la ira y la deslealtad. Una de las deslealtades que cometió fue la destrucción de la santa iglesia del Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, que había sido edificada primeramente por mandato del emperador Constantino, por el patriarca de Jerusalén que se llamaba Máximo y fue reedificada por Modesto, otro patriarca de los tiempos de Heracles².

Desde entonces comenzó a ser la vida de nuestras gentes de Jerusalén mucho más dura y dolorosa de lo que nunca lo había sido, y sintieron mucha pena en sus co-

¹ La transcripción de los textos se ha hecho dándoles una forma accesible y observando, naturalmente, la ortografía moderna.

² Heracles, o sea el emperador bizantino Heraclio, que reconstruyó el Santo Sepulcro después de la destrucción de Jerusalén por los persas.

El presente es el (2.º) que: "La España del Islam"

razones al ver destruir también la iglesia de la resurrección de Nuestro Señor. Además se los recargó dolorosamente con impuestos, tributos y servidumbre, contrariando los usos y privilegios que habían obtenido de los príncipes infieles. Aun lo que jamás se les había impuesto les fue prohibido, o sea que se les impidió celebrar sus fiestas. El día mayor entre todas las fiestas cristianas se les obligaba a trabajar por fuerza de servidumbre. Se les prohibió salir de las puertas de sus casas, encerrándolos en ellas para que no pudiesen celebrar ninguna fiesta. Tampoco en sus casas estaban en paz, ni seguros, pues les arrojaban por las ventanas grandes piedras, estiércol, cieno e inmundicias. Si llegaba a suceder que un cristiano decía una palabra que no era del agrado de uno de aquellos infieles, como si hubiese sido un asesino se lo arrastraba a las prisiones, y perdía por ello un pie, o una mano, o se lo llevaba a la horca y todos sus bienes pasaban al poder del califa. Muchas veces los infieles tomaban a los hijos e hijas de los cristianos y los llevaban a sus casas, haciendo su voluntad [*forzándolos*]; a fuerza de golpes o lisonjas hacían renegar de su fe a muchos de aquellos jóvenes... Los buenos cristianos se esforzaban por mantener con más firmeza la fe cuanto más grandes eran los males que les afligían.

Sería muy largo contar todas las penurias y sufrimientos que el pueblo de Nuestro Señor debió padecer en aquellos días. Un ejemplo os dirá lo que fueron los otros sufrimientos. Un infiel, malvado y desleal, que odiaba con odio cruel a los cristianos, ideó un día la manera de hacerlos matar. Sabía que toda la ciudad honraba y tenía mucho respeto al Templo [*mezquita*], que había sido reconstruido;... hay delante del templo una plaza que se llama el atrio del Templo, cuidada y limpia como los cristianos quisieran tener sus iglesias y sus altares. El infiel desleal tomó una noche, sin que nadie lo viese, un perro muerto, podrido y pestilente, y lo llevó al atrio, delante del templo. A la mañana siguiente cuando los de la ciudad fueron al templo a orar encontraron al perro. La ciudad fue un solo grito, una sola protesta y un solo clamor, y sólo se hablaba de aquello. Se reunieron todos y no les cupo duda de que había sido obra de los cristianos. Todos estuvieron acordes en que debían ser pasados a cuchillo, y en seguida desenvainaron las espadas con que debían degollarlos.

Había entre los cristianos un joven de gran corazón y mucha piedad; habló al pueblo y dijo: "Buenos señores, la verdad es que yo no tengo parte en esto, como ninguno de vosotros; lo creo firmemente. Pero sería una gran desgracia que todos vosotros murieseis y que la

Cristiandad desapareciera de estas tierras. De modo que yo he pensado cómo liberaros con la ayuda de Nuestro Señor. Os suplico dos cosas por amor de Dios: la primera es que roguéis por mi alma en vuestras oraciones, y la otra, que os hagáis cargo de mi pobre linaje [*mi familia*] y la honréis. Porque me haré responsable de lo sucedido y diré que he sido yo quien cometió aquello de lo que se nos acusa a todos." Los que temían a la muerte se alegraron y le prometieron rezar por él y honrar a su linaje de modo que los de su linaje llevaran siempre el día de Pascua florida el olivo que representa a Cristo, para entrarlo en Jerusalén. Fue entonces a ponerse delante de la injusticia y afirmó que los otros cristianos no habían cometido ninguna falta y que él lo había hecho; cuando los infieles lo oyeron dejaron en libertad a los otros y sólo a él le cortaron la cabeza.

¿Historia o leyenda? Lo cierto es que todavía en el siglo XII había una familia en Jerusalén que tenía el privilegio de la venta de las palmas para el domingo de Ramos, en memoria, se decía, de la abnegación de un remoto antepasado que se había sacrificado por la comunidad.

Y también es cierto que durante el siglo XI las peregrinaciones se realizaron en medio de muchísimas dificultades. Existen numerosos relatos sobre peregrinos rescatados, aprisionados o torturados durante la peregrinación a Tierra Santa. Uno de los más conocidos, sin duda porque la peregrinación reunía varios millares de peregrinos, es el relato de la peregrinación de Gunther, obispo de Bamberg, durante la cual, a poca distancia de Jerusalén, los peregrinos sufrieron un ataque de los beduinos de aquel país, que duró tres días.

A mediados del siglo la invasión turca consolidó más todavía el poderío musulmán. Los turcos seldjúcidas, convertidos al islamismo, después de imponer su autoridad al califa árabe de Bagdad, asumieron por cuenta suya la guerra santa contra la Cristiandad. En la batalla de Manzikert (1071) derrotaron al ejército bizantino y se apoderaron de Armenia. Al establecerse en Siria y Asia Menor pusieron una vez más en peligro la existencia de los cristianos de Oriente y la seguridad de las peregrinaciones.

Obran con cierta ligereza los historiadores que pretenden considerar a los cruzados como simples "agresores" del mundo oriental musulmán. Es necesario reconocer que los cristianos de aquel tiempo en ningún momento procedieron con espíritu de agresión; por el contrario, consideraban que reparaban una injusticia y usa-

ban la violencia para reconquistar lo que les había sido arrebatado por medio de la violencia, y para acabar con la opresión que padecían los pueblos cristianos. En primer lugar, para defender a los armenios, cuya capital, Ani, donde la población fue cruelmente asesinada, vio arrancar la gran cruz de plata que coronaba la cúpula de la catedral, para ser fundida y convertida en umbral de una mezquita. Si aún en nuestros días el mundo musulmán conserva cierto rencor a las Cruzadas y celebra todavía, después de siete siglos, el aniversario de la captura de San Luis, es comprensible que los cristianos sintiesen igual rencor contra los musulmanes después de una conquista que si bien se remontaba a cuatrocientos años antes, los hechos recientes habían agravado. Debemos recordar que todavía durante el siglo X los sarracenos hacían incesantes correrías de pillaje por las costas del Mediterráneo, donde poseían muchos lugares que servían de base para esas operaciones. Uno de ellos fue La Garde-Freinet, que cayó en 975. Sólo a comienzos del siglo XI los monjes de Saint-Victor, de Marsella, pudieron reedificar los muros de su monasterio. Poco a poco la vida renació en las orillas del Mediterráneo donde, según la expresión de un historiador árabe, hasta muy poco antes, los cristianos no podían "poner a flote ni una tabla". Aun a fines del siglo XII permanecía en vigencia el acuerdo concertado entre la abadía de Saint-Victor y el señor del territorio de Six-Fours, según el cual la abadía quedaba exceptuada del servicio militar nisi imminente Sarracenorum timore, salvo en el caso en que se tema peligro de los sarracenos. En 1009 el califa Hakim manda destruir el Santo Sepulcro y junto con él muchas iglesias de las ciudades santas de Palestina. Tampoco Roma se libró de la amenaza árabe, y es sabido que la ciudad fue tomada en 846 y sus iglesias fueron saqueadas y profanadas. Y en tiempos más recientes, la ciudad de Antioquía, que había sido recuperada por los bizantinos, fue nuevamente conquistada por los turcos seldjúcidas en 1084.

Por otra parte aquellos adversarios que se estiman recíprocamente y saben apreciar el valor dondequiera que se muestre, sin ningún prejuicio racial, dan una verdadera lección al mundo moderno.

¿Quién será tan sabio y tan prudente, escribe un historiador anónimo de la primera cruzada, para osar describir la sagacidad, la aptitud guerrera y la valentía de los turcos? (...) Diré la verdad (...), desde luego que si ellos hubiesen permanecido siempre fieles a la fe de

Cristo y de la santa Cristiandad (...), nadie podría aventajarlos en poder, valentía y ciencia de la guerra.

En verdad, ellos [los turcos] se dicen de la misma raza de los francos y pretenden que nadie, fuera de los francos y de ellos, tiene derecho a llamarse caballero.

Es mucho decir que los occidentales considerasen a los árabes sus iguales, que su hostilidad careciera de cualquier matiz de menosprecio y que siempre se reconociera la grandeza de alma de Saladino.

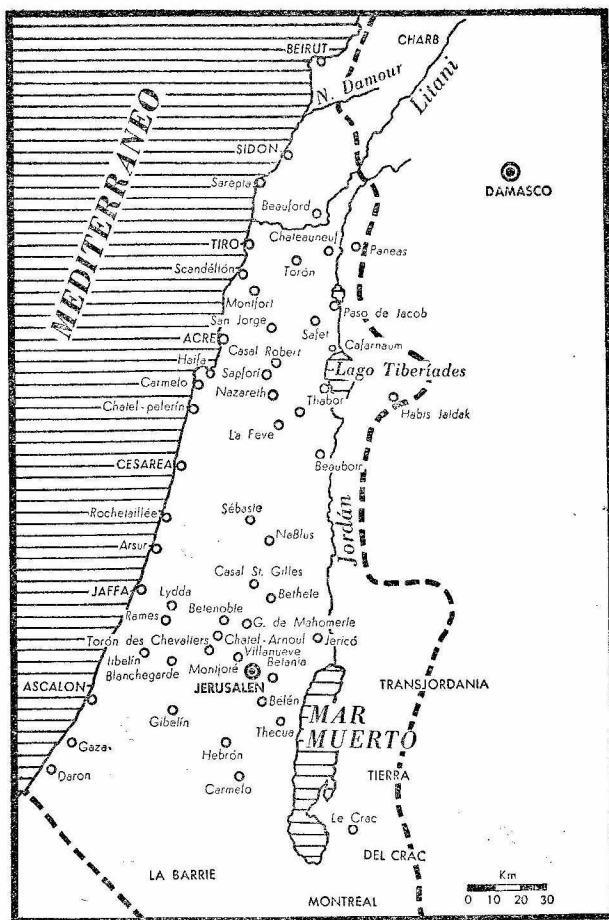
Debemos advertir que los relatos que se presentan a continuación son sobre todo relatos de guerra. La guerra, por el imperio de las circunstancias, ocupa más espacio en las crónicas —y eso ha sucedido siempre— que los períodos de paz. Todos sabemos que las personas felices no tienen historia. Pero ello, con todo, no debe inducirnos a error, en lo que se refiere a la duración respectiva de la paz y la guerra. El historiador Jean Richard, uno de los especialistas contemporáneos más importantes en la historia de las Cruzadas, considera que hubo ochenta años de paz durante el segundo período de los Reinos Latinos, que fue el más tempestuoso; ese período abarca el siglo que va desde 1192 hasta 1291. Compárese ese tiempo con el siglo XVII francés, durante el cual hubo veintiún años sin operaciones militares importantes y sólo siete de paz absoluta...

Es muy común decir que las Cruzadas resultaron un fracaso. Ese fracaso duró doscientos años. Si se comparan esos dos siglos con ciertas empresas modernas realizadas a lo largo del siglo XIX y a principios del siglo XX, quizá nos sintamos inclinados a calificarlos de otro modo.

Es notable comprobar que después de las Cruzadas el intercambio entre Oriente y Occidente fue disminuyendo poco a poco. Cada una de esas dos partes del mundo vive una vida independiente y autónoma; Europa desarrollará una civilización original y el Oriente, nutriéndose de su propia sustancia, permanecerá apartado. Ambos mundos se ignorarán. Algunos pocos viajeros, algunos escasos comerciantes, no bastan para disipar ese clima de mutua ignorancia. Ha pasado el tiempo en que todo predicador de las Cruzadas debía leer antes el Corán. Ello hace pensar en que, durante la época de las Cruzadas, hasta la misma lucha, por más sangrienta y atroz que fuese, debió ser fecunda, porque se estableció entre partes que se consideraban de igual a igual.

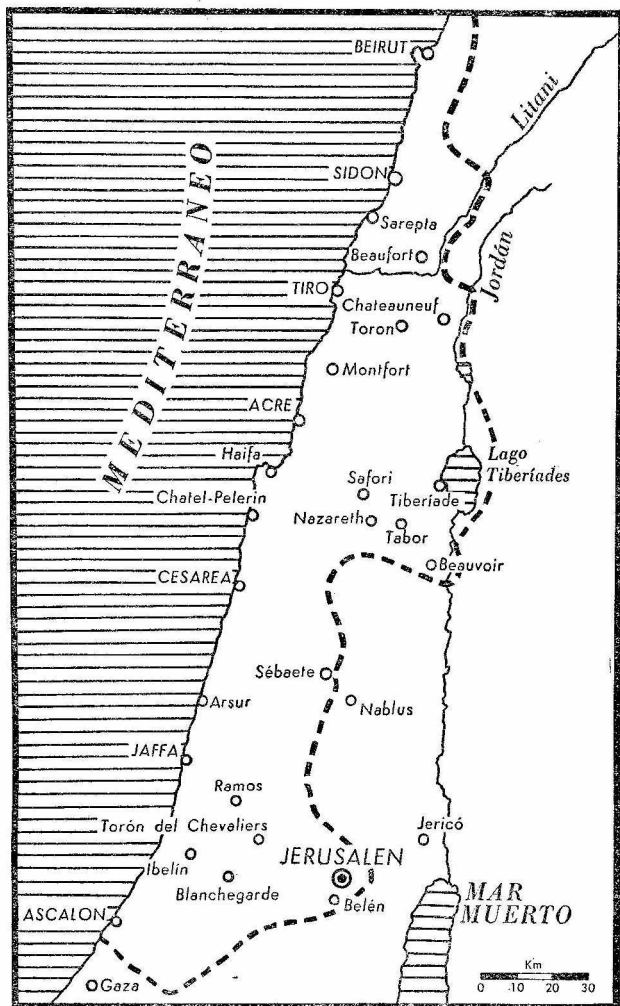
Cruzada de San Luis: 1248-1254 99999999





— — — — — Frontera aproximada

El dominio de los cruzados en el siglo XII.



El dominio de los cruzados en el siglo XIII
(1241).

EL CONCILIO DE CLERMONT

Fue en Clermont, en Auvernia, donde el papa Urbano II hizo el llamado que conmovería al Occidente cristiano. Había sido convocado un concilio. De acuerdo con las costumbres fueron invitados a la última sesión del concilio, el 27 de noviembre de 1095, junto con los preladados, algunos barones seculares.

Tomamos de un testigo ocular, el cronista Foucher de Chartres, el texto del discurso que pronunció el Papa en aquella ocasión, y que tantos ecos habría de tener luego a través del tiempo y del espacio.

Hermanos bienamados:

Impulsado por las exigencias del presente, yo, Urbano, portador por voluntad de Dios de la tiara pontificia, pontífice de la tierra entera, he venido hasta vosotros, servidores de Dios, en calidad de mensajero, para revelaros el mandato divino. (...) Urge llevar sin demora la ayuda tantas veces prometida a vuestros hermanos de Oriente, afligidos por la mucha necesidad. Los turcos y los árabes los han atacado, y han invadido el territorio de Rumania hasta llegar a la parte del Mediterráneo llamada Brazo de San Jorge, y avanzando siempre por tierras de cristianos, siete veces los han vencido en batalla, matando y capturando a muchos, destruyendo iglesias y devastando el reino. Si los dejáis, sin resistirles, la ola se volcará con más amplitud sobre muchísimos fieles servidores de Dios.

Es por eso que suplico y exhorto — y no soy yo, es el Señor quien os suplica y exhorta como a heraldos de Cristo —, a pobres y a ricos, para que os apresuréis a expulsar esa vil ralea de las regiones habitadas por nuestros hermanos y llevéis una ayuda oportuna a los adoradores de Cristo. Soy yo quien habla a los presentes y lo proclamaría también a los ausentes, pero es Cristo quien lo manda. (...)

A quienes partieran hacia esas comarcas, si perdieren sus vidas en la travesía por mar o por tierra, o batallando contra los paganos, sus pecados les serán redimidos en aquella hora; lo concedo por el poder de Dios que me fue otorgado. (...)

Los que pelearon malamente en guerras privadas con-

tra los fieles, combatan contra los infieles y conduzcan hasta la victoria la guerra que debió haber comenzado hace ya mucho tiempo; los que hasta hoy fueron bandoleros transfórmense en soldados; (...) los que antes fueron mercenarios por una sórdida paga, sepan ganar recompensas eternas; los que se agotaron a un mismo tiempo en detrimento del alma y del cuerpo, logren la doble recompensa. ¿Qué más diré? De un lado estarán los miserables, del otro los verdaderos ricos; de una parte los enemigos de Dios, de la otra sus amigos. Enrolaos sin demora. Que los guerreros ordenen sus negocios y reúnan lo necesario para proveer a sus necesidades. Cuando termine el invierno y llegue la primavera aprestaos alegremente a partir conducidos por el Señor.

Así habló el Papa, *escribe uno de los asistentes*¹, y en aquel mismo momento todos los que lo oyeron sintiéronse animados de santo celo por aquella empresa y pensaron que nada podía otorgar tanta gloria; gran número de los presentes dijo allí mismo que partirían y prometieron persuadir a quienes no habían asistido a la asamblea a que les siguiesen.

Vimos, *escribe otro espectador*² al obispo de Puy acercarse al Papa con el rostro resplandeciente, y habiendo hincado la rodilla, le pidió permiso para partir, y su bendición. Luego el pontífice mandó que todos le obedeciesen y dijo que él dirigiría a todos en el ejército... Mientras estas cosas sucedían, llegaron de improviso legados del conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles, para decir al Papa que también él partiría pues había decidido empuñar la cruz.

¡Qué admirable y consolador espectáculo era para nosotros ver las brillantes cruces de seda, de oro o de paño, cualquiera que fuese la materia, que, por mandato del Papa, los peregrinos que habían hecho voto de partir cosían en las espaldas de sus mantos, casacas o túnicas!³

La noticia se divulgó por toda la Cristiandad. Mensajeros del Papa comunicaron a los barones de los señorios más lejanos y a las gentes de las "buenas ciudades" la decisión tomada por Urbano II en Clermont. Es éste el texto de una carta que en febrero de 1096 envió el Papa a los príncipes de Flandes y a sus vasallos:

Urbano, obispo, siervo de los siervos de Dios...

Creemos que vuestra fraternidad conoce a través de muchos relatos la bárbara ira que ha destruido las iglesias de Dios en Oriente, con lamentable devastación,

¹ *Foucher de Chartres.*

² *Baudri de Deuil.*

³ *Foucher de Chartres.*

y más todavía, que la Santa Ciudad de Cristo, ilustrada por su pasión y resurrección, ha sido sometida a intolerable servidumbre... Por eso hemos visitado las tierras de Francia... y solicitado a los príncipes y vasallos para liberar las iglesias de Oriente... y decidimos en el concilio de Auvernia esa marcha, por la remisión de todos los pecados, y nombramos a nuestro muy querido hijo Adhemar, obispo de Puy, jefe de la expedición y la empresa... Si Dios inspira a algunos de entre vosotros a hacer ese voto, sabed que podéis uniros con las tropas para partir, con la ayuda de Dios, el día de la Asunción de la bienaventurada Virgen...

Algunas de esas cartas enumeran las condiciones necesarias para tomar la cruz. Una de ellas, enviada por el Papa el 1º de setiembre de 1096 a los habitantes de Bolonia, dice: "Los clérigos y monjes no pueden tomar la cruz sin autorización del obispo o el abad del que dependen." Y un detalle que nos esclarece las costumbres medievales: "Los hombres recién casados no pueden tomar la cruz sin consentimiento de su mujer."

PEDRO EL ERMITAÑO Y LA CRUZADA POPULAR

El llamado del pontífice se transmitió mucho más que por cartas o escritos a través de la palabra. Las noticias se conocían entonces por medio de la palabra hablada, y así también se daban a conocer las leyes y ordenanzas.

Una ley, para nosotros, es en principio un texto escrito, incluido dentro de un Boletín Oficial; en la época feudal, la ley y sus reglamentaciones debían ser "proclamadas": el guarda rural de nuestras campiñas es el humilde descendiente del heraldo público. Por aquel entonces también las obras literarias estaban destinadas a ser cantadas y declamadas, y no impresas. Eso explica que de obras tan importantes como la Chanson de Roland haya llegado hasta nosotros sólo un manuscrito. Esas obras, destinadas a la memoria, cuanto más difusión tenían menos necesidad había de escribirlas, pues permanecían vivas en quienes las recordaban.

Por eso, en la propagación de la cruzada, tuvieron un papel primordial los predicadores ambulantes. A estos predicadores se los encontraba por doquier. No sólo se los veía en las iglesias, durante la misa; también se los

hallaba por los caminos, en las ferias, en las encrucijadas y en los mercados, y en todo lugar donde hubiese gente reunida. Los más vibrantes, los mejor dotados, encontraban siempre auditorios entusiastas que los seguían, formando grupos más o menos compactos, semejantes a bolas de nieve que iban creciendo de aldea en aldea, de pueblo en pueblo. Uno de ellos fue Pedro el Ermitaño. Helo aquí, según la descripción del testigo presencial Guiberto de Nogent:

Mientras los príncipes, que necesitaban los servicios de todos los hombres enrolados en su seguimiento, hacían lenta y aburridamente los preparativos para partir, el pueblo bajo, sin recursos, pero muy numeroso, iba en pos de uno a quien llamaban Pedro el Ermitaño, y le obedecían como a su señor, por lo menos en nuestro país. He sabido que este hombre, oriundo, si no me equivoco, de la ciudad de Amiens, llevó anteriormente una vida solitaria, bajo el hábito de monje, en alguna parte de la Galia superior. Partió desde allá, aunque ignoro cuáles eran sus intenciones. Nosotros lo vimos después recorriendo ciudades y burgos, y predicando por doquier. Una muchedumbre del pueblo lo rodeaba, colmándolo de presentes y celebrando su santidad con grandes elogios, de tal modo que yo no recuerdo que se hayan tributado honores semejantes a ninguna otra persona. Era muy generoso y distribuía todo lo que le daban. Devolvía las mujeres prostituidas a los maridos, no sin agregar él mismo algunos dones, y restablecía la paz y el buen entendimiento entre los que estaban desunidos, y lo hacía con maravillosa autoridad. En todo lo que hacía o decía parecía poner algo divino. De tal suerte que algunos arrancaban pelos a su mulo para guardarlos como reliquias. Y esto lo cuento, no como cosa verdadera, sino para satisfacer el gusto vulgar que ama todas las cosas extraordinarias. Al aire libre usaba una túnica de lana, sobre la que llevaba un sayal que le llegaba hasta los talones. Iba con los brazos y los pies desnudos. No comía, o casi no comía pan, y se alimentaba con vino y pescado.

Por circunstancias imprevistas, buen número de esas gentes del pueblo menudo decidieron sumarse a la cruzada. Para comprender lo extraño del caso debemos tener en cuenta que en la Edad Media la guerra era asunto de los nobles, de los barones y caballeros que tenían suficientes recursos para armarse, equipar un caballo y reclutar jinetes e infantes. El campesino, el hombre del pueblo, no combatía. Ahora bien, lo notable de la primera cruzada es precisamente que las gentes humildes parti-

cipen en masa, para ir también ellos a liberar a Jerusalén y reconquistar el sepulcro de Cristo. Dice Guiberto de Nogent:

Muy pronto inflamó también a los pobres un celo tan ardiente que ninguno de ellos se detuvo a considerar lo módico de sus rentas ni a examinar si le convendría renunciar a su casa, a sus viñas o campos, y cada uno sintió el deber de vender las mejores propiedades por un precio menor del que hubiese pedido si, afligido por duro cautiverio, o encerrado en una prisión, se hubiese visto obligado a rescatarse con presteza. Hubo por aquel entonces una escasez general y hasta los ricos padecieron la carencia de grano, y algunos, aun cuando debían comprar muchas cosas, no tenían nada, o casi nada, para proveerse. (...)

Pero en cuanto Cristo inspiró a innumerables masas de hombres el deseo de partir voluntariamente al exilio, las riquezas de muchos surgieron una vez más, y lo que parecía caro mientras todos habían permanecido en reposo, se vendió a bajo precio al iniciarse el viaje. Y como muchos hombres tenían prisa por terminar sus negocios, se vio —asombra oírlo, y esto servirá como ejemplo de la rápida e inesperada baja de los precios— vender siete ovejas por cinco denarios¹. (...) La escasez de grano se trocó también en abundancia. (...)

Hubieseis podido presenciar cosas asombrosas y algunas risibles, como por ejemplo unos pobres herrando a sus bueyes, como si fuesen caballos, para uncirlos a unas carretas de dos ruedas sobre las que cargaban escasas provisiones, y también los hijos, a quienes de ese modo llevaban tras de sí. Aquellos niños, no bien descubrían una ciudad o un castillo, preguntaban con ansia si eso era Jerusalén, hacia la que iban.

Mientras las invitaciones de la sede apostólica parecían dirigidas especialmente a la nación de los franceses, ¿cuál era el pueblo que, bajo el derecho cristiano, no habría de tomar las armas, y creyendo deber a Dios la misma fidelidad que los franceses, no habría de esforzarse en sumarse a ellos, para así participar de todos los peligros? Se vio a los escoceses, salvajes en su país e ignorantes del arte de la guerra, con las piernas desnudas y vestidos con casacas de erizada pelambre, cargando a la espalda el morral donde llevaban los víveres, acudir en masa desde sus tierras cubiertas de nieblas, y aquellos

¹ El precio medio de un cordero varió de seis denarios a un sueldo (doce denarios) en los siglos XII y XIII.

cuyas armas hubiesen parecido ridículas, por lo menos comparadas con las nuestras, vinieron a ofrecernos la ayuda de su fe y su fervor. Pongo a Dios por testigo que lo he oído decir, pero se dice que llegaron a uno de nuestros puertos de mar unos hombres de una ignorada y bárbara nación, cuya lengua era tan desconocida que no lograban hacerse entender, pero poniendo un dedo sobre otro en forma de cruz, mostraban por señas, a falta de palabras, que también ellos querían partir en defensa de la fe.

Nadie pudo contener la impaciencia de la cruzada popular. Aun cuando los barones tenían fijada fecha para partir en el mes de agosto, desde abril de 1096, una multitud compuesta por gentes del pueblo encabezada por Pedro el Ermitaño y por otros jefes locales, como el que llevaba el muy significativo nombre de Gualterio Sans Avoir (Sin Hacienda), se puso en marcha hacia Jerusalén. Era fácil prever lo que luego sucedió. En medio de la barahúnda de gentes que Pedro y los suyos arrastraban tras de sí —hombres, mujeres y niños de todas las provincias y luego de todas las comarcas— no tardaron en surgir el desorden y la indisciplina. La travesía del centro de Europa pareció precipitarse en el desastre cuando los cruzados se entregaron al pillaje en Hungría. Dice Guiberto de Nogent:

Después que Pedro el Ermitaño hubo reunido un gran ejército, tanto por el empuje de la opinión como por obra de su prédica, resolvió encaminarlo a través de las tierras de los húngaros. El pueblo, indócil, halló en el país gran abundancia de todo lo necesario para vivir, y no tardó en entregarse a los peores excesos contra los pobladores indígenas, que eran muy tranquilos. De acuerdo con los usos del país, las cosechas de grano de varios años se acumulan en medio de los campos formando pilas (que nosotros llamamos parvas), altas como torres. Se encuentran además en esa tierra extremadamente fértil, carnes de diferentes especies y toda clase de artículos de consumo, pero no contentos con la bondadosa acogida e impulsados por inconcebible demencia, pronto los extranjeros atropellaron a los habitantes del país, y mientras éstos, como cristianos, ofrecían benévolamente a sus hermanos igualmente cristianos todo cuanto tenían para vender, los otros no pudieron dominar sus pasiones desbordadas y olvidaron la hospitalidad y beneficencia de los húngaros; guerrearon contra ellos sin motivo alguno, pensando que no osarían resistirles o que serían incapaces de defenderse. Movidos por exe-

crable furor incendiaban los graneros públicos, de los cuales hablé; raptaban y violaban doncellas; deshonoraban matrimonios, arrebatando las mujeres a los maridos; arrancaban y quemaban las barbas de sus huéspedes; nadie adquiría las cosas que necesitaba, y cada cual vivía como podía, del pillaje y el asesinato, y se jactaban diciendo con inaudito descaro que harían otro tanto con los turcos. Al proseguir el itinerario se hallaron frente a un castillo que no pudieron evitar, pues desembocaron allí por un desfiladero del que era imposible apartarse, ni a derecha ni a izquierda. Pensaron, con su habitual insolencia, atacar el castillo, pero cuando intentaron adueñarse de él, viéronse de pronto aniquilados, y no puedo ni siquiera decir el porqué. Los unos perecieron bajo las espadas, los otros ahogáronse en las aguas de un río, y los sobrevivientes regresaron a Francia, abatidos por el cansancio, sin dinero, en el más atroz desamparo y abrumados de vergüenza. (...)

Mientras tanto Pedro, al no poder contener con sus exhortaciones a ese pueblo indisciplinado ni gobernarlo como hubiese debido gobernar a prisioneros y esclavos, huyó como pudo con un grupo de alemanes y algunos de los nuestros que permanecieron junto a él y llegó a la ciudad de Constantinopla cerca de las calendas, de agosto. Lo habían precedido un número considerable de italianos, ligures, lombardos y otros pueblos situados allende los Alpes, que resolvieron esperar en la ciudad la llegada de Pedro y los príncipes de Francia, que no se sentían suficientemente fuertes para emprender la marcha más allá de las provincias griegas, y aventurarse contra los turcos.

AL MARGEN DE LAS CRUZADAS: LOS BANDIDOS

En tanto Pedro el Ermitaño proseguía su camino, sangrientos episodios sucedieron a espaldas suyas en las comarcas imperiales. Los bandidos aprovecharon la cruzada para reclutar gentes y cometer atropellos sin número. Dejemos la palabra a las crónicas judías de la época. Una de ellas es la de Salomón bar Simeón:

Me contaron lo que sucedió en Tréveris (...) el primer día de la Pascua [10 de abril de 1096] llegó un mensajero de Francia para nuestros amigos; era un apóstol cristiano llamado Petron, monje al que le decían

el prelado Pedro [*Reconocemos en él a Pedro el Ermitaño.*] Cuando llegó a Tréveris, con una gran cantidad de gentes que lo acompañaban, para continuar camino hacia Jerusalén, llevaba una carta de los judíos de Francia en la que se invitaba a los judíos de todas las localidades por donde su camino lo condujese a que le abastecieran de víveres, pues era monje y gozaba de mucha popularidad, y eso sería provechoso para Israel. Los judíos entregaron presentes a Pedro, que continuó su camino junto con los suyos.

El sábado de Pascua¹, Pedro llegó a Colonia y allí descansó toda la semana sin abandonar su misión de predicador... Los franceses, mientras Pedro permaneció en Colonia y aumentó las falanges por su predicación, no lo esperaron y siguieron su camino dirigiéndose hacia Hungría (conducidos por Gualterio Sans Avoir).

Después de la partida de Gualterio y de Pedro sucedieron las sangrientas escenas que horrorizaron a los contemporáneos. Retomemos la crónica de Salomón bar Simeón:

El día sábado [*3 de mayo*] los enemigos asaltaron la comunidad de Espira y mataron a once santas personas.

En efecto, al mando de un pequeño barón, mitad bandido, mitad señor, Emich de Leisingen, algunos peregrinos alemanes emprendieron, a lo largo de su itinerario, abominables matanzas de judíos.

Cuando el obispo Juan supo lo sucedido² reunió a los judíos [*de Maguncia*] en su casa y los salvó de manos de sus enemigos. Hizo prender a algunos de los asesinos y ordenó que se les cortara una mano.

Lo mismo se repitió en Worms, siempre por instigación de Emich y su banda, que asaltó el palacio episcopal.

Durante la comida de la fiesta de Pentecostés [*29 de mayo de 1096*] la terrible noticia llegó a Colonia. Cuando los judíos supieron que las comunidades [*de Espira, Worms y Maguncia*] habían sido destruidas, cada israelita buscó refugio en casa de algún cristiano conocido y allí permaneció durante los dos días de la fiesta de Pentecostés... El tercer día corrió el rumor de que los enemigos atacaban a los judíos, destruían sus casas, asalta-

¹ Orderico Vital.

² Salomón bar Simeón.

ban y robaban sus bienes. Demolieron la sinagoga y arrojaron los rollos de la Tora, haciéndolos objeto de sus burlas, y los dispersaron por las calles. Aquel día [1º de junio] se apoderaron de Mose Isak cuando salía de su casa y lo condujeron a una iglesia. Pero él les escupió y los injurió y entonces lo mataron... Una mujer estimada, llamada Rebeca, también fue asesinada por ellos... Los otros miembros de la comunidad se refugiaron en casas de cristianos y permanecieron allí hasta que el obispo los hizo trasladar a sus pueblos [3 de junio]. Los repartió entre siete poblaciones que le pertenecían, para salvarles la vida.

EL FIN DE LA CRUZADA POPULAR

El 1º de agosto de 1096 (la fecha es exacta), Pedro el Ermitaño llega a las puertas de Constantinopla. El emperador Alejo Comneno y el pueblo entero esperaban, no sin cierta desconfianza, la aparición de aquella turba que llegaba precedida de una pésima fama. Tiempo después, al escribir sus memorias, la misma hija del emperador, Ana Comneno, recuerda la impresión que produjo en el territorio bizantino aquella turba de "celtas" que seguía los pasos del hombre a quien llama Cucupetros, una especie de diminutivo equivalente a Pedrito.

Aquellas gentes, inflamadas por un fuego sagrado, aflúan en bandadas en torno de Cucupetros, con sus caballos, sus armas y sus víveres. Las calles hormigueaban con hombres cuyos rostros reflejaban buen humor y el deseo ardiente de seguir por el camino que conduce al cielo. Tras los guerreros celtas marchaba una innumerable muchedumbre formada por hombres del pueblo, con sus mujeres e hijos. Todos llevaban cruces rojas en la espalda. Eran más numerosos que los granos de arena junto al mar y las estrellas del cielo. Descendieron como torrentes desde todos los países e invadieron el imperio griego atravesando la Dacia... Formaban una turba de hombres y mujeres como ninguna memoria humana podría recordar.

El emperador, agrega Ana Comneno, había ordenado a algunos generales que saliesen pacíficamente al encuentro de los cruzados para facilitarles provisiones por todos los medios posibles, y también para vigilarlos con cuidado durante el trayecto, y si se permitían algún desvío debían hacerlos volver al orden aunque fuese combatiéndolos, pero sin comprometerse demasiado.

El emperador, *escribe otro testigo*¹, promulgó un edicto acordando a todos la facultad de comprar según sus posibilidades cuantas cosas se vendían en la ciudad, y les aconsejó también que no atravesasen el brazo de mar llamado de San Jorge [*Bósforo*], que los separaba del país ocupado por los turcos, diciéndoles que no podrían, dada su inferioridad, exponerse sin peligro a un choque con las innumerables fuerzas de aquéllos. Mientras tanto, ni la hospitalidad de los habitantes de las provincias griegas, ni la afabilidad del emperador, fueron suficientes para calmar a los peregrinos que se condujeron con extremada insolencia, saqueando los palacios de la ciudad, incendiando los edificios públicos y arrancando el plomo que cubría los techos de las iglesias para revenderlo a los griegos. Espantado por tanta audacia, el emperador les ordenó que atravesasen el Brazo de San Jorge sin pérdida de tiempo.

Nicomedio, en las costas del Asia Menor, representaba la última avanzada de las tierras controladas por los griegos. Más allá se extendía el dominio de los turcos, la "tierra de los paganos". La prudencia hubiese aconsejado esperar la llegada de los barones y guardarse muy bien de cometer cualquier acto hostil. Pero era imposible pretender que aquella tropa desorganizada hiciese caso a las advertencias prudentes. Los turcos habían abandonado el castillo de Xerigordon, una pequeña plaza fuerte fronteriza; los cristianos lo ocuparon.

Al enterarse los turcos² de que los cristianos habían ocupado el castillo [*Xerigordon*] acudieron a sitiario. Delante de la puerta del castillo había un pozo, y al pie del castillo había una vertiente, junto a la cual Reinaldo [*uno de los cabecillas*] se emplazó para tender una emboscada a los turcos. Estos llegaron el día de la fiesta de San Miguel, encontraron a Reinaldo y sus hombres e hicieron una gran matanza de ellos. Los sobrevivientes buscaron refugio en el castillo, y los turcos le pusieron sitio y los privaron del agua. Y los nuestros padecieron tanta sed que abrían las venas a los caballos y a los mulos para beberles la sangre; otros arrojaban cintos y trapos en las letrinas para exprimir el líquido y beberlo; algunos orinaban entre las manos de un compañero y así bebían, y por fin había quienes cavaban el suelo húmedo para arrojarle allí, cubriéndose el pecho de tierra,

¹ *Guiberto de Nogent.*

² *Historiador anónimo de la primera cruzada.*

pues era muy grande el ardor de la sed que los atormentaba. Los obispos y sacerdotes reconfortaban a los nuestros y los exhortaban a resistir.

La epopeya popular llegaba rápidamente a su fin. Establecidos en torno de Civitot, los cruzados del pueblo fueron muy pronto atacados por los turcos, quienes no tuvieron grandes dificultades para matarlos a todos. Pedro el Ermitaño, sintiéndose incapaz de hacer frente a la situación, regresó a Constantinopla, sin duda para solicitar nuevos víveres, o quizá, como muchos aseguran, para rogar al emperador le enviase tropas que pudieran sostener a las que lo rodeaban. Durante su ausencia, el grueso del ejército cometió la imprudencia de abandonar Civitot, donde se habían atrincherado, dejando allí a las mujeres y a los niños. El 21 de octubre los combatientes fueron sorprendidos en una emboscada por los turcos, quienes después exterminaron sin ninguna dificultad a las mujeres, los ancianos y los niños que habían permanecido en Civitot.

Al año siguiente, el cronista Foucher de Chartres, recorriendo con el ejército regular la ruta de Constantinopla a Nicea, veía a lo largo del golfo de Nicomedia los montículos de huesos, blanqueados al sol, último testimonio de la desgraciada epopeya popular.

Atravesamos el mar, allí donde lo llaman el Brazo de San Jorge, y nos encaminamos de prisa hacia la ciudad de Nicea. Desde mediados de mayo, Bohemundo, el duque Godofredo, el conde Raimundo y el conde de Flandes, sitiaban la ciudad ocupada por los turcos, paganos orientales, muy valientes y diestros en el manejo del arco. Esos bárbaros partieron de Persia hace cincuenta años y luego de atravesar el río Eufrates subyugaron toda la Rumania hasta el valle de Nicomedia. ¡Cuántas cabezas cortadas, cuántas osamentas de hombres asesinados encontramos sobre los campos, lejos de aquella ciudad! Eran los nuestros quienes, bisonños o ignorantes quizá de cómo se deben usar las ballestas, habían sido ultimados por los turcos ese mismo año.

Aquellas osamentas [según dice Ana Comneno] formaban montones inmensos, casi un cerro o una colina o una alta montaña de considerable superficie. Más adelante, hombres de la misma raza de los bárbaros asesinados, al construir unos muros semejantes a los de una ciudad, pusieron en los intersticios, como si fuese mortero, todas aquellas osamentas, e hicieron de la ciudad la tumba de esos muertos. La plaza fuerte existe todavía, rodeada de una muralla de piedras y osamentas.

LA LEYENDA DE PEDRO EL ERMITAÑO

Así terminó la cruzada de los humildes, pero sobrevivió con asombroso vigor en el folklore y en la poesía de aquel tiempo. Pedro el Ermitaño, que por otra parte escapó al desastre sumándose a los ejércitos regulares, se transformó, aun antes de transcurridos los cincuenta años de su lamentable historia, en un héroe de epopeya. Más aún: por obra de una extraordinaria trasposición poética, él fue, para todos, el mayor héroe de la primera cruzada. No pasará mucho tiempo y también se le atribuirá la iniciativa del movimiento que enroló a Europa entera y transformó los destinos del Cercano Oriente. Además de los cantares de gesta — Cantar de Jerusalén, Cantar de Antioquía y Cantar de los miserables —, también los historiadores serios y bien documentados, como Guillermo de Tiro, vieron en él al responsable de la primera cruzada. La figura del Papa desaparece por completo junto a la del pequeño y oscuro ermitaño, el predicador ambulante que encarna a toda aquella heroica chusma piadosa que se hizo matar inútilmente, pero con honor, y cuya gesta pareció conmover a los contemporáneos mucho más que las hazañas de Raimundo de Saint-Gilles o de Godofredo de Bouillon.

Por ello es que luego se dará como hecho histórico el que todo tuvo su origen en una primera peregrinación de Pedro el Ermitaño a Tierra Santa — la peregrinación parece ser legendaria — y en una visión con la que Nuestro Señor lo habría favorecido durante el viaje.

Se sabe¹ que de muchas tierras venían peregrinos a Jerusalén. Entre otros vino uno del reino de Francia, nacido en el obispado de Amiens, llamado Pedro; había sido ermitaño en un bosque y por eso lo llamaban Pedro el Ermitaño. Era pequeño de cuerpo y muy miserable, pero de gran corazón, de espíritu esclarecido y buen entendimiento, y hablaba muy bien.

Cuando llegó a las puertas de Jerusalén pagó el impuesto y entró en la ciudad; se hospedó en casa de un cristiano, hombre sabio y experimentado; (...) preguntó a su huésped cómo era la ciudad y cómo vivían los cristianos sometidos a los infieles; éste, que vivía en la ciudad desde hacía largo tiempo, le contó los procedimientos del pasado y de qué manera había sido hollada la Cristiandad y deshonorados los Santos Lugares, que era un dolor escucharlo. El mismo, per-

¹ Guillermo de Tiro.

maneciendo algún tiempo en la ciudad para hacer su peregrinaje, advirtió la cautividad a que estaban sometidos los cristianos. Supo que el patriarca de la ciudad era hombre prudente y muy religioso; Simeón se llamaba. Pedro se dijo que iría a hablarle para que le contase el estado en que se hallaban la Iglesia, los clérigos y el pueblo. Fue a verlo...; el patriarca comprendió por sus palabras y por su aspecto que aquél era un hombre que tenía temor de Dios, y comenzó a contarle todas las desventuras de la Cristiandad. Cuando Pedro escuchó esas palabras de boca del prelado, no pudo contenerse y, dando un profundo suspiro, derramó lágrimas de piedad, preguntando muchas veces al patriarca si se podía pedir consejo en aquella situación, y cómo. El prudente anciano respondióle así: "Hermano Pedro, muchos suspiros y lágrimas y oraciones ha tenido de nosotros Nuestro Señor, si quiso recibirlos; pero bien nos damos cuenta de que todavía no nos han sido perdonados nuestros pecados; sabemos ciertamente que estamos todavía en falta, pues Nuestro Señor, que es tan justo, todavía nos hace padecer. Pero grande es la fama de buenos cristianos que en nuestro país tienen los pueblos de allende los montes llamados los francos de Francia; y por ello Nuestro Señor los mantiene en paz y con mucho poder.

"Si ellos quisieran apiadarse de nosotros y rogaran a Nuestro Señor o decidiesen socorrernos, tendríamos entonces la certeza de que Dios nos ayudaría por su intermedio y les enviaría su gracia para remediar nuestra necesidad; porque veis muy bien que de los griegos y el imperio de Constantinopla, que son vecinos nuestros y casi como si fuesen parientes, no podemos esperar ni ayuda ni consejo, pues están destruidos y no tienen poder ni para defender sus tierras."

Cuando Pedro hubo escuchado esto, le respondió de la siguiente manera:

"Verdad es lo que habéis dicho de la tierra de la que provengo, pues por la gracia de Jesucristo la fe en Nuestro Señor está allí mejor guardada y conservada que en cualquiera de las otras tierras que he recorrido después que dejé mi país, y creo ciertamente que si allí se conociesen la desventura y avasallamiento a que os tienen reducidos esos infieles, espero en nuestro Dios y en su buena voluntad que pondrían consejo y ayuda en lo vuestro. Por ello os digo una cosa, si aceptáis que os lo diga y me creéis: Que sin demora enviéis cartas vuestras a nuestro señor el Apóstol [*el Papa*] y a la Iglesia de Roma, a los reyes y príncipes y padres de Occidente, en las que les hagáis saber que clamáis gracia, que ellos,

por Dios y por la fe de Jesucristo, os socorran de tal modo que Dios se honre con esto y ellos alcancen beneficios para sus almas. Y dado que vosotros sois gentes pobres y no podéis hacer grandes gastos, si creéis que yo basto para tan grande mensaje, por amor de Jesucristo y por la remisión de mis pecados, quiero empezar mi camino y también ese trabajo. Os prometo que lealmente lo divulgaré, tal como es, si Dios Nuestro Señor me lleva hasta allá.”

Cuando el patriarca escuchó aquellas palabras sintió mucha alegría y llamó a los mayores de la Cristiandad, clérigos y seglares, y les dijo la bondad y los servicios que el hombre prudente les ofrecía. Alegráronse mucho y diéronle gracias. Redactaron sin demora el escrito y lo sellaron con su sello...

Y aquel día sucedió algo que confortó su corazón y le dio ánimos para proseguir aquella empresa, pues aquel hombre valeroso, una vez que le hubieron encargado de aquel mensaje, iba con mayor frecuencia que antes a la iglesia del Sepulcro. Fue una tarde e hizo oración y luego durmió sobre el pavimento y le pareció que Nuestro Señor Jesucristo se le aparecía y volvía a darle el mensaje, diciéndole: “Pedro, apresúrate, levántate y ve tranquilo adonde debes ir, porque yo estaré contigo, pues ha llegado el tiempo de purificar mi Santa Ciudad y socorrer a mis gentes.”

Pedro despertó y desde aquel momento se sintió más seguro y tuvo la certeza de que su misión era algo que debía realizarse, y la daba por hecha, y emprendió el camino de regreso con la bendición del patriarca. Bajó hacia el mar y encontró una nave de mercaderes; entró en la nave, el tiempo fue bueno y el viento favorable, y en pocos días llegaron a Bari. Siguió por tierra hasta Roma; halló al papa Urbano, lo saludó en nombre del patriarca y los cristianos de Siria, le mostró la carta y le dijo, leal y prudentemente, los dolores y sufrimientos que la Cristiandad padecía en Tierra Santa, como quien conoce la verdad y sabe decirla.

De este modo la epopeya de los humildes se magnifica en la persona de Pedro el Ermitaño.

EL EJERCITO DE LA CRISTIANDAD

Mientras la expedición popular de Pedro el Ermitaño sufría una total derrota, lo que podríamos llamar "el ejército regular" de la Cristiandad hacía sus preparativos. Así lo describe Guillermo de Tiro:

Luego que pasó el invierno con sus escarchas y en cuanto pudieron reconocerse las primeras señales del retorno de la primavera y la temperatura fue más benigna, todos prepararon sus caballos, sus armas, sus equipajes, y recíprocamente se mandaron misivas invitándose a partir. Se convino con cuidado el momento en que cada uno debía partir, dónde debían reunirse y por qué caminos sería más seguro y más fácil realizar la marcha. Hubiese sido imposible, desde luego, que aquellos millares de viajeros encontrasen en todas partes todo cuanto necesitaban; se estipuló con gran cuidado que los príncipes más poderosos conducirían, cada uno por separado, las legiones que llevaban en su seguimiento, a través de diferentes caminos. De ese modo sus ejércitos no habrían de reunirse hasta llegar a las cercanías de Nicea. Luego se verá que el grueso de aquellas tropas atravesó Hungría, que el conde de Tolosa y el obispo de Puy siguieron el camino de Dalmacia y los otros príncipes el de Apulia, y que todos llegaron a Constantinopla por caminos diversos y en fechas diferentes.

Mientras tanto se preparaba todo lo necesario para un camino tan largo; todos querían, en la medida de lo posible, llevar provisiones de acuerdo con la longitud del trayecto, ignorando que los caminos de Dios no están en manos de los hombres y que ni siquiera la enfermedad mortal sabe lo que le depara el día de mañana. En las innumerables provincias de Occidente no había una sola casa que permaneciese en reposo. Por doquier, y cualesquiera que fuesen las tareas domésticas de cada uno, todos, según su condición, aquí el padre, ahí el hijo y afuera todos los habitantes de la casa, unos y otros se disponían a emprender el viaje. Eran frecuentes las cartas que se enviaban quienes debían partir juntos invitándose mutuamente a darse prisa, exhortándose a no demorar la partida o reprochándose el mínimo retardo. Quienes fueron nombrados jefes de bandas convocaban a los otros; abandonaban los brazos de los amigos en medio de sollozos y suspiros, y al decirse unos a otros eternos adioses se separaban luego de darse tiernos besos.

Hubo en efecto cuatro grandes grupos formados por

las principales expediciones, que partieron separadamente. Los cruzados del norte o loreneses, valones y brabanzones, se agruparon en torno de un jefe que luego daría mucho que hablar: Godofredo de Bouillon. Al atravesar Hungría siguieron aproximadamente los pasos de la expedición popular. Después de cruzar las fronteras de Hungría atravesaron por Bulgaria y llegaron a Constantinopla para la Navidad de 1096. Raimundo de Saint-Gilles condujo a los cruzados del Mediodía a través de Italia del Norte; recorrieron después las costas de Dalmacia, atravesaron Albania y, siguiendo luego por la antigua vía Ignacia, por Salónica, Rusa y Rodosto, pudieron llegar a Constantinopla el 27 de abril de 1097. Un grupo formado por los normandos de Sicilia, conducido por Bohemundo de Taranto y su sobrino Tancredo, de quien hablaremos más adelante, también se reunió con las otras tropas. Cruzaron el Adriático, pasaron por Castoria y llegaron a Constantinopla el 16 de abril de 1097. El grupo integrado por los franceses del norte y del centro, a las órdenes del conde Roberto de Flandes, de Esteban de Blois y de Hugo de Vermandois, hermano del rey de Francia, cruzó los Alpes y atravesó el territorio de Italia.

Pero la Cristiandad debía padecer todavía una dura prueba: habíase alzado contra la autoridad del papa Urbano II, un falso papa ("antipapa"), secuaz del emperador, llamado Guiberto. El antipapa Guiberto ocupaba el Vaticano, mientras Urbano II habíase refugiado en Luca. El antipapa era hostil a los cruzados, pues habían acudido al llamado del papa legítimo.

Foucher de Chartres, uno de los cruzados que atravesó las tierras de Italia, relata las villanías que les hizo padecer Guiberto:

Nosotros, los francos occidentales, después de atravesar toda la Galia, iniciamos nuestro camino por Italia. Llegados que fuimos a Luca, salió a nuestro encuentro, fuera de la ciudad, Urbano, el sucesor de los apóstoles, y con él hablaron el normando Roberto, el conde Esteban y todos cuantos quisieron hacerlo. Después de recibir su bendición nos encaminamos llenos de alegría hacia Roma. Al penetrar en la basílica del bienaventurado Pedro, hallamos delante del altar a gentes de Guiberto, el insensato papa, que arrebatában, contra toda justicia, las ofrendas que los fieles habían depositado sobre el altar. Otros, corriendo por sobre las vigas que sostienen la techumbre del monasterio, arrojaban piedras desde lo alto sobre el lugar donde nosotros orábamos humildemente de rodillas. En cuanto veían a

alguno de los devotos de Urbano ardían en deseos de degollarlo sin más tardanza. Pero en una de las torres del monasterio permanecían hombres de Urbano, custodiándola con estrecha vigilancia, fieles al pontífice, y resistieron todo cuanto pudieron a los del bando contrario. Sentimos una pena muy honda al ver qué grandes iniquidades se cometían en aquel lugar, pero no pudimos hacer nada fuera de desear que el Señor tome venganza de ello. Desde Roma, muchos de los que habían llegado hasta allí junto con nosotros, se volvieron cobardemente a sus casas, sin esperar más. Nosotros, después de atravesar la Campania y la Apulia, llegamos a Bari, ciudad importante situada a orillas del mar. Allí elevamos nuestras oraciones a Dios, en la iglesia de San Nicolás, y nos encaminamos al puerto con la esperanza de podernos embarcar sin demora para cruzar el mar, pero faltaron marineros y la fortuna nos fue adversa. Comenzaba el invierno y nos dijeron que el tiempo sería muy duro en el mar: el conde de Normandía, Roberto, se vio obligado a internarse en Calabria y pasar allí el resto del invierno. Luego, Roberto, conde de Flandes, se embarcó junto con todas sus tropas. Pero entonces, muchos de los más pobres y menos valientes, sintieron temor por las penurias que sobrevendrían, y vendiendo sus arcos, retomaron el cayado de viaje y regresaron a sus hogares. La deserción los empequeñeció ante los ojos de Dios y de los hombres y los cubrió de una vergüenza imborrable.

(...) En el año del Señor de 1097, cuando marzo trajo una vez más la primavera, el conde de Normandía y el de Blois, Esteban, que habían aguardado el tiempo propicio para embarcarse, se encaminaron hacia la orilla del mar. Cuando la armada estuvo dispuesta y llegó el día nono de abril, en el que cayó la fiesta de la Santa Pascua de aquel año, los dos condes se embarcaron en los navíos con todas sus tropas en el puerto de Brindisi. ¡Qué inescrutables y recónditos son los designios del Señor! De entre todos los navíos vimos uno que, sin que ningún peligro extraordinario lo amenazase, fue repentinamente rechazado fuera del mar y destrozado junto a la costa. Alrededor de cuatrocientos individuos de uno y otro sexo perecieron ahogados. Pero pronto dieron motivo para entonar alabanzas a Dios: algunos de los espectadores del naufragio, después de recoger los cadáveres que pudieron, hallaron sobre los omóplatos de algunos de ellos unas señales que representaban una cruz, marcadas en las carnes. De ese modo quiso el Señor que aquellas gentes que, con anticipación, murieron a su

servicio, conservasen en sus cuerpos, como un testimonio de su fe, el signo victorioso que habían llevado en vida sobre sus vestimentas.

No todos estuvieron dispuestos a ver en aquello un milagro. Cuando se divulgó por Occidente el relato de Foucher, Guiberto de Nogent, de quien hemos citado algunos fragmentos, protestó con energía:

Quando estábamos por finalizar esta obra, emprendida bajo la protección del Creador del mundo, hemos sabido que alguien llamado Foucher, sacerdote de Chartres, durante largo tiempo capellán del duque Balduino en Edesa, cuenta algunas cosas totalmente desconocidas por nosotros, y otras, en menor número, de muy distinto modo del que nosotros lo hemos hecho, y estas últimas siempre con falsedad y con un estilo grosero, semejante al de los escritores comunes. A pesar de no querer repetir todo cuanto él ha dicho, hemos creído oportuno revisar algunas de las cosas que cuenta e introducir en nuestra obra las correcciones necesarias. Como ese hombre utiliza siempre un lenguaje ampuloso y escribe palabras que tienen un pie y medio de largo, y diluye con pálidos colores las frívolas figuras de su estilo, he resuelto encarar los acontecimientos que él relata en su total desnudez, presentándolos con las expresiones que surjan al correr de la pluma, en lugar de revestirlos con ropas doctorales.

Se dice, si no me equivoco, que él cuenta al comienzo de su obrita, que algunos de los que emprendieron el viaje a Jerusalén, después de arrendar unos navíos, se embarcaron en el mar que separa la Apulia del Epiro, y ya fuese porque se confiaron en un mar que desconocían o porque cargaron más de la cuenta aquellos navíos, y yo ignoro la verdadera causa y no sé a cuál de las dos atribuirlo, lo cierto es que perdieron unos seiscientos hombres en los navíos, y cuando se hubieron ahogado en medio de la tempestad y fueron arrojados sobre la costa por las olas, se halló sobre sus espaldas el mismo signo de la cruz que todos solían llevar sobre sus sayales y túnicas. Ninguno de los fieles dudó un solo instante en que aquel sello sagrado había sido impreso por el poder de Dios para evidenciar la fe de aquellos hombres; sobre todo porque quien cuenta estas cosas las ha examinado cuidadosamente para ver si realmente sucedieron como él las cuenta. Sabido es que, cuando las noticias de aquella expedición se hubieron extendido por todas las naciones cristianas, y en todo el Imperio Romano

se proclamaba que esa empresa sólo podía realizarse por voluntad del Cielo, los hombres de rango más oscuro y hasta las mujeres menos dignas usurparon aquel pretendido milagro y emplearon invenciones de toda calaña. Unos, sacándose un poco de sangre, trazaban sobre sus cuerpos unas rayas en forma de cruz, y las mostraban a los ojos de todos. Otros provocaban la mancha que cubría sus pupilas y oscurecía sus miradas, como un oráculo divino que los impulsaba al viaje. Aquellos empleaban los jugos de los frutos en agraz y otras preparaciones coloreadas, y con ellos formaban sobre cualquier parte de sus cuerpos unas cruces, y así como se usa pintarse los párpados inferiores con afeites, se pintaban de verde o de rojo para presentarse, por medio de ese fraude, como vivos testimonios de los milagros del Cielo. Que el lector recuerde, a propósito de ello, al sacerdote del que ya he hablado, aquel que con la ayuda de un hierro se hizo una incisión en la frente y luego llegó a ser obispo de Cesarea de Palestina. Pongo a Dios por testigo de lo que cuento. Viviendo por aquella época en Beauvais, vi una vez a pleno día algunas nubes dispuestas en forma un tanto oblicua que podían figurar una grulla o una cigüeña, cuando de pronto millares de voces, alzándose por todas partes, proclamaron que había aparecido una cruz en el cielo.

Lo que he de contar es ridículo y, sin embargo, pueden testimoniario personas de las cuales es imposible burlarse. Una modesta mujer emprendió el viaje hacia Jerusalén; enseñando en alguna escuela que desconozco y comportándose de modo muy desusado para un ser desprovisto de razón, iba balanceándose tras ella un ganso. La fama de aquel suceso corrió con rapidez, de castillo en castillo y de ciudad en ciudad, y se dijo que los gansos eran enviados de Dios que partían a la conquista de Jerusalén. Se le negó a la desgraciada mujer la posibilidad de ser ella la que conducía su ganso, y se afirmó, por el contrario, que el ganso la guiaba a ella. En Cambrai, el pueblo, abriendo paso a la mujer, pudo verla dirigiéndose hacia el altar de la iglesia, seguida por el ganso, que avanzaba sin que nadie lo empujase. Poco después, según se nos contó, el ganso moría en el país de Lorena. Desde luego que hubiese llegado mejor a Jerusalén, si la víspera de su partida la dueña se hubiese dado un festín con el ganso. He contado estas cosas con algún detalle, en esta historia destinada a comprobar la verdad, para que todos estén advertidos y no rebajen la gravedad de su condición de cristianos, aceptando con ligereza las fábulas que pululan entre el pueblo.

CONSTANTINOPLA: EL CHOQUE DE DOS CRISTIANDADES

Mientras tanto Constantinopla se ponía en pie de guerra. La vieja ciudad bizantina era el lugar de reunión adonde debían acudir todos los cruzados. El emperador cristiano Alejo Comneno veía aproximarse aquellas expediciones con cierta inquietud. Dice Ana Comneno:

El emperador escuchaba todos los rumores referentes al avance de innumerables ejércitos francos. Temía su llegada, pues conocía su empuje irresistible, su inestable carácter, y todo lo propio del temperamento celta con sus naturales consecuencias. Sabía que permanecen con la boca abierta ante las riquezas y que en cuanto se presenta la primera ocasión infringen los tratados sin el menor escrúpulo. Había oído siempre todas esas cosas y pudo siempre comprobarlas. Pero lejos de desanimarse, tomó las medidas necesarias, dispuesto a combatir, si era menester hacerlo. La realidad era mucho más grave y terrible de lo que se decía, pues el Occidente entero, con todas las naciones bárbaras que viven desde la orilla opuesta del Adriático hasta las columnas de Hércules, emigraba en masa, con todas sus familias lanzadas a los caminos, en marcha hacia el Asia, atravesando Europa de un extremo al otro.

Para los bizantinos, respaldados por muchos siglos de cultura refinada, que se consideraban a sí mismos descendientes y herederos del Imperio Romano, aquellos seres llegados de las regiones bárbaras, a quienes Ana designa vagamente con el nombre de celtas — algo así como cuando nosotros llamamos eslavos a todos los que se encuentran más allá de los países germánicos —, no eran más que unos brutos. La hija del emperador manifiesta en su crónica el desdén que los griegos sentían ante los francos; desdén matizado por un cierto temor, pues según lo dice la misma Ana, “la nación de los celtas es muy ardiente y fogosa; cuando se dejan llevar por sus impulsos no hay nada que pueda detenerlos”. Es natural que los habitantes de Constantinopla temiesen ser aplastados por aquellas muchedumbres que llegaban en oleadas hasta las playas del Bósforo.

Los celtas llegaron unos en pos de otros con armas, caballos y equipos militares. Aquellos hombres tenían tanto ímpetu y ardor que pronto cubrieron todos los ca-

minos. Acompañaba a los soldados celtas una muchedumbre de gentes sin armas, que llevaban palmas en las manos y cruces sobre las espaldas: mujeres y niños que habían abandonado sus países. Viéndolos, podía pensarse que eran semejantes a ríos que desembocaban por doquier... Eran tan numerosos como las hojas y las flores en primavera... A pesar de mi buena voluntad, prefiero no nombrar a sus jefes; no recuerdo las palabras, en parte porque soy incapaz de articular aquellos sonidos bárbaros e impronunciables, y en parte, porque rechazo sus nombres.

Muy pronto los francos que iban llegando a Constantinopla tuvieron ocasión de advertir la actitud de los bizantinos. Es fácil imaginar cómo reaccionarían, ellos, que llegaban imbuidos de aquel espíritu que los había impulsado a marchar en ayuda de toda la Cristiandad, tanto la de Oriente como la de Occidente, para reconquistar las tierras que el emperador de Bizancio había sido incapaz de defender, al verse tratados como si hubiesen sido unos vulgares aventureros. Raimundo d'Agiles, clérigo que formaba parte de la expedición del conde de Tolosa, Raimundo de Saint-Gilles, expresa claramente lo que debieron sentir esos hombres, en un fragmento de su crónica:

Llegamos a Durazzo [febrero de 1097] y allí recibimos cartas del emperador en las que hablaba de paz, amistad y alianza filial. Todo eso sólo en palabras, pues antes y después, a derecha e izquierda, los turcos, comanes, petchenegos y búlgaros (todos ellos pueblos más o menos sometidos a Bizancio y algunos de ellos a sueldo) no cesaron de tendernos emboscadas... Cierta día, estando en el valle de Pelagonia [cerca de Ocrida], el obispo de Puy [Adhemar de Monteil], para instalar con comodidad su vivaque, se alejó un poco por el campo; lo asaltaron los petchenegos, lo desmontaron de su mula, lo despojaron e hirieron gravemente en la cabeza... Por último, a pesar de todas aquellas emboscadas, llegamos a un castillo llamado Bucinat [Vodena]; allí supo el conde que los petchenegos se preparaban para asaltar nuestro ejército en los desfiladeros de las montañas. Entonces, con algunos soldados emboscados, que pudieron acercarse a ellos sin que lo advirtiesen, los atacaron, matando a muchos y obligando a los otros a emprender la fuga. En aquellos días nos llegaban los mensajes de paz del emperador, y por todas partes, con mil argucias, nos rodeaban los enemigos.

Los jinetes petchenegos eran en realidad escuadrones equipados y sostenidos a expensas del emperador.

(...) Llegamos después a una ciudad que se llama Rusa, donde sus habitantes evidentemente se preparaban para abrumarnos de desgracias, y allí nuestra paciencia habitual cedió. Después de haber aprisionado a los hombres, comenzamos a demoler las murallas; hicimos un gran botín y la ciudad se rindió; entramos con los estandartes desplegados al grito de "Tolosa", que era el grito de guerra del conde. (...) Llegamos después a otra ciudad llamada Rodosto donde los soldados a sueldo del emperador intentaron vengarse de nosotros; muchos de entre ellos murieron, y obtuvimos algún botín. Ahí estábamos cuando regresaron los legados que habían sido enviados al emperador... Confiando en la palabra de ellos, y en la de los mensajeros del emperador, el conde dejó el ejército, se adelantó con una pequeña escolta y sin armas fue al encuentro de aquél.

En aquellos días [alrededor del 20 de abril], el ejército de Raimundo fue atacado por las tropas imperiales.

Entonces el conde, al saber la muerte de los suyos o su huida, se creyó traicionado y dirigió una advertencia sobre la traición al emperador Alejo, por medio de algunos jefes de nuestro ejército.

Habiendo llegado a los alrededores de Constantinopla cerca del 22 de abril, Raimundo de Saint-Gilles fue recibido por Alejo Comneno.

El emperador y su séquito recibieron con grandes honores al conde, y el emperador le pidió que prestase el juramento y el homenaje que los otros príncipes le habían prestado. El conde respondió que no había llegado hasta allí para reconocer a otro señor o para combatir por alguien que no fuese Aquel por el que había dejado su patria y sus bienes.

El emperador Alejo Comneno había tenido durante ese tiempo una sola preocupación: hacer prestar juramento, uno por uno, a todos los jefes que iban llegando a su territorio. Una gran ventaja se le presentaba, y él, con su agudeza griega, no podía desperdiciarla: las tierras que iban a conquistar los cruzados habían pertenecido en otro tiempo al Imperio Bizantino. Si aquellas tierras eran reconquistadas, ¿le serían acaso devueltas? El me-

dio más seguro para obtenerlo era convertir, desde el comienzo, a todos los jefes de la expedición en sus vasallos. Ante esa pretensión, las reacciones fueron muy diferentes. El primero en llegar, Hugo de Vermandois, prestó juramento sin ninguna dificultad. Los otros cruzados protestaron: ¿es que acaso pretendía el emperador transformar en mercenarios a los cruzados que se habían alistado después del llamado del Papa, para reconquistar el Santo Sepulcro? De buen o mal talante, todos tuvieron que hacerlo, pues Alejo, el Basileus, disponía del medio más simple y eficaz para hacer que los cruzados se sometiesen a su voluntad: podía cortarles los víveres. Raimundo de Saint-Gilles fue el único que en dicha circunstancia se mostró independiente. El emperador no pudo obtener de él otro juramento que el de obligarse á "respetar la vida y el honor del emperador". Los otros terminaron por jurar obediencia y fidelidad, aconsejados por Bohemundo de Tarento. Bohemundo, unido in extremis a los cruzados francos, poseía una experiencia de muchos años sobre la diplomacia bizantina y alguna vez había combatido con los ejércitos imperiales. Formaba parte del grupo de normandos de Sicilia, un puñado de hombres que había arrebatado la isla a los musulmanes, junto con la Italia del sur, y estaban allí instalados, semicondottieri, semif feudales, temidos tanto por su astucia como por su fuerza. Ana Comneno, que tan parca fue en la descripción de los otros jefes cruzados, se detiene en él para trazar su retrato, con una mezcla de complacencia y temor retrospectivos, mostrándonos sin duda que aquel hombre le produjo una gran impresión en su juventud.

Jamás se había visto antes, en tierras de Bizancio, un hombre que como él, bárbaro o griego, hubiese suscitado tanta admiración al verlo y tanto temor al escuchar su fama. Para describir con más detalle la fisonomía de aquel bárbaro diré que en estatura sobrepasaba en más de un codo a los más altos, que era esbelto, sin gordura, de anchas espaldas, amplio pecho y brazos vigorosos. El conjunto de su persona no era ni descarnado ni corpulento, sino conforme, por así decirlo, al canon de Policleto; tenía manos fuertes y estaba muy bien plantado sobre sus pies, el cuello y los hombros eran robustos... Tenía la piel muy blanca, pero en su rostro lo blanco se mezclaba con lo rojo. El pelo era blanco, y no le caía sobre los hombros, como solían llevarlo los otros bárbaros; aquel hombre no tenía la manía de los cabellos largos; los llevaba cortados sobre las orejas. ¿La barba era roja o de otro color? No sabría decirlo, pues la navaja

había pasado sobre ella y había dejado una superficie tan pulida como el mármol, aunque en realidad parecía que fuera roja. Sus ojos azules expresaban a la vez valentía y dignidad. La nariz y las aletas de la nariz respiraban el aire con libertad; el pecho era proporcionado a esas aletas y las aletas al pecho tan ancho.

Había en aquel guerrero un cierto encanto, atemperado por un no sé qué de tremendo que todo su ser emanaba. Porque aquel hombre era duro y salvaje, y por su estatura, por su mirada, y hasta por su misma risa, hacía temblar a quienes lo rodeaban. Estaba formado en cuerpo y alma para que en él se alzasen el amor y la valentía, y ambos tendían hacia la guerra. Poseía un espíritu flexible, astuto, abundante en subterfugios adecuados para cada ocasión. Sus palabras estaban perfectamente calculadas y sus respuestas eran siempre ambiguas. Aquel hombre superior sólo era aventajado por mi padre en fortuna, elocuencia y otros dones de la naturaleza.

Es también Ana Comneno quien después de relatar el juramento prestado por los jefes de la cruzada, evoca una escena en la que se hace evidente la oposición que había entre los francos y los griegos, y las diferencias que había entre unos y otros en educación y en cultura.

Una vez que todos estuvieron reunidos, incluso el mismo Godofredo, y luego de haber prestado juramento cada uno de los condes, un noble tuvo la audacia de sentarse en la silla del Basileus. El Basileus lo sufrió con paciencia, sin decir una palabra, pues conocía muy bien la naturaleza arrogante de los latinos; pero el conde Balduino intervino y tomando a aquel noble de la mano lo obligó a levantarse al mismo tiempo que le dirigía vivos reproches: "Tú no puedes obrar de ese modo", le dijo, "luego de haber jurado vasallaje al Basileus. No acostumbran los Basileus permitir a sus vasallos que se sienten junto con ellos, y los que se han transformado en súbditos de Su Majestad deben observar los usos del país." El hombre nada respondió a Balduino, pero lanzó una furibunda mirada al Basileus y murmuró aparte algunas palabras en su lengua: "¡Qué palurdo! Sólo él se sienta mientras todos estos valientes capitanes deben permanecer de pie delante de él." Los movimientos de los labios del latino no pasaron inadvertidos para el Basileus, quien llamó a uno de sus intérpretes de lengua latina y le pidió que le dijese el sentido de aquellas palabras. Luego de enterarse de lo que el latino había pro-

ferido, no le hizo ninguna reflexión en aquel momento...

Cuando todos comenzaron a despedirse, el Basileus llamó al orgulloso e impúdico latino y le preguntó quién era, de qué país y qué linaje. "Yo soy un franco puro", respondió aquél, "y de la nobleza; y yo sé una cosa, y es que en una encrucijada del país donde nací, hay un santuario edificado hace muchísimo tiempo, donde cualquiera que quiere pelear en singular combate va a colocarse, pide a Dios su ayuda, y espera en ese lugar la llegada del hombre que osará desafiarlo. En aquella encrucijada¹ permanecí mucho tiempo sin ocupación, esperando un antagonista; pero el hombre con suficiente audacia para serlo jamás se presentó." El Basileus respondió a esas palabras diciendo: "Si esperaste combatir sin que se presentase la ocasión, ahora quedarás abrumado por ella."

EL "CAMINO DE LA CRUZ"

Combates no iban a faltar, pero sus resultados no serían exactamente los que hubiera querido el emperador, que por su parte permaneció en su sede y desde el punto de vista militar sólo hizo un esfuerzo mínimo. Un cuerpo de soldados griegos se sumó a la expedición, bajo las órdenes del general Tatikios, llamado "el hombre de la nariz de oro". (En un combate precedente le habían cortado la nariz y según se decía un cirujano estético de aquel entonces se la había reemplazado por una nariz de oro.) Pero según lo que cuenta Ana Comneno, aquel cuerpo de ejército se sumó a los cruzados no sólo para ayudarlos en cualquier necesidad, sino también "para tomar posesión de las ciudades conquistadas". Por otra parte Tatikios y su tropa no tardaron en desertar cuando la situación de los cruzados en Antioquía se hizo insostenible.

Y a su vez, ¿cómo reaccionaron los turcos al enterarse del avance de los ejércitos francos? Las poblaciones musulmanas habrán experimentado algún temor, desde luego, pero los jefes, especialmente aquellos turcos seldjúcidas, que en tan poco tiempo habían hecho temblar al mundo, ¿qué actitud asumieron? El resultado de aque-

¹ Quizá se trate de la tumba del obispo San Drausin, cerca de Soissons, cuyo hermoso sarcófago se encuentra ahora en el Museo de Louvre; quienes deseaban entablar un combate singular tenían por costumbre ir a invocarlo.

lla aventura no era difícil adivinarlo, según ellos. Aquellos cuerpos expedicionarios que se internaban en un país desconocido con un número reducido de fuerzas traídas desde muy lejos ¿podrían soportar durante mucho tiempo el choque con un ejército sólidamente instalado en el país, famoso por su valentía y poseedor de todas las ventajas estratégicas? Guillermo de Tiro reproduce una carta del sultán Solimán escrita para tranquilizar a sus súbditos de Nicea, y en la que expresa el sentir general:

No tengáis ningún temor a esa numerosa multitud: llegados desde países muy lejanos donde se pone el sol, cansados por lo largo del camino y los trabajos que los han agotado, carentes de caballos que puedan soportar el peso de la guerra, no podrán igualarnos en fuerza y en valentía a nosotros, que hemos llegado recientemente al lugar. Podéis recordar con cuánta facilidad hemos triunfado sobre sus divisiones numerosas, pues en un solo día exterminamos a más de cincuenta mil de sus hombres. Tranquilizaos y no temáis; mañana, antes de las siete del día, habréis sido consolados y os veréis libres de vuestros enemigos.

Pero las reacciones de aquella multitud debían sorprender a todos. Ante todo porque junto con la intrepidez y la resistencia física aquellos barones demostraron poseer cualidades que también nos sorprenden a nosotros, y que iban a manifestarse plenamente en aquellas playas extranjeras: una inventiva y un sentido práctico que ante cada dificultad les permitió hallar la solución más adecuada. Es decir, que los barones, cuya habilidad de constructores habría de manifestarse muy pronto, obran como un conjunto de técnicos. Así lo demuestran, en cuanto entran en tierras "paganas", después de haber cruzado las inciertas fronteras del Imperio Bizantino, con el trazado y alineamiento de los caminos.

El duque Godofredo¹ llegó en primer lugar a Nicomedia con Tancredo y los otros; allí permaneció tres días.

El duque, advirtiéndole que no existía ningún camino por donde él pudiese conducir sus tropas hasta Nicea, porque el camino que siguieron los primeros cruzados era insuficiente para un pueblo tan numeroso, envió una avanzada de tres mil hombres armados con hachas y espadas para limpiar y alargar el camino, con el fin de que nuestros peregrinos pudiesen seguirlo hasta Nicea.

¹ Anónimo de la primera cruzada.

Abrieron un camino a través de los desfiladeros de una montaña inmensa y a su paso fabricaron cruces de hierro y de madera que pusieron en los zócalos para que pudiesen servir de indicación a nuestros peregrinos. Llegamos a Nicea, que es la capital de toda la Romania, el cuarto día antes del nono de mayo y establecimos un campamento.

Antes de que llegase el señor Bohemundo hubo tanta escasez de pan entre nosotros que un solo pan se vendía hasta a veinte o treinta denarios¹. Pero cuando el prudente Bohemundo llegó, trajo por mar un abundante socorro de víveres. Llegó por dos partes al mismo tiempo; por tierra y por mar, y una gran prosperidad reinó en el ejército cristiano.

La primera ciudad que se presentó ante los cruzados, Nicea, les permitió desplegar toda su capacidad. Nicea estaba situada al borde de un lago, el lago Ascanio, comunicado con el mar de Mármara, por el cual los turcos podían cómodamente abastecerse de víveres. Situada a unos 100 kilómetros de Constantinopla, los turcos la habían conquistado quince años antes, en 1081, y constituía una amenaza permanente para el Imperio Bizantino. Estaba sólidamente defendida por una muralla fortificada construida en el siglo IV y el número de sus torres era de 240. El 14 de mayo los cruzados llegaron frente a sus murallas; se apoderaron de la ciudad el 19 de junio, después de haber demostrado su capacidad de zapadores. Se comenzó por minar y zapar las murallas, pero como dada su ubicación la ciudad sólo podía ser sitiada por un costado, mientras el resto quedaba abierto sobre el lago, los cruzados recurrieron a una estratagema que los enemigos ni por un momento hubieran podido sospechar: pidieron al emperador una flota y la transportaron por vía terrestre hasta el lago.

El mismo día², el sábado después de la Ascensión del Señor, una puerta [de Nicea] fue ocupada por el conde de Saint-Gilles y el obispo de Puy [los primeros en llegar frente a la ciudad]. El conde, a la cabeza de sus valientes soldados, atacó a los turcos que avanzaban ha-

¹ Es difícil establecer la equivalencia de precios con la Edad Media, pero si se compara el precio medio de un cordero (6 denarios) resulta evidente que era una suma exorbitante. En Marsella, en una época en que la vida aumentó notablemente (siglo XIII), por un denario se podía comprar una libra y media de pan blanco.

² Anónimo de la primera cruzada.

cia nosotros. Cubiertos por todos lados con signos de la cruz, atacaron con vigor y los vencieron, haciéndolos huir y obligándolos a abandonar a sus numerosos muertos. Pero otros turcos acudieron en socorro de los primeros, alegres y contentos, confiados en la segura victoria, arrastrando tras ellos unas cuerdas con las que pensaban llevarnos amarrados al Khorassan. Llenos de alegría comenzaron a descender progresivamente desde una altura; pero a medida que descendían iban quedando en el lugar, descabezados por los nuestros. Luego, con ayuda de una honda, los nuestros arrojaron dentro de la ciudad las cabezas de los muertos, con intención de sembrar pánico entre los turcos.

Después el conde de Saint-Gilles y el obispo de Puy deliberaron sobre los medios que habrían de emplearse para minar una torre que se hallaba delante de nuestras tiendas. Designaron a los hombres que debían minar la torre, y a los ballesteros y arqueros que debían protegerlos. Cavaron hasta llegar a los cimientos de la muralla y apilaron vigas y leña; luego les prendieron fuego. Al caer la tarde la torre se derrumbó, pero ya se hacía de noche, y por culpa de la oscuridad no se pudo entablar combate.

En medio de la noche los turcos se levantaron de prisa y repararon la muralla con tanta solidez que al llegar el día fue imposible atacarlos por aquel lado.

Pronto llegaron Roberto, conde de Normandía, el conde Esteban y muchos otros; después Rogelio de Barneville. Bohemundo sitió la ciudad sobre el primer frente; junto a él estaba Tancredo, en seguida el duque Godofredo, el conde de Flandes, apoyado por Roberto de Normandía, luego el conde de Saint-Gilles y, con él, el obispo de Puy. El bloqueo terrestre fue tan estrecho que nadie osaba entrar en la ciudad o salir de ella; en aquella ocasión todos formaban un solo cuerpo. ¿Quién podría enumerar aquel formidable ejército de Cristo? Nadie, creo yo, vio ni verá jamás tal cantidad de caballeros valientes.

Nuestros jefes¹ mandaron construir máquinas de guerra, arietes, zapadoras, torres de madera y catapultas. Los arcos tendidos lanzaban flechas; se arrojó sobre la ciudad una lluvia de piedras. Los enemigos manifestaron su poder y nosotros el nuestro en cada combate. Con ayuda de las máquinas y protegidos por nuestras armas asaltamos numerosas veces la ciudad, pero la poderosa resistencia de las murallas nos rechazaba. Muchos turcos

¹ *Foucher de Chartres.*

y muchos francos perecieron atravesados por las flechas o aplastados por las piedras.

Daba tanta pena, que hacía suspirar de compasión, ver cómo los turcos luego que lograban herir a uno de los nuestros, al pie de las murallas, arrojaban desde lo alto unos garfios de hierro, lo levantaban por el aire, aún vivo, y subían su cuerpo sin vida, la mayor parte de las veces recubierto con una coraza, sin que ninguno de nosotros osase o pudiese arrebatárles la presa, y después de despojar el cadáver volvían a arrojarlo por sobre la muralla.

La estratagema de los cruzados:

Había¹ junto a la ciudad un lago inmenso donde los turcos tenían sus barcas, y de ese modo podían salir y entrar llevando forraje, leña y otras mercancías.

Se decidió² de común acuerdo enviar hasta el puerto de Civitot un gran número de caballeros e infantes para que desde el mar transportasen en vehículos, por rutas de tierra, hasta el lago de Nicea, los navíos que se habían pedido al señor emperador y que éste concedió. En silencio y de noche, a lo largo de siete millas de camino, se arrastraron aquellas naves tan pesadas y tan grandes que podían contener a unos cien hombres, y se las llevó hasta la orilla del agua, cuando comenzó a salir el sol.

Primero se las puso en seco³, junto a la orilla; después de colocar uno tras otro tres o cuatro carros, de acuerdo con el largo de las naves, se las subió sobre ellos, y durante toda la noche se recorrió la distancia de más de siete millas, arrastrando las naves hasta el lago, utilizando para ello amarras y el esfuerzo multiplicado de hombres y caballos. Cuando llegaron y botaron las naves en las aguas del lago, el ejército cristiano prorrumpió en gritos de júbilo. Todos los jefes acudieron a la orilla y se llamó a los remeros hábiles en el arte de la navegación. Subieron después a los navíos hombres probados en el manejo de las armas y de reconocido valor, y entonces creció la esperanza de que con la ayuda de Dios muy pronto la ciudad caería en poder de los sitiadores.

Los enemigos, entre tanto, al ver sobre el lago un número mayor de navíos del que solía haber, se asombraron mucho y se preguntaron al comienzo si no sería una escolta que acompañaba a un nuevo cargamento que

¹ Anónimo.

² Alberto de Aix.

³ Guillermo de Tiro.

llegaba a socorrerlos, o si los nuestros habían ideado algo diferente. Cuando supieron que nuestros soldados habían ido a buscar aquellas naves hasta el mar y las habían transportado por la carretera con muchas dificultades para botarlas después en el lago, admiraron la habilidad y la fuerza de quienes concibieron y ejecutaron una empresa tan extraordinaria.

La ciudad quedó cercada por todas sus partes y los príncipes decidieron enviar a buscar al bosque vecino el material necesario para construir a toda prisa las máquinas vulgarmente llamadas *scrophae*, que sirven para demoler murallas, y las ballestas conocidas con el nombre de *manganes*, y otras especies de máquinas que sirven para arrojar piedras; al mismo tiempo reunieron a los obreros y los invitaron a que se diesen prisa en la ejecución de sus trabajos, para poder atacar la plaza con éxito.

Efectivamente, la ciudad fortificada de Nicea cayó en poder de los cruzados. Pero cuál no sería el asombro de éstos cuando se aprestaban a realizar el asalto definitivo, al ver flamear sobre las torres el estandarte imperial bizantino. La misma hija del emperador, Ana Comneno, lo confiesa: se había llegado a un acuerdo, a espaldas de los cruzados, con los turcos. La ciudad sería entregada al emperador sin más combates, a condición de que se respetase la vida de los habitantes de Nicea. El acuerdo frustró evidentemente la victoria de los cruzados. Vencedores en las armas, fueron vencidos por la diplomacia imperial. Se comprende que aquello hubo de suscitar en las filas de los cruzados algún rencor contra los bizantinos. Favorecidos por los acontecimientos, el emperador, a medida que los barones francos emprendieron la marcha, recuperó las provincias de la costa: Misia, Jonia, Lidia.

No pasó mucho tiempo sin que los cruzados se encontrasen, en campo abierto, con los escuadrones turcos. El 29 de junio de 1097 descubrieron junto a su campamento algunas patrullas enemigas; a la mañana siguiente comenzó la batalla. Fue la primera batalla campal que entablaron con un enemigo cuya táctica desconocían y cuyas fuerzas eran muy superiores en número de hombres. Después de un primer desfallecimiento, debido sobre todo al desconcierto que en sus filas producían los ataques de los arqueros montados, los cruzados reaccionaron, y, por último, después de cruentas pérdidas, alcanzaron la victoria. La batalla de Dorilea fue un paso

decisivo porque por primera vez los turcos habían sido derrotados en su propio territorio.

No habíamos recorrido todavía dos jornadas de camino¹, cuando nos enteramos de que los turcos, que se habían emboscado, se aprestaban a combatirnos en unos llanos por donde suponían que atravesaríamos nosotros. Esas noticias no disminuyeron nuestra audacia.

A la segunda hora del día nuestros vigías vieron avanzar la vanguardia de los turcos. En cuanto lo supimos, plantamos nuestras tiendas en un lugar lleno de cañaverales, para desembarazarnos prontamente de nuestras cargas, es decir, de nuestros equipajes y estar de ese modo listos para empuñar las armas. No bien habíamos acabado aquellos preparativos cuando los turcos aparecieron, llevando a la cabeza a su príncipe y emir Solimán, el que tenía sometida la ciudad de Nicea y toda la Romania. Junto a él se habían congregado los turcos de las comarcas más orientales, que por orden suya habían marchado durante treinta días, y aún más, para prestarle ayuda. Con él estaban además numerosos emires, como Amurath, Miriath, Omar, Amiraï, Lachin, Caradig, Boldagis y otros. Todos aquellos hombres armados formaban una masa de trescientos sesenta mil combatientes, todos montados y armados con arcos, según su costumbre. De nuestro lado había infantes y caballeros, pero el duque Godofredo, el conde Raimundo y Hugo el Grande faltaban desde hacía dos días, pues engañados por un camino que se bifurcaba, sin saberlo se habían alejado del grueso del ejército con numerosa tropa. Aquella fue una desgracia irreparable que trajo como consecuencia la muerte de muchos de los nuestros e impidió que fueran aprisionados o muertos muchos turcos. Los jefes recibieron con atraso los mensajes que les enviábamos y llegaron tarde en nuestra ayuda. Entre tanto, los turcos, llenos de audacia y lanzando horribles alaridos, comenzaron a lanzar sobre nosotros una lluvia de flechas. Sorprendidos al sentirnos atacados tan de improviso por golpes que mataban y herían a una muchedumbre de los nuestros, emprendimos la fuga, y todo ello se debió a que no conocíamos aquel estilo de combate.

La primera vez² los turcos arrojaron sobre nosotros una cantidad tan espesa de flechas que ni la lluvia ni el granizo hubieran podido producir tanta oscuridad, y muchísimas de ellas atravesaron a los nuestros; y cuan-

¹ *Foucher de Chartres.*

² *Guillermo de Tiro.*

do los primeros hubieron vaciado sus aljabas y arrojado sus flechas, los segundos llegaron hasta allí y comenzaron a tirar de un modo inimaginable.

Los escuadrones de turcos se precipitaron en seguida sobre nuestro ejército lanzando una cantidad tan grande de flechas que parecía que el cielo se precipitase convertido en granizo. Luego de aquella primera nube, que cayó formando un arco de círculo, siguió una segunda, no menos espesa que la anterior, y los que no habían sido alcanzados al principio no pudieron evitarlo la segunda vez. Aquel estilo de combate era desconocido por nuestros soldados. No podían defenderse en igualdad de condiciones pues no estaban acostumbrados a ello, y a cada momento veían caer sus caballos sin poder impedirlo. Ellos mismos, heridos de improviso por heridas muchas veces mortales, de las que no podían escapar, intentaban rechazar a los enemigos, lanzándose sobre ellos e hiriéndolos con la espada y la lanza. Aquéllos, a su vez, incapaces de resistir ese ataque, se apartaban con rapidez para evitar el primer choque, y al no encontrar a nadie delante de ellos, chasqueados por su empuje, nuestros soldados debían replegarse otra vez sobre su línea de combate. Mientras ellos se retiraban sin haber logrado realizar lo que habían intentado, los turcos se rehacían con prontitud y volvían a lanzar sus flechas que caían sobre nuestras filas como la lluvia, no dejando sin herida mortal a casi ninguno. Nuestros hombres resistían todo lo que podían, protegidos por sus cascos...

Del otro lado del pantano¹, cubierto de cañaverales, numerosos escuadrones de turcos caían a toda carrera sobre nuestras tiendas, robaban nuestro equipaje y mataban a nuestras gentes; pero de pronto, y gracias a la voluntad de Dios, la vanguardia de Hugo el Grande, del conde Raimundo y del duque Godofredo apareció por detrás de esa escena desastrosa, y como en nuestra fuga habíamos retrocedido hasta las tiendas, parte de los enemigos que había penetrado en medio del campo huyeron a toda prisa, persuadidos de que volvíamos para atacarlos; pero lo que suponían audacia y valentía, hubiesen estado más acertados si lo hubieran atribuido al miedo. ¿Qué puedo decir? Apretados los unos contra los otros, como corderos encerrados dentro de un corral, temblando y víctimas del miedo, rodeados por todas partes de turcos, no osábamos ir hacia ninguna parte (...).

El aire retumbaba repleto de los penetrantes gritos que por una parte lanzaban nuestros hombres, nuestras

¹ *Foucher de Chartres.*

mujeres y nuestros niños, y por la otra, los paganos que se arrojaban sobre nosotros. Habiendo perdido toda esperanza de salvar nuestras vidas, reconocíamos nuestros pecados y crímenes e implorábamos piadosamente la misericordia divina. Entre los peregrinos estaban el obispo de Puy, nuestro señor, y otros cuatro prelados y muchos otros sacerdotes, todos revestidos con ornamentos blancos, suplicando humildemente al Señor que abatiese la fuerza de nuestros enemigos y extendiera sobre nosotros los dones de su misericordia. Todos cantaban y oraban con lágrimas, y una muchedumbre de los nuestros, temerosos de morir muy pronto, se precipitaban a sus pies y confesaban sus pecados. Mientras tanto nuestros jefes, Roberto, conde de Normandía, Esteban de Blois y Bohemundo, conde de Flandes, se esforzaban en rechazar, y algunas veces hasta en atacar, a los turcos, que, por su parte, caían audazmente sobre los nuestros. Pero felizmente el Señor, apaciguado por nuestras súplicas, (...) aumentó poco a poco nuestro coraje y debilitó más y más el de los turcos. Al ver a nuestros compañeros que acudían en nuestra ayuda por detrás, alabamos a Dios, recuperamos nuestra audacia primera y, volviendo a formar tropas y cohortes, intentamos enfrentar al enemigo.

Como ya lo he dicho, los turcos nos mantuvieron acorralados desde la primera hora del día hasta la sexta, pero poco a poco nos reanimamos y nuestras filas aumentaron con la llegada de nuestros compañeros; la gracia de lo alto se manifestó milagrosamente en favor nuestro, y vimos a todos los infieles volvernó la espalda y emprender la huida, como arrastrados por un súbito impulso. Lanzando grandes gritos, los perseguimos a través de montañas y valles, y no cesamos de darles caza hasta que nuestra vanguardia llegó al campamento de los turcos. Allí, parte de los nuestros cargó el equipaje y las tiendas de los enemigos sobre una muchedumbre de caballos y camellos que habían abandonado en medio de su espanto, mientras otros acosaban a los turcos, persiguiéndolos hasta la noche. Pero como nuestros caballos estaban agotados de hambre y cansancio no pudimos hacer muchos prisioneros. Lo que por otra parte fue un gran milagro de Dios es que aquellos paganos no detuvieron su huida ni al día siguiente, ni siquiera al tercero, y sin embargo, sólo era el Señor el que los perseguía.

A TRAVES DE LOS DESIERTOS

El 4 de julio de 1097 los cruzados prosiguen su camino, que ha de ser penoso, pues el reabastecimiento de víveres hallará muchas dificultades.

Seguimos nuestra marcha¹ a través de los desiertos, por una tierra sin agua y deshabitada, de donde a duras penas salimos con vida. El hambre y la sed nos persiguieron y no tuvimos casi qué comer, fuera de las espinas que nos arrancábamos y frotábamos en nuestras manos: éstos fueron los alimentos con que vivimos miserablemente. Allí murió la casi totalidad de nuestros caballos y muchos de nuestros jinetes debieron seguir a pie. Por falta de monturas los bueyes se convirtieron en corceles, y era tanta la necesidad que las cabras, los corderos y los perros debieron transportar nuestro equipaje.

Los cruzados descubren un maná en el desierto: la caña de azúcar.

Cuando se encaminaron² hacia el interior del país de los sarracenos, no pudieron obtener de los odiosos habitantes de esa comarca ni pan, ni ninguna clase de alimentos; nadie se acercaba para vendérselos o dárselos. Sucedió que después de haber consumido todas las provisiones, muchos de entre ellos se vieron acosados por el hambre. Los caballos y los animales de carga, carentes de alimentos, sufrían el doble, pues no comían y debían caminar. En aquellas tierras se encontraron algunas plantas maduras, parecidas a cañas, a las que se llama *canna mellis* [caña de miel], nombre compuesto de dos palabras: *canna* [caña] y *mel* [miel]. Por eso es, creo yo, que llaman miel salvaje a la que se extrae de esas plantas. Las devoramos con hambre, por su sabor azucarado; pero era un recurso muy limitado. Debimos soportar por amor de Dios hambre, frío, lluvias torrenciales y muchos otros males. A muchos de los nuestros les faltaba el pan, y por eso comieron caballos, asnos y camellos. Para colmo de males, con mucha frecuencia debíamos soportar un frío penetrante y abundantísimas lluvias, sin poder secarnos luego al sol, después de haber quedado empapados por el agua, pues durante cuatro o cinco días no cesaba de llover. He visto a muchos

¹ Anónimo.

² Foucher de Chartres.

de los nuestros, sin tiendas donde guarecerse, perecer por culpa de aquellos fríos adversos. Sí, yo, Foucher, que estuve en ese ejército, he visto morir en un mismo día muchos individuos de uno y otro sexo, y cantidad de animales ateridos por las lluvias.

Una circunstancia favoreció la marcha de los cruzados: la existencia de una verdadera "quinta columna" en medio de la población. Los armenios y cristianos de Asia Menor y Siria debían ver con buenos ojos la llegada de los cristianos de Occidente. Estos avanzaron hasta la región de Iconium [Konya], penetraron en Heraclea, y después de dividirse en dos grupos, uno se dirigió hacia el sur en dirección de la Cilicia, para apoderarse de Tarso, y el otro siguió en dirección a Cesarea de Capadocia.

Llegamos¹ felizmente a Cesarea de Capadocia. Después de haber dejado Capadocia llegamos a una ciudad magnífica y muy rica, que poco antes de nuestra llegada los turcos habían sitiado durante tres semanas [*Plascencia*]. No lograron tomarla, y cuando llegamos nosotros, la ciudad se rindió y se entregó en nuestras manos con gran alegría. Un caballero, llamado Pedro de Aups, la pidió a todos los señores, con el fin de defenderla, para que permaneciese fiel a Dios y al Santo Sepulcro, a los señores y al emperador. Le fue acordada con beneplácito. La noche siguiente, Bohemundo supo que los turcos que habían sitiado la ciudad nos precedían con frecuencia. Inmediatamente, sólo con sus caballeros, se dispuso a perseguirlos por todas partes. Pero no pudo hallarlos.

Seguimos después a una ciudad llamada Coxon [*probablemente Guenk-Su, en la vertiente meridional del Taurus*], que poseía los abundantes recursos que necesitábamos. Los cristianos habitantes de la ciudad se rindieron en seguida [*probablemente eran armenios*]. Permanecimos allí durante tres días y los nuestros pudieron restablecerse.

El grueso del ejército, después de Cesarea, se encaminó hacia el sudeste y debió enfrentar las dificultades del terreno al intentar atravesar los desfiladeros del Antitauro.

Penetramos² en la montaña diabólica, tan alta y angosta que nadie osaba adelantarse a los otros por el sen-

¹ Anónimo.

² Anónimo.

dero que subía por sus flancos; los caballos se precipitaban por los barrancos y cada acémila arrastraba tras ella a otra. Por todas partes los caballeros demostraban su desolación, propinándose golpes con sus propias manos, llenos de dolor y tristeza, preguntándose qué sería de ellos y de sus armas. Vendían sus escudos y cotas de malla por tres o cinco denarios, o por nada. Los que no habían podido venderlos los arrojaban lejos de sí y continuaban su camino.

Al descender de aquella execrable montaña llegamos a una ciudad llamada Marasch. Los habitantes salieron gozosos a nuestro encuentro, nos dieron copiosos víveres, y en medio de la abundancia esperamos la llegada del señor Bohemundo. Por último los caballeros entraron en el valle donde se levanta la ciudad real de Antioquía [*valle del Orontes*], que es la capital de toda la Siria.

EL SITIO DE ANTIOQUIA

El 21 de octubre de 1097 llegaron los primeros contingentes de cruzados ante las murallas de Antioquía. El cronista Alberto de Aix los describe del siguiente modo:

Los cruzados van hacia las murallas de Antioquía, en medio del esplendor de los escudos dorados, verdes, rojos y de otros colores; despliegan sus banderas de oro y de púrpura; montan los caballos de guerra y van revestidos de escudos y cascos resplandecientes.

Parece un fragmento de un cantar de gesta, y sin embargo es el relato de un cronista, y de un cronista que por lo común es muy exacto y que sólo traduce la sensación que debía producir aquel ejército de colores resplandecientes, como gustaban entonces. La ciudad hacia la que se dirigen es también digna de un cantar de gesta. Antioquía, al pie del monte Silpius, bañada por el Orontes, que la une al mar, era prácticamente inexpugnable, con su muro de doce kilómetros de largo, erizado por trescientas sesenta torres. Al llegar los cruzados no habrán sospechado que permanecerían junto a la ciudad durante más de un año. Desde junto a esas murallas, el conde Esteban de Blois, uno de los más principales barones, envía noticias suyas a su mujer, Adela de Normandía, hija de Guillermo el Conquistador.

El conde Esteban a Adela, su muy dulce y muy amada esposa, a sus queridos hijos, y a todos sus vasallos de su linaje, salud y bendición.

Podéis estar seguros, muy queridos, de que el mensajero que os envió para confortaros, me deja delante de Antioquía sano y salvo, y por la gracia de Dios, con mucha prosperidad. En estos momentos, junto con todo el ejército elegido por Cristo y por él dotado de gran valor, hace veintitrés semanas que avanzamos sin cesar hacia la Morada de Nuestro Señor Jesús. Podéis tener por seguro, mi bienamada, que en oro, plata y toda suerte de riquezas, tengo en el presente dos veces más de lo que vuestro amor me entregó cuando os dejé, porque todos nuestros príncipes, con el consentimiento del ejército entero, y contra mis propios deseos, nombráronme jefe, cabeza y guía de la expedición.

Sin duda habéis oído decir que después de habernos apoderado de la ciudad de Nicea, libramos una gran batalla contra los pérfidos turcos, y con la ayuda de Dios los vencimos. Conquistamos para el Señor toda la Rumania y después la Capadocia. Supimos que uno de los príncipes de los turcos, Assam, habitaba en Capadocia; encaminamos nuestros pasos hacia él. Conquistamos por la fuerza todos sus castillos y le obligamos a huir a otro castillo, muy fuerte, edificado en un risco muy alto. Entregamos las tierras de Assam a uno de nuestros jefes, y para que pueda conservarlas dejamos con él muchos soldados de Cristo. Desde allí, siguiendo siempre a los malditos turcos, los rechazamos hacia el centro de Armenia, junto al gran río Eufrates. Dejando sus bagajes y acémilas a orillas del río, huyeron por la otra orilla, hacia la Arabia.

Entretanto los más audaces soldados turcos entraron en Siria y se apresuraron, con marchas forzadas, de noche y de día, para poder llegar antes que nosotros a la real ciudad de Antioquía. Todo el ejército de Dios, al saberlo, dio gracias y alabó a Dios Todopoderoso. Nos apresuramos gozosos en llegar a la ciudad de Antioquía, la sitiábamos y desde entonces hemos tenido con frecuencia escaramuzas con los turcos, y siete veces los hemos combatido con gran valentía, bajo el mando de Cristo, a ellos, a los habitantes de Antioquía y a las innumerables tropas que han venido en su socorro, y en las siete batallas, con la ayuda del Señor Dios, vencimos y dimos muerte a un gran número de enemigos; en las mismas batallas, también es verdad, y en los numerosos ataques que hemos realizado contra la ciudad, muchos de nuestros hermanos fueron muertos y sus almas arrebatadas a los gozos del paraíso (...).

Delante de la ciudad, durante todo el invierno, hemos soportado por Cristo Nuestro Señor un frío excesivo y lluvias torrenciales. Lo que algunos dicen sobre el calor del sol imposible de soportar en Siria, no es verdad, porque el invierno de aquí se parece mucho a nuestro invierno de Occidente. . . Mientras el día de Pascua mi capellán Alejandro escribía a toda prisa esta carta, una partida de nuestros hombres que acechaba a los turcos libró con ellos una batalla victoriosa y les tomaron sesenta jinetes, cuyas cabezas trajeron al ejército.

Os escribo algunas pocas cosas de todo cuanto hemos hecho; y dado que no soy capaz de deciros todo lo que pienso, os recomiendo que obréis bien, que veléis con cuidado mis tierras y cumpláis con vuestro deber para con vuestros hijos y vasallos. Me volveréis a ver cuando pueda regresar a estar con vosotros. Adiós.

La complicidad que pudieron establecer con los pobladores del interior de la ciudad, muy en especial con los armenios, fue una gran ayuda para los cruzados.

Desde que nuestros ejércitos llegaron¹ junto a los muros de Antioquía y comenzó el cerco, los habitantes de la ciudad tuvieron por sospechosos a los griegos, sirios, armenios y a todos sus conciudadanos, de cualquier nación que fuesen, que profesasen la fe cristiana. Por ello expulsaron a todos cuantos tuvieron por estorbo, a los débiles, a los que apenas tenían los víveres necesarios para su mantenimiento y el de sus familias, y sólo conservaron dentro de la ciudad a los ricos, a los que tenían grandes patrimonios y con facilidad podían proveer sus casas con toda clase de mercaderías. A éstos, por su parte, abrumados por muchas cargas ordinarias y extraordinarias, más les habría valido contarse entre el número de los expulsados y no entre quienes, por gracia especial, habían recibido el permiso para permanecer dentro de la ciudad. Con frecuencia les imponían enormes multas en dinero, con violencia les arrebatában lo que poseían y además los sacaban de sus casas para obligarlos a realizar los más viles servicios, las cargas más onerosas. Si había que levantar maquinarias, si había que transportar grandes postes, se les obligaba a que ellos lo hiciesen. Unos debían transportar piedras, sillares y todos los materiales necesarios para la construcción; otros debían proveer las máquinas de piedras y trozos de roca para lanzar desde las murallas; y otros debían estar al cuidado de los cables con que se

¹ Guillermo de Tiro.

arrojaban a lo lejos toda clase de proyectiles, y todos se veían obligados a obedecer ciegamente los caprichos de sus jefes, sin ninguna demora y sin ningún momento de descanso.

Por entonces, en el campamento de los cruzados que cercaban Antioquía, comienza a insinuarse cierta inquietud: empezaban a padecer hambre.

Hacia tres meses¹ que había empezado el sitio: los víveres comenzaron a escasear en el campamento, y nuestras tropas debieron sufrir mucho por aquella escasez. Al principio se había tenido mucha abundancia de todo; los caballos tenían más forraje del que hubiesen podido consumir, y los soldados creyeron como imprudentes que aquella prosperidad duraría siempre, y no se limitaron nunca, y tanto abusaron de la prosperidad que en pocos días prodigaron provisiones que utilizadas con cuidado hubiesen sido suficientes para mucho más tiempo. En el campamento no se observaba ninguna regla, no se seguía ningún principio de economía, la consejera de los hombres prudentes: por doquier reinaban un lujo y una profusión sin precedentes. La prodigalidad se ejerció no sólo con el alimento de los hombres; también se descuidó el forraje destinado a los animales de carga y los caballos. Poco a poco el ejército llegó a carecer de todo y el hambre no tardó en manifestarse, y todo el pueblo se vio amenazado por la falta de víveres. Los soldados se unían en destacamentos y se comprometían bajo juramento a repartir entre todos, por partes iguales y de buena fe, todo cuanto recogiesen en sus expediciones; partían en bandas de trescientos y cuatrocientos hombres, recorrían el país y procuraban hallar alimentos.

El hambre no era el único motivo que tenían para estar inquietos. Acampados en una tierra cuyos usos y costumbres desconocían, debían desconfiar constantemente de los espías que lograban deslizarse dentro del campamento:

Los unos² se decían griegos, los otros sirios, aquellos armenios, y todos remedaban con exactitud el lenguaje, las costumbres, las maneras... No era fácil arrojar de nuestro campamento a hombres que no se distinguían de los otros pobladores por ninguna diferencia en los usos y palabras.

¹ y ² Guillermo de Tiro.

Bohemundo fue quien propuso a los otros jefes un método que les permitiría verse libres para siempre de aquel peligro, y el método nos da la medida de lo que era capaz de hacer aquel hombre:

Al caer la noche¹, mientras todos estaban dedicados a preparar la comida, él ordenó que sacasen de la prisión algunos turcos que tenía cautivos, los entregó al verdugo y los hizo degollar; después, haciendo encender una gran fogata, como para preparar la comida, mandó que los asasen y preparasen con mucho cuidado, como si se los fuesen a comer, y por último dijo a los suyos que si alguien llegaba a preguntarles qué significaban todos aquellos preparativos, debían responder diciendo que "los príncipes habían decidido en consejo que de allí en adelante todos los enemigos y espías que fuesen tomados prisioneros serían tratados de aquella manera y servirían de alimento a los príncipes y al pueblo"... Aquellos relatos corrieron por todo el Oriente y llegaron hasta los pueblos más apartados. Todos se estremecieron de horror.

Fue también Bohemundo quien, por una de esas estratagemas cuyo secreto poseía, puso fin al sitio extenuante comenzado varios meses atrás. He aquí cómo lo logró:

Había un almirante² de raza turca, llamado Firuz, que había trabado gran amistad con Bohemundo. Muchas veces Bohemundo lo instaba, a través de los mensajes que se enviaban mutuamente, a recibirlo en su amistad; él le prometía en cambio admitirlo en la Cristianidad y colmarlo de riquezas y grandes honores. Firuz asentía ante aquellas palabras y promesas y respondía: "Cuido tres torres; os las prometo, y cuando Bohemundo lo disponga, ahí lo recibiré."

Seguro de poder entrar en la ciudad de ese modo, Bohemundo se regocijó; tranquilizado, abordó a los otros señores con rostro sereno y les dijo alegremente: "Caballeros prudentísimos, considerad en cuánta pobreza, en cuánta miseria nos hallamos todos, grandes y pequeños, e ignoramos por dónde podrán mejorar nuestros negocios. Os propongo, si os parece bueno y honorable, que designemos a uno de nosotros, y si de algún modo, por su industria, logra adquirir o tomar por asalto la ciudad, ya fuere por sí mismo, ya por otros, concedámosle por unanimidad la posesión." Pero ellos se opusieron y rechazaron lo propuesto, diciendo: "Nadie recibirá la po-

¹ Guillermo de Tiro.

² Anónimo.

sesión de esta ciudad, todos la poseeremos por partes iguales; todos hemos padecido los mismos trabajos; todos recibiremos el mismo honor." Bohemundo, al oírlos, sonrió levemente y se retiró de prisa.

Poco después tuvimos noticias del ejército de nuestros enemigos: turcos, publicanos, azymitas y de otras naciones. Nuestros jefes se reunieron con rapidez y dijeron en el consejo: "Si Bohemundo puede adquirir la ciudad por sí mismo o por otros, entreguémosla de buen grado, a condición de que si el emperador acude en nuestro socorro y quiere observar la convención que nos prometió y juró, nosotros le entregaremos la ciudad de derecho, aun en el caso de que Bohemundo la posea."

Pronto Bohemundo comenzó a urgir humildemente a su amigo Firuz con ruegos cotidianos, prometiéndole mil consideraciones y ventajas para con él, diciéndole: "Se acerca el momento favorable para que podamos realizar la buena acción que tenemos dispuesto hacer: mi amigo Firuz debe prestarme su ayuda." Este, encantado, dijo que le ayudaría como fuese necesario. A la noche siguiente envió a Bohemundo a su propio hijo como rehén, para confirmar de ese modo que le haría entrar en la ciudad, y lo acompañó con este mensaje: "Convocad todo el ejército franco, como si se dispusiese a partir para devastar la tierra de los sarracenos, disimulad y volved rápidamente por la montaña a la derecha. Y yo, que observaré las tropas con atención, las esperaré y las recibiré en las torres que tengo bajo mi poder y custodia."

Al punto Bohemundo llamó a uno de sus ministros, llamado Male Couronne, y le mandó, como a heraldo, que convocase al gran ejército de los francos para prepararse a entrar en las tierras de los sarracenos, y así se hizo. Bohemundo contó lo que se proponía hacer al duque Godofredo, al conde de Flandes y también al conde de Saint-Gilles y al obispo de Puy, diciéndoles: "Si la gracia de Dios nos ayuda, esta noche nos entregarán la ciudad de Antioquía."

Durante todo ese tiempo¹, Bohemundo, casi sin respirar de angustia y de miedo a que en el momento de realizar sus proyectos una pequeña demora resultase funesta para la ejecución, visitó uno tras otro a todos los príncipes, los invitó con vivas instancias a que estuviesen preparados, y él mismo se proveyó de una escala de cuerda de cáñamo cuya extremidad inferior estaba guarnecida de ganchos de hierro, y la superior debía afirmarse con solidez sobre el revestimiento de la muralla fortificada. En medio de la noche una profunda calma

¹ Guillermo de Tiro.

reinaba sobre la ciudad; los ciudadanos recuperaban fuerzas en el sueño y hallaban un alivio para sus vigili-
lias y cansancio. Bohemundo envió a su amigo un intér-
prete fiel que lo servía con devoción, con orden de ir rá-
pidamente a preguntarle si quería que su amo avanzase
a la cabeza de su tropa. El mensajero llegó al pie de la
muralla y encontró a Firuz velando, al abrigo de una
de las aberturas; le repitió las palabras de su señor y el
otro le respondió al punto: "Siéntate y guarda silencio,
hasta que el encargado de las guardias, que viene con
una escolta numerosa y lámparas resplandecientes, haya
pasado por aquí." El encargado de las guardias, al pa-
sar por la torre de Firuz y verlo de vigilancia, alabó su
celo y prosiguió su camino. Firuz, creyendo que había
llegado el momento oportuno, llamó al intérprete que es-
taba al pie de la muralla y le dijo: "Corre y anda a de-
cir a tu amo que se apresure a venir con un grupo de
hombres escogidos." El mensajero volvió rápidamente al
lugar donde Bohemundo lo esperaba ya dispuesto; ad-
virtió a todos los otros príncipes que también habían
preparado a sus hombres y, poniéndose cada uno de ellos
al frente de los suyos, en un abrir y cerrar de ojos lle-
garon todos juntos, como un solo hombre, al pie de la
torre que ya habían reconocido, marchando en silencio,
sin hacer ningún ruido.

Les dio la señal de reconocimiento y a su vez la reci-
bió; luego descolgó desde lo alto una cuerda para atar
y subir la escala. Cuando la escala quedó sólidamente
sostenida por ambos extremos, no hubo uno solo que osa-
se subir por ella para afrontar el primero aquella nueva
prueba, y no valieron ni las invitaciones de los jefes,
ni de Bohemundo. Fue entonces cuando este señor se
adelantó con intrepidez y trepó por la escala. Subió rá-
pidamente todos los escalones y al alcanzar con su mano
el revestimiento de la muralla, Firuz, que estaba allí
oculto, lo asió por ella con fuerza, pues sabía que era
Bohemundo el que subía, y se cuenta que le dijo: "¡Viva
esta mano!"

Bohemundo lo abrazó y alabó su constancia y la sin-
ceridad de su fe; después volvió hacia las almenas y aso-
mándose por la abertura, con voz contenida, invitó a sus
compañeros a que trepasen por la escala. Estos, dudosos
todavía, no se decidían a subir; todo cuanto se les de-
cía desde lo alto de la muralla fortificada les parecía
sospechoso y con doble sentido, y ninguno se animaba a
arriesgarse. Bohemundo advirtió lo que sucedía, descen-
dió por la escala y tranquilizó a los suyos, dándoles una
prueba evidente de que nada le había sucedido. Entonces
subieron todos, unos en pos de los otros.

Alrededor de sesenta¹ de los nuestros escalaron la muralla y se repartieron en las torres que él custodiaba.

(...) Al verlo, los que ya estaban en las torres prorrumpieron en alegres gritos: "¡Dios lo quiere!" Nosotros gritamos lo mismo. Entonces comenzó el maravilloso escalamiento. Acudieron a toda prisa a las otras torres y dieron muerte a todos los que allí estaban, y entre éstos murió el hermano de Firuz. La escala por donde subíamos se rompió, lo que nos causó mucha angustia y tristeza. Pero aunque la escala se había roto, sabíamos que a nuestra izquierda se encontraba una puerta cerrada, ignorada por muchos. Todavía era de noche, pero tanteando y buscando, por fin dimos con ella; acudimos allí y, luego de forzarla, entramos dentro de la muralla.

En aquel momento un gran clamor resonó por toda la ciudad. Bohemundo no perdió tiempo y ordenó que su glorioso pendón fuese enarbolado sobre una altura frente al castillo. Al clarear el día, los que todavía estaban en sus tiendas escucharon el inmenso ruido que resonaba por toda la ciudad. Salieron a toda prisa y vieron flamear el pendón de Bohemundo sobre una altura; acudieron a toda carrera, entraron en la ciudad a través de las puertas y mataron a los turcos y sarracenos que encontraron, excepto los que consiguieron escapar a la ciudadela en lo alto; otros turcos salieron por las puertas y se salvaron.

Casiano, su señor, huyó con muchos otros que formaban parte de su séquito, y huyendo fue a dar al campamento de Tancredo, no lejos de la ciudad. Como llevaban los caballos cansados entraron en un caserío y se refugiaron dentro de una casa. Pero los habitantes sirios y armenios los reconocieron, se apoderaron de Casiano y le cortaron la cabeza que llevaron después a Bohemundo, con el fin de obtener su libertad. El cinto y la vaina de su cimitarra se vendieron en sesenta besantes².

Estos acontecimientos sucedieron el tercer día de junio, quinta feria, tres días antes de las nonas de junio. Todos los lugares de la ciudad estaban cubiertos de cadáveres, hasta tal extremo que nadie podía permanecer allí, por la fetidez. No se podía caminar por las calles sin pasar por sobre los cadáveres.

¹ Anónimo.

² Besante, moneda bizantina de oro o plata.

LA SANTA LANZA

En cuanto se instalaron en la ciudad surgieron nuevas dificultades. Un ciudadano de Luca, llamado Bruno, relata lo sucedido a sus compatriotas:

Al día siguiente [4 de junio de 1098] llegó un innumerable ejército turco; pusieron sitio a las puertas de la ciudad e impidieron por completo a los nuestros salir o entrar. En cuanto a los nuestros que habían quedado hacia la parte del mar, los mataron a sangre y fuego; y de ese modo, con dificultad para vivir y angustia para salir de la ciudad, un hambre terrible comenzó a afligirnos. Llenos de temor, el conde Esteban y Guillermo, un pariente de Bohemundo, y algunos otros, habían llegado a Constantinopla. Allí, al saber que partirían, creyendo que todo el ejército había perecido, los disuadían de que continuasen el camino comenzado. En cuanto a los que roía el hambre dentro de la ciudad, todo les faltaba: el pan y hasta la carne de asnos y caballos.

Los cruzados se habían transformado de sitiadores en sitiados, y el ejército turco que los cercaba, el del sultán Kerbogah — el Corbarán de los cantares de gesta —, era demasiado numeroso para intentar un ataque en regla. El ejército debió padecer las peores penurias y poco faltó para que su epopeya concluyese en Antioquía.

Aquellos sacrílegos¹ y enemigos de Dios nos tenían bloqueados con tanto rigor en Antioquía que muchos murieron de hambre. Un pan pequeño se vendía por un besante; imposible hablar del vino. Se vendía o se comía carne de caballo o de asno; una gallina costaba quince sueldos, un huevo dos sueldos, una nuez un denario. Nada tenía su verdadero precio. Era tan grande el hambre que se cocían para comer las hojas de higuera, de vid y de cardo. Otros cocían y comían pellejos secos de caballos, camellos, bueyes y búfalos. Tantas angustias y ansiedades, que resulta imposible recordardas, las sufrimos por el nombre de Cristo y para libertar el camino de Jerusalén. Tales fueron las tribulaciones, el hambre y el terror que padecimos durante veintiséis días(...).

Esteban, conde de Chartres, el insensato que nuestros nobles habían elegido como jefe supremo, antes de que Antioquía fuese tomada fingió una enfermedad y se alejó

¹ Anónimo.

vergonzosamente para encerrarse en otra ciudad fortificada llamada Alejandreta. Y nosotros todos los días esperábamos que fuese a socorrernos y permanecíamos encerrados en la ciudad sin ninguna ayuda salvadora. Pero él, al saber que el ejército turco nos rodeaba y había sitiado la ciudad, trepó en secreto por una montaña vecina que se encuentra en las proximidades de Antioquía y contempló las tiendas innumerables. Lleno de terror, se retiró y huyó con sus soldados; llegó al campamento, lo desmanteló y se dio rápidamente a la fuga.

Todos nosotros¹ sentimos un gran dolor, porque era en realidad un hombre noble y de mucha virtud. En el mismo momento en que él se alejaba, al día siguiente de su partida, la ciudad de Antioquía quedó liberada. Si hubiese tenido un poco más de perseverancia, hubiese podido alegrarse junto con los otros por el éxito; su retirada se convirtió en oprobio.

La situación parecía insostenible. Entonces, interviene San Andrés. Pero dejemos la palabra al cruzado Raimundo de Agiles:

Dios, en su bondad, escogió a un pobre rústico, un provenzal, para que nos reconfortase a todos. Vino en busca del conde [*Raimundo de Saint-Gilles*] y del obispo de Puy, dirigiéndose a ellos les dijo: "Andrés, apóstol de nuestro Dios y Señor Jesucristo, cuatro veces me advirtió y ordenó que viniese a veros y os diese la lanza que abrió el costado del Salvador en la ciudad. Hoy, habiendo salido para ir al combate junto con los otros, fuera de Antioquía, huyendo de dos jinetes que me perseguían, sin aliento y semidesvanecido me oculté tras una piedra. Fue entonces cuando lleno de tristeza, vencido por el dolor y el temor, vi delante de mí a San Andrés junto con un acompañante. Me amenazó muchísimo, si no os entregaba rápidamente la lanza." El conde y el obispo le ordenaron entonces que les contase en qué circunstancias se había efectuado en un comienzo la revelación del apóstol. Y él respondió: "Durante el primer temblor de tierra que hubo en Antioquía, cuando el ejército de los francos la sitiaba, sentí tanto temor que no pude decir más que: 'Señor, ven en mi ayuda'. Era de noche; estaba acostado y bajo el techo que me abrigaba no había nadie cuya compañía hubiese podido reconfortarme. El temblor de tierra se prolongaba y mi terror crecía, cuando dos hombres cubiertos con ropas resplandecientes

¹ *Foucher de Chartres.*

aparecieron delante de mí; uno de ellos, el de más edad, tenía los cabellos rubios y rojos, los ojos negros, el rostro agradable, la barba blanca, larga y abundante, y era de mediana estatura; el otro, más joven y atrayente, era el más hermoso hijo de los hombres. El de más edad me dijo: '¿Qué haces?' Yo tenía mucho miedo, pues sabía que no había nadie en aquel lugar, y respondí: '¿Quién eres?' El me dijo: 'Levántate y no tengas miedo. Escucha lo que voy a decirte. Yo soy el apóstol Andrés. Anda a ver al obispo de Puy, al conde de Saint-Gilles y a Pedro Raimundo de Hautpoul y diles: ¿Por qué el obispo no se preocupa de predicar y exhortar y bendecir al pueblo todos los días con la cruz que lleva? Eso les haría mucho bien'. (...)

"Me puse de pie y los seguí por la ciudad sin otro vestido que mi camisa. Me condujo a la iglesia del apóstol San Pedro por la puerta norte que los sarracenos tenían antes. Dentro de la iglesia había dos lámparas que iluminaban como si fuese de día. Me dijo: 'Espera aquí.' Y me hizo sentar contra la columna más próxima a las gradas que conducen al altar por el lado del mediodía. Su compañero se mantuvo apartado, delante de las gradas del altar. San Andrés entró bajo tierra, volvió con una lanza, la puso entre mis manos y me dijo: 'He aquí la lanza que abrió el costado de donde brotó la salvación de todo el mundo.' Al tenerla entre mis manos, llorando de gozo, le dije: 'Señor, si tú quieres, se la llevaré al conde.' El me dijo: 'Muy pronto, porque la ciudad será tomada. Entonces tú vendrás con doce hombres y la buscarás ahí donde la tomé y donde la escondo de nuevo.' Y la escondió en aquel lugar. Luego volvió a conducirme del otro lado de los muros de la ciudad, al sitio donde yo estaba. Después desaparecieron. Entonces yo, al considerar mi pobreza y vuestra magnificencia, tuve miedo de acercarme a vosotros. Poco tiempo después, fui hasta un lugar, cerca de Rois [*Ruiath*], el primer día de cuaresma [*10 de febrero de 1098*], y al primer canto del gallo, San Andrés se me apareció con la misma vestimenta y el mismo acompañante de la primera vez, y una gran luz inundó la casa. Y San Andrés me dijo: '¿Has ido a relatar lo que yo te dije?' Le respondí: 'Señor, te he rogado que enviases a otro; yo tengo miedo, por mi pobreza; no me atrevo a acercarme a ellos'... Después partí hacia el puerto de Mamistra; quería ir hasta Chipre por mar para buscar víveres, pero San Andrés me amenazó nuevamente con severidad si no me volvía para ir a transmitir sus órdenes. Me pregunté cómo haría para volver al campamento —aquel puerto está a tres jornadas de marcha de la ciudad—, y me puse a

llorar amargamente... Exhortado por mis compañeros de viaje, entré en el navío y comenzamos a remar hacia Chipre. Durante todo el día, ayudados por los remos y los vientos favorables, avanzamos hasta la puesta del sol, pero la tempestad que se desató luego, en poco más de una hora o dos, nos trajo de regreso al puerto del que habíamos partido. Por segunda y por tercera vez fue imposible cruzar el mar, a pesar de que habíamos regresado al puerto de San Simeón. Por entonces yo estaba muy enfermo. Y fue en esos días cuando tomaron la ciudad, y yo vine a deciros que por favor hagáis lo que os pido." El obispo pensó que todo aquello era nada más que charla, pero el conde lo creyó, y encomendó el cuidado de quien así había hablado a su capellán Raimundo [*el autor del presente relato*].

(...) Los príncipes juraron entonces que no huirían de Antioquía y que no abandonarían la ciudad si no era de común acuerdo. Porque en aquel momento el pueblo creía, en efecto, que los príncipes deseaban huir hacia el puerto. La promesa tranquilizó a muchos. Pocos habían sido los que la noche anterior conservaban todavía esperanzas y no habían intentado huir. Si Bohemundo no hubiese cerrado las puertas de la ciudad muy pocos hubiesen permanecido adentro. Hasta Guillermo de Grandmesnil, su hermano y muchos otros clérigos y laicos huyeron. A muchos les sucedió que, habiendo huido con gran peligro de la ciudad, fueron a caer en peligros todavía mayores, pues los turcos se apoderaron de ellos. Muchas revelaciones se nos hicieron a través de nuestros hermanos y vimos un signo admirable en el cielo. Una enorme estrella apareció sobre la ciudad durante la noche; poco después se partió en tres partes y cayó sobre el campamento de los turcos. Los nuestros, más consolados, esperaban el quinto día que había anunciado el sacerdote. Ese día, después de los preparativos necesarios, nos unimos a los doce hombres, y con aquel que había hablado de la lanza, luego de dejar vacía la iglesia de San Pedro, comenzamos a cavar. En medio de todos estaba el obispo de Orange, Raimundo, capellán del conde... Desde la mañana hasta la noche cavamos; a la tarde habíamos empezado a desesperar de encontrar la lanza. El conde se fue para cuidar de su campamento, pero en su lugar y en reemplazo de los que estaban cansados de cavar, ocupamos sus sitios y continuamos cavando con entusiasmo. El joven que había hablado de la lanza, al ver que nos cansábamos, se quitó su cinturón y sus zapatos, y descalzo y en camisa bajó a la fosa que habíamos cavado, exhortándonos que rogásemos a Dios para que nos diese su lanza para consuelo y vic-

toria de su pueblo. Por último, Dios en su bondad quiso mostrarnos su lanza, y yo que esto escribo, cuando vi aparecer la punta bajo la tierra, la besé. No puedo describir la alegría y exultación con que desbordó la ciudad. La lanza fue hallada el 14 de junio...

Mientras tanto era tan grande el hambre que reinaba en la ciudad que una cabeza de caballo sin lengua se vendía a dos y tres sueldos; las tripas de cabra a cinco sueldos; una gallina a ocho y nueve sueldos. ¿Qué decir del pan? Por cinco sueldos un hombre no lograba quitarse el hambre. Nada de aquello parecía excesivo a los que compraban tan caro, pues el oro, la plata y las telas preciosas abundaban... Se recogían de los árboles higos verdes y después de cocerlos se los vendía a muy alto precio. Se vendían muy caros los cueros de bueyes y caballos después de haberlos cocido mucho tiempo, y así se los comía, pagando por ellos dos sueldos. La mayor parte de los caballeros vivía de la sangre de sus caballos. Confiando en la misericordia de Dios, no querían matarlos todavía. A todos esos males y otros difíciles de enumerar, sitiados como estábamos, se sumaban otros, y el más grave era que muchos de los nuestros huían al campamento de los turcos y les contaban la miseria que imperaba en la ciudad, y por eso los turcos se hacían más amenazadores y audaces y su violencia crecía día a día.

El inesperado hallazgo animó a los cruzados, quienes sintieron renacer la valentía, y empezaron por enviar como embajador ante Kerbogah a un cruzado muy conocido: Pedro el Ermitaño. A decir verdad, él mismo había desertado y Bohemundo lo obligó a regresar, tomándolo literalmente por el cuello. Su prestigio, a pesar de eso, no debía haber disminuido, dado que se lo eligió como emisario para una embajada de la cual dependía el poder salir de Antioquía en condiciones honorables. Pero el sultán Kerbogah rechazó cualquier proposición, confiando en que la ciudad no tardaría en caer en sus manos. Entonces, después de tres días de ayuno y oraciones, los cruzados se prepararon a entrar en batalla. Dadas las circunstancias debía de ser la última. Retomemos el relato de Raimundo:

Los nuestros avanzaban como avanzan los clérigos en una procesión, y en realidad era una procesión; sacerdotes y muchos monjes vestidos con ropas blancas avanzaban delante del ejército de nuestros soldados, cantando e invocando la ayuda de Dios y el patronato de los santos; los enemigos nos atacaron y arrojaron flechas...

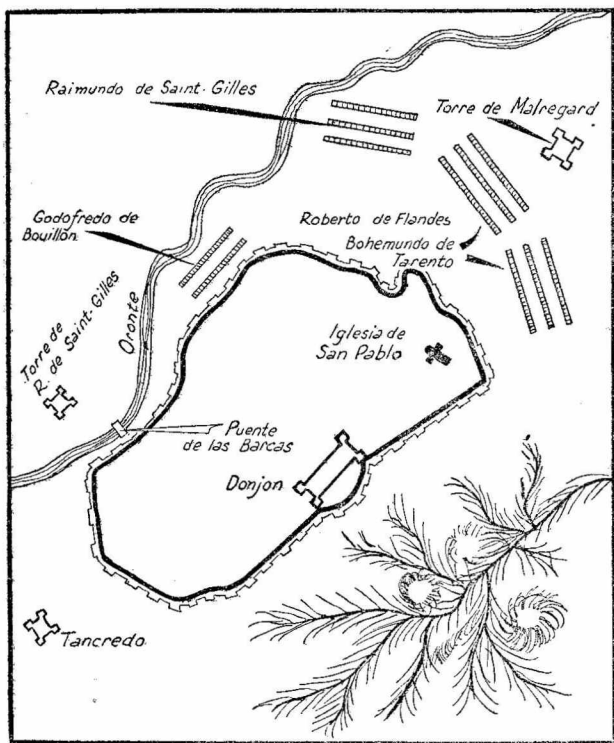
Kerbogah comunicó a nuestros príncipes que estaba dispuesto a realizar lo que antes había rechazado; que cinco o diez turcos se batiesen contra otros tantos francos, y aquellos cuyos soldados resultasen vencidos los cederían pacíficamente a los otros. Los nuestros respondieron: "Vosotros no lo habéis querido cuando nosotros quisimos; ahora que hemos comenzado el combate, que cada uno combata según su poderío."

Como nosotros habíamos ocupado toda la llanura, parte de los turcos permanecieron detrás de nosotros y atacaron a nuestros infantes; éstos, dando media vuelta, resistieron valientemente el ataque del enemigo. Entonces los turcos, advirtiendo que no podrían rechazarlos, encendieron en torno un gran fuego para reducir por las llamas a quienes no tenían a las espadas. Así los obligaron a retroceder; había mucha paja seca por aquel lado. Saliendo fuera de las filas, los sacerdotes, descalzos, revestidos con las vestiduras sacerdotales, se mantenían junto a los muros de la ciudad, suplicando al Señor que defendiese a su pueblo y confirmase con la victoria de los francos la alianza que había sellado con su sangre. En aquel espacio, entre el puente y la montaña, padecimos mucho, porque el enemigo quería rodearnos. En medio de todo aquello, a pesar de que numerosas filas enemigas se encaminaron contra nosotros, que formábamos parte de las tropas del obispo, con la ayuda de la Santa Lanza que llevábamos, nadie fue herido; ni una sola flecha nos alcanzó. Yo lo he visto, y puedo escribirlo; fui yo quien llevó la lanza al combate. Y si dicen que el vizconde Heraclio, que era el portaestandarte del obispo, fue herido en la batalla, sepan que él entregó su estandarte a otro, y éste se alejó a mucha distancia de nuestras filas. Cuando todos los combatientes salieron de la ciudad, nos pareció que había entre nosotros cinco filas de soldados más. En efecto, ya lo hemos dicho, nuestros príncipes no habían podido formar más que ocho cuerpos de batalla y nos hallamos con que contábamos con trece cuando marchamos fuera.

De ese modo el sitio de Antioquía terminó con una victoria. Pedro Bartolomé, el sacerdote provenzal, a quien se debió el descubrimiento de la Santa Lanza, no debía sobrevivir mucho a la victoria. Muchos cruzados se manifestaron escépticos con respecto a dicho descubrimiento, y no todos participaban del entusiasmo del narrador Raimundo de Agiles. Como él mismo nos lo cuenta, el obispo de Puy, Adhemar de Monteil, rechazó siempre aquel descubrimiento y no aceptó creer en su veracidad. Bartolomé ofreció probar su buena fe por medio de una

ordalia: la prueba del fuego. Salió de ella con vida, pero murió algunos días después. Guillermo de Tiro cuenta el resultado de la prueba del sacerdote provenzal:

Bartolomé murió pocos días después, y algunos afirmaron que, así como antes pareció perfectamente sano y lleno de vida, una muerte tan repentina no podía dejar de provenir de la prueba que había intentado, y que el fuego le había dado muerte por haberse erigido en defensor de un fraude. Otros decían lo contrario, que ha-



Los cruzados en el sitio de Antioquía

bía salido sano y salvo de la hoguera, y que luego que escapó del fuego, la multitud que se precipitó sobre él, transportada por la devoción, lo había apretado y aplastado por todas partes, y que ésa era la única y verdadera causa de su muerte. La cuestión permaneció completamente indecisa y envuelta en una gran oscuridad.

En cuanto a los cruzados, como escribió Bruno, el ciudadano de Luca, dominaban toda la región desde Nicea hasta aquella ciudadela, la más importante del norte de Siria, Antioquía. Los caminos habían quedado libres. Las riquezas que hallaron en el campamento de los turcos, y sobre todo en la tienda del sultán Kerbogah, los impresionaron mucho:

Entre los ricos despojos¹ era notable una tienda, obra admirable, que pertenecía al príncipe Kerbogah; estaba construida como una ciudad, ornada de torres, murallas y fortificaciones, y recubierta de ricas colgaduras de seda, de variados colores. Desde el centro de la tienda, que formaba la habitación principal, se veían numerosos compartimientos, que dividiéndose por todas partes formaban como calles donde había otras habitaciones, parecidas a albergues; aseguraban que dos mil hombres podían caber dentro de aquel gran edificio...

JERUSALEN

Después de la toma de Antioquía hubo una serie de ataques durante el verano de 1098 contra las pequeñas fortalezas de la región. Los cruzados se apoderaron de Marra después de un sitio durante el cual pusieron de manifiesto sus habilidades de ingenieros y técnicos.

Cuando nuestros señores² vieron que no era posible hacer nada, y que se empeñaban en vano, Raimundo, conde de Saint-Gilles, hizo construir un castillo de madera muy alto; el castillo estaba colocado y construido sobre cuatro ruedas. En el piso superior estaban muchos caballeros y Everardo el Montero, que tocaba fuertemente la trompeta; debajo había caballeros revestidos de armaduras, que empujaron el castillo hasta la mu-

¹ Guillermo de Tiro.

² Anónimo.

ralla, junto a una torre. Cuando vieron esto los paganos, hicieron una máquina que arrojaba grandes piedras contra el castillo, de modo que casi todos nuestros caballeros resultaron muertos. Arrojan también fuego griego sobre el castillo con la esperanza de incendiarlo y destruirlo, pero Dios Todopoderoso no quiso que el castillo ardiese, porque sobrepasaba en altura los muros de la ciudad.

Los caballeros que estaban en el piso superior —entre otros Guillermo de Montpellier—, lanzaban enormes piedras sobre los defensores de las murallas. Golpeaban con tanta fuerza sobre los escudos que el escudo y el hombre caían, éste mortalmente herido, dentro de la ciudad. Así combatían aquéllos; otros tenían lanzas ornadas de pendones y con la ayuda de sus lanzas y garfios de hierro procuraban atrapar a los enemigos. Así combatieron durante todo el día.

Tras el castillo estaban los sacerdotes y clérigos revestidos de sus ornamentos sagrados, que oraban y rogaban a Dios para que defendiese a su pueblo, exaltase la Cristiandad y abatiese el paganismo. Por otra parte nuestros caballeros combatían cada día al enemigo, arrojando escaleras contra el muro de la ciudad; pero la resistencia de los paganos era encarnizada y los nuestros nada podían hacer para adelantar en el sitio. A pesar de todo, Goufier de Lastours pudo ser el primero en subir al muro por una escalera, pero pronto la escalera se rompió bajo el peso de sus numerosos compañeros. Con todo logró subir hasta lo alto con algunos de ellos. Otros, habiendo hallado otra escalera, rápidamente la apoyaron en el muro: muchos caballeros e infantes subieron rápidamente y escalaron el muro. Pero los sarracenos los atacaron con tanto ímpetu, en el muro y en el suelo, lanzándoles flechas y apuntando desde muy cerca con las lanzas contra ellos, que muchos de los nuestros, llenos de pánico, se arrojaron desde lo alto del muro.

Mientras aquellos valientes hombres luchaban en lo alto de la muralla y soportaban el ataque de los turcos, los del castillo zapaban el muro de la ciudad. Los sarracenos, al ver que los nuestros habían zapado sus murallas, sintieron gran terror y huyeron de la ciudad. Todo esto ocurrió el sábado, a la hora de vísperas, al ponerse el sol, el 11 de diciembre. Bohemundo, por medio de un intérprete, dijo a los jefes sarracenos que se refugiase en ellos, sus mujeres e hijos, con todo el bagaje, en un palacio situado sobre la puerta, y se comprometió a preservarlos de la muerte.

En esta ciudad, Marra, fue donde se vio un día partir a un penitente, descalzo y vestido sólo con su camisa, en dirección al sur. Era Raimundo de Saint-Gilles, quien el 13 de enero de 1099 reanudó la peregrinación interrumpida. Quería demostrar de ese modo su arrepentimiento por las disputas que introducían la anarquía en el ejército, y al mismo tiempo su intención de escuchar a la plebe, que pocos días antes había manifestado su indignación contra la ociosidad y disputas de los barones.

El grueso del ejército prosiguió por el valle del Orontes hasta Schaizar; allí, cerca del litoral, en la región sudoeste, a su paso muchos sultanes prefirieron entrar en negociaciones con ellos y no entablar combate.

Los nuestros¹, después de haber permanecido varios días en esa ciudad [*Lydda*], luego de establecer un obispo en la basílica de San Jorge y puesto a varios hombres en los fuertes para que guardasen la plaza, continuaron su camino hacia Jerusalén. El mismo día de su partida llegaron a un castillo llamado Emaús. Por la noche, cien de nuestros caballeros, cediendo ante la idea de un proyecto atrevido y dejándose llevar por su propio coraje, se lanzaron con sus corceles, pasaron frente a Jerusalén en el momento en que la aurora empezaba a clarear en el cielo y corrieron a toda prisa hasta Belén. Entre ellos estaban Tancredo y Balduino de Bourg. Cuando los cristianos, es decir, los griegos y sirios que viven en aquel lugar, advirtieron que eran francos los que llegaban, se dejaron arrebatar por una gran alegría. En el primer momento, ignorando quiénes eran los que se acercaban, los tomaron por turcos o árabes; pero en cuanto los vieron con más claridad y desde más cerca, y no les cupo duda de que eran francos, tomaron llenos de gozo sus cruces y banderas y se encaminaron hacia los nuestros llorando y cantando himnos piadosos. Lloraban porque temían que aquel puñado de hombres fuese fácilmente degollado por la muchedumbre de paganos que ellos muy bien sabían que había en el país; cantaban felices por la llegada de aquellos a quienes desde tanto tiempo deseaban ver llegar y que ellos sabían estaban destinados a restablecer en su antigua gloria la fe de los cristianos, indignamente sojuzgada durante siglos por los malvados. Los nuestros, después de haber dirigido piadosas súplicas al Señor en la basílica de la bienaventurada María, y luego de visitar el lugar donde nació el Cristo, dieron alegremente el beso de paz a los sirios y precipitadamente retomaron el camino

¹ *Foucher de Chartres.*

de la Ciudad Santa. Mientras tanto, el resto del ejército se acercaba a la gran ciudad, dejando a la izquierda a Gabaón, distante unos cincuenta estadios¹ de Jerusalén. En el momento en que nuestra vanguardia alzaba sus banderas y las mostraba a los habitantes, los enemigos salieron de pronto de la ciudad; pero aquellos hombres, tan rápidos para mostrarse fuera de sus murallas, fueron rechazados con mayor prontitud todavía y obligados a retirarse.

El 7 de junio de 1099 los cruzados avistaron Jerusalén. Hacía tres años que se habían puesto en camino.

Y nosotros², exultando de gozo, llegamos a la ciudad de Jerusalén el martes, ocho días antes de los idus de junio [7 de junio] y la sitiábamos admirablemente. Roberto de Normandía la sitió por el costado norte, cerca de la iglesia del primer mártir San Esteban, en el lugar donde fue lapidado por Cristo; lo seguía Roberto, conde de Flandes. Al oeste fueron Godofredo y Tancredo quienes la sitiaron. El conde de Saint-Gilles la sitió por el mediodía, sobre la montaña de Sión, hacia la iglesia de Santa María, madre de Dios, donde el Señor celebró la Cena con sus discípulos.

El tercer día, Raimundo Pilet y Raimundo de Turenne y muchos otros, deseosos de combatir, se apartaron del ejército. Se encontraron con doscientos árabes, y los caballeros de Cristo combatieron contra los incrédulos: con la ayuda de Dios los vencieron, mataron a muchos y se apoderaron de treinta caballos.

Entre tanto el ejército³ comenzó a sufrir horriblemente la sed. Ya dije que los alrededores de Jerusalén son áridos y desprovistos de agua, y únicamente a mucha distancia se hallan algunos arroyos, fuentes o pozos que tengan agua viva. Aquellas fuentes habían sido cegadas por el enemigo poco antes de que llegasen nuestras tropas, para que no pudiésemos resistir en el sitio de la plaza. Les habían arrojado tierra o las habían cerrado por otros procedimientos; también habían abierto las cisternas y los otros depósitos de aguas pluviales que, por ese motivo, no podían contenerlas; o también los habían escondido maliciosamente para que los pobres desgraciados, atormentados por la sed, no pudiesen acudir a saciarse en ellos. Los habitantes de Belén y los fieles de Thecua, la ciudad de los profetas, acudían a me-

¹ El estadio correspondía a 180 metros.

² Anónimo.

³ Guillermo de Tiro.

nudo al lugar donde estaba el ejército y conducían a los cruzados hacia las fuentes situadas a cuatro o cinco millas del campamento. Allí surgían nuevas dificultades: los que llegaban se empujaban unos a otros para sacar el agua; a menudo se entablaban vivísimos altercados y por último, después de largas esperas, colmaban sus odres de agua turbia, que a su vez vendían muy cara, distribuyéndola en cantidades tan pequeñas que un hombre sediento a duras penas lograba satisfacer su necesidad.

El calor ardiente del mes de junio aumentaba aún más la incomodidad de la sed y la hacía más penosa debido al continuo estado de sofocación, y a eso debía añadirse el exceso de trabajo y el polvo abundante, que reseca el paladar y el pecho. Los cruzados salían secretamente del campamento y se dispersaban por los alrededores para buscar agua por todas partes, con mucha minuciosidad; iban en pequeños grupos, y cuando creían haber hallado alguna vertiente escondida, se encontraban con que una verdadera multitud dedicada a la misma búsqueda los rodeaba; algunas veces, después de haber hallado una fuente, se producían animadas disputas; intentaban alejarse unos a otros y a menudo terminaban por luchar entre ellos.

El lunes [13 de junio] atacamos¹ la ciudad con un empuje tan vigoroso que si las escaleras hubiesen estado prontas, la ciudad habría caído en nuestro poder. Entre tanto destruimos el muro pequeño y apoyamos una escalera en el muro principal; nuestros caballeros subieron hasta allí e hirieron desde muy cerca a los sarracenos y defensores de la ciudad a estocadas y lanzazos. Muchos de los nuestros, pero aún más de ellos, hallaron ahí la muerte. Durante el sitio, no pudimos hallar pan en el espacio de diez días, hasta que llegó un mensajero de nuestros navíos, y padecimos una sed tan ardiente que, desafiando las fatigas, recorriamos hasta seis millas para abreviar nuestros caballos y nuestras otras bestias. La fuente de Siloé, al pie del monte Sión, nos reconfortó, pero el agua se vendía entre nosotros mucho más cara.

Después que hubo llegado el mensajero de nuestros navíos, los señores tuvieron consejo y decidieron enviar algunos caballeros para que custodiasen fielmente los hombres y los navíos en el puerto de Jaffa. Al despuntar el día cien caballeros se apartaron del ejército de Raimundo, conde de Saint-Gilles, y con Raimundo Pilet, Achard de Montmerle y Guillermo de Sabran partieron confia-

¹ Anónimo.

dos hacia el puerto. Más de treinta de nuestros caballeros se separaron de los otros y se encontraron con setecientos árabes, turcos, y sarracenos del ejército del almirante. Los caballeros de Cristo los atacamos con vigor, pero la superioridad de los enemigos sobre los nuestros era mucho mayor, de modo que los rodearon por todos los lados y mataron a Achard de Montmerle y a unos pobres infantes.

Los nuestros estaban cercados y sólo esperaban la muerte, cuando otro mensajero llegó hasta Raimundo Pilet y le dijo: "¿Qué estáis haciendo con estos caballeros? Los nuestros están luchando con los árabes, turcos y sarracenos; quizá a estas horas todos hayan muerto: ¡socorredlos, socorredlos!" Al oír esas nuevas, acudieron presurosos y llegaron al lugar donde estaban combatiendo. Las gentes paganas al ver a los caballeros de Cristo se dividieron y formaron dos columnas. Pero los nuestros, luego de haber invocado el nombre de Cristo, cargaron sobre los incrédulos con tanta fuerza que cada caballero abatió a su enemigo. Aquéllos comprendieron que no podían resistir el valor de los francos, y experimentando un gran temor les volvieron la espalda y huyeron; los nuestros los persiguieron cerca de cuatro millas, mataron a muchos, se apoderaron de uno vivo para que les diese informaciones, y tomaron ciento tres caballos.

Durante el sitio soportamos el tormento de la sed, hasta tal punto que cosíamos cueros de bueyes y búfalos, dentro de los cuales transportábamos agua desde una distancia de seis millas. El agua que acarreábamos en esos recipientes era infecta, y tanto como aquella agua fétida, el pan de cebada que comíamos era motivo cotidiano de pena y aflicción. Los sarracenos tendían continuas trampas e infectaban las fuentes y las vertientes; mataban y descuartizaban a todos los que podían apresar, y escondían sus animales en las cavernas y grutas.

Nuestros señores estudiaron entonces los medios para atacar la ciudad con la ayuda de maquinarias, para poder entrar allí y adorar el sepulcro de nuestro Salvador. Se construyeron dos castillos de madera y otras máquinas. El duque Godofredo levantó un castillo guarnecido con maquinarias y el conde Raimundo hizo otro tanto. Hicieron transportar la madera desde tierras lejanas. Los sarracenos, al ver que los nuestros construían esas maquinarias, fortificaron admirablemente la ciudad y reforzaron las defensas de las torres durante la noche.

Después nuestros señores, luego de establecer cuál era el lado más débil de la ciudad, hicieron transportar hasta allí, durante la noche del sábado [*del 9 al domingo*

10 de julio], nuestra maquinaria y un castillo de madera: era del lado del este (el muro oriental no había sido asediado hasta entonces. La torre rodante se colocó entre la iglesia de San Esteban y el valle del Cedrón). Los colocaron al amanecer; después prepararon y abastecieron el castillo el domingo, el lunes y el martes. En el sector del sur, el conde de Saint-Gilles hacía reparar su máquina. Durante esos días padecimos tanta sed que un hombre, ni por un denario podía hallar suficiente agua para calmar su sed.

El miércoles y el jueves atacamos violentamente la ciudad por todos sus costados, pero antes de iniciar el asalto, los obispos y los sacerdotes, por medio de su predicación y sus exhortaciones, lograron que se decidiese hacer en honor de Dios una procesión en torno de las murallas de Jerusalén, que debía ser acompañada por oraciones, limosnas y ayunos.

El viernes, muy de madrugada, realizamos un asalto general a la ciudad, sin lograr dañarla en lo más mínimo, lo cual nos provocó estupefacción y mucho temor. Después, cerca de la hora en que Nuestro Señor Jesucristo consintió en sufrir por nosotros el suplicio de la cruz, nuestros caballeros, desde el castillo donde estaban, se batieron con mucha valentía y ardor, y entre ellos estaban el duque Godofredo y el conde Eustaquio, su hermano. En aquel momento, uno de nuestros caballeros, llamado Liétaud, escaló el muro de la ciudad. De pronto, en cuanto hubo subido al muro, todos los defensores de la ciudad huyeron de la muralla a través de la ciudad y los nuestros los persiguieron acuchillándolos y matándolos hasta el templo de Salomón, donde hubo una carnicería tan grande que los nuestros caminaban sumergidos en la sangre hasta los tobillos.

Por su parte el conde Raimundo conducía su ejército por el lado del mediodía, y llevaba el castillo hasta el muro. Pero entre el castillo y el muro se extendía un foso, y entonces gritaron que quien llevase tres piedras hasta el foso recibiría un denario. Para llenarlo fueron necesarios tres días y tres noches. Cuando el foso hubo sido rellenado se condujo el castillo contra la muralla. Adentro los defensores combatían contra los nuestros valientemente, usando fuego (griego) y piedras. El conde, al saber que los francos estaban en la ciudad, dijo a sus hombres: "¿Qué esperáis? Ya todos los franceses están en la ciudad."

El jefe que mandaba la Torre de David se rindió al conde y le abrió la puerta por donde los peregrinos acostumbraban pagar el tributo [*Jaffa*]. Cuando entraron en la ciudad los peregrinos persiguieron a los sarrace-

nos hasta el templo de Salomón y allí los mataron. Se habían reunido allí y sostuvieron con los nuestros un furioso combate durante todo el día. Por el templo corrían arroyos de sangre. Por último, luego de arrollar a los paganos, los nuestros prendieron en el templo cantidad de hombres y mujeres, y los mataron y dejaron vivir según les parecía. Debajo del templo de Salomón se había refugiado un grupo numeroso de paganos de ambos sexos a los cuales Tancredo y Gastón de Béarn habían dado sus banderas. Los cruzados corrieron pronto por toda la ciudad, arrebañando el oro, la plata, los caballos y los mulos, pillando las casas que sobreabundaban de riquezas.

Después, felices y llorando de alegría, los nuestros acudieron para adorar el sepulcro de nuestro Salvador Jesús y pagar la deuda con él contraída. A la mañana siguiente, los nuestros escalaron el techo del templo, atacaron a los sarracenos, hombres y mujeres, y desenvainando sus espadas, los decapitaron. Algunos se arrojaron desde lo alto del templo. Al ver esto, Tancredo se llenó de indignación.

Los nuestros decidieron en consejo que cada uno haría limosnas y rezaría para que Dios eligiese al que El quisiera para reinar sobre los otros y gobernar la ciudad. Ordenaron también arrojar fuera de la ciudad a todos los sarracenos muertos, porque hedían y casi toda la ciudad estaba repleta de sus cadáveres. Los sarracenos vivos arrastraban sus muertos fuera de la ciudad, delante de las puertas, y formaban montones tan altos como casas. Nadie jamás imaginó, ni nadie jamás vio una matanza igual de gentes paganas; se dispusieron las hogueras como hitos y nadie, fuera de Dios, sabrá su número.

De ese modo, el viernes 15 de julio de 1099, Jerusalén, la Ciudad Santa del mundo cristiano, fue conquistada, o mejor dicho reconquistada a los "sarracenos" de los cantares de gesta, victoria empañada por la matanza que la continuó. (Era imposible contemplar sin horror, escribe Guillermo de Tiro, aquella muchedumbre de muertos, y los mismos vencedores cubiertos de sangre de la cabeza a los pies, causaban espanto.) La hazaña provocó admiración en todo el mundo conocido, tanto cristiano como sarraceno; nadie esperaba que la ciudad fuese conquistada con tanta rapidez. Guiberto de Nogent, que en la época de los acontecimientos recogía todos los testimonios a su alcance, nos hace llegar el eco de lo que pudo saberse en Occidente. Al leer su relato resulta notable advertir cuánta gloria adquirieron en aquel

momento los francos, aquellos franceses que formaban el conjunto más importante de la expedición.

El año pasado conversaba con un arcediano de Maguncia y lo oía vilipendiar a nuestro rey y su pueblo, únicamente porque el rey había acogido y tratado bien en todas partes al señor papa Pascual y a sus príncipes; por ello se burlaba de los franceses y llegó a llamarlos, por burla, "franchutes". Yo le dije entonces: "Si consideráis a los franceses tan débiles o cobardes que creéis posible insultarlos por chanza, cuando su celebridad se ha extendido hasta el Océano Índico, decidme ¿a quiénes se dirigió el papa Urbano para pedirles socorro contra los turcos? ¿No fue a los franceses? Si ellos no hubiesen tenido superioridad, si por la actividad de su espíritu y la firmeza de su valentía no hubiesen opuesto una valla al progreso creciente de las naciones bárbaras, todos vosotros, los teutones, cuyo nombre ni siquiera se conoce, hubieseis sido de alguna utilidad?" Y luego de estas palabras lo dejé.

Corrían también algunas historias curiosas que, desde luego, son legendarias, pero que, con ayuda del gusto por lo novelesco, serían recogidas en los cantares de gesta, nacidos poco después de la cruzada para contar lo que en ella había sucedido, utilizando sobre todo el aspecto épico: el cantar de Jerusalén, el cantar de Antioquía, el cantar de los Miserables y todo el ciclo de Godofredo de Bouillon: El caballero del Cisne, La infancia de Godofredo, etcétera.

Entre los ejemplos que puedo contar¹ he elegido el de un caballero, noble de nacimiento, pero más ilustre aún por sus virtudes que todos los hombres de su parentela o de su orden que yo haya podido conocer. Lo he conocido desde su infancia y lo vi crecer con las disposiciones más felices, pues era natural de mi mismo lugar, y él y sus padres habían recibido beneficios de mis padres y les debían homenaje; creció al mismo tiempo que yo y por ello he podido conocer perfectamente su vida y su carácter. Cuando fue elevado al rango de caballero, se distinguió en la carrera de las armas y supo mantenerse lejos de los vicios del libertinaje. Como acostumbraba ir por todas partes para ofrecer sus servicios, y viajaba sin cesar como peregrino, era muy conocido y honrado en el palacio de Alejo, el emperador de Constantinopla. En cuanto a su modo de vivir, como exterior-

¹ *Guiberto de Nogent.*

mente lo habían favorecido los dones de la fortuna, era muy generoso en la distribución de limosnas, y seguía asiduamente la celebración de los divinos misterios, de modo que su vida más parecía la de un prelado que la de un caballero.

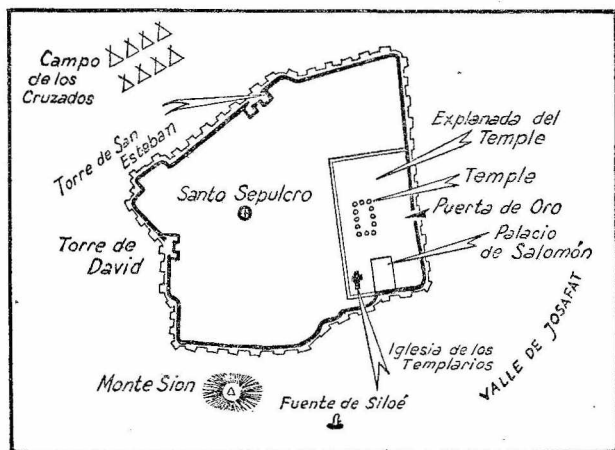
(...) Hecho prisionero por los paganos, éstos quisieron obligarlo a que renegase de la fe de Cristo. Entonces les pidió una postergación hasta el sexto día de la semana. Se lo acordaron de muy buena gana, pensando que durante ese intervalo se prepararía a retractarse. Cuando llegó el día fijado, como los gentiles llenos de furor lo urgían a que realizara lo que ellos le exigían, cuentan que les respondió: "Si vosotros pensasteis que alejé la espada suspendida sobre mi cabeza con la intención de ganar algunos días y no con el deseo de poder morir el mismo día en que mi Señor Jesucristo fue crucificado, lo justo es que yo hoy manifieste cuáles son los pensamientos de un alma cristiana. Alzaos", añadió, "y dadme la muerte que queráis; no pido otra cosa, más que poder entregar mi alma a Aquel por quien yo muero, que en este mismo día entregó la suya por la salvación de todos." Y diciendo estas palabras, presentó el cuello al hierro que lo esperaba. Le cortaron la cabeza y de ese modo lo enviaron al Señor, a quien había querido imitar en su muerte. Se llamaba Mateo y, de acuerdo con el significado de su nombre, sólo quiso entregarse a Dios.

Los que se encontraron allí cuentan que, mientras la ciudad estuvo sitiada, después de los frecuentes encuentros, sitadores y sitiados se mezclaban unos con otros, y sucedía muchas veces que habiéndose retirado los hombres, luego de poner, por razones de sabiduría y prudencia, un freno a la impetuosidad, era frecuente ver algunos batallones de niños que avanzaban, unos desde la ciudad y otros saliendo de en medio de nosotros y del campamento de sus padres, y se atacaban y combatían imitándolos, igualmente dignos de ser contemplados. Porque, como lo hemos dicho al principio de esta historia, cuando se extendió por todos los países del Occidente la noticia de la expedición a Jerusalén, los padres emprendieron el viaje llevando con ellos a sus hijos, todavía niños. Y así fue como, aun cuando los padres de algunos de ellos murieron, los hijos prosiguieron el camino, se habituaron a los trabajos, y en lo que toca a miserias y privaciones de toda especie, supieron soportarlas y no parecieron inferiores a los hombres ya hechos. Aquellos niños formaron un batallón y eligieron sus príncipes entre ellos; uno tomó el nombre de Hugo el Grande, otro el de Bohemundo, otro el de conde de Flandes, otro el

de conde de Normandía, representando de aquel modo a todos esos ilustres personajes y a otros más. Siempre que alguno de aquellos jóvenes príncipes veía a alguno de los suyos carente de víveres o de otras cosas, iba en busca de los príncipes que hemos nombrado a pedirles víveres, y ellos se los daban en abundancia, para sostenerlos dignamente en su debilidad. La joven y singular milicia solía llegarse a hostigar a los niños de la ciudad, cada uno de ellos armado con largas cañas en lugar de lanzas, cada uno con un escudo de mimbre trenzado, cada uno, de acuerdo con sus fuerzas, llevando pequeños arcos y flechas. Los niños, junto con los de la ciudad, mientras sus padres los contemplaban por ambas partes, avanzaban y se encontraban en medio de la llanura; los habitantes de la ciudad salían a las murallas para ver, y los nuestros dejaban sus tiendas para asistir al combate. Se los veía entonces excitarse mutuamente con gritos y darse golpes a veces sangrientos, pero sin que ninguno de ellos corriese peligro mortal. Muchas veces esos preludios animaban el coraje de los hombres maduros y provocaban nuevos combates. Al ver el ardor impotente que animaba aquellos miembros delicados y esos débiles brazos que agitaban alegremente armas de toda especie, después de haberse infligido de una parte y otra heridas dadas y recibidas, a menudo los espectadores de más edad se adelantaban para quitar a los niños del centro del campo y entablar entre ellos un nuevo combate.

Había además en el ejército otra especie de hombres que caminaban siempre descalzos, no llevaban armas y no tenían permiso para llevar consigo ningún dinero. Desagradables, por su desnudez e indigencia, caminaban delante de los otros y se alimentaban con raíces, hierbas y los más groseros productos de la tierra. Un hombre originario de Normandía, y no de origen oscuro, según se decía, después de haber sido caballero se transformó en hombre de a pie, y como ya no poseía ningún señorío, al ver a esos hombres errantes y vagabundos, dejó las armas y los vestidos que llevaba ordinariamente y quiso ser su rey. Empezó por tomar un nombre de la lengua bárbara del país, y se hizo llamar el "Rey de los Tafurs". Se llama "tafurs" entre los gentiles a los que nosotros podríamos llamar, para hablar literariamente, los "trudennes" [*vagabundos*], es decir, a los que llevan una vida vagabunda. Aquel hombre solía, cada vez que sus seguidores llegaban a un puente, o a la entrada de un estrecho desfiladero, revisar cuidadosamente a cada uno, y si uno de ellos escondía aunque más no fuese que el valor de dos sueldos, lo enviaba inmediatamente con

la tropa, le mandaba que empuñase las armas y lo obligaba a reunirse con el grueso de los hombres armados. Por el contrario, cuando descubría en alguno una inclinación hacia la pobreza habitual y veía que no guardaba el dinero o que no lo buscaba, lo llamaba y lo incorporaba a su tropa. Quizá pueda creerse que aquellas gentes eran nocivas para el interés general y que todo lo que los otros hubiesen podido tener de superfluo, éstos lo absorbían sin ninguna ventaja. Pero es necesario saber que resultaban utilísimos para transportar los víveres, para recoger los tributos, para lanzar piedras durante los asedios, para cargar fardos, caminando siempre delante de los asnos y bestias de carga, y por último para volcar las ballestas y máquinas de los enemigos atacándolos a pedradas. De acuerdo con la opinión de los gentiles de la antigüedad, los turcos sentían tanto dolor por un cadáver que queda sin sepultura, como el que puede sentir un cristiano al pensar que un alma ha sido castigada con la condenación. Por eso, para excitar su furia profundamente, el obispo de Puy ordenó por medio de un edicto que dio a conocer en todo el ejército, durante el sitio de Antioquía, entregar una recompensa de doce denarios, a pagar inmediatamente, a cualquiera que entregase una cabeza de turco; y cuando el prelado había recibido algunas de esas cabezas, las ha-



El sitio de Jerusalén

cía clavar en unas largas pértigas delante de las mura-
llas de la ciudad y ante los ojos de los mismos ene-
migos. Aquello les provocaba siempre muchísima pesa-
dumbre y los helaba de espanto.

Ese mismo obispo hizo en aquel sitio, de acuerdo con
el consejo de los príncipes, una cosa que no puedo dejar
pasar en silencio. Cuando los sitiados comenzaron a
darse cuenta de que nosotros padecíamos gran caren-
cia de víveres, el obispo quiso que los nuestros, por su
parte, unciesen los bueyes al arado y arasen y sembra-
sen los campos, ante los ojos de los habitantes, para que
comprendiesen que nada ni nadie podría apartar a los
sitiadores de su empresa, pues desde ya se preparaban
para asegurarse la cosecha del año venidero.

LOS CRUZADOS DESCUBREN SU REINO

Los cristianos ya eran dueños de la Ciudad Santa. Debían ahora conservar lo que habían conquistado a tan alto precio. Dos días después de la toma de la ciudad, el 17 de julio de 1099, los barones se reúnen en consejo, con gran solemnidad, para elegir cuál de ellos defendería y gobernaría la ciudad. Al cabo de algunos días fue elegido el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon. Sabemos, según cuenta Guiberto de Nogent, que rehusó llevar una corona de oro en el lugar donde Nuestro Señor llevó una corona de espinas. Cualquiera que haya sido el motivo que da el cronista contemporáneo, Godofredo asumió modestamente el título de "procurador del Santo Sepulcro".

Muy pronto tendría que ejercer su autoridad. Nadie había pensado que Jerusalén sería conquistada en tan poco tiempo, y muy pocos días después de la elección de Godofredo llegaron noticias de que el ejército egipcio de socorro, que pensaba sorprender por la espalda a los sitiadores, se acercaba a Jerusalén [22 de julio]. La situación de Godofredo era peligrosa, pues la mayor parte de los barones había tomado el camino de regreso junto con sus tropas. Es necesario recordar que para la mayoría de los barones la cruzada implicaba un voto temporario; una vez cumplido esto, sólo anhelaban una cosa: volver a sus tierras. Lo primero que hizo Godofredo fue por lo tanto enviar mensajeros a sus antiguos camaradas rogándoles que acudiesen en su ayuda. Reunidos una vez más, combatieron en los alrededores de Ascalón y el combate [12 de agosto de 1099] terminó en una victoria.

El miércoles¹ los príncipes partieron y marcharon al combate. El obispo de Martirano volvió con mensajes para el patriarca y el duque. Los sarracenos fueron en su busca, lo capturaron y lo llevaron consigo. Pedro el Ermitaño permaneció en Jerusalén, con el fin de tomar providencias y ordenar a los griegos, latinos y clérigos que celebrasen una procesión en honor de Dios e hiciesen ayuno y limosnas, para que Dios concediese la victoria a su pueblo. Los clérigos y sacerdotes, revestidos con los ornamentos sagrados, condujeron la procesión al templo

¹ Anónimo.

del Señor y cantaron misas y dijeron oraciones para que Dios defendiese a su pueblo.

Por último, el patriarca, los obispos y los otros señores se reunieron a la orilla del río que corre por Ascalón. Allí recogieron gran cantidad de animales, bueyes, camellos, ovejas y toda clase de botín. Los árabes llegaron en número considerable; serían unos trescientos. Los nuestros se precipitaron sobre ellos y prendieron a dos y persiguieron a los otros hasta donde estaba su ejército. Por la tarde el patriarca mandó que gritasen por todo el ejército que al día siguiente, muy de madrugada, todos debían estar dispuestos para la batalla y que había pena de excomunión para quien acumulase botín antes de que terminase la batalla; pero una vez terminada la batalla, podrían con toda alegría apoderarse de todo cuanto les había predestinado el Señor.

Al amanecer entraron en un magnífico valle, cerca de la orilla del mar, donde formaron en orden de batalla. El duque alineó su tropa para la batalla, el conde de Normandía la suya, y lo propio hicieron el conde de Saint-Gilles, Tancredo y Gastón. Dispusieron infantes y arqueros para que marchasen delante de los caballeros. Todo se ordenó, y comenzaron a combatir en nombre del Señor Jesucristo.

En el ala izquierda estaba el duque Godofredo con su tropa, y el conde de Saint-Gilles cabalgaba cerca del mar, en el ala derecha; el conde de Normandía, el conde de Flandes, Tancredo y todos los otros cabalgaban en el centro. Los nuestros avanzaron así progresivamente. Los paganos, por su parte, estaban listos para el combate. Cada uno de ellos llevaba su bota colgando del cuello para poder beber sin dejar de perseguirnos, pero no tuvieron tiempo para ello, gracias a Dios.

El conde de Normandía al ver el estandarte del almirante adornado con una manzana de oro en lo alto de una lanza de plata, se precipitó violentamente sobre el portador y lo hirió mortalmente. Por otro lado el conde de Flandes los atacó con vigor. Tancredo, desde su costado, irrumpió en el campo de ellos, y los paganos al verlo emprendieron la huida. Formaban una multitud innumerable, y nadie sabrá cuántos eran, fuera de Dios. La batalla fue encarnizada, pero una fuerza divina nos acompañaba, tan grande, tan poderosa, que en brevísimo tiempo los vencimos.

Los enemigos de Dios estaban enceguecidos y estupefactos; veían bien, con los ojos abiertos, a los caballeros de Cristo, pero era como si no viesen nada y no osaban alzar su brazo contra los cristianos, porque el poder divino los aterrorizaba. En medio de su espanto

trepaban a los árboles para esconderse, pero los nuestros, a flechazos, con lanzas y espadas, los mataban y arrojaban al suelo. Otros se echaban por tierra, temiendo enfrentarse con nosotros, y los nuestros los decapitaban como se decapitan los animales en el mercado. Cerca del mar el conde de Saint-Gilles mató un número incalculable; algunos se arrojaban al mar, otros huían a una y otra parte.

Después de esta batalla, Godofredo permaneció en Jerusalén con unos trescientos caballeros. Su reinado tendría muy poca duración, pues murió el 18 de julio de 1100. Lo sucedió su hermano Balduino de Bolonia, convertido en conde de Edesa, quien tomó el título de rey de Jerusalén.

El año 1101, el día de la Natividad del Señor¹, Balduino fue pomposamente consagrado con la santa unción y coronado como rey, en la basílica de la bienaventurada María, en Belén, por mano del mismo patriarca, en presencia de los obispos, el clero y el pueblo. Nada de eso se había hecho con Godofredo, hermano y predecesor de Balduino, porque algunos no lo aprobaban y porque él mismo no lo quiso; pero después de madurar y examinar la cuestión, todos consintieron en que se hiciese con Balduino.

Foucher de Chartres, que formaba parte del séquito de Balduino, permaneció en Tierra Santa. Relata el estado precario del reino.

En aquella época la ruta terrestre permanecía cerrada para nuestros peregrinos; pero por el mar, tanto los francos como los italianos y venecianos se hacían a la vela en dos, tres y hasta en cuatro navíos, lograban pasar entre los piratas enemigos y ante los muros de las ciudades de los infieles, y si Dios se dignaba conducirlos, llegaban después de padecer mortales temores hasta Jope, el único puerto que por entonces teníamos en nuestro poder. En cuanto sabíamos que habían llegado desde las regiones occidentales, inmediatamente y con el corazón lleno de alegría acudíamos a su encuentro y nos felicitábamos mutuamente; los recibíamos como a hermanos a orillas del mar y cada uno de nosotros pedía detalladas noticias de su país y su familia; ellos por su parte contaban cuanto sabían; entonces, de acuerdo con lo que nos decían, nos alegrábamos con la prosperidad o nos entristecíamos con el infortunio de todo cuanto amá-

¹ *Foucher de Chartres.*

bamos. Los recién llegados se encaminaban a Jerusalén y visitaban los Santos Lugares; después algunos se afincaban en la Tierra Santa, mientras otros regresaban a sus tierras y a Francia. Debido a eso la santa tierra de Jerusalén permaneció siempre sin población, y no había demasiada gente para defenderla de los sarracenos, si éstos hubiesen osado atacarla. (...)

No había más que trescientos caballeros y otros tantos infantes para defender Jerusalén, Jope, Ramla y el castillo de Caifás.

Además del reino de Jerusalén, de superficie reducida y tan pobremente defendido, la Siria franca comprendía, al nordeste, el principado de Edesa, que después de Balduino pasó a manos de uno de sus primos, Balduino de Bourg; el principado de Antioquía, en la Siria del norte, en poder de Bohemundo, y sobre la costa, entre Antioquía y Jerusalén, el principado de Trípoli, luego que aquella ciudad fue conquistada, en 1109, después de la muerte de Raimundo de Saint-Gilles, por su hijo bastardo Beltrán.

Los cronistas que permanecieron en aquellas tierras — entre otros Foucher de Chartres — nos brindan algunos detalles sobre el estado del país y también sobre la administración de los barones. A pesar del clima, al cual no estaban habituados, y de la actitud de la población, en su mayor parte extranjera para ellos, con un fondo de permanente hostilidad, se advierte que todos poseyeron una asombrosa capacidad de adaptación.

Balduino I inicia el descubrimiento de su reino:

Cuando Balduino¹ ocupó su tienda, el rey de la última ciudad [Caifás] le envió pan, vino, miel silvestre y corderos, y le dijo, por medio de un mensaje escrito, que Ducac, rey de los de Damasco, y un tal emir de Ginhaldole, príncipe de Alepo, nos esperaban con turcos, sarracenos y árabes sobre el camino por el cual sabían que debíamos pasar y se disponían a caer sobre nosotros. En un principio no creímos nada de lo que se nos avisaba, pero pronto debimos reconocer que era verdad. No lejos de la ciudad de Berito, y a unas cinco millas de distancia, había en efecto un camino que costea el mar, inevitable para nosotros como para cualquiera que vaya hacia aquellos lados, y muy estrecho para el paso de un ejército. Si los enemigos se adelantaban para fortificarse en aquel lugar, ni cien mil hombres armados hubieran podido atravesarlo, a menos que no hubiesen ocu-

¹ *Foucher de Chartres.*

pado la estrecha entrada del desfiladero con setenta o cien hombres bien armados. Aquél era el lugar donde los infieles se jactaban diciendo que nos detendrían para degollarnos a todos. Cuando los correos que nos precedían se acercaron a dicho pasaje, pudieron ver a muchos turcos separados del resto de sus compañeros, que avanzaban hacia nosotros para esperar nuestra llegada. Al verlos, nuestros vigías, convencidos de que detrás de esos paganos debían esconderse tropas mucho más numerosas, enviaron un correo para que contase al señor Balduino lo que habían descubierto. Al recibir aquellas noticias, formó el ejército en orden de batalla, de acuerdo con las reglas del arte, dividido en varias líneas, y así avanzamos contra el enemigo, con las banderas desplegadas; pero a paso lento. Sabiendo que pronto se entablaría el combate, sin dejar de marchar hacia el enemigo, solicitábamos piadosamente, con la compunción de los corazones puros, el socorro del Altísimo. La vanguardia de los infieles atacó rápidamente a nuestra primera línea; muchos de ellos murieron en la escaramuza y cuatro de los nuestros también perdieron la vida. Ambos bandos abandonaron pronto la lucha. Hubo consejo y se ordenó establecer nuestro campamento en un lugar más cerca del enemigo, por temor a que éste no nos supiese paralizados de terror o dispuestos a huir, si abandonábamos el lugar. Aparentamos una cosa, pero pensábamos en otra; fingimos audacia, pero temíamos la muerte. Era difícil retroceder; avanzar era aún más difícil. El enemigo nos cercaba por doquier; por una parte, desde lo alto de sus navíos, y por la otra, desde la cumbre de las montañas. Aquel día, nuestros hombres y nuestros animales de carga no supieron lo que era el alimento ni el descanso. En cuanto a mí, hubiera preferido estar en Chartres o en Orléans y no en aquel lugar. Pasamos toda la noche fuera de nuestras tiendas, abrumados de tristeza y sin poder cerrar un ojo. En las primeras horas del día, cuando la aurora empezaba a disipar las tinieblas, hubo un nuevo consejo para saber si intentaríamos seguir viviendo o si era necesario morir. Se resolvió levantar las tiendas y desandar camino, mandando adelante los animales de carga con el equipaje, arreados por los espoliques del ejército; los hombres de armas irían detrás y los defenderían vigilantes de los ataques de los sarrazenos. Muy de mañana, cuando los infieles nos vieron retroceder, descendieron a toda prisa sobre nosotros para perseguirnos como a fugitivos. (...)

De pronto, Dios, en su misericordia, dio a nuestros hombres de armas tanta audacia y coraje que, volviéndose repentinamente, hicieron huir por un camino divi-

dido en tres brazos a los que antes nos perseguían, sin darles lugar a que pudiesen defenderse. Aquellos bárbaros se precipitaban desde las rocas escarpadas, o corrían a buscar refugio donde pensaban que podrían salvarse, o caían bajo el filo de las espadas. (...)

Al día siguiente nos encaminamos hacia una comarca más llana, donde pudimos dar descanso a nuestros animales de carga y asolar las tierras del enemigo. En nuestro camino hallamos varios caseríos; los sarracenos que vivían en ellos, al acercarnos nosotros, se habían escondido con sus rebaños y enseres dentro de las cavernas. Como no pudimos matar más que algunos de ellos, encendimos fogatas en las entradas de aquellos antros; pronto el humo y el calor insoportables obligaron a aquellas gentes a salir y a entregarse. Entre ellos había unos bandidos cuya única ocupación consistía en tender emboscadas a los cristianos entre Ramla y Jerusalén y degollarlos. Algunos sirios, cristianos como nosotros, que vivían en los mismos caseríos y que se habían escondido junto con ellos en los mismos subterráneos, nos denunciaron sus crímenes. Como en realidad eran culpables, se les fue cortando la cabeza a medida que salían de las cavernas. A los sirios y a sus mujeres se les perdonó, pero sarracenos habrán muerto unos cien. Entonces el rey Balduino ordenó que los sirios fuesen trasladados a Ascalón, por miedo a que un día u otro los matasen en aquel país. Cuando hubimos consumido todo lo que pudo ser hallado en aquella región, tanto en cereales como en ganado, viendo que no podíamos obtener ningún otro provecho de aquellas tierras devastadas desde hacía mucho tiempo, después de celebrar consejo con algunos sarracenos nacidos y criados en aquella zona, pero convertidos hacía poco a la fe cristiana, cuyo conocimiento abarcaba toda aquella región, pues sabían cuáles eran las tierras incultas o cultivadas, se resolvió que el ejército continuaría hacia Arabia. Después de atravesar las montañas cercanas a las tumbas de los patriarcas, donde están gloriosamente sepultados los cuerpos de Abraham, de Isaac, de Jacob, de su hijo, el justo José, y también los de Sara y Rebeca, situadas a unas cuarenta millas de distancia de Jerusalén, llegamos al valle donde las criminales ciudades de Sodoma y Gomorra, destruidas y devoradas por el justo juicio de Dios, habían dejado lugar al gran lago Asfaltites, al que llamamos mar Muerto. El largo del lago, desde la vecindad de Sodoma hasta Zoaras en Arabia, es de quinientos ochenta estadios¹; y su anchura de ciento cincuenta. Sus aguas son tan saladas

¹ El estadio corresponde a 180 metros.

que ni los cuadrúpedos ni las aves las pueden beber; yo mismo, Foucher de Chartres, hice la prueba, pues bajé de mi mula a orillas del lago, y probé el agua que hallé más amarga que el eléboro. Porque nada puede vivir en el lago y ningún pez se conserva ahí, se lo llama mar Muerto. Por la ribera norte recibe al río Jordán y, por el sur no tiene ninguna desembocadura ni de río ni de lago. Cerca del lago o mar Muerto, hay una montaña también salada, no en su totalidad, pero en ciertas partes, tan sólida como la piedra más dura y blanda como la nieve; la sal que la forma es la que llaman sal gema, y con frecuencia se la ve caer en pedazos desde lo alto de la montaña. Supongo que el lago se sala de dos maneras: por una parte absorbiendo sin cesar la sal de la montaña, pues las aguas de las orillas bañan el pie de aquélla; por otra, recibiendo en su seno las lluvias que caen sobre la montaña y corren por ella; además, es posible que la sima que forma el lago sea tan profunda que, por un reflujo invisible, el mar, que es salado, se filtre por debajo de la tierra. Es muy difícil lograr hundirse o ahogarse en la superficie del lago, aun queriéndolo. Recorrimos el lago por la parte norte y encontramos una pequeña ciudad que llaman Segor, situada en un lugar agradable, rico en los frutos de palmera, llamados dátiles, muy dulces de sabor y con los cuales nos alimentamos, pues por otra parte no pudimos hallar otra cosa con que hacerlo. En cuanto supieron que nos acercábamos, los árabes que viven en aquel país huyeron y sólo permanecieron allí algunos miserables más negros que el hollín, a los que dejamos ahí como si fuesen la más vil de las algas del mar. He visto en aquel lugar, en varios árboles, una especie de fruto cuya cáscara rompí, pero en el interior no encontré más que un polvo negro. Desde allí empezamos a penetrar en la parte montañosa de Arabia y pasamos la noche en las cuevas que tanto abundan. A la mañana siguiente, después de trasponer los montes, hallamos varias aldeas, pero no pudimos encontrar provisiones, pues los habitantes, al saber que llegábamos, habían huido a esconderse en las cuevas subterráneas. Como no había ningún motivo para permanecer allí, nos encaminamos hacia otros sitios, siempre precedidos por los guías que nos conducían. Atravesamos un valle rico en productos de toda especie, el mismo donde Moisés, iluminado por Dios, golpeó dos veces con su vara una roca e hizo brotar, como cuenta la Escritura, una fuente de agua viva que sirvió para abreviar al pueblo de Israel y a sus animales de carga. La fuente sigue manando todavía, con tanta abundancia como entonces, y forma un pequeño arroyo cuya corriente, por la rapidez de su cur-

so, pone en movimiento varios molinos para moler el trigo. Yo mismo, Foucher de Chartres, di de beber ahí a mis caballos. En lo alto de una montaña hay un monasterio, conocido por el monasterio de San Aarón, que fue edificado en el lugar donde Moisés y Aarón hablaban con Dios; fue para nosotros una gran alegría poder ver un sitio tan santo y que desconocíamos. Dado que después de aquel valle, todo el resto del país es árido y desértico hasta cerca de Babilonia, renunciemos a seguir más adelante. El valle, es verdad, abunda en productos de toda especie, pero durante nuestra estada en algunas de aquellas aldeas, como los habitantes huyeron con todas sus cosas y sus rebaños, para esconderse en los rincones más inaccesibles de la montaña y en las cuevas de las rocas, no pudimos tener ninguna comunicación con ellos, y cuando alguna vez intentamos acercarnos a ellos, nos rechazaron defendiéndose con mucha audacia. Entonces, después de haber descansado durante tres días y luego de haber restablecido a los animales con buenas raciones, los cargamos con las provisiones necesarias, y aprovechando el día favorable, en la segunda hora, respondiendo a la señal dada por la trompeta real, nos pusimos nuevamente en camino para emprender el regreso. Volvimos a pasar por el mar antes nombrado y por las tumbas de los patriarcas de las que he hablado más arriba, atravesamos Belén y el lugar donde está la sepultura de Raquel, y llegamos a Jerusalén con toda felicidad, el mismo día del solsticio de invierno.

Podemos tener una idea sobre el aspecto de las ciudades musulmanas, a través de la descripción de la ciudad de Alepo hecha por Ibn Jubair, musulmán español que hizo la peregrinación a La Meca durante el siglo XII (1184).

Alepo está edificada sobre una inmensa superficie. Admirablemente trazada, con una extraordinaria belleza, con grandes mercados monumentales, regularmente colocados en largas hileras adyacentes. Se va de una hilera a la otra a través de los sitios reservados a cada oficio, de modo que uno puede así recorrer todos los oficios de la ciudad. Los mercados tienen techos de madera, de modo que adentro hay mucha sombra, y todos los miran, pues son muy bellos. Aun quienes van apurados se detienen para admirarlos. El mercado principal tiene el aspecto de un jardín cerrado, de tan agradable y bonito que es; está edificado en torno de la mezquita principal. Los negocios son almacenes construidos en madera, de un original estilo.

Alepo es una gran ciudad; he aquí la descripción de una aldea rural, Dunaysar, situada en Siria del Norte, hecha por el mismo viajero:

Dunaysar está ubicada en una amplia llanura rodeada de plantas odoríferas y de huertos de regadío. Tiene aspecto rural y carece de muralla; atrae muchedumbres, con sus mercados muy frecuentados y bien provistos; es el centro de aprovisionamiento de los pueblos de Siria. Tiene anchos campos y muchos productos alimenticios. Nuestra caravana acampó fuera de la ciudad el jueves por la mañana y permanecemos allí hasta la oración del viernes. La caravana atrasó su partida para poder asistir al mercado, pues los jueves, viernes, sábados y domingos siguientes se realiza un mercado muy concurrido. Allí se reúnen los habitantes de las regiones vecinas, pues toda la ruta, a derecha e izquierda, es una serie ininterrumpida de poblaciones y albergues. El mercado, al que acuden desde todas direcciones, se llama el Bazar.

Podemos comparar dos descripciones de una misma ciudad, hechas con cien años de diferencia. La primera descripción es de un persa que visitó Trípoli a mediados del siglo XI, es decir, unos cincuenta años antes de la primera cruzada:

La ciudad mide mil codos de largo por otros tantos de ancho. Las casas de hospedaje tienen cuatro o cinco pisos y algunas hasta seis. Las casas privadas y los bazares están bien contruidos y tan limpios que cada uno de ellos, por su limpieza, podría parecer un palacio. Todas las carnes, frutos y otros comestibles que pueden darse en la tierra de Persia, aquí se hallan en abundancia y de una calidad cien veces mayor. Se dice que la ciudad tiene veinte mil hombres y posee muchos territorios y aldeas. Hacen muy buen papel, como el de Samarcanda, y de mejor calidad.

La otra descripción pertenece a un viajero que la visitó a mediados del siglo XII, cuando la ciudad hacía unos cincuenta años que estaba en poder de los cristianos:

Es una gran ciudad, defendida por una muralla de piedra e inexpugnable; posee aldeas, territorios, hermosos dominios y gran cantidad de árboles, como olivos, vides, cañas de azúcar, árboles frutales de todas las especies y para todas las cosechas, en variedades numerosísimas. El ir y venir es perpetuo. El mar rodea la

ciudad por tres de sus lados y es una de las más grandes fortalezas de Siria. Llegan a ella toda clase de productos y abundan en todas las mercancías.

En torno del castillo de Raimundo, sucesor de Raimundo de Saint-Gilles, había surgido en Trípoli una ciudad nueva. Al finalizar la ocupación cristiana contaba con unos cuatro mil tejedores de seda. Los francos habían transportado a Oriente lo que había hecho la prosperidad de las regiones occidentales y habían creado muchas ciudades que gozaban de las mismas franquicias que las ciudades nuevas de Francia tenían por aquel entonces. De aquella manera, durante los primeros años del siglo XII, el rey Balduino había atraído a Jerusalén a los cristianos de la Transjordania.

Otorgó una gran franquicia a los burgueses de Jerusalén y la confirmó con carta sellada con su sello. Era costumbre en la ciudad cobrar impuestos y peajes muy gravosos a las mercancías y personas que llegaban a la ciudad. Y él les otorgó gran franquicia, que ningún latino ni ninguna mercadería que llevasen pagaran al entrar a Jerusalén, ni al salir, y que cada uno de ellos vendiese y comprase cuanto quisiera en la ciudad, y también lo concedió a los sirios, griegos, armenios y hasta a los sarracenos, para que pudiesen llevar a la ciudad cebada, trigo candeal y toda especie de legumbres sin pagar ninguna costumbre [*ningún derecho*].

La libertad de comercio, como se la practicaba en Occidente, abarcaba tanto a musulmanes como a cristianos. Después de Balduino, la reina Melisenda hizo edificar en Jerusalén un mercado que contaba, en el siglo XII, con veintisiete panaderías. Los cronistas nos han hecho llegar noticias sobre algunos trabajos de utilidad pública debidos a la iniciativa de personas privadas.

Sucedió durante el primer año¹, después de la muerte del rey Balduino el Leproso, que dejó de llover en la tierra de Jerusalén y en Jerusalén, y no había agua para beber o la que había era muy poca. Vivía entonces en Jerusalén un burgués llamado Germán, que con gran diligencia hacía el bien por amor de Dios, y con motivo de la gran sequía hizo construir en tres lugares de Jerusalén cubas de mármol selladas.

Había en cada una de las tres cubas dos cuencos encadenados, y él las hacía mantener siempre llenas de

¹ *Historia de Heraclio.*

agua. Ahí iban a beber todos y todas, cuantos querían. Cuando Germán vio que en las cisternas no quedaba más agua y que seguía sin llover, sintió mucha pena y temió que se perdiese la buena obra que había empezado a hacer. Entonces recordó haber oído decir a los antiguos pobladores de la tierra que junto a la fuente de Silcó había un pozo antiguo, el pozo de Jacob, que estaba tapado y relleno y se caminaba sobre él, y costaría mucho trabajo encontrarlo. Entonces aquel hombre prudente oró a Nuestro Señor para que le concediese la gracia de encontrar el pozo y lo ayudase a proseguir la obra buena que había comenzado, y que por su gracia el pobre pueblo tuviera agua. A la mañana siguiente se levantó y rogó al Señor que lo aconsejase. Después salió, contrató obreros, y con ellos se encaminó al sitio donde le decían que el pozo había estado. Tanto excavaron y sondearon que dieron con el pozo. Una vez que lo hallaron, hizo vaciar el pozo y amurallarlo de nuevo, y los gastos corrieron por su cuenta. Luego colocó allí una noria y una bestia para moverla. Y en torno pusieron cubas de piedra, donde caía el agua que se sacaba del pozo. Y todos los que de la tierra querían agua ahí la tenían y podían llevarla a la ciudad; el burgués hacía extraer el agua de noche y de día con sus caballos y colmaba las cisternas para todos cuantos quisiesen llevar agua, y todo a expensas suyas; hasta que Dios les concedió lluvia y tuvieron agua en sus cisternas. Pero el hombre prudente no cesó de abastecer de agua y puso tres animales de carga y tres servidores que conducían el agua a las cubas que tenía en la ciudad para abreviar a las pobres gentes. El pozo del que hacía sacar el agua tenía cincuenta toesas de profundidad. Después, los cristianos, cuando los sarracenos llegaron para sitiar la ciudad, lo destruyeron y rellenaron. *(Este texto fue escrito en 1187, después de la toma de Jerusalén.)*

Un texto muchas veces citado de Foucher de Chartres resume perfectamente la adaptación de los francos de Tierra Santa a su nuevo Estado:

Fuimos occidentales y nos hemos convertido en orientales; el que era romano o franco, aquí es galileo o habitante de Palestina; el que vivía en Reims o Chartres es ahora ciudadano de Tiro o de Antioquía. Hemos olvidado el lugar de nuestro nacimiento; para muchos, ya son sitios desconocidos o, por lo menos, ya no oyen hablar de ellos. Algunos de nosotros poseen en este país casas y servidores que les pertenecen como por derecho hereditario; otros desposan mujeres que no son compa-

triotas suyas, pues han nacido en Siria o Armenia, o quizás son sarracenas que recibieron la gracia del bautismo. Otros tienen en su casa a su yerno, o a su nuera, a su suegro o a su suegra; aquél está rodeado de sus sobrinos y nietos; otro cultiva la viña, el de más allá sus campos; hablan las lenguas más diversas y sin embargo han logrado entenderse. Los idiomas más distintos ya son comunes a unos y otros, y la confianza aproxima a las razas más alejadas.

El cruzado mantenía comunicación con las ciudades occidentales, y esa relación de orden espiritual se manifestaba a veces en una especie de hermandad entre las iglesias. Los lazos de oraciones y amistad que unían a la iglesia de Reims con la de Belén, se manifiestan en un intercambio de regalos, como lo demuestra la siguiente carta:

Anselmo, por la gracia de Dios obispo de Belén, a León, venerable deán de Reims. (...)

Conocemos por las cartas que nos habéis enviado, vuestro deseo de unión espiritual con la gloriosa iglesia de la Natividad del Señor... nos regocijamos sabiéndonos unidos fraternamente por las oraciones de la santa iglesia de Reims, y hemos resuelto, como nos lo solicita vuestra caridad, que vuestro santo acompañamiento participará de hoy en adelante de la gozosa devoción a la iglesia de Belén. El hermoso salterio que ha sido para nosotros bienvenida ofrenda de vuestra parte, servirá de recuerdo de vuestro espíritu piadoso.

Hay además testimonios sobre el envío de reliquias. El chantre de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén envía en 1108 a los canónigos de Nuestra Señora de París, por intermedio de su servidor Anselmo, un trozo de madera de la Vera Cruz, con una carta en que "autentifica" la reliquia, contando cómo fue a dar a sus manos:

Fue David, rey de Georgia, que poseía las bocas del Caspio... y cuyas tierras y reino hacen las veces para nosotros de murallas fortificadas contra los medos y los persas, quien tenía esta cruz y la conservó con mucha veneración y afecto mientras vivió. A su muerte, su hijo heredó el reino, y su mujer, más venerable por su santidad que por la nobleza de su origen, se cortó el pelo y vistió el hábito religioso; tomó esta cruz y mucho oro, y se retiró a Jerusalén con algunas compañeras... para

terminar sus días en retiro, silencio y oración; entregó parte del oro que trajo a los monasterios de la Ciudad Santa y dio limosnas a los pobres y peregrinos; después, con el acuerdo del patriarca, ingresó en una congregación de religiosas georgianas que hay en Jerusalén, y algún tiempo después, accediendo a los ruegos de las hermanas y del patriarca, se puso a la cabeza de la comunidad. Había dispensado todo cuanto trajo en limosnas y para proveer a las distintas necesidades de la comunidad; cuando sobrevino una gran escasez en nuestra tierra, a ella y a sus monjas comenzó a faltarles lo necesario... y se vio obligada, en pro de su comunidad, a hacer lo que jamás hubiese hecho por sí misma; es así como fue adquirido a precio de dinero este madero que no tiene precio: el que os envió.

En una segunda carta, escrita a pedido de los canónigos, agrega una nueva explicación, contando que al llegar los árabes a Jerusalén, el fragmento de la Vera Cruz fue despedazado para poder ocultarlo con más facilidad, y fue así como se repartió entre los príncipes y las ciudades cristianas, y eso explica por qué una de las reliquias estaba en poder del rey de Georgia.

LOS MUSULMANES DESCUBREN A SUS AMOS

Las relaciones de los cruzados con la población musulmana son inevitablemente las de vencedores y vencidos. Los sarracenos de Siria estaban tan deseosos de liberarse de la dominación franca, como sus contemporáneos cristianos de España, empeñados en la Reconquista¹, deseaban liberarse de la tutela musulmana. Pero sería una equivocación suponer que imperaba su estado de terror o que se hubiese ejercido una explotación parecida a la que debieron soportar las poblaciones indígenas del Nuevo Mundo, exterminadas en América del Norte y reducidas a una condición cercana a la esclavitud en América del Sur. Los trabajos a los que estaba sometida la población musulmana eran los siguientes: un día de prestación de servicio por año y por tierra laborable de 75 acres, además de la entrega de parte de la cosecha, que variaba entre un cuarto y la mitad, según los lugares. El conjunto presenta un aspecto mejor de lo que debieron soportar, por ejemplo, los aparceros del siglo

¹ En español, en el original. (N. del T.)

XVII en Francia, para no hablar de los del siglo XIX. Y se descubre con asombro que los pobladores francos — la gente humilde que permanece unida a la tierra —, pagaban a menudo una renta más alta, porque estaban obligados al diezmo eclesiástico, del cual los musulmanes estaban exceptuados. Comparemos esa situación con la del irlandés católico en el siglo XIX que debía pagar una pesada contribución a la Iglesia anglicana. Además, el relato de Ibn Jubair, antes citado, contiene, entre otros, un fragmento dedicado a la situación de los musulmanes en los territorios controlados por los francos, de acuerdo con lo que él pudo ver por sí mismo durante su viaje de regreso, al volver de La Meca, entre Damasco y Acre:

Nos alejamos de Tibnin [Toron] por un camino que atraviesa continuamente aldeas habitadas por musulmanes que viven con mucho bienestar bajo los francos. ¡Que Alá nos libre de esa tentación! Están obligados a entregar la mitad de lo recogido en la cosecha y a pagar una capitación de un dinar y siete querats, y además un leve impuesto sobre los árboles frutales. Los musulmanes son dueños de sus casas y las administran según su voluntad. Así están constituidas las granjas y aldeas en que viven en territorio franco. Los corazones de muchos musulmanes desbordan con la tentación de ir a vivir allí, cuando consideran la situación de sus hermanos en los distritos gobernados por los musulmanes, pues el estado de estos últimos dista mucho de ser agradable. Es una desgracia para los musulmanes que en las tierras gobernadas por sus correligionarios deban lamentarse siempre de las injusticias cometidas por sus jefes, mientras no pueden sino alabar la conducta de los francos, en cuya justicia pueden siempre tener confianza.

La tasa personal que debían pagar a sus señores, un dinar y siete querats, correspondía a un besant, lo que equivale a doce francos oro de la actualidad. El mismo cronista continúa diciendo:

Nos detuvimos en una aldea de los alrededores de Acre. El alcalde encargado de la vigilancia era musulmán; había sido nombrado por los francos y propuesto a la administración por los labradores de la zona.

Hallamos el mismo reconocimiento acerca de la justicia de los francos, expresado por Ibn Jubair, en otro escritor musulmán llamado Usama, que por otra parte no oculta la antipatía que aquéllos le inspiran:

Los francos (a quienes Alá confunda), no tienen ninguna de las superioridades de los hombres, fuera de la valentía. No hay entre ellos más preeminencias ni precedencias, si no es para los jinetes. Los jinetes son en realidad sus únicos hombres. Por eso los consideran árbitros de los consejos, los juicios y las resoluciones. Un día¹ les pedí justicia por los rebaños de ovejas que el señor de Panéas² se llevó del bosque. En aquel entonces reinaba la paz entre nosotros y yo vivía en Damasco. Le dije al rey Foulques, hijo de Foulques³: “Ese señor ha cometido un acto de hostilidad contra nosotros y se apoderó de nuestros rebaños. Fue en la época en que las ovejas paren; los corederos murieron al nacer. Nos devolvió los rebaños luego de haber provocado la muerte de su progenitura.”

El rey dijo entonces a seis o siete jinetes⁴: “Tened consejo para hacerle justicia.” Salieron de la sala, se apartaron y deliberaron hasta que estuvieron todos de acuerdo. Volvieron entonces a la sala donde el rey recibía su audiencia y dijeron: “Hemos resuelto que el señor de Panéas tiene la obligación de reembolsarle lo que le hizo perder con la muerte de los corderos.” El rey le ordenó que saldase la deuda. Me pidió, insistió ante mí y me imploró; por último le acepté en pago cuatrocientos denarios. Cuando los jinetes han pronunciado una resolución, ni el rey ni ninguno de los jefes de los francos pueden alterarla ni atenuarla. ¡Tanta importancia tiene ante sus ojos el caballero!

Debemos también a Usama dos anécdotas en las que se demuestra que quienes manifestaban una hostilidad evidente contra los musulmanes por el solo hecho de serlo, eran los occidentales recién llegados al país. Los otros habían aprendido a vivir junto con ellos.

Entre los que habitan desde hace poco tiempo en los territorios de los francos [*en Tierra Santa*] no hay ninguno que no deje de mostrarse más inhumano que sus predecesores, afincados entre nosotros y familiarizados con los musulmanes.

Nos da una prueba de la maldad de los francos —¡ a

¹ En 1140.

² Renier, llamado Brus.

³ Foulques de Anjou, cuarto rey de Jerusalén, hijo de Foulques IV, conde de Anjou, que ascendió al trono el 31 de agosto de 1131.

⁴ El texto confunde jinetes y caballeros. La caballería no existía entre los musulmanes.

quienes Alá agoste! — lo que sucedió cuando fui a Jerusalén¹. Entré en la mezquita Al-Aksa. Al lado había una pequeña mezquita que los francos transformaron en iglesia. Cuando entré en la mezquita Al-Aksa, ocupada por los templarios, mis amigos, me señalaron la pequeña mezquita para que hiciese mis oraciones. Un día entré y glorifiqué a Alá. Estaba entregado a mi oración cuando un franco se arrojó sobre mí, me aferró y volviéndome la cara hacia el oriente, me dijo: “¡Así se reza!” Un grupo de templarios se precipitó sobre él, se apoderaron de su persona y lo arrojaron fuera. Volví a rezar. Aquel hombre, burlando la vigilancia de los templarios, se arrojó nuevamente sobre mí y volvió mi cara hacia el oriente, repitiendo: “¡Así se reza!” Los templarios volvieron a precipitarse sobre él y lo expulsaron. Después me pidieron disculpas y me dijeron: “Es un extranjero que llegó hace pocos días del país de los francos. Nunca ha visto a nadie que no rezara mirando hacia el oriente.” Respondí: “He rezado bastante por hoy.” Salí, asombrado de ver cómo aquel diablo tenía la cara alterada, cómo temblaba y qué impresión le produjo al ver a alguien rezando en dirección de la *kibla*². (...)

Esto me lo contó mi compatriota: “Fui con él, y entramos en casa de un caballero de aquellos a la antigua usanza, que habían llegado con la primera expedición de los francos. Su nombre había sido cancelado de las fojas de impuestos y se le había dispensado de todo servicio militar, y además poseía un feudo en Antioquía y de allí obtenía su subsistencia. Ordenó que dispusiesen una magnífica mesa, preparada con platos de una pureza excesiva y una perfección absoluta. Entonces mi huésped advirtió que yo me abstenia de comer. ‘Come’, me dijo, ‘no debes preocuparte. Tampoco yo como la comida de los francos, pues tengo cocineros egipcios y sólo como lo que ellos preparan. Además, nunca entra en mi casa ninguna carne de cerdo.’ Comí, pero con circunspección. Después nos despedimos de nuestro huésped. Varios días transcurrieron, y un día, pasando yo por la plaza del mercado, vi que una mujer franca se acercaba a mí, profiriendo unos gritos bárbaros en su lengua, y yo no comprendía una sola palabra de las que me decía. Se formó un grupo de gentes en torno de nosotros. Eran francos, y tuve la certeza de que mi muerte se aproximaba. Pero he aquí que apareció aquel caballero. Me vio, se acercó y dijo a la mujer: ‘¿Qué te sucede con este musulmán?’ ‘El mató’, respondió ella, ‘a mi her-

¹ En 1140.

² En dirección a La Meca.

mano Hurso.' Hurso fue un caballero de Apamé, que fue muerto por un soldado del ejército de Hama. El caballero cristiano reprochó a la mujer y le dijo: 'Tienes delante de ti un burgués (*burdjâsi*), es decir, un comerciante que no combate, que ni siquiera asiste a los combates.' También reprendió a la muchedumbre, que se dispersó. Luego me tomó de la mano y me acompañó. Fue gracias a aquella comida que escapé de la muerte."

Hay otros relatos, siempre de cronistas árabes, que demuestran la actitud de sincera amistad de los francos para con ellos.

Contaré¹ algunos rasgos de los francos que me sorprenden en cuanto a su inteligencia.

Había en el ejército del rey Foulques, hijo de Foulques, un caballero franco respetable, que había venido de su país en peregrinación con el propósito de volver muy pronto. Me conoció y se apegó a mí, de modo que me llamaba: Mi hermano. Nos queríamos y nos frecuentábamos. Cuando dispuso volver a cruzar el mar para regresar a su país, me dijo: "Oh hermano mío, regreso a mi casa, y quisiera, si das tu permiso, llevar conmigo a tu hijo a nuestras tierras. (Mi hijo, que estaba conmigo, tenía entonces catorce años.) Frecuentará a los caballeros y aprenderá la sabiduría y la ciencia de la caballería. Cuando vuelva, poseerá el aspecto del hombre inteligente." Aquellas palabras que no provenían de una cabeza juiciosa hirieron mis oídos. Pues si mi hijo hubiese caído prisionero, la cautividad le habría significado precisamente la calamidad de tener que ser transportado al país de los francos. Le respondí: "Por tu vida, ésa era mi intención, pero me detiene el cariño que siente por mi hijo su abuela, mi madre. Lo dejó partir conmigo haciéndome jurar que se lo llevaría de regreso. "¿Tu madre vive todavía?", me preguntó. "Sí", le respondí. El me dijo: "No la contraríes."

La religión enfrentaba a francos y sarracenos, pero no la raza, como lo demuestra la historia de estos casamientos:

Habían llevado a la casa de mi padre² (¡que Alá tenga piedad de él!), algunas niñas capturadas a los francos. Los francos (¡que Alá los maldiga!) son una raza maldita, que no establece alianza con quienes son de otro origen. Mi padre distinguía a una muchacha en la flor

¹ y ² *Usama*.

de la edad. Dijo al intendente de la casa: "Hazla entrar en el baño, repara el desorden de su arreglo y vístela para un viaje." El intendente obedeció. Mi padre confió la muchacha a uno de sus escuderos y la hizo conducir al emir Squinab ad-Din Málík ibn Sálím ibn Málík, señor de Kal'at Dja'bar, uno de sus amigos, al cual escribió: "Hemos tomado algún botín a los francos y yo te envío una parte." La muchacha gustó al emir y lo encantó. La reservó para él y ella le dio un hijo al que él llamó Badrán. Su padre lo constituyó en presunto heredero. El hijo creció y el padre murió. Badrán gobernó la ciudad y a los súbditos; su madre conservó el derecho de ordenar y prohibir. Ella se entendía con algunos hombres, y se deslizó por una cuerda desde lo alto de Kal'at Dja'bar. Aquellos hombres la acompañaron hasta Sarudi, que entonces pertenecía a los francos. Allí se casó con un zapatero franco, mientras su hijo era señor de Kal'at Dja'bar.

Entre las mujeres francas que había en casa de mi padre, se encontraba una vieja con una de sus hijas, joven y bien formada, y un hijo robusto. El hijo se hizo musulmán y su islamismo era de buena ley, pues cumplía con los ayunos y hacía sus oraciones. Aprendió el arte de labrar el mármol en la escuela de un artista que pavimentó de mármol la casa de mi padre. Después, como siguió viviendo entre nosotros, mi padre lo casó con una mujer de una familia piadosa y le otorgó todo lo necesario para la boda y para que pudiese establecerse. Su mujer le dio dos hijos que crecieron entre nosotros. Tenían cinco y seis años cuando su padre, el obrero Raúl, para quien eran una gloria, partió con ellos y su madre, llevándose todo cuanto tenía en la casa, para reunirse con los francos de Apamé. Volvió a hacerse cristiano, y también sus hijos, después de años de islamismo, de oraciones y de fe. ¡Que Alá, el altísimo, purifique al mundo de esa ralea!

¡Gloria sea dada a Alá, el autor de todas las cosas, el creador! Cualquiera que sepa lo que concierne a los francos, debe glorificar y santificar a Alá todopoderoso, porque habrá descubierto que son unas bestias que tienen la superiodidad de la valentía y el ardor en la batalla, pero nada más, como los animales que tienen la superioridad de la fuerza y la agresión.

LOS CABALLEROS DEFIENDEN SUS FRONTERAS

La vida de los reinos latinos era una vida precaria, amenazada continuamente, cuya seguridad defendían un puñado de hombres apostados al abrigo de castillos y ciudades fortificadas que ellos mismos se habían apresurado a construir. La actividad de constructores que realizaron aquellos hombres nos asombra aún hoy. Los formidables testimonios que perduran todavía en Siria — el Krak de los caballeros, Margat, Saona —, después de tantos siglos conservan su aspecto impresionante. Respondían a una necesidad: tras aquellos bastiones unos pocos hombres eran capaces de detener la marcha de un ejército. En realidad, a ellos se debe que haya podido subsistir la Siria franca. Esas fortalezas son un tangible relato de lo que fue la historia del Reino de Jerusalén.

De vez en cuando llegaban algunos refuerzos. Las oleadas de peregrinos no cesaron de llegar, y aquella corriente en realidad fue aumentando y llegó a adquirir una importancia que jamás había tenido antes, pues hacer el voto de cruzado se convirtió en un acto de piedad, alentado por la Iglesia. A cada flujo sucedía desde luego un reflujo, pues la mayoría de los cruzados sólo permanecía temporariamente en Siria. Pero algunos de ellos se establecían también allí. Llegó un momento en que la población de origen occidental fue relativamente numerosa, aun en lo que se refiere a gente del pueblo. Muchos comerciantes y artesanos se establecieron en las ciudades sirias. En Jerusalén, cuando esta ciudad cae en poder de Saladino, hay unas veinte mil personas que no pueden pagar su rescate. Además, habían ido sumándose, y en cantidades no despreciables, muchos comerciantes italianos que pronto se establecieron en las ciudades de la costa, formando colonias muy prósperas. Pero sobre todo, de tiempo en tiempo, llegaba algún barón que había tomado la cruz, acompañado por cierto número de guerreros.

Se ha solido utilizar un sistema de clasificación muy artificial para establecer la historia de las Cruzadas, y es ya tradicional escribir y repetirlo que hubo ocho cruzadas en el espacio de doscientos años. Esa cifra es insostenible. Lo que hubo en realidad fue un aporte constante, al que se añade un movimiento de regreso igualmente frecuente. Es un ir y venir ininterrumpido que une desde aquella primera cruzada las tierras de Oriente y Occidente. Todas las familias nobles, cuya historia

se puede verificar — por ejemplo las dos familias de los cronistas Villerhardouin y Joinville — presentan, en cada generación, la partida de varios de sus miembros hacia las tierras de Oriente. Las ocho cruzadas tradicionales son en realidad expediciones más importantes que las otras, motivadas por sucesos notables, como la caída de Edesa o la de Jerusalén. La historia de los primeros reyes de los reinos latinos acumula sobre todo pequeños encuentros, de limitada importancia, a través de los cuales fue consolidándose la conquista. Entre 1101 y 1110 fueron conquistados los puertos de Cesarea, San Juan de Acre, Beirut y Sidón, todos ellos plazas fuertes costeras, que facilitaban la llegada de posibles socorros. También esto ayudó a que los peregrinos utilizasen desde entonces la vía marítima. Foucher de Chartres relata algunos episodios de combates, por ejemplo, el que se produjo junto a Ascalón:

Debemos ahora contar cómo aquel mismo año el rey [sarraceno] de Babilonia reunió un gran ejército y lo envió, bajo las órdenes del general de su milicia, contra Ascalón, para combatir la fe cristiana, con el deseo, y vanagloriándose de ello, de exterminarnos en Tierra Santa, hasta no dejar uno solo vivo. Le habían contado que quedábamos muy pocos y que no nos llegaban, como de costumbre, refuerzos de peregrinos. Frente a Ascalón se reunieron jinetes árabes, infantes etíopes y unos mil turcos de Damasco, todos ellos excelentes arqueros. Cuando el rey Balduino lo supo, convocó a todos los suyos en Joje (*Jaffa*) y allí preparó la defensa para la guerra. De acuerdo con lo que la necesidad exigía, no quedó en ninguna ciudad ningún hombre apto para la guerra, fuera de los centinelas indispensables para cuidar las murallas durante la noche. El espanto se apoderó de nosotros; temíamos que los infieles sorprendiesen cualquiera de nuestras ciudades privadas de guarnición, o que nos venciesen hasta descalabrar por completo a nuestro rey y a su pequeña tropa. Era el mes de agosto. Ambas partes desde un comienzo apelaron a las artimañas, postergando el combate; y por ambos lados permanecimos, nosotros sin salir en busca de ellos, y ellos, sin atacarnos a nosotros. Por último, y yo creo que fue en el plazo fijado por la Providencia, aquellas gentes impías y paganas dejaron Ascalón y se acercaron al lugar donde nosotros estábamos. Cuando el rey lo supo salió de Joje, montó su corcel y llegó hasta la ciudad de Ramla. Como debía ser muy útil para los nuestros unirse al Señor por todos los medios posibles, fundando sólo en él la firmeza de nuestras esperanzas, Balduino,

inspirado por el mismo Dios, envió antes, con toda prisa, un mensajero al patriarca, al clero y al pueblo, diciéndoles que implorasen con fervor la misericordia del Todopoderoso, para que se dignase, desde lo alto del cielo, brindar su ayuda a los cristianos que se encontraban en una situación tan difícil. El mensajero, a pesar de lo que se le rogó, no quiso aceptar ninguna recompensa, por temor a ser sorprendido y muerto en el camino por los enemigos; con mejor inspiración prefirió confiar al Señor la preocupación de pagarle el precio por su cansancio, y encomendando su alma y su cuerpo a Dios, montó a caballo y partió a toda prisa hacia Jerusalén. En cuanto entró en la Ciudad Santa, dio a conocer su misión y lo que requería el presente estado de cosas; en cuanto hubo explicado lo que pedía, el patriarca mandó que repicasen la campana más grande para que el pueblo se reuniese delante de él. "Oh, hermanos míos", le dijo, "vosotros, amigos y servidores de Dios, la guerra que se nos había anunciado tendrá lugar ahora; este mensajero ha venido a decírmelo y sin duda alguna, pronto se volcará sobre nosotros. Sin la ayuda de Dios, ciertamente, no podremos resistir a la muchedumbre de enemigos que nos amenaza; implorad por lo tanto la clemencia del Señor, a fin de que, en la batalla que se prepara, se digne mostrarse favorable y misericordioso con nuestro rey Balduino y todos los suyos. Nuestro príncipe no ha querido entablar hoy combate, y nos lo hace saber por medio de este mensajero, para poder hacerlo con más seguridad mañana, día domingo, día en que Cristo resucitó de entre los muertos: espera que las limosnas y las oraciones le aseguren el apoyo del Señor, en quien sólo se confía. Por eso, conformándoos con las palabras del apóstol, velad toda la noche, permaneced firmes en la fe y haced con amor todo lo que debáis hacer. Mañana acudid descalzos a los Santos Lugares, haced penitencia, humillaos, elevad al Señor Dios nuestras ardientes súplicas, para que nos libre de las manos de nuestros enemigos; en cuanto a mí, os dejaré para ir a la batalla que se entablará, y si entre vosotros queda todavía alguno que quiera empuñar las armas, que venga conmigo, porque a nuestro rey le faltan hombres." ¿Qué más diré? Todos los que pudieron hacerlo montaron a caballo; eran ciento cincuenta entre los jinetes y los infantes; al caer la noche se pusieron en marcha, caminaron con rapidez y al amanecer llegaron a la ciudad de Ramla. Los que quedaron en Jerusalén se entregaron con fervor a la oración, la limosna y las lágrimas; hasta mediodía no cesaron de visitar iglesias; can-

taban llorando, lloraban cantando; todo lo hicieron procesionalmente. Yo mismo estaba entre ellos, descalzo.

Empieza el combate.

Rodeándonos por todas partes, los sarracenos se vanagloriaban porque arrollarían nuestras filas, sembrando en medio de ellas un desorden total. Los turcos, en efecto, volviendo por detrás de nuestros últimos escuadrones, hacían caer sobre ellos una granizada de flechas; luego dejaron el uso de los arcos, desenvainaron las espadas y atacaron a los nuestros desde más cerca. Al ver eso el rey, arrebatado de audacia, arrancó de manos de quien la llevaba su bandera blanca y, seguido por un pequeño grupo de los suyos, corrió a toda carrera hasta el lugar donde tan cruelmente perecían los nuestros, para darles ayuda. Muy pronto, con la ayuda del Señor, dispersó a los turcos con el vigor de su ataque, mató un gran número y volvió al lugar donde combatía el grueso de los sarracenos y los etíopes.

Entonces huyeron todos juntos, árabes, turcos y etíopes; los unos corrieron hacia las montañas y los otros murieron en el campo de batalla. Por temor a que por impericia o negligencia de quienes pueden escribir, que por otra parte son muy pocos, y los más de ellos están preocupados en sus propios negocios, todos estos sucesos no se escribiesen y cayesen en olvido, yo, Foucher, a pesar de mi escasa capacidad y de mi torpe ciencia, creí un deber correr el riesgo de ser acusado de temeridad y no dejar que no se publicasen estas maravillosas obras del Señor; he recogido todo cuanto vieron mis ojos, o lo que oí preguntando con gran cuidado a narradores verídicos; después, para que todas esas cosas no fuesen sólo evidentes para mí y abarcables sólo por mis ojos, movido por un piadoso sentimiento de amor, las reuní en una obra verdadera, a pesar de su estilo incorrecto, y quise trasmitirlas a quienes vendrán después de mí. Ruego al lector que sea indulgente y caritativo con mi ignorancia; que rectifique en uno y otro lado, si así lo quiere, el estilo de estos escritos, pues ningún orador los ha corregido; pero que el deseo de dar mayor pompa y belleza a las partes de esta historia no lo haga cambiar su desarrollo, por temor a que pueda alterar con errores la verdad de los hechos. Después de los acontecimientos que he relatado más arriba, todos los que estaban en Jerusalén sintieron, la víspera del Nacimiento del Salvador, un violento temblor de tierra que los llenó de mucho temor.

También en los relatos del árabe Usama hallamos episodios que ejemplifican los choques de ambas mentalidades y que reflejan los sucesivos combates y treguas que constituían la vida cotidiana de la Siria franca.

Tancredo [Dankarí], el primer señor de Antioquía después de Bohemundo [Maimún]¹, alzó sus tiendas contra nosotros. Luego del combate hubo una reconciliación. Tancredo se adelantó, pidiendo que le diesen un caballo perteneciente a un escudero de mi tío paterno, Izz-ad-Dîn (¡que Alá haya tenido piedad de él!). Era un caballo magnífico. Mi tío se lo hizo llevar, montado por un curdo compañero nuestro, llamado Hasanún, buen jinete, joven, de simpático aspecto, esbelto, y él fue quien puso el caballo delante de los ojos de Tancredo. El jinete lanzó su cabalgadura y la hizo adelantarse a todos los otros caballos que galopaban por el camino. Cuando Hasanún fue admitido en presencia de Tancredo, los jinetes francos examinaron el vigor de sus antebrazos, admiraron su talle delicado y su juventud, y reconocieron en él a un buen jinete. Tancredo lo honró con algunos regalos. Hasanún le dijo entonces: "Oh mi señor, quisiera que tú me prometieses que si algún día te apoderas de mí en la guerra, me concederás la libertad." Tancredo le concedió lo que él le pedía, o por lo menos Hasanún lo supuso, pues aquellos hombres no hablan más que la lengua de los francos, y nosotros no conocemos el sentido de sus palabras.

Transcurrió un año, o quizá un poco más². La tregua expiró y Tancredo marchó una vez más contra nosotros, al frente del ejército de Antioquía. La lucha comenzó ante las murallas de nuestra ciudad. Nuestros jinetes llegaron hasta la vanguardia de los francos. Uno de nuestros compañeros curdos, llamado Kamil Al-Maschtûb [Kamil el Cortado] cargó sobre ellos repartiendo mandobles. El y Hasanún tenían la misma valentía. Entre tanto, Hasanún permanecía junto con mi padre en una casita que poseía, esperando su caballo, que el escudero debía llevarle desde la casa del veterinario y esperando también su coraza. Al ver los golpes que repartía Kamil Al-Maschtûb, se impacientó y alteró, y dijo a mi padre: "Oh mi señor, dame un equipo, aun cuando sea liviano." "Estos mulos", respondió mi padre, "llevan cargadas unas armaduras. Elige las que necesites." En aquel momento yo estaba detrás de mi padre; era

¹ Tancredo sucedió como señor de Antioquía a Bohemundo I, cuando éste partió de regreso a Europa, en 1104.

² 1110.

un adolescente y por primera vez asistía a un combate. Hasanún revistó las corazas encerradas en sus estuches, sobre los lomos de los mulos; ninguna le servía. Echaba espumarajos de rabia, por el deseo ardiente que tenía de participar en la acción, como Kamil Al-Maschtûb. Avanzó desde su casa, sin ponerse coraza. Un jinete franco le cerró el paso. Hasanún hirió la jaca del enemigo en la grupa. La jaca se desbocó y arrastró a Hasanún, hasta llevarlo al medio de un escuadrón de francos. Los francos lo capturaron, le infligieron innumerables torturas y se dispusieron a sacarle el ojo izquierdo. Pero Tancredo (¡que Alá lo maldiga!) les dijo: "Arrancadle mejor el ojo derecho, pues cuando lleve su yelmo, teniendo el izquierdo cubierto no podrá ver nada." Le sacaron el ojo derecho, como había ordenado Tancredo. Pidieron por su rescate mil dinares y un caballo oscuro que pertenecía a mi padre, un magnífico caballo de Khafâdja, del que mi padre se desprendió para rescatar a Hasanún.

Otro combate, relatado por el mismo guerrero árabe. Los sarracenos excavan una mina bajo una de las murallas de Kafartab, lugar que estaba en poder de los francos. El muro se derrumbó.

Después de prolongarse la tregua hasta mediodía, un infante salió de nuestras filas, armado con su espada y escudo, y se encaminó hacia el muro derrumbado, cuyos extremos formaban unas gradas semejantes a las de una escalinata. Subió la altura hasta llegar al punto más alto. Cuando nuestros soldados lo vieron, otros diez infantes, aproximadamente, provistos de sus armas, siguieron sus pasos y se apresuraron a trepar por la pendiente uno tras otro, hasta llegar a la fortaleza, sin que los francos lo advirtiesen. Sólo nos quedó tiempo para ponernos las corazas y salir de nuestras tiendas para atacar. Un grupo numeroso atacó la fortaleza, antes de que los francos pudieran concentrarse. Se defendieron de los sitiadores, acribillándolos con sus flechas de madera, e hirieron al que había subido primero. Entonces descendió, mientras sus compañeros continuaban subiendo. Se encontraron cara a cara con los francos sobre la cortina de una de las murallas de la fortaleza.

Tenían delante de ellos una torre cuya puerta custodiaba un jinete cubierto con su coraza, que sostenía un escudo y esgrimía una lanza, para impedirles el paso. Desde lo alto de la plataforma el resto de los francos atacaba a nuestros hombres lanzando cantidades de flechas de madera y piedras. Un turco subió y nosotros lo

contemplamos subir; se adelantó, enfrentando la muerte, y llegó al pie de la torre, junto al que la guardaba, y le echó un cubo de nafta. Vi rodar al caballero, sobre el montón de piedras, hacia donde estaban sus compañeros, como un tizón ardiente. Aquellos se arrojaban al suelo, por temor a quemarse vivos. El turco regresó al lugar donde nosotros estábamos.

Otro turco subió hasta la cortina. Llevaba una espada y un escudo. Vimos salir de la torre, por la puerta donde había montado guardia el caballero, un infante franco que iba a su encuentro, protegido por una cota de malla doble, blandiendo una lanza pero desprovisto de escudo. El turco lo abordó, espada en mano. El franco le asestó un golpe, pero el turco, protegido por su escudo, rechazó la punta de la lanza y se encaminó hacia el franco para desarmarlo. Este se volvió, y plegando e inclinando su espalda como hacen los musulmanes para orar, preservó de ese modo la cabeza. El turco le asestó varios golpes que no le produjeron ningún daño, y el franco volvió ileso a la torre.

La situación de nuestros soldados fue consolidándose. Su número crecía día a día. Los francos terminaron por rendirse. Los prisioneros fueron llevados al bajo, donde estaban las tiendas de Bursuk, hijo de Bursuk.

Entre los prisioneros reconocí al infante de la lanza que le había salido al paso al turco. Lo habían llevado junto con los otros al pabellón reservado a Bursuk, hijo de Bursuk, para fijar el precio del rescate de cada uno de ellos. El infante esperaba pacientemente. Era un sargento. "¿Cuánto pedís por mí?", preguntó. "Pedimos seiscientas piezas de oro", le respondieron. Se les rió en las narices y dijo: "Soy nada más que un sargento y gano mensualmente dos piezas de oro. ¿De dónde pretendéis que obtenga seiscientas?" Y volvió a sentarse en medio de sus compañeros.

Los prisioneros formaban una gran multitud. El emir, el noble jefe, uno de los principales emires de su tiempo, dijo a mi padre (¡que Alá haya tenido piedad de ambos!): "¡Oh, hermano mío! ¿Ves todas estas gentes? ¡Pidamos a Alá que nos proteja de ellas!"

Pero ante el ataque de los francos los sarracenos se retiraban:

Mi padre (¡que Alá haya tenido piedad de él!) fue a buscarme. Me había despedido de él, y luego el ejército del sultán fue derrotado. Por nuestra parte hicimos salir a los cautivos de dos en dos, para entregarlos encadenados a los habitantes de Schaizar. Uno tenía la mitad

del cuerpo quemada y el muslo atravesado de lado a lado; otro había perecido en el fuego. Lo que les había sucedido nos sirvió de ejemplo. Tuvimos que ir y volver con mi padre (¡que Alá tenga piedad de él!). Cada uno se apoderó de lo que halló al alcance de su mano: tiendas, camellos, mulos y el bagaje, y cada uno se llevó lo que pudo cargar en los animales de carga. Después el ejército se dispersó.

Ese revés inesperado fue consecuencia de una estratagemma del eunuco Lu'lu', que entonces dominaba Alepo. Se comprometió con el señor de Antioquía¹ prometiéndole que por medio de artimañas dividiría a los musulmanes. Aquél, con sólo sacar su ejército fuera de Antioquía, podría desbaratar las tropas. Lu'lu' había enviado un mensaje al generalísimo Bursuk, en el que le decía: "Envíame un emir con fuerzas suficientes como para que pueda entregarle Alepo, pues tengo temor a que los habitantes no me obedezcan y no pueda entregar la plaza; por eso quisiera que el emir disponga de suficiente cantidad de hombres como para apoyarme en él contra las gentes de Alepo." Bursuk envió al emir de los ejércitos Uzbek, a la cabeza de tres mil jinetes. A la mañana siguiente, Roger (¡que Alá lo maldiga!) lo atacó y desbarató. Así se cumplió la voluntad divina.

Los francos (¡que Alá los maldiga!) recuperaron Kafartab, reconstruyeron la ciudad y volvieron a instalarse en ella. Alá todopoderoso resolvió que los cautivos francos, apresados en Kafartab, recuperaran la libertad, pues los emires se los habían repartido y después los perdonaron para que pagasen rescate. Eso fue lo que sucedió, a excepción de lo sucedido a los que cayeron en manos del emir de los ejércitos, pues antes de encaminarse hacia Alepo hizo decapitar a todos los prisioneros que le habían tocado en la repartición.

Lo que sucedió a los rehenes francos.

Teníamos entonces con nosotros², en Schaizar, como rehenes destinados a garantizar una deuda establecida por Balduino (*Bagduwin*), con Husán ad-Dîn Timurtâsch, hijo de Ilgâzi (¡que Alá tenga piedad de él!), unos jinetes francos y armenios. Cuando después de pagada la deuda quisieron regresar a su país, Khîrkân, señor de Homs, mandó un grupo de sus jinetes para que se apostasen emboscados en las cercanías de Schaizar. Cuando los rehenes llegaron hasta allí, sus enemigos

¹ Roger, príncipe de Antioquía desde fines de 1112.

² Usama.

salieron del escondite y se apoderaron de ellos. El pregonero previno a mi padre y a mi tío paterno (¡que Alá tenga piedad de ambos!). Al saberlo montaron los dos a caballo, se apostaron en un alto y mandaron a cuantos con ellos estaban para que libertasen a los rehenes. También yo acudí y mi padre me dijo: "Sigue sus huellas con tus compañeros, y no retrocedas ni ante la muerte para salvar a nuestros rehenes." Partí y llegué a tiempo, luego de haber galopado casi todo el día, para libertar a nuestros rehenes y su escolta. Tomé prisioneros algunos jinetes de Homs, pero sobre todo admiré la frase de mi padre: "No retrocedas ni ante la muerte para salvar a nuestros rehenes."

Combate a orillas del Orontes. En medio de la lucha aparece una hechicera. Es siempre un sarraceno el que habla:

El hijo de Bohemundo, ese demonio, hizo padecer a nuestros hombres¹ una terrible prueba. Llegó un día a establecer su campamento y a levantar sus tiendas, con todo su ejército, delante de nuestras puertas. Salimos a su encuentro montados en nuestros caballos para hacerle frente. Ninguno de ellos salió a enfrentarnos. Ninguno abandonó sus tiendas, mientras cabalgábamos por un altozano observándolos, sólo separados de ellos por el curso del Orontes.

El hijo de uno de mis tíos paternos, Laith ad-Daula Yahyâ, hijo de Mâlik, hijo de Humed (¡que Alá tenga piedad de él!), se apartó de nuestras filas y encaminóse hacia el Orontes. Pensamos que llevaría a abreviar a su jaca. Penetró en el agua, cruzó el río y se encaminó hacia un pequeño destacamento de francos que permanecían inmóviles junto a sus tiendas. Cuando se hubo acercado, uno de sus jinetes salió a su encuentro. Los dos adversarios arremetieron, el uno contra el otro, pero ambos esquivaron el lanzazo que le estaba destinado.

Llegué a toda carrera, junto a los combatientes, en aquel mismo momento, con otros jóvenes como yo. El destacamento se desordenó. El hijo de Bohemundo montó a caballo y lo mismo hicieron sus soldados. Se precipitaron, raudos como un torrente. La jaca de mi pariente recibió un lanzazo. La primera formación de nuestros jinetes chocó con la primera línea de la caballería enemiga. En nuestra tropa había un curdo, llamado Mikail, que había alcanzado hasta la retaguardia, al huir. Un jinete franco lo persiguió y le asestó un lanzazo. El

¹ *Usama.*

curdo, tendido ante él, gemía y daba gritos penetrantes. Llegué hasta donde ellos estaban. El franco se alejaba del jinete curdo y se marchaba en pos de otros jinetes nuestros, apostados al borde del río, en nuestra orilla. Corrí tras él, espoleando mi caballo para alcanzarlo y herirlo, pero no lo logré. El franco no me había advertido; sólo pensaba en el grupo de nuestros jinetes. Por último llegó hasta ellos, siempre perseguido por mí. Mis compañeros dieron un golpe mortal a su caballo. Pero los compañeros de él, seguían sus huellas y eran demasiado numerosos como para poder hacer algo contra ellos. El jinete franco se alejó en su caballo moribundo, llegó hasta donde estaban sus soldados, los reunió y, protegido por ellos, se retiró del lugar. Aquel jinete era nada menos que el hijo de Bohemundo, señor de Antioquía. Aún adolescente, se dejó dominar por el terror. Si hubiese permitido a sus soldados que nos atacasen, podrían habernos derrotado y rechazado hasta la muralla de nuestra ciudad.

Durante la batalla, una anciana sirvienta llamada Buraika, al servicio de uno de nuestros compañeros curdos, Alí ibn Mahbub, estuvo en medio de nuestros soldados, junto a la orilla del río. Tenía al alcance de la mano bebida para saciarse y para saciar la sed de nuestros hombres. La mayor parte de nuestros compañeros cuando vieron avanzar tantos francos, emprendieron el camino de regreso a la ciudad, pero aquella diablesa permaneció en el campo, pues aquel grave acontecimiento no la asustó. (...)

Bakiyya me contó lo siguiente: "Volví, al caer la noche, a la ciudad para ir a mi casa, donde tenía algo que hacer. Cerca de Schaizar distinguí, en medio de las tumbas, a la luz de la luna, un ser viviente que no tenía aspecto de hombre ni de animal salvaje. Me mantuve a distancia, atemorizado. Después me dije: '¿No soy yo Bakiyya? ¿Cómo puedo temer a un ser aislado?' Dejé mi espada, mi escudo y mi lanza, y avancé paso a paso hacia aquel ser que hablaba y cantaba. Cuando me hube acercado lo suficiente, me avalancé sobre él, con un puñal en la mano, y lo así violentamente. Era Buraika, con la cabeza descubierta, los cabellos erizados, cabalgando sobre una rama, relinchando y dando vueltas en torno de las tumbas. Le dije: '¡Desgraciada! ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?' Me respondió: 'Hechicerías.' Le dije: '¡Que Alá te abomine, que abomine tu hechicería y tus maleficios!'"

LA FUGA NOVELESCA DE BALDUINO II

Balduino I, rey de Jerusalén, murió en 1118. Foucher de Chartres nos ha dejado el relato de su muerte:

En el año 1118 después del parto de la Virgen, y a fines del mes de marzo, el rey Balduino atacó con violencia, tomó y devastó la ciudad llamada Pharamia. Después de la expedición, el príncipe, paseando un día con los suyos, llegó, con mucha alegría, hasta el río que los griegos llaman Nilo y los hebreos Geon, cerca de la plaza que antes nombré. Allí, los caballeros ensartaron con sus lanzas algunos pequeños peces y los llevaron hasta su alojamiento en la antedicha ciudad y los comieron. De pronto el rey sintió dentro de sí un malestar, por causa de los dolores que le producía una antigua herida, y esos dolores se renovaron con mucha violencia. En seguida la noticia fue comunicada a los suyos; no bien lo supieron, embargados de piadosa compasión, se turbaron y entristecieron muchísimo. Se resolvió regresar a Jerusalén, pero como el rey no podía montar a caballo, sus hombres le prepararon con las estacas de las tiendas una litera y en ella lo pusieron; y al primer toque de cuerno del heraldó, se mandó emprender el regreso a la Ciudad Santa. Al llegar a la ciudad llamada Laris, Balduino, a quien su enfermedad había consumido, exhaló el último suspiro. Los suyos lavaron sus entrañas y las salaron, colocaron el cuerpo en un ataúd y, llevándolo consigo, llegaron a Jerusalén. Por voluntad de Dios y por azar inescrutable, el mismo día en que, por mandato de la Iglesia, se acostumbra llevar en procesión hojas de palmera, aquella lúgubre tropa cargada con los despojos del rey se encontró con la procesión que descendía desde el monte de los Olivos hacia el valle de Josafat. Al encontrarse, y cuando se supo lo que había sucedido, todos los asistentes, en lugar de entonar los cantos de triunfo y de gozo, prorrumpieron en gemidos: los francos lloraban, los sirios derramaban lágrimas, y hasta los mismos sarracenos, testigos de lo que sucedía, hacían otro tanto. ¿Quién hubiera podido dominar el llanto contemplando tanto dolor? El pueblo y el clero regresaron a la ciudad e hicieron lo que el dolor y la costumbre mandaban, y sepultaron a Balduino en el Gólgota, junto a su hermano el duque Godofredo.

Lo sucedió su primo Balduino de Bourg, como lo había sucedido antes en el condado de Edesa, que a su vez cedió a un vasallo, Josselin de Courtenay, señor de Ti-

beríades. Igual que su predecesor, se había casado con una armenia y durante su reinado persiguió un solo fin: afincar el reino de los francos en Siria. Por entonces se funda una fuerza militar integrada por monjes-caballeros, llamados los templarios, en un principio constituida sólo por un grupo de ocho caballeros que bajo la inspiración de Hugo de Payens emprendieron la tarea de asegurar el tránsito de los peregrinos a través del camino de Jaffa a Jerusalén. A imitación de los templarios, los hospitalarios, cuya fundación era anterior a los reinos de Tierra Santa —eran monjes enfermeros que tenían a su cuidado el Hospital de San Juan de Jerusalén—, se convierten en soldados y asumen la defensa de varias fortalezas.

El reino de Balduino II corrió peligro de desaparecer en 1123, cinco años después de su comienzo, y la existencia de toda la Siria franca se vio comprometida. Para aquel entonces, durante una partida de caza con halcón en el valle del Eufrates, Balduino II fue hecho prisionero por el emir turco Balak, quien habíase apoderado pocos meses antes del conde de Edesa, Josselin de Courtenay. Ambos señores fueron encerrados en la ciudadela de Kharput. Antes, el príncipe de Antioquía, Roger, junto con su ejército formado por setecientos caballeros y tres mil infantes, había sido exterminado, en medio de las crueldades más refinadas e inauditas, por un emir turco, Ilgâzi, quien lo había atacado con fuerzas muy superiores a las que contaba el príncipe. El patriarca de Antioquía, Bernardo de Valence, organizó como pudo la resistencia de la ciudad, pero la verdad es que de los cuatro principados que formaban la Siria franca, sólo uno conservaba todavía a su príncipe al frente del gobierno, y era Pons de Trípoli.

Balduino II y Josselin pudieron huir de su prisión de manera muy novelesca ayudados por la población armenia de Kharput.

Cuenta Foucher de Chartres:

A mediados del mes de agosto, gracias a la bondad de la divina Providencia, el rey de Jerusalén, Balduino, pudo salir de su prisión y fue liberado de las cadenas con que Balak lo retenía en un castillo [Kharput, en Kurdistán] muy seguro debido a su situación, inaccesible por su altura, muy difícil de tomar, donde también estaba encerrado Josselin, conde de Edesa, junto con otros cautivos. La historia de la liberación del príncipe es muy larga, pero notable por la intervención del favor del Cielo y por muchos brillantes milagros que la acompañaron. Después de yacer sepultados durante mucho tiempo en aquel

castillo, privados de cualquier apoyo y sometidos a crueles dolores, aquellos desventurados comenzaron a forjar mil proyectos para poder huir de la prisión donde los tenían encerrados. Emplearon como intermediarios a fieles mensajeros para solicitar el socorro de sus amigos en cualquier parte que estuviesen. Algunos armenios vivían cerca de la prisión y los mensajeros se esforzaron en ganar para sí a esas gentes, comprometiéndolos para que les ayudasen a secundar lealmente la evasión, luego que ellos obtuvieran la ayuda de los amigos que estaban afuera. Por medio de abundantes promesas y regalos se concertó un pacto, que una y otra parte ratificaron bajo juramento. Entonces desde la ciudad de Edesa partieron unos cincuenta soldados desconocidos para intentar la liberación de los prisioneros. Los soldados se disfrazaron de gentes pobres y cargaron sobre sus espaldas algunas mercaderías que fueron vendiendo por el camino, y de ese modo, aprovechando una situación favorable, se introdujeron por las puertas del castillo. Mientras el jefe de los guardias jugaba imprudentemente al ajedrez con uno de los hombres fieles a nuestros prisioneros, los soldados se aproximaron a él con el pretexto de presentarle sus quejas por un insulto que les habían infligido, y entonces, despojándose de todo temor y vacilación, extrajeron sus cuchillos y ahí mismo, en menos tiempo del que se tarda en contarlo, degollaron al jefe de los guardias y se apoderaron de las lanzas que allí había y con ellas mataron a cuantos pudieron encontrar. Grandes gritos se dejaron oír por doquier, dentro y fuera, y todos se sintieron muy turbados; los que acudieron con mayor presteza al lugar fueron los primeros en morir, y más de cien turcos debieron perecer en aquel tumulto. Inmediatamente cerraron las puertas y liberaron de su cárcel al rey y a los otros prisioneros; algunos de ellos, con las cadenas todavía aferradas a los tobillos, subieron a lo alto de la muralla y enarbolaron, en lo más alto de la ciudadela, el estandarte de los cristianos, manifestando a los ojos de todos la verdad de lo sucedido. En la misma ciudadela se hallaba la de las mujeres favoritas de Balak. Los turcos cercaron por todas partes el castillo dispuestos a impedir que nadie entrase o saliese del recinto, y amontonaron pequeños carros contra las puertas para interceptar el paso. Creo que no debo guardar silencio sobre el modo en que Balak tuvo, a través de un sueño, la revelación de una desgracia que lo amenazaba. En sueños vio a Josselin que le arrancaba los ojos, y él mismo lo contó a los suyos. Sus sacerdotes, a quienes comunicó en seguida el sueño para que se lo interpretasen, le dijeron "que

aquella desgracia u otra equivalente le sucedería, ciertamente, si el azar permitía que él cayese alguna vez en manos del tal Josselin". Al oír aquella respuesta envió un mensajero al castillo con la orden de degollar a Josselin, para evitar de ese modo que aquel pudiera matarlo, como le habían predicho. Pero gracias a Dios, antes de que llegase el verdugo, Josselin ya había salido de su cautiverio.

Entonces el rey Balduino y los suyos, de común acuerdo, decidieron procurarse un medio que les permitiese obtener socorros para salir de allí; dado que el momento le pareció oportuno para hacer una tentativa que le hiciese salir del castillo, el señor Josselin no temió exponerse a los peligros de una muerte casi segura; se encomendó al Creador del universo, salió del castillo, en compañía de sus servidores, y con tanto temor como audacia logró, ayudado por la luz de la luna, pasar en medio de sus enemigos. Ya a salvo, inmediatamente envió uno de sus servidores al rey, encargándole que entregase a Balduino su anillo, como había sido dispuesto por ambos, para que supiese que había logrado huir de los turcos que sitiaban el castillo. Después, huyendo o escondiéndose, caminando más de noche que de día, llegó, con el calzado desgarrado y casi descalzo, a las orillas del Eufrates, y como allí no encontrase ningún navío, no vaciló en hacer lo que el temor a ser perseguido le aconsejaba. ¿Qué hacer entonces? Soplando en dos odres que con él había llevado logró inflarlos, púsose encima de ellos y se zambulló en el río. Como él no sabía nadar, sus compañeros lo ayudaron con gran habilidad, y conducidos por Dios llegaron sanos y salvos a la otra orilla. Abrumado por el cansancio de las marchas forzadas, agotado de hambre y de sed, afligido por agudos sufrimientos, respiraba a duras penas; y no había nadie que pudiese tenderle una mano para socorrerlo. Abrumado de sueño, dispuso dar algún descanso a sus miembros prostrados por el cansancio de tan rudos trabajos, y cubriéndose de ramas y zarzas para no ser reconocido, se tendió al pie de un nogal que encontró a orillas del río. Mientras tanto había mandado a uno de sus servidores para que buscase algún habitante de la región, y que a fuerza de ruegos obtuviera que le vendiera o le diese un pedazo de pan para quitarse el hambre que tenía. El servidor encontró muy pronto en medio de los campos un campesino armenio que llevaba un cargamento de higos salvajes y racimos de uva. Le habló con mucha reserva y lo condujo hasta donde estaba su amo. Era lo que aquél podía desear, pero en cuanto el paisano se hubo acercado, reconoció a Josselin, y cayendo a sus pies le dijo:

“Salud, señor Josselin.” Al oír aquellas palabras el conde deseó no haberlas oído y respondió, con temor, pero con suavidad: “Yo no soy el que has nombrado, pero que el Altísimo, dondequiera que se encuentre, lo socorra.” El campesino dijo entonces: “No quieras ocultarme quien eres, por favor; te he reconocido muy bien; dime mejor qué desgracia te ha sucedido en esta tierra, para que yo pueda ayudarte. No temas, te lo suplico.” El conde replicó: “Quienquiera que seas, ten piedad de mí; te pido la gracia de no revelar mi infortunio a mis enemigos; conducíme hasta un lugar donde pueda permanecer seguro; merecerás que entonces te dé esta moneda en recompensa; con la ayuda de Dios, acabo de escapar de la prisión donde me tenía Balak, en un castillo que llaman Kartapet, en la Mesopotamia, del otro lado del Eufrates. Ahora me ves errante y fugitivo; si me ayudas en este momento, harás una buena obra e impedirás que vuelva a caer en las manos de Balak, para morir miserablemente. Si tú me ayudas a llegar hasta mi castillo de Turbessel, pasarás allí dichosamente todos los días que te quedan por vivir. Dime qué posees en estas tierras y cuál es su valor; y si tú así lo deseas te daré propiedades mayores en mis dominios.” “Nada te pido, señor”, dijo el campesino, “y yo te conduciré sano y salvo adonde quieras; porque hace tiempo, lo recuerdo muy bien, tú te quitaste el pan de la boca para que yo pudiese comer; y por eso es que yo quiero ahora devolverte lo que conmigo hiciste. “Tengo”, añadió, “una mujer, una hija única de poca edad, una burra, dos hermanos y dos bueyes; me confío por entero a ti, que eres hombre prudente y de mucha sabiduría; partiré contigo y llevaré cuanto poseo; tengo además un cerdo, que te traeré hasta aquí, de algún modo.” “No lo hagas, hermano”, respondió el conde, “tú no acostumbras comer un cerdo en una sola comida, y si lo haces puedes despertar las sospechas de tus vecinos, porque será algo extraordinario.”

El campesino se fue y volvió muy pronto, como habían dispuesto, con su familia y sus animales. El conde, antes acostumbrado a montar sólo una mula soberbia, montó la burra del campesino y llevó consigo a la niña, pues era una niña y no un niño, y tuvo que llevar en sus brazos aquella criatura que él no había engendrado, como si hubiese sido su padre, y la niña, que no le pertenecía como hija nacida de su sangre, recibió su cuidado como si hubiese sido la esperanza cierta de su raza futura. Pronto la criatura comenzó a molestar al conde con llantos y gritos y él no sabía cómo calmarla. La nodriza no tenía leche en el seno y Josselin ignoraba el arte de tranquilizar a un niño con caricias. Pensó que podía abando-

nar aquellos compañeros de viaje, si tanto lo molestaban, y caminar solo y con más seguridad, pero advirtió que el proyecto disgustaba al campesino y, para no afligirlo, prosiguió soportando la incomodidad que él mismo se había impuesto, hasta que por último llegaron a Turbessel. Para tan ilustre huésped hubo un condigno recibimiento. La esposa se alegra de reencontrar al ilustre compañero de su vida; los servidores celebran el retorno del amo poderoso; nuestro corazón no duda del placer con que todos se honran en recibirlo, ni de las lágrimas que corren en torrentes, ni de los suspiros piadosos con que se exaltan. Y el campesino, por su parte, recibió en seguida la justa recompensa a su humilde lealtad, y en lugar del par de bueyes que poseía le entregaron dos. Mientras tanto el conde, que no podía continuar en el castillo, partió hacia Antioquía y de allí siguió viaje hacia Jerusalén.

FRANCESES Y ALEMANES SE BATEN Y SON DERROTADOS

Veinte años después de este episodio el condado de Edesa caía en poder del atabeg (gobernador) de Alepo y Mosul, el famoso Zengi. Entre tanto a Balduino II, lo había sucedido el rey Foulques de Jerusalén, que a su vez murió en 1143, como consecuencia de una caída del caballo. El rey dejó dos hijos, y el mayor, Balduino III, no tenía aún trece años. La pérdida de uno de los principados francos da nuevo impulso a la cruzada, que se ilustra por entonces con el nombre de San Bernardo, en Vézelay. Por vez primera toman la cruz no sólo los señores feudales, sino también los monarcas reinantes. El primero en hacerlo es Luis VII de Francia; también lo hace el emperador de Alemania, Conrado III, y junto con ellos toman la cruz numerosos vasallos de ambos.

La expedición no fue afortunada. Desde un comienzo surgieron disputas entre franceses y alemanes, y esas disputas se agravaron en Constantinopla a raíz de los equívocos que se producían con las gentes de Bizancio. Por último, la cruzada, mal dirigida, terminó con un malhadado ataque contra las murallas de Damasco, destinado al fracaso.

Próximos a entrar en el desierto¹, nos abastecimos de víveres en la pobre y pequeña Bríndisi, y fue sobre

¹ *Eudes de Deuil.*

todo Hungría la que nos abasteció de víveres para pasar el Danubio. Había allí una gran cantidad de naves que llevaron los alemanes, tantas que los ciudadanos hubiesen podido obtener de ellas madera suficiente como para edificar casas y encender el fuego durante mucho tiempo. Los nuestros subieron a los navíos más pequeños y atravesaron el río para ir a buscar lo que necesitaban en un castillo de Hungría, que no está muy lejos, y de allí trajeron cuanto pudieron encontrar. Por primera vez vimos monedas de cobre y de estaño: por cada una de esas monedas dábamos tristemente, o mejor dicho, perdíamos cinco denarios, y por doce sueldos un marco. Pero he aquí que no bien entramos en las tierras de los griegos, cuando éstos se mancharon con un perjurio. Debéis acordaros, como ya lo dije, que los diputados nos habían jurado, en nombre del emperador, que encontraríamos buenos mercados y todas las facilidades para el cambio. Atravesamos los desiertos y ese territorio muy hermoso y muy fértil que se extiende sin ninguna interrupción hasta Constantinopla. Allí fue donde comenzamos a padecer las afrentas. En otros países, los habitantes nos habían vendido honestamente todo cuanto necesitábamos y nos comportamos con ellos pacíficamente. Los griegos se encerraban en sus ciudades y castillos y nos entregaban lo que nos vendían descolgándolo con cuerdas desde lo alto de las murallas. Ese modo demasiado lento de abastecernos de los víveres no podía satisfacer a la multitud de peregrinos. Estos, entonces, debiendo soportar tan gran penuria en medio de la misma abundancia, se procuraban lo que necesitaban por medio del robo y el pillaje. Algunos hombres dijeron que esto nos sucedía por culpa de los alemanes, que nos habían precedido y que habían robado todo cuanto encontraban a su paso, y hasta habían incendiado algunas poblaciones, como después pudimos comprobarlo. Y aunque sea desagradable debo contar lo que sucedió fuera de los muros de Filipópolis, donde hay una noble población de latinos que aprovisiona a todos los que allí llegan, a precio de plata, con todo lo que necesitan y en gran abundancia. Los alemanes se instalaron en las tabernas, y por desgracia cayó en medio de ellos un titiritero que, a pesar de ignorar la lengua que hablaban, se sentó en medio de ellos, pagó lo que le correspondía y se puso a beber. Luego de haberse echado sus tragos, sacó del seno una serpiente hechizada que llevaba y puso un vaso en el suelo, y metió la serpiente en el vaso y comenzó a hacer toda clase de escamoteos, en medio de gentes de las que desconocía el idioma y las costumbres. Los alemanes, creyendo que todos aquéllos eran prodigios, se en-

furecieron, y arrojándose sobre el titiritero lo destrozaron en mil pedazos. Imputando el crimen de uno solo a todos, dijeron que los griegos habían querido envenenarlos. El tumulto se extendió por toda la población y pasó a la ciudad, y entonces el que la gobernaba salió fuera, sin armas, a toda prisa, seguido por los suyos, en procura de calmar el tumulto. Turbados por el vino y la ira, los alemanes no advirtieron que aquellos hombres iban sin armas y, viéndolos acudir, se arrojaron sobre ellos llenos de saña, pues creían que iban a vengar la muerte de un hombre, cuando lo que les importaba era la paz. Aquéllos huyeron y entraron en la ciudad; tomaron sus arcos, pues ésas son sus armas, salieron y obligaron a huir a sus atacantes, los mataron e hirieron y no descansaron hasta arrojar de aquel arrabal a todos los alemanes. Murieron muchos, sobre todo los que se escondieron en las casas o en escondites, para salvar su dinero. Los alemanes, recuperado el coraje y armados una vez más, volvieron para vengar a sus hombres y la muerte de sus compañeros, y quemaron todo lo que había fuera de los muros de la ciudad.

Los alemanes eran insoportables también para los nuestros. Una vez, algunos de los nuestros, queriendo evitar la incomodidad de la muchedumbre que rodeaba al rey, se adelantaron y se alojaron junto con los alemanes. Unos y otros fueron al mercado, pero los alemanes no pudieron soportar que los nuestros comprasen nada antes de que ellos hubieran adquirido abundantemente lo que necesitaban. Se entabló una riña que provocó un estruendo espantoso; haciendo caso omiso unos de otros, gritaban a voz en cuello y hablaban sin que nadie comprendiese nada de lo que sucedía. Los francos, golpeando y golpeados, salieron del mercado, llevando los víveres consigo. Pero los alemanes, desdeñosos del orgullo de nuestro puñado de francos, como ellos eran mucho más numerosos, se precipitaron sobre ellos llenos de furor, y éstos, a su vez, los resistieron a mano armada. Dios puso término a esa lucha criminal haciendo que la noche llegase pronto. Pero ni siquiera la noche pudo calmar ni aplacar el furor de los alemanes, y a la mañana siguiente se levantaron para volver a empezar con más violencia todavía. Los prudentes se pusieron delante de los insensatos y por fin lograron detenerlos, a fuerza de rogarles y mostrarles el error en que estaban.

Los alemanes iban adelante, sembrando el terror por doquier. Los griegos huían ante nuestro ejército, que iba tras ellos, a pesar de nuestras intenciones pacíficas. Sin embargo, los sacerdotes de las iglesias y el clero en masa salían siempre de las ciudades, y se adelantaban

con sus imágenes y realizaban todas las ceremonias del rito griego y recibían al rey con respeto y le tributaban los honores que le correspondían. El duque de Hesternit, pariente del emperador, acompañaba siempre al rey durante el camino, mantenía a los habitantes en paz y proveía, por lo menos en parte, los mercados con lo que necesitaban los peregrinos. Abastecía de víveres al rey, con mucha liberalidad y guardaba muy poco para sí, y a veces nada, y distribuía el resto tanto entre los ricos como entre los pobres. Con él la paz se observaba perfectamente, pues tenía menos necesidad e inspiraba más temor. Pero había cuerpos que iban antes que él, o después, y éstos iban en pos de la abundancia, ya fuese en los mercados, cuando podían abastecerse, ya fuese por medio del pillaje, al que se entregaban con placer. (...)

En Constantinopla, en la plaza donde se reunían los cambistas, sucedió lo siguiente:

Un día, un hombre de Flandes, digno de ser apaleado con varas o quemado en el fuego, al ver toda aquella inmensa riqueza y cegado por una codicia desenfrenada, comenzó a gritar: "¡A él, a él!", y tomando todo lo que le vino en gana, excitó a sus iguales a cometer el mismo crimen, ya fuese por su audacia como por el cebo de tan precioso botín. Mientras los insensatos corrían por todas partes, los otros, que debían salvar su dinero, se precipitaban a su vez por doquier. Crecían los gritos y los arrebatos de ira; las mesas rodaban por el suelo; el oro era pisoteado y robado. Los cambistas, temerosos de morir a manos de aquellos que los habían despojado, huían. Las barcas acogían a los fugitivos y se apartaban de la orilla y los llevaban hasta la ciudad, junto con muchos de los nuestros que acudían a proveerse de víveres. Al llegar los golpearon y robaron, y cuantos permanecieron en la ciudad como huéspedes fueron despojados de todo como enemigos. Cuando el rey supo lo que había sucedido se llenó de cólera, reclamó al primer malhechor, y luego que el conde de Flandes se lo entregó lo hizo colgar en seguida frente a la ciudad. El rey se apresuró en hacer buscar lo que se había perdido, y prometió conceder gracia a quienes devolviesen cualquier cosa, y amenazó con severos castigos a quienes conservasen un solo objeto robado. Y para que nadie pudiera sentir temor por su presencia o pudiera sentirse avergonzado ante él, mandó que todo fuese entregado al obispo de Langres. Al día siguiente llamaron a los que durante la víspera habían huido y les devolvieron la totalidad de lo que bajo juramento afirmaban que les habían arrebatado.

do. La mayoría reclamaron más de lo que se les debía, pero el rey prefirió darles de lo suyo para completar lo que faltaba y conservar así la tranquilidad del ejército.

La "montaña execrable".

(...) Partimos de Laodicea, después de haber perdido un día, con los turcos y griegos muy cerca de nosotros, delante y detrás de nuestro ejército.

Los montes que atravesábamos estaban todavía empapados en la sangre de los alemanes, y veíamos surgir ante nuestros ojos a los mismos enemigos que los habían exterminado. El rey, más perspicaz, pero en vano, que quienes lo habían precedido, al ver por una parte los escuadrones de unos y por otra los cadáveres de los otros, formó el ejército para la batalla. Y así fue cómo debimos conservar perpetuo rencor contra Godofredo de Rancogne, al cual el mismo rey había enviado adelante, junto con su tío, el conde Maurienne. Cerca del mediodía de nuestra segunda jornada de camino, surgió ante nuestros ojos una montaña execrable, muy difícil para atravesarla. El rey resolvió emplear una jornada en franquearla y no detenerse para plantar el campamento. Los que llegaron primero, muy temprano, como no los detenía ningún impedimento, y olvidándose de que el rey vigilaba todavía la retaguardia, escalaron la montaña y mientras los otros todavía los seguían a mucha distancia, alzaron sus tiendas del otro lado, a la hora nona. La montaña era escarpada y rocosa; debimos trepar por una pendiente brusca, y nos parecía que la cumbre alcanzaba el cielo y que el torrente que corría al fondo del valle estaba cercano al infierno. La muchedumbre fue acumulándose en un mismo lugar, y los unos empujaban a los otros, se detenían, se establecían allí, sin pensar en los caballeros que habían ido más adelante y permanecían detenidos en un sitio, sin ir más adelante. Los animales de carga caían desde lo alto de las rocas escarpadas, arrastrando tras ellos todo cuanto encontraban en su caída, hasta el fondo del abismo. Las piedras, movidas sin cesar, provocaban también un gran estrago, y los que se dispersaban por doquier buscando mejores caminos debían procurar no caer ellos mismos, para no arrastrar a los otros consigo.

Los turcos y griegos mientras tanto lanzaban constantemente sus flechas sobre los caídos, para que no pudiesen volver a levantarse. Luego se reunieron para atacar al otro cuerpo, satisfechos con el espectáculo que se les ofrecía y dispuestos a aprovechar la ventaja que podrían obtener por la tarde. El día declinaba y el abismo

iba colmándose cada vez más con los despojos del ejército. Pero aquello no fue suficiente para nuestros enemigos, y con nueva audacia atacaron al grueso del ejército, sin temor a los que formaban la vanguardia y sin que todavía se viese la retaguardia: hieren y derriban, y el pobre pueblo, desprovisto de armas, cae bajo el ataque. Huyen como corderos. Son tan altos los gritos que llegan al cielo, y el mismo rey los oye desde lejos. Intenta hacer, en aquella circunstancia, cuanto puede para auxiliar a los atacados, pero el Cielo no le envía ningún socorro, fuera de la noche que al llegar puso algún límite a nuestras desgracias.

En mi calidad de monje no podía hacer otra cosa que invocar al Señor y alentar a los otros para que combatesen, y por eso me enviaron en aquellos momentos hasta el campamento de la vanguardia, para que contase lo que estaba sucediendo: todos, llenos de asombro, empuñaron las armas. Hubieran querido volver a toda prisa sobre sus pasos, pero a duras penas podían caminar, tanto por la aspereza del terreno como por el impedimento de los enemigos, que saliéndoles al paso, les impedían seguir adelante.

En aquel mismo momento, el rey, abandonado en medio del peligro, con algunos de sus nobles, careciendo de caballeros de su séquito y de escuderos armados de arcos — pues no se había preparado para la travesía que debía iniciar al día siguiente por aquellos desfileros —, el rey, digo, olvidado de su propia vida, con el afán de salvar a los que perecían, atravesó las primeras filas y resistió con vigor a los enemigos que estaban arrasando al grueso del ejército. Atacó temerariamente al pueblo infiel, cien veces más fuerte que él, ayudado además por las ventajas que le ofrecía el terreno. En aquel lugar los caballos no podían, ya no digo correr, sino ni siquiera tenerse en pie, y la lentitud inevitable del ataque hacía que los golpes fuesen menos certeros. Los nuestros ocupaban un terreno resbaladizo, y si bien blandían sus lanzas con todas sus fuerzas, no podían apoyarse en la fuerza de los caballos, y al mismo tiempo los enemigos arrojaban sus flechas con toda seguridad, apoyándose en los árboles o en las rocas. Mientras tanto la muchedumbre, defendida por el rey, huía, llevándose el cargamento o lo que podía llevar consigo, pero dejando sobre el campo al rey y a los condes expuestos a todos los peligros. Sería verdaderamente deplorable ver a los señores morir para salvar la vida de sus servidores, si no supiésemos que el Señor de todos dio ese mismo ejemplo. Allí se marchitaron las más hermosas flores de Francia antes de poder fructificar frente

a la ciudad de Damasco: al contarlo no puedo contener las lágrimas y me aflijo desde lo más profundo de mi corazón. Un espíritu prudente quizá halle consuelo a todos estos males pensando que el recuerdo del valor de esos valientes vivirá mientras dure el mundo, y que al morir con fe ardiente y purificados de sus errores, han merecido por ese fin la corona del martirio. Combatieron, y cada uno de ellos, para no morir sin ser vengado, acumuló en torno de sí un sinnúmero de cadáveres; pero los enemigos crecen sin cesar y permanecen siempre superiores en número. Matan los caballos, que si bien no pueden correr, por lo menos sirven para sostener el peso de los caballeros con sus armas: transformados en hombres de a pie, los cruzados, cubiertos por sus corazas, se hunden en las filas de sus enemigos como si lo hicieran en el mar, y separados los unos de los otros, muy pronto los despojan de las armaduras y los dejan desnudos.

En medio del combate el rey perdió su escolta, poco numerosa, pero ilustre. El, conservando siempre un corazón de rey, tan ágil como vigoroso, aferró las ramas de un árbol que Dios puso ahí para su salvación, y se lanzó a lo alto de una roca. Una cantidad de enemigos se arrojó sobre él para aprisionarlo, mientras que otros, más apartados, le arrojaban sus flechas. Pero por la voluntad de Dios su coraza lo preservó del ataque de las flechas, y su espada ensangrentada lo ayudó a mantenerse en la roca defendiendo su libertad y cortando cabezas y manos de los enemigos. Por último, aquéllos, que no sabían quién era, viendo que sería muy difícil derribarlo y temiendo que pudieran llegar otros combatientes, renunciaron al ataque y se alejaron para recoger, durante la noche, los despojos del campo de batalla.

Inútil valentía; el error inicial fue haber hecho de Damasco el objetivo de la campaña. La ciudad gozaba de una posición inexpugnable, y sus sultanes, además, habían manifestado siempre la mejor voluntad para con los cristianos. Luis VII se había obstinado en hacerlo, despreciando las advertencias que le había hecho el príncipe de Antioquía, Raimundo de Poitiers, probablemente para desafiarlo, dado que la conducta que éste observaba con su mujer, la hermosa y frívola Eleonora de Aquitania, le provocaba no pocas inquietudes. Sabemos que de regreso a Francia se anuló el matrimonio y que Eleonora se apresuró a casarse de nuevo con el conde de Anjou, Enrique Plantagenet, el cual, después de recibir el ducado de Normandía, no tardaría en convertirse en rey de Inglaterra; pero ésa es otra historia.

UN VECINO PINTORESCO: EL CALIFA DE EGIPTO

A pesar del fracaso de la cruzada de 1148, el reinado de Balduino III, cuarto rey de Jerusalén, tendrá un carácter consolidador. En 1153 realiza un golpe de gran maestría al apoderarse del Ascalón (la "Virgen de Siria"), ciudad considerada como inexpugnable; la toma de esa plaza fuerte asegura la frontera del reino con el Egipto. Usama nos ha conservado el relato de la conquista y también describe un cuadro del estado de descomposición que reinaba por aquel entonces en la corte de Egipto.

Un amanecer llegamos a Ascalón. Apenas instalamos nuestras armas y cargamentos en la plaza pública destinada a la oración [*al-musallá*], cuando ya los francos nos saludaron atacándonos antes de que el sol saliese. Nasir ad-Daula Yâkût, gobernador de Ascalón, acudió a nosotros gritando: "¡Pronto, pronto, llevaos vuestro equipaje!" Yo le pregunté: "¿Es que tienes miedo? Los francos no nos lo arrebatarán." "Es verdad", respondió, "tengo miedo." Lo tranquilicé diciéndole: "No temas. Cuando nos vieron avanzar por la llanura se empeñaron en cortarnos el camino, antes de que llegásemos a Ascalón. Entonces no les tuvimos miedo. ¿Cómo vamos a temerles ahora que estamos dentro de una ciudad que nos pertenece?"

Los francos permanecieron inmóviles a poca distancia durante algún tiempo; después regresaron a sus regiones, reunieron un ejército contra nosotros y volvieron para asaltarnos con jinetes, infantes y objetos de campamento, para apoderarse de Ascalón. Salimos para rechazarlos y los infantes de Ascalón también salieron. Revisté esa tropa de infantes y les dije: "Oh camaradas de armas, volved tras vuestras murallas, y dejadnos luchar con los francos. Si vencemos, nos alcanzareis. Si ellos vencen, estaréis como reserva, sanos y salvos dentro de las murallas. Si eso llega a suceder, guardaos muy bien de volver a la carga."

Los dejé y me encaminé hacia los francos. Estos habían hecho el trazado de su campamento y se disponían a alzar sus tiendas. Los rodeamos y hostigamos, sin darles tiempo a recoger las telas. Las abandonaron desplegadas y retrocedieron.

Cuando los francos se alejaron de la ciudad, algunos habitantes que habían regresado a sus hogares los per-

siguieron, renunciando a la seguridad de la plaza y a las fortificaciones. Los francos se volvieron contra ellos, los atacaron y dieron muerte a más de uno. Los infantes que yo había mantenido apartados sufrieron una derrota, no pudieron retroceder y arrojaron sus escudos al suelo. Volvimos a entablar combate con los francos, los vencimos y obligamos a retirarse a sus regiones, más allá de Ascalón. Los infantes derrotados, al regresar, no cesaron de recriminarse unos a otros diciendo: "Ibn Munkidh demostró tener más experiencia que nosotros. No hemos hecho nada, fuera de ser rechazados y haber padecido una afrenta."

Mi hermano Izz ad-Daula Abû I-Hasann Alí (¡que Alá tenga piedad de él!), junto con sus camaradas, formaba parte de los que habían ido conmigo a Ascalón desde Damasco. Era uno de los más brillantes jinetes de los musulmanes. Combatió por los intereses de la religión y no del mundo. Un día salimos de Ascalón con el propósito de hacer una incursión e intentar combatir contra Bait Djibril. Después de llegar hasta allá y combatirlos, al regresar vi que algo grave debía suceder en Ascalón. Ordené a mis compañeros que se detuviesen. Habían encendido fuego y lo habían arrojado sobre las gavillas de trigo segado. Entonces cambiamos nuestras posiciones. Permanecí detrás de nuestras tropas. Los francos (¡que Alá los maldiga!) abandonaron todas las fortalezas de los alrededores, donde estaba concentrada su numerosa caballería, y se concentraron en torno de Ascalón, para sitiaria sin tregua, ni de noche, ni de día. Fueron ellos los que iniciaron entonces la ofensiva contra nuestros compañeros.

Uno de éstos vino al galope hacia mí y me dijo: "Los francos están allá." Reuní a nuestros hombres, cuando ya tenían delante las vanguardias de los francos (¡que Alá los maldiga!), los cuales son los guerreros más prudentes que hay en el mundo. Habían trepado hasta lo alto de una eminencia y ahí se apostaron; por nuestra parte, también nosotros subimos a otra altura, enfrentándolos. En medio, una multitud de nuestros hombres, que se habían desbandado, y los guardianes que conducían nuestras cabalgaduras de la brida pasaban al pie del lugar donde estaban los francos. Ninguno de sus caballeros descendió hacia ellos, por temor a una emboscada o a un ardid de guerra. Si hubiesen descendido, hubieran podido capturar hasta el último de nuestros camaradas.

Enfrentábamos a los francos en inferioridad de condiciones, pues nuestras tropas habían sido derrotadas previamente. Los francos permanecieron en lo alto de la

eminencia que habían ocupado hasta que cesó el desfile de nuestros compañeros. Entonces se arrojaron sobre nosotros y nos obligaron a retroceder. El combate se circunscribió al lugar donde nosotros estábamos. Los francos no necesitaron muchos esfuerzos para derrotarnos. Aquellos cuyos caballos no tropezaron fueron muertos; los otros, cuyos caballos se derrumbaron, fueron tomados prisioneros. Después los francos abandonaron el campo de batalla.

Alá (¡cuyo nombre sea alabado!) permitió que nos salvásemos gracias al sistema que tienen de temporización. Si nosotros hubiésemos sido tantos como ellos y hubiéramos vencido contra ellos como ellos vencieron contra nosotros, los hubiésemos exterminado.

Permanecí en Ascalón cuatro meses para combatir a los francos. Durante la campaña tomamos Yubna, matamos unos cien hombres e hicimos cautivos. Al finalizar aquel período recibí una carta de Al-Malik Al-Adil llamándome. Regresé a Misr. Mi hermano, Izz ad-Daula Abû'l-Hasan Alî permaneció en Ascalón hasta el momento en que el ejército de la ciudad partió a la conquista de Gaza. Allí murió mi hermano como un mártir. Había sido tenido en cuenta entre los sabios, los jinetes y los fieles musulmanes.

En cuanto a la sedición en la que mataron a Al-Adil [*el califa*] (¡que Alá tenga piedad de él!), diré que había enviado a Bilbais tropas mandadas por el hijo de su mujer, Abbâs, para proteger la región contra los francos. Abbâs llevó consigo a su hijo Nasser ¡que Alá tenga piedad de él!), el cual permaneció algunos días junto a su padre y luego regresó a El Cairo sin que Al-Adil le hubiese dado autorización ni licencia. Al-Adil no aprobó su regreso y le ordenó que volviera a reunirse con el ejército, pensando que el joven había vuelto a El Cairo para divertirse, para distraerse y debido al aburrimiento de una permanencia prolongada en una guarnición.

Pero Nasser, hijo de Abbâs, se había confabulado con Ath-Thâfir, y de acuerdo con él comprometió a algunos jóvenes escuderos del califa para asaltar a Al-Adil en su palacio, cuando por la noche, después de entrar en su harén, se hubiese quedado dormido. Nasser reservó para sí el darle muerte y se puso de acuerdo con uno de los chambelanes del palacio para que le avisase cuando su amo estuviera dormido. El ama de la casa era la mujer de Al-Adil, abuela de Nasser, a la cual podía ver sin solicitar audiencia.

Cuando Al-Adil se durmió, el ostadar dio la noticia a Nasser y éste, con seis hombres, entró en la casa donde

aquéel reposaba y lo mató. Nasser le cortó la cabeza, que luego llevó a Ath-Thâfir. Estos acontecimientos sucedieron el jueves 6 de muharram, en el año 548¹.

Al-Adil tenía consigo en su palacio sus mamelucos y las tropas de facción, unos mil hombres en total, pero estaban en el Palacio de la Salutación [*dâr as-salâm*] y a él lo mataron en el gineceo. Salieron del palacio y la lucha se desencadenó entre los partidarios de Al-Adil y los de Ath-Thâfir y Nasser. Pero se apaciguó cuando éstos mostraron la cabeza de Al-Adil clavada en la punta de una lanza. Los fieles de Al-Adil, al verla, se dividieron en dos partidos: unos abandonaron El Cairo para ofrecer sus servicios y jurar obediencia a Abbâs; los otros arrojaron las armas, se presentaron ante Nasser, hijo de Abbâs, besaron el polvo y se unieron a él.

Pocos días después, su padre Abbâs regresó una mañana a El Cairo y se instaló en el palacio del visir. Ath-Thâfir [*nuevo califa*] le impuso el manto de honor y le confió el manejo de los negocios. En cuanto a Nasser, frecuentaba sin cesar al califa y tenía íntimas relaciones con él, con gran disgusto de Abbâs, que se indignaba contra su hijo, pues no ignoraba el sistema que consiste en herir a unos hombres valiéndose de otros, reduciéndolos a la nada y despojándolos de todo lo que poseen, hasta que ambos adversarios se destruyen entre sí. (...)

Ath-Thâfir concibió el proyecto de impulsar a Nasser para que matase a su padre, prometiéndole que lo sucedería como visir. El califa colmó a Nasser de espléndidos regalos. Un día en que yo estaba en casa de Nasser, éste recibió de parte de Ath-Thâfir veinte bandejas de plata que contenían veinte mil dinares. Transcurrieron algunos días sin que llegase ningún regalo y luego hubo un nuevo obsequio que consistió en vestiduras de toda especie que formaban una colección como yo jamás había visto. Después de una interrupción de algunos días el califa le envió cincuenta fuentes de plata con cincuenta mil dinares. Y pasado un breve tiempo llegaron treinta mulas de silla y cuarenta camellos con todos sus arreos, sus sacos de semillas y sus bridas.

Entre Ath-Thâfir y Nasser iba y venía sin cesar un mensajero llamado Murtafi, hijo de Fahl. Mi intimidad con el hijo de Abbâs era tan grande que no me permitía dejarle, ni de noche, ni de día. Yo debía dormir con la cabeza apoyada en su almohada.

Una tarde, mientras estábamos juntos en el palacio de la Schâbûra, llegó Murtafi. Hablaron juntos durante

¹ El 3 de abril de 1153.

el primer tercio de la noche, mientras yo me mantenía apartado. Luego Nasser se volvió hacia donde yo estaba y me invitó a que me acercase y me dijo: “¿Dónde estabas?” “Junto a la ventana”, le contesté, “leyendo el Corán; porque hoy no he tenido tiempo de terminar mi lectura cotidiana.” Entonces Nasser empezó a revelarme algunos temas de su conversación, para ver lo que yo pensaba; quería que yo lo apoyase en la resolución culpable a que Ath-Thâfir intentaba persuadirlo. Le dije: “¡Oh, mi señor, que Satán no te arrastre! ¡No te dejes engañar por quien quiere perderte! Pues la muerte de tu padre es algo muy diferente a la muerte de Al-Adil. No cometas algo por lo que te maldecirán hasta el día del juicio final.” Nasser bajó la cabeza, interrumpió nuestra conversación y ambos nos dormimos.

Abbâs supo los proyectos que su hijo había urdido contra él. Lo aduló, lo ganó para sí y convino con él en matar a Ath-Thâfir. El califa y Nasser eran camaradas de la misma edad. Salían juntos por la noche sin que nadie los reconociese. Nasser invitó una noche al califa a que fuese a su casa, ubicada en el mercado de los fabricantes de espadas [*sûk assuyûfiyîn*]. Escondió en una de las alas de la casa a un puñado de sus fieles. Cuando los amigos se instalaron, aquellos hombres se abalanzaron sobre el califa y lo mataron. Eso ocurrió la víspera de la noche del jueves, último día del mes de *muharram*, en el año 549 [*en la tarde del 15 de abril de 1154*].

Nasser arrojó el cadáver de Ath-Thâfir en un subterráneo de su casa. El califa había ido acompañado por un esclavo negro, que no lo abandonaba nunca, llamado Sa'id ad-Daula. También a él lo mataron.

Balduino III y su hermano Amaury, que debía sucederle en el trono de Jerusalén, dirigían sobre todo sus miradas hacia Egipto. La Siria franca se hallaba situada en medio de dos países musulmanes; uno de ellos era la Siria musulmana, donde los sarracenos dominaban todavía las ciudades de Alepo y Damasco, y el otro Egipto. Si llegaba a producirse la unión de ambos países, la Siria franca sería aniquilada. Los francos manifestaron poseer un agudo sentido político al intentar lograr la alianza de los egipcios, que por otra parte era solicitada por los últimos descendientes de la dinastía fatimita, en plena decadencia, que vivían en El Cairo.

Guillermo de Tiro cuenta la entrevista que se realizó en el palacio del califa de Egipto con el auspicio de su visir Chawer, entre aquel príncipe y dos caballeros francos, el templario Godofredo y Hugo de Cesarea.

Había allí fuentes de mármol colmadas de un agua cristalina, y se escuchaba el gorjeo variadísimo de una cantidad de pájaros desconocidos para nosotros... Se caminaba por galerías con columnas de mármol, artesonadas de oro, incrustadas de esculturas; los pisos eran de diferentes materiales y todo el conjunto de aquellas galerías era digno del poder real... Prosiguiendo más adelante, conducidos por el jefe de los eunucos, encontraron otros edificios todavía más hermosos que los anteriores... Había allí una gran variedad de cuadrúpedos, como sólo la mano de un pintor puede mostrarlos, o como la poesía puede describirlos, o como la imaginación de un hombre dormido puede inventar a través de los sueños nocturnos, animales como se encuentran realmente en los países de Oriente o del Mediodía y que en Occidente jamás hemos visto.

En medio de ese noble decorado el visir Chawer presentó a los enviados del rey de Jerusalén a su señor:

Alzaron, con admirable rapidez, unas cortinas de tisú de oro, bordadas con una infinita variedad de piedras preciosas, que estaban colgadas en medio del aposento, delante del trono. El califa apareció mostrando su rostro a todas las miradas, sentado en un trono dorado, cubierto con unas vestiduras cuya magnificencia era mayor que la de los reyes, rodeado de un pequeño grupo de domésticos y de eunucos familiares. Entonces, avanzando humildemente y con muchísimo respeto, al visir besó humildemente los pies del soberano sentado en su trono y le expuso los motivos del viaje de los diputados allí presentes refiriéndole la índole de los tratados que él había acordado con ellos.

Cuando nuestros diputados pidieron que el califa confirmase aquellas palabras con su propia mano, los confidentes íntimos y los oficiales que lo rodeaban parecieron escuchar aquella proposición con el horror que provoca una cosa inaudita: a pesar de todo, luego de largas discusiones y después de repetidas instancias del sultán, el califa tendió la mano con cierta repugnancia presentándola cubierta por un velo. Entonces, ante la sorpresa de los egipcios, que no podían sino asombrarse de que se hablara con tanta libertad al príncipe soberano, Hugo de Cesarea dijo al califa: "Señor, la sinceridad carece de rodeos. Es necesario que todo esté a la vista en los compromisos con que los príncipes se ligan unos a otros; (...) por eso, o presentáis vuestra mano desnuda, o me verá obligado a pensar que algo ocultáis y que vuestra sinceridad no es la que yo espero."

Por último, a pesar suyo, y como si su dignidad se rebajase con ello, sonriendo sin embargo, el califa puso su mano desnuda sobre la mano de Hugo de Cesarea, y a medida que éste le dictaba la fórmula del juramento, se comprometió, pronunciando después que él las mismas sílabas, a observar todo lo convenido de acuerdo con su sentido, de buena fe, sin fraude, ni mala intención.

El califa estaba en la flor de la primera juventud; era moreno oscuro, de alta estatura, hermosos rasgos y mucha liberalidad; poseía un número infinito de mujeres.

Durante algún tiempo, el ejército franco y el ejército egipcio debieron unirse contra el de Chirkuh, lugarteniente del gobernador de Alepo, el terrible Nur-ad-din, que después de 1154 realizó la unión de la Siria musulmana apoderándose de Damasco. El historiador árabe Ibn-abutaiñ nos cuenta un episodio de combate:

Chirkuh se puso en marcha en el mes de rébi primero [mes de enero]. Lo hizo tan en secreto que Chawer sólo lo supo por el aviso que le enviaron los francos. Rogó al rey Amaury que le enviase socorros en las mismas condiciones en que lo había hecho en la expedición anterior, lo que le fue concedido. El rey se puso en camino a lo largo de la costa del mar. Chirkuh, por el contrario, había tomado el camino del desierto, pensando en llegar a Bilbaïs. Cuando los francos, junto con los egipcios, se le adelantaron, siguió otro camino; por las montañas llegó hasta cerca de Atfih, sobre el Nilo, al sur de El Cairo, desde donde se dirigió a Scheroune en el Alto Egipto, siempre perseguido por los francos y los egipcios. En aquel lugar atravesó el Nilo en barcas y descendió por las orillas del río hasta Gizéh, cerca de El Cairo. Entonces, temeroso por las consecuencias de su empresa, escribió así al visir: "Te juro por el Dios sin igual, y por todo lo que une a los musulmanes entre sí, que estoy dispuesto a dejar el Egipto; no volveré nunca y no permitiré que nadie llegue hasta aquí en son de guerra, y estoy resuelto a unirme a ti contra cualquiera que quiera atacarte, con tal de que tú me prometas abrazar la causa del Islam. Ahora el enemigo está en el corazón del reino, alejado de cualquier socorro; le será muy difícil escapar; reunamos nuestras fuerza, para exterminarlo. La ocasión es favorable, puede ser que no vuelva a presentarse; exterminemos a esas gentes." Pero Chawer enseñó la carta a los cristianos y mató al que la había llevado. Al saberlo Chirkuh se mordió los dedos

de dolor. "Si Chawer me hubiese escuchado", dijo, "no hubiese quedado un solo cristiano de Occidente."

Entre tanto Chirkuh plantó sus tiendas en Gizéh, donde permaneció durante cincuenta días. Los francos y los egipcios se establecieron en los alrededores de El Cairo. El Nilo separaba los dos ejércitos. El visir hizo construir un puente entre la isla vecina y Gizéh, queriendo envolver el ejército de Chirkuh. Ante lo que sucedía, Chirkuh logró inclinar hacia él a los habitantes de Alejandría, que estaban indignados al ver al visir pactar con los cristianos y hacer un uso tan malo de los tesoros del islamismo. La situación del ejército de Nur-ad-din no dejó por ello de hacerse más crítica a medida que pasaban los días. Supe por Edrisí, ciudadano de Alepo, que por aquel entonces estaba en Alejandría, y que fue, en nombre de sus habitantes, a anunciar a Chirkuh el envío de rápidos socorros, que dos días después de su llegada a Gizéh, Chirkuh pensaba que sería derrotado por los egipcios y los francos: partió precipitadamente, abandonando sus tiendas y bagaje. El ejército emprendió una vez más el camino del Alto Egipto. Una noche, tan acuciados estaban que ni siquiera se detuvieron a descansar; continuaron su marcha en medio de la oscuridad alumbrándose con antorchas. Así llegaron hasta Dalgé. Entre tanto el enemigo había llegado hasta Ascamúnein. Muy pronto los dos ejércitos estuvieron frente a frente y entablaron la lucha.

EL HOMBRE NUEVO DEL ISLAM: SALADINO

Hubo en tiempos del rey Amaury, como escribe Ferdinando Lot, "una especie de protectorado franco sobre Egipto". Los ejércitos del califa y de los francos se unieron para resistir contra las pretensiones de los musulmanes de Siria. El historiador Ibn-al-Athir cuenta, con motivo de la campaña de 1167, los primeros hechos del que más tarde se haría célebre en todos los anales orientales: Saladino. Entonces era joven. Sobrino de Chirkuh, lugarteniente del sultán Nur-ad-in, se destacó durante un combate que describe su compatriota del siguiente modo:

Saladino tuvo el mando del centro y su tío le dijo: "Es presumible que el enemigo creará que estoy en el

centro, y atacará por allí. Opondréis una débil resistencia y huiréis ante él; y cuando deje de perseguiros, volveréis sobre vuestros pasos." Chirkuh escogió los soldados más valientes, cuya audacia y sangre fría conocía muy bien, y se colocó con ellos en el ala derecha. Al comenzar la batalla, como él lo había previsto, los francos atacaron el centro. Saladino presentó una resistencia débil y comenzó a replegarse, pero sin romper filas, y siempre perseguido por el enemigo. Entonces Chirkuh se precipitó sobre las tropas que lo enfrentaban e hizo una gran carnicería. Los cristianos, a su vez, hallaron a sus hermanos muertos o vencidos, y emprendieron la huida. Lo notable es que Chirkuh no necesitó más que unos mil o dos mil caballeros para triunfar sobre los francos y los egipcios. (...)

De ese modo, *cuenta otro historiador árabe, Edrisí*, Chawer y su ejército se retiraron a Elmonié, ciudad vecina. En cuanto a Chirkuh, se encaminó a través de la provincia de Faium hacia Alejandría, donde dejó a los enfermos y heridos. Después, por temor a que lo sitiase en aquella ciudad, dejó ahí a Saladino con parte del ejército y luego de recibir el juramento de fidelidad de los habitantes de la ciudad regresó al Alto Egipto. Permaneció allí hasta que le llegaron noticias de que los francos y egipcios, después de retirarse de El Cairo, habían partido hacia Alejandría y estaban por apoderarse de ella. Entonces dejó Cous, a orillas del Nilo, en el Alto Egipto, llevando consigo muchos árabes y gente del pueblo que había ingresado entre los suyos. Entre tanto el visir y los francos propusieron hacer las paces. Se logró por mediación del rey Amaury. Convinieron en que Chirkuh conservaría el dinero recogido en las provincias. Por su parte Chawer prometió treinta mil piezas de oro a los francos para resarcirlos por las penurias padecidas durante la guerra; y cada uno se comprometió a regresar a sus tierras.

La campaña de Alejandría resulta curiosa en más de un aspecto y sobre todo en lo que se refiere al trato fraternal que se estableció después de los combates entre los francos, egipcios y sirios.

Los habitantes de Alejandría, abatidos y enflaquecidos después de un largo sitio..., salieron de la ciudad para aliviar sus penas y distraerse conversando con aquellos a los que hasta muy poco antes habían temido como a mensajeros de peligros y ministros de muerte. Por su parte los nuestros se apresuraron a entrar en la ciudad, objeto de sus deseos; caminaron por ella con toda liber-

tad, visitaron las calles, los puertos, las fortificaciones y examinaron todo con mucha atención para cuando regresasen a sus hogares poder contar lo que habían visto a sus compatriotas y alegrar a sus amigos con interesantes relatos.

Es necesario destacar la actitud del rey Amaury en aquellos momentos. En seguida del triunfo de los egipcios, Saladino se refugió junto a él y fue el rey de Jerusalén quien obtuvo la amnistía para sus partidarios de Alejandría. Y también fue él quien ofreció sus navíos para conducir hasta Siria los heridos del ejército curdo árabe, o sea del ejército de Nur-ad-din.

Las buenas relaciones entre Chawer y Amaury tampoco durarían mucho tiempo. Las diferencias comienzan a manifestarse en 1168 cuando Amaury manifiesta su deseo de emprender nuevas campañas. El historiador Ibn-al-Athir conservó un pintoresco diálogo entre el rey de Jerusalén y el hijo del visir. Se le ha pedido a éste que indique un lugar donde puedan acampar los ejércitos francos, y él responde:

“En la punta de nuestras lanzas. ¿Creéis que Bilbaïs [ciudad hacia la que marchaba el ejército franco] es un queso para devorar?” “Desde luego”, respondió el rey cristiano, “y El Cairo es la crema.”

En represalia sus tropas se lanzaron sobre la ciudad de Bilbaïs y la sometieron a un saqueo tan sangriento como poco político. “Si los francos hubiesen tratado bien a Bilbaïs, observa Ibn-Athir, hubieran podido apoderarse de Fustat y de El Cairo.” Pero Chawer prefirió incendiar la ciudad antes que entregarla. Ya por entonces había iniciado conversaciones con Nur-ad-din.

EL REY LEPROSO

Los ejércitos musulmanes de Siria fueron ocupando lentamente el territorio de Egipto y, poco después, el 18 de enero de 1169, Saladino asesinó a Chawer y lo sustituyó como visir (el 26 de marzo siguiente), junto al califa Al-Adid. El historiador y poeta Usama le dedicó un poema con aquel motivo:

Egipto recuperó gracias a él la belleza y el esplendor de la juventud después de verse doblegada por la edad,

Rechazó pretendientes indignos de ella, hasta que

la pidió en matrimonio un pretendiente que por dote le ofreció su espada,

La defendió como el león defiende su guarida.

La protegió como el borde del párpado defiende el ojo de la brizna de paja...

Saladino, poco después, depuso al califa, último descendiente de los fatimitas (1171), de modo que a la corte corrompida la sucedió un gobierno militar ligado por estrechos vínculos con la Siria musulmana. Era previsible suponer, desde aquel momento, que el débil reino latino, situado entre dos estados musulmanes, pronto sería cercado. Fue lo que sucedió cuando Nur-ad-din murió en Damasco (15 de mayo de 1174) dejando por heredero a un muchacho de quince años, Malik-es-Salik. Saladino no perdió la ocasión de realizar una unidad que para los francos significaba una verdadera sentencia de muerte. Abrumado por las desgracias el rey Amaury murió ese mismo año (11 de julio de 1174), a causa del tifus, a la edad de treinta y nueve años. Desde aquel momento la situación de los principados francos se hizo aún más crítica. Resistieron todavía durante trece años, en medio de las condiciones más increíbles, pues Saladino no halló otra resistencia que la que pudo ofrecerle un pequeño rey leproso que sólo tenía trece años: Balduino IV. Con este rey, torturado por la enfermedad que acabaría con él a los veinticuatro años, después de once de martirio, se escribieron las páginas más heroicas de los anales de Siria franca: entre otras, la victoria de Montgisar, el más hermoso triunfo de los cruzados, durante la cual Balduino IV, con quinientos caballeros, a los que se sumaron ochenta templarios —tres mil combatientes en total, si se suman los infantes— derrotó a Saladino y a sus treinta mil mamelucos, el 27 de noviembre de 1177.

El joven rey leproso había tenido un excelente maestro en su preceptor Guillermo de Tiro, admirable prelado, tan notable por sus conocimientos —hablaba además de francés y latín, el griego y el árabe, y leía el hebreo— como por la santidad de su vida y su talento de historiador. Cuando era canónigo de Tiro, el rey Amaury le pidió que escribiese la historia de su reino. Luego le confió la educación de su hijo Balduino, y en medio de esas actividades Guillermo de Tiro compuso la historia de las hazañas realizadas en ultramar, una de las mejores fuentes que se conservan para el estudio de los reinos latinos. Escribió también, y ello demuestra su infatigable curiosidad, una historia de los hechos de los príncipes de Oriente, en la cual contaba toda la historia

de los árabes, desde los tiempos de Mahoma, que lamentablemente se ha perdido. Hallamos en su obra el relato de la juventud de Balduino y nos detenemos especialmente en las páginas donde el preceptor cuenta cómo descubrió la enfermedad que padecía el real alumno.

Nos dedicábamos con solicitud a formar su carácter además de enseñarle las bellas letras. Jugaba a menudo con los pequeños nobles compañeros suyos, y como suele suceder entre los niños de esa edad cuando juegan juntos, se pellizcaban los unos a los otros, en los brazos o en las manos. Todos gritaban cuando sentían dolor, menos el pequeño Balduino, que soportaba aquellos juegos con una paciencia extraordinaria, como si no sintiese ningún dolor... Creí al principio que aquello podía ser un efecto de la paciencia y no un defecto de la sensibilidad; lo llamé... y descubrí que su brazo derecho y también la mano, estaban insensibles... Era la primera manifestación de una enfermedad muy grave e incurable. Cuando llegó a la edad de la pubertad —no podemos decirlo sin derramar lágrimas—, debimos comprobar que el joven había sido atacado por la lepra.

No todos los hombres que rodeaban a Balduino eran de la misma calidad de Guillermo de Tiro. Durante su reinado se manifestaron las nefastas influencias de los que condujeron el reino a su perdición. En primer lugar, aparece el patriarca de Jerusalén, Heraclio, nombrado por influencia de la reina madre, Agnès de Courtenay, cuya vida escandalosa era conocida por todos. En Jerusalén llamaban a su amante "la patriarquesa"; se la veía recorrer las calles de la ciudad cubierta de joyas. El patriarca encabezará el complot destinado a dejar sin efecto las disposiciones testamentarias del rey, en las cuales daba indicaciones para asegurar la supervivencia del reino. Estaba también Gerardo de Ridefort, gran maestre de los templarios; las crónicas nos cuentan las circunstancias en que se transformó en enemigo encarnizado de Raimundo III, conde de Trípoli, al que Balduino el Leproso creía el único capaz de asegurar, después de su muerte, el orden y el entendimiento entre los barones para poder enfrentar la unidad del mundo árabe:

Cuando el maestre del Temple¹ llegó a las tierras de Siria, era caballero andante en el siglo y fue asalariado del rey Amaury y del conde Raimundo de Trípo-

¹ *Historia de Heraclio.*

li, que le profesaron gran amistad. Durante cierto tiempo frecuentó al conde y éste le prometió que le otorgaría el primer matrimonio ventajoso que se presentase en su señorío. No pasó mucho tiempo sin que se presentase la ocasión, pues murió Guillermo de Orel, señor de Boutron, que tenía por esposa a Estefanía, hija de Enrique el Búfalo, a la cual desposó Hugo de Gibelet después de la muerte de Guillermo de Orel y de la cual tuvo a Guy de Gibelet. Tenía una hija de su primera mujer. Cuando él murió llegó al país un gentilhombre de Pisa llamado Plivain. Dicho Plivain llevó consigo cuantiosas riquezas. Pidió al conde de Trípoli que le concediese por mujer a aquella doncella, heredera de Boutron. A pesar de que el conde la había prometido a Gerardo de Ridefort la entregó de muy buen grado a Plivain y no a Gerardo, porque Plivain le dio una buena suma. Se dice que puso a la doncella en una balanza y oro por la otra parte [*sobre el otro plato*], y el oro que ella pesaba le fue entregado al conde; y debido a aquella gran riqueza el conde otorgó la doncella a Plivain. Cuando Gerardo de Ridefort vio que el conde le impidió el matrimonio, se encolerizó porque había preferido a un villano, decía él. Porque los de Francia desprecian a los de Italia, y aun cuando sean ricos y poderosos los consideran villanos, porque la mayor parte de los de Italia son usureros o corsarios o mercaderes, y por ello los caballeros los desprecian. Por eso se irritó con el conde de Trípoli y partió encolerizado y se encaminó hacia Jerusalén. Al llegar allá se sintió un poco enfermo y se dirigió a la casa del Temple. Poco tiempo después el hermano Arnaud de la Tour-Rouge, que era maestro de la casa del Temple, murió y los hermanos de la casa eligieron por maestro a Gerardo de Ridefort.

GUY DE LUSIGNAN, REY DE JERUSALEN

Al morir el 16 de marzo de 1185, Balduino IV había confiado el poder a Raimundo de Trípoli, como regente del pequeño Balduino V, hijo de su hermana Sibila, condesa de Jaffa. El niño moriría al poco tiempo, y Sibila, después de ser proclamada reina de Jerusalén, entregaría la corona a su segundo marido, Guy de Lusignan, en una ceremonia improvisada.

De ese modo se cumplió la venganza de Gerardo de Ridefort:

Los barones¹ que estaban en Nablus respondieron que no irían [*a la coronación de Sibila*]; pero enviaron dos sacerdotes de Citeaux a Jerusalén, al patriarca y a los maestros del Temple y del Hospital, prohibiéndoles en nombre de Dios y del Papa de Roma que coronasen a la condesa de Jaffa hasta que ellos no hubiesen convocado el consejo, de acuerdo con el juramento que hicieran en tiempos del Rey Leproso. Los sacerdotes fueron a Jerusalén, y dos caballeros junto con ellos, y entregaron el mensaje. El patriarca y el maestro del Temple y el príncipe Renaud dijeron que ellos no observarían el juramento ni sostendrían ninguna fe, y que coronarían a la señora como a reina. El maestro del Hospital se negó a secundarlos y dijo que no los acompañaría pues obraban contra Dios y contra el juramento que habían hecho. Entonces se cerraron las puertas de la ciudad y nadie pudo salir ni entrar, pues temieron que los barones que estaban en Nablus, a doce millas de distancia, entrasen en la ciudad mientras coronaban a la señora y sobreviniese una lucha. Cuando los barones supieron que la ciudad estaba cerrada y que nadie podía salir ni entrar, vistieron de monje a un sargento que había nacido allí y lo enviaron a Jerusalén para espiar la coronación de la señora. Y él fue. Pero no pudo entrar por ninguna puerta en Jerusalén; fue entonces hasta la Magdalena de los Jacobinos de Jerusalén, que está edificada junto a los muros de la ciudad. Había allí una pequeña poterna por donde se podía entrar en la ciudad. Insistió hasta que el abad de la Magdalena le abrió aquella poterna. Fue hasta el Santo Sepulcro y allí permaneció todo el tiempo para ver y saber cuanto ahí sucedía. El maestro del Temple y el príncipe Renaud fueron en busca de la señora y la condujeron al Santo Sepulcro, junto al patriarca, para que la coronase. El príncipe Renaud subió a lo alto de la iglesia y dijo al pueblo: "Señores, vosotros sabéis que el rey Balduino el Leproso murió, y luego murió su sobrino, al que él había hecho coronar, y el reino ha quedado sin heredero y sin gobierno. Quisiéramos, con vuestra aprobación, hacer coronar a Sibila, que está aquí, y que es hija del rey Amaury y hermana del rey Balduino el Leproso. Es la más evidente y directa heredera del reino." El pueblo allí reunido clamó diciendo que prefería al rey Amaury por sobre cualquier otro. Todos habían olvidado el juramento que hicieron al conde de Trípoli y de allí derivaron todos los males. Cuando la señora fue al Santo Sepulcro, el pa-

¹ *Historia de Herachio.*

triarca se dirigió al maestre del Temple y le pidió la llave del Tesoro donde estaba la corona. El maestre del Temple se la entregó de muy buena gana. Después pidieron al maestre del Hospital que entregase su llave. Y el maestre del Hospital dijo que no obedecería ni pondría allí los pies si no lo hacía con el acuerdo de los barones de la tierra. Entonces el patriarca y el maestre del Temple y el príncipe Renaud acudieron a pedir la llave al maestre del Hospital. Cuando supo que se encaminaban en su busca, se escondió en su casa y sólo a la hora nona [*las tres de la tarde*] pudieron encontrarlo y hablar con él. Cuando lo encontraron le pidieron que les entregase la llave; él les dijo que no la daría. Tanto le rogaron y aburrieron que terminó por encolezarse y arrojó en medio del cuarto las llaves que tenía en la mano, por miedo a que alguno de la casa pudiera tomarlas y entregárselas al patriarca. Entonces el maestre del Temple y el príncipe Renaud tomaron la llave y se encaminaron al Tesoro; sacaron dos coronas y se las llevaron al patriarca. El patriarca puso una sobre el altar del Santo Sepulcro y con la otra coronó a la condesa de Jaffa. Cuando la señora fue reina coronada, el patriarca le dijo: "Señora, sois mujer; conviene que tengáis alguien que os ayude a gobernar vuestro reino y que sea varón; he aquí una corona; dadla al hombre que os ayude a gobernar vuestro reino y que pueda gobernarlo." La reina tomó la corona y llamó a su señor Guy de Lusignan que estaba delante de ella y le dijo: "Señor, venid, recibid esta corona, pues a nadie mejor que a vos podré entregarla." El se arrodilló delante de ella y recibió la corona. El maestre del Temple tendió la mano y ayudó a la reina a colocar la corona sobre la cabeza del rey y dijo: "Esta corona bien vale el matrimonio de Boutron." Después el patriarca los ungió y ella fue reina y él fue rey.

Esto sucedió un viernes, en el año 1186 de la Encarnación del Señor. Nunca un rey había sido coronado un viernes en Jerusalén, ni las puertas habían estado cerradas. Cuando el sargento que se había vestido de monje vio la coronación, se encaminó hacia la poterna por donde había entrado en la ciudad y salió. Después fue a Nablus en busca del conde de Trípoli (*Raimundo*) y los barones que lo habían enviado y les contó lo que había visto.

Cuando Balduino de Roma (*Balduino d'Ibelin*) supo que Guy de Lusignan era rey de Jerusalén, dijo: "Creo que no llegará a reinar un año." Y así fue, pues lo coronaron a mediados de setiembre y perdió el reino en la fiesta de San Martín el Fogoso, que se celebra a co-

mienzos de julio (*4 de julio*). Y Balduino dijo al conde de Trípoli y a los barones de la tierra: "Señores, haced cuanto podáis, porque la tierra está perdida; yo dejaré el país, pues no quiero tener ni remordimientos ni reproches por haber participado en la pérdida de la Tierra Santa. Conozco muy bien al rey y sé que es necio y malo y no hará nada con vuestro consejo ni con el mío; por eso dejaré el país." Entonces dijo el conde de Trípoli: "Señor Balduino, por Dios, tened piedad de la cristiandad; veamos cómo podemos defender la tierra. Tenemos con nosotros a la hija del rey. Amaury¹ y a su barón Onfroy; los coronaremos e iremos con ellos a Jerusalén; tenemos con nosotros la fuerza de los barones de la tierra y del maestro del Hospital, fuera del príncipe Renaud, que está con el rey en Jerusalén. Yo podré pactar una tregua con los sarracenos y con su rey, de acuerdo con lo que yo quiera. No nos atacarán, y si es necesario nos darán ayuda." Así se pusieron de acuerdo y decidieron que coronarían al día siguiente a Onfroy como rey.

Cuando Onfroy supo que querían coronarlo rey, pensó que no podría soportar el dolor. Cuando se hizo de noche, montó a caballo junto con sus caballeros y cabalgando toda la noche llegó a Jerusalén. Y a la mañana siguiente, cuando los barones se levantaron y estaban dispuestos para coronar a Onfroy, supieron que había huido hacia Jerusalén. Y cuando Onfroy llevó a Jerusalén fue a postrarse ante la reina, cuya hermana él tenía [*por mujer*], y la saludó. Ella no lo saludó porque él había estado contra ella y no había asistido a su coronación. El comenzó a rascarse la cabeza como un niño vergonzoso y dijo: "Señora, yo no soporto más, pues querían hacerme rey por la fuerza". Y la reina le dijo: "Señor Onfroy, tenéis razón, y pues habéis obrado así, os perdono; id a rendir vuestro homenaje al rey." Onfroy agradeció a la reina su perdón; rindió homenaje al rey y permaneció con la reina en Jerusalén.

Cuando el conde de Trípoli y los barones que estaban en Nablus supieron que Onfroy había rendido homenaje al rey tuvieron mucha pena y no supieron qué hacer. Entonces los barones fueron a decir al conde de Trípoli: "Señor, por Dios, dadnos algún consejo sobre el juramento que hicimos al Rey Leproso; pues no queremos cometer nada que nos pueda valer vituperios y reproches." El conde les dijo que mantuviesen su juramento, tal como lo habían hecho, y que no sabía qué otro consejo podía darles.

¹ Isabel, hermana de Sibila y Balduino, casada con Onfroy de Toron.

LOS GRANDES MOMENTOS DE SALADINO

Los barones fueron doblemente burlados por la sorpresiva coronación de Guy de Lusignan y por la huida de Onfroy. Desde aquel mismo instante se pudo adivinar lo que habría de suceder en la Siria franca desunida, a cuyo frente se hallaba un rey incapaz y poco respetado, y cuyo territorio parecía aprisionado como por un torno entre Egipto y la Siria musulmana, ambos en poder de Saladino.

¿Quién y cómo era Saladino? Un solo rasgo nos lo pinta de cuerpo entero, y al mismo tiempo demuestra las relaciones llenas de caballerosidad que mantuvo con sus adversarios cristianos. Retrocedamos algunos años hasta la época en que Estefanía, señora de Crac —bajo otros cielos Etiennette de Milly—, celebró las bodas de su hijo Onfroy con Isabel, hermana del rey de Jerusalén.

La princesa envió a Saladino, de las bodas de su hijo, pan y vino, bueyes y corderos, y saludándolo, le recordó que muchas veces la había llevado en sus brazos cuando era esclava en el castillo [prisionera], cuando niña. Al ver los regalos Saladino se alegró muchísimo. Los aceptó y agradeció, y pidió a quienes habían llevado los regalos que le dijese en qué torre estaban los desposados y ellos se lo dijeron. Entonces Saladino mandó pregonar por todo el ejército que ninguno se atreviese a disparar contra la torre o a asaltarla.

Descripción de Saladino, hecha por uno de sus compañeros:

He aquí un aspecto que yo presencié y que da una acabada idea del celo religioso de Saladino. A fines del año 584, éste, después de la caída de Caucab, en seguida de haber licenciado su ejército, quiso visitar Ascalón y las plazas marítimas para ver cómo podría prepararlas para una mejor defensa. Yo lo acompañé durante el viaje: era en pleno invierno. El mar estaba agitado y, como dice el Corán, las olas se levantaban como montañas. Era la primera vez que yo veía el mar y me impresionó muchísimo. Al verlo, me dije que aunque me ofreciesen en cambio el mundo entero, jamás aceptaría recorrer una sola milla por aquel elemento. Y estaba tentado de considerar como locos a quienes por una moneda de oro o de plata se embarcan sin ningún temor. En una palabra: me unía a los que piensan que por el solo hecho de entregarse al mar ha de considerarse al hombre que lo

hace como si fuese un insensato y que por ello su testimonio no es válido ante la justicia. Y de pronto, mientras yo estaba entregado a esos pensamientos, el sultán, volviéndose hacia mí, me dijo: "Te confiaré lo que ahora siente mi alma. Cuando Dios me haya entregado lo que aún queda de las ciudades cristianas, repartiré mis Estados entre mis hijos; les daré mis últimas instrucciones y después de decirles adiós, me embarcaré en este mar para ir a sojuzgar las islas y los países de Occidente: no descansarán mis armas hasta que no desaparezca el último infiel de la tierra. O hasta que no me detenga la muerte." Aquellas palabras me asombraron tanto que, olvidado de mis pensamientos, dije al sultán: "En verdad no hay en la tierra valentía, ni fortaleza, ni celo por la religión divina, como los que tiene el sultán. En cuanto a la valentía, lo prueba el que no pueda detenerle el aspecto de este mar embravecido, y en lo que se refiere al celo por la religión, el sultán, no conforme con arrojar a los enemigos de Dios de una parte de la tierra, como es Palestina, quiere quitarlos de la tierra entera." Pero volviendo muy pronto al temor que me había causado el mar, añadí: "El proyecto del sultán es espléndido, pero sería mejor que se contentase con enviar sus ejércitos y permaneciese aquí, para no poner su vida en peligro, pues él es la defensa del Islam y su único recurso." Entonces el sultán me dijo: "Quiero que tú mismo juzgues; ¿cuál es la muerte más gloriosa?" Respondí que sin duda era la de sucumbir por la causa de Dios. Entonces replicó: "Tengo razón al desear esa muerte."

Lamentablemente, uno de los barones cristianos quebrantó la palabra dada y con ello lo perdió todo, incluso el honor.

Había entre los cruzados un tal Renaud de Châtillon. Como Gerardo de Ridefort, Renaud era un aventurero de bajo origen que buscó y halló fortuna en los Estados de los cruzados. Un arrebatado de locura de una viuda fantástica, Constancia, princesa de Antioquía, a quien había deslumbrado la apostura del aventurero, lo había puesto al frente de uno de los más hermosos principados del reino. Y él se valió del poder para dar rienda suelta a sus instintos de bandido. Los relatos de Guillermo de Tiro conservan el recuerdo de sus aventuras de señor bandolero — algunas hazañas tan extravagantes como cuando transportó a lomo de camello, hasta el Mar Rojo, los fragmentos de una flota con la que quería asaltar La Meca — y sus insubordinaciones, que debían con-

ducir el reino al desastre, cuando dejaron de gobernarlo hombres firmes y heroicos como el rey Balduino.

Renaud de Châtillon, viudo de Constancia de Antioquía, volvió a casarse con aquella a la que llamaron la Señora de Crac. Un día...

...llegó un espía¹ hasta donde estaba el príncipe Renaud y le dijo que una gran caravana venía de Babilonia a Damasco y que debía atravesar las tierras de Crac. El príncipe, a toda prisa, montó a caballo y se dirigió hacia Crac, y allí reunió todas las gentes que pudo y fue y se apoderó de la caravana, en la que estaba la hermana de Saladino. Cuando Saladino supo que el príncipe Renaud se había apoderado de la caravana y de su hermana, se irritó muchísimo y lo lamentó. Envió sus mensajeros al nuevo rey, reclamando la caravana y su hermana y añadiendo que no quería quebrantar la tregua establecida en tiempos del pequeño rey. El rey Guy ordenó al príncipe Renaud que devolviese a Saladino la caravana de la que se había incautado y que diese libertad a la hermana de Saladino. El príncipe Renaud respondió diciendo que no entregaría la caravana, pues era señor de su tierra como el rey lo era de la suya, y que él no había estipulado ninguna tregua con los sarracenos. El asalto de la caravana fue el motivo de la pérdida del reino de Jerusalén.

La situación en que se hallaban los cruzados era tan trágica que Guy de Lusignan terminó por unirse con aquel al cual él mismo había despojado, Raimundo III de Trípoli, el más valeroso de los barones de Tierra Santa y el más experimentado de los guerreros:

Entonces el rey [Guy] llamó al maestre del Temple², Gerardo de Ridefort, y al maestre del Hospital, hermano Rogelio des Moulins, y José, arzobispo de Tiro, y Balián d'Ibelin y Renaud de Sidón. Y los envió a Tiberíades para que hiciesen la paz con el conde de Trípoli. Y la paz que concertaran, la conservarían. Partieron, y los cuatro fueron a dormir a Nablus y Renaud de Sidón se fue por otro camino. Hicieron la primera noche en Nablus. Y Balián d'Ibelin fue en busca del maestre del Temple y del del Hospital y del arzobispo de Tiro y les dijo que como la etapa del día siguiente era pequeña permanecería en Nablus, donde tenía algunas cosas que hacer, y que partiría por la noche y cabalgaría toda la

¹ *Historia de Heraclio.*

² *Historia de Heraclio.*

noche para reunirse con ellos al despuntar el día. Los otros se fueron y Balián permaneció.

Entre tanto el hijo de Saladino solicitó paso a Raimundo de Trípoli; éste se lo acordó con la condición de que su entrada y salida debían efectuarse entre la salida y la puesta del sol, y que no tomaría nada "ni en las ciudades, ni en las casas." Pensaba que de aquel modo "los cristianos tendrían garantías y él no perdería nada."

Así lo prometió el hijo de Saladino¹. A la mañana siguiente atravesó el río y pasó frente a Tiberíades; entró en la tierra de los cristianos y el conde de Trípoli hizo cerrar las puertas de la ciudad para que nadie pudiese salir a atacarlos. El conde había sabido el día anterior que los mensajeros del rey Guy se acercaban a la ciudad; dictó cartas y las envió con mensajeros a Nazaret, a los caballeros que allí estaban de guarnición, y a todas las tierras que debían atravesar los sarracenos, diciéndoles que por ninguna cosa que vieses u oyesen salieran de sus ciudades o casas, pues los sarracenos entrarían en la tierra, y si ellos se mantenían quietos y no salían de sus ciudades no tuviesen cuidado, pero que si los hallaban en el campo podían tomarlos y matarlos. De ese modo el conde de Trípoli aseguraba la paz.

El mensajero fue al castillo del Difunto y entregó al maestre del Temple, al maestre del Hospital y al arzobispo de Tiro las cartas del conde de Trípoli. Cuando el maestre del Temple supo que los sarracenos debían entrar en esas tierras al día siguiente, llamó a un mensajero y lo envió en seguida a una casa del Temple que había a cuatro millas de allí, en una ciudad que se llama Kakum. Les mandó decir por carta que en cuanto recibiesen su mandato, montasen a caballo y fuesen adonde él estaba, pues al día siguiente los sarracenos debían entrar en su tierra. En cuanto los templarios recibieron las cartas del maestre montaron a caballo y llegaron allí antes de medianoche y se alojaron delante del castillo; y a la madrugada siguiente se encaminaron a Nazaret. Ellos eran noventa y los del Hospital diez, que estaban con su maestre, y se unieron a ellos cuarenta caballeros que estaban de guarnición en Nazaret, y fueron unas dos millas más allá de Nazaret y se encontraron con los sarracenos junto a una fuente llamada la Fuente de Creson: aquéllos se retiraron y cruzaron el río para no hacer ningún daño a los cristianos. Pues los cristianos se daban por seguros de acuerdo con

¹ *Historia de Herackio.*

lo que el conde les había dicho. El maestre del Temple era atrevido caballero, seguro de sí mismo, y despreciaba a todos los otros como suelen hacer los presuntuosos. No hizo caso de los consejos del maestre del Hospital, hermano Rogelio des Moulins, ni del hermano Santiago de Maillé, que era mariscal del Temple, y los despreció y se dirigió a ellos como quien habla con personas que se disponen a huir: "Amáis demasiado esas cabezas rubias que tanto guardáis." Y el mariscal le respondió que no huiría de la batalla y que caería en ella como un valiente, pero que en cambio él huiría como un renegado. Entonces el maestre del Temple y los caballeros que estaban con él atacaron a los sarracenos, y luego hizo lo mismo el maestre del Hospital. Los sarracenos los recibieron con alegría y los envolvieron de tal modo que los cristianos no pudieron resistir, pues los sarracenos contaban con siete mil caballeros armados y los cristianos no eran más que ciento cuarenta. Al maestre del Hospital le cortaron la cabeza y también a los caballeros del Temple, menos al maestre del Temple, que escapó junto con otros tres caballeros. Y los cuarenta caballeros que estaban de guarnición en Nazaret cayeron todos prisioneros. Cuando los escuderos del Temple y del Hospital vieron que los caballeros quedaban rodeados por los sarracenos, huyeron llevando consigo sus arneses, y de ese modo no se perdió nada de los arneses de los cristianos.

Y ahora os diré lo que hizo el maestre del Temple. Cuando dejó atrás Nazaret, huyendo de los sarracenos, envió un sargento a caballo, hacia atrás, e hizo gritar a través de Nazaret que todos cuantos pudiesen manejar armas fuesen tras él en pos del botín, porque habían derrotado a los sarracenos. Entonces salieron todos los que pudieron de Nazaret y corrieron tanto que llegaron al lugar donde había sido la batalla; hallaron que los cristianos habían sido derrotados y muertos, y los sarracenos los asaltaron y aprisionaron a todos. Y una vez que los sarracenos hubieron derrotado y dado muerte a todos los cristianos, tomaron las cabezas de los cristianos que habían matado y las ensartaron en los hierros de las lanzas; se llevaron los prisioneros con ellos y pasaron delante de Tiberíades. Cuando los cristianos que estaban dentro de Tiberíades vieron que los cristianos habían sido derrotados y tomados prisioneros y vieron que los sarracenos llevaban las cabezas clavadas en las lanzas y que se los llevaban prisioneros y atados, hicieron un gran duelo, y poco faltó para que se matasen. De ese modo el hijo de Saladino volvió a pasar para cruzar el río antes de la puesta del sol. Mantuvo su promesa al conde de Trípoli, pues no dañó ni

castillo, ni ciudad, ni casa ninguna, fuera de aquellos a los que encontró en el campo. Aquella batalla tuvo lugar un viernes, en la fiesta de los santos Santiago y Felipe, el primer día de mayo. Y fue por culpa de la caravana que el príncipe Renaud asaltó en la tierra de Crac, y ése fue el comienzo de la pérdida del reino.

Balián, que estaba en Nablus, cuando se hizo noche se puso en camino, como les había prometido al maestre del Temple y al del Hospital, para reunirse con ellos. Después de caminar dos millas llegó a una ciudad que llaman Sebaste. Pensó que como aquél era un gran día [*día de fiesta*] no debía seguir adelante sin antes haber asistido a misa. Fue a casa del obispo, le hizo levantar, y sentado junto a él habló hasta que el centinela anunció el día. Entonces el obispo hizo revestir a uno de sus capellanes y le mandó que cantase la misa. Luego de asistir a la misa, Balián se fue con mucha prisa en pos del maestre del Temple y llegó hasta el castillo. Hallo las cortinas de la casa corridas y no había nadie adentro. Se maravilló de no encontrar a nadie que le dijese lo que había sucedido. Entonces hizo entrar a su servidor en el castillo para que buscase a alguien que les dijese qué era lo que había sucedido. El servidor entró y llamó por todo el castillo y no encontró a nadie. Nadie pudo decirle nada. No había más que dos enfermos en un cuarto, y tampoco ellos supieron qué decirle. Entonces el criado volvió al lugar donde lo esperaba su señor y le dijo que no había hallado a ninguno que le dijera lo que había acontecido. Balián mandó que montasen a caballo y se encaminaron a Nazaret. Al alejarse un poco del castillo apareció a lo lejos un hermano del Temple, que desde su caballo gritaba que lo esperasen. Ellos lo aguardaron. Balián d'Ibelin le preguntó si traía alguna noticia y le respondió: "Malas noticias." Y le contó que al maestre del Hospital le habían cortado la cabeza y que lo mismo habían hecho con todos los caballeros del Temple; que sólo había escapado el maestre del Temple, junto con tres caballeros, y que los caballeros del rey, que estaban de guarnición en Nazaret, habían caído prisioneros. Cuando Balián d'Ibelin oyó todo aquello sintió mucho dolor; llamó a un sargento y lo envió a Nablus, a la reina, su mujer, para que le diese noticias de lo sucedido y que mandase a los caballeros de Nablus que estuviesen aquella noche con él en Nazaret... y tenedlo por seguro que si no hubiese asistido a misa en Sebaste, él hubiera llegado a tiempo para la batalla. Cuando Balián llegó a Nazaret oyó el duelo que en la ciudad se hacía por los que habían muerto y por los que habían caído prisioneros; no halló al maestre del

Temple, porque había huido. Pocas eran las casas de Nazaret en las que no hubiese muerto alguien o en las que alguien no faltase porque lo habían tomado prisionero. Balián permaneció en Nazaret y esperó que se uniesen a él sus caballeros, y luego dio aviso al conde de Trípoli diciéndole que estaba en Nazaret. Cuando el conde supo que Balián estaba en Nazaret y que no había tomado parte en la batalla, se alegró.

El rey Guy se reconcilia con el conde de Trípoli y se prepara a enfrentar a Saladino.

El rey ordenó al patriarca que llevase la Vera Cruz al ejército. El patriarca tomó la Cruz, la sacó fuera de Jerusalén y la entregó al prior del Santo Sepulcro. Le dijo que la llevase hasta donde estaba el rey, porque él estaba ocupado y no podía hacerlo. Porque no tenía ningún deseo de ir al lugar donde estaba el ejército. Y de ese modo se cumplió la profecía que había hecho el arzobispo de Tiro cuando fue elegido el patriarca: Heraclio conquistó la Cruz a los persas y la llevó a Jerusalén. Heraclio la sacará de Jerusalén y la Cruz se perderá en su tiempo. Entonces fue cuando Heraclio sacó la Cruz de Jerusalén y nunca más volvió a entrarla en la ciudad. Porque la Cruz se perdió en la batalla, como habréis oído decir.

EL DESASTRE DE HATTIN

Saladino se encamina hacia Tiberíades. El rey convoca al consejo. Raimundo de Trípoli expresa su opinión.

El conde respondió como hombre prudente y dijo¹: “Señor, sabed que el peligro de Tiberíades recaerá sobre mí, y yo debo afrontarlo y no otro, pues la señora de Tiberíades, mi mujer, y sus hijos están delante del castillo, y no quisiera por nada del mundo que les sucediera algo, y les aconsejé que si ven que las tropas de Saladino son muy superiores como para poder resistirlas, se embarquen en las naves y se guarden en el mar hasta que nosotros lleguemos a socorrerlos. Esto dicho, señor, si es que deseáis combatir contra Saladino, nos conviene ir hasta Acre y colocarnos junto a sus muros. Conozco a Saladino y sé que es tan orgulloso que no se

¹ *Historia de Heraclio.*

irá del reino antes de haberos combatido, y si lo hace delante de Acre y el resultado nos es contrario (Dios nos guarde de ello), podremos refugiarnos en Acre y en otras ciudades cercanas. Y si Dios nos da la victoria y podemos derrotarlo antes de que llegue a sus tierras, lo venceremos y heriremos de tal forma que nunca más podrá recuperarse." Cuando el conde terminó de hablar, el maestre del Temple dijo: "Tiene piel de lobo." Cuando el conde oyó esto dijo rápidamente al rey: "Señor, os pido y suplico que socorráis a Tiberíades." Le respondió diciéndole que iría de muy buena gana. La condesa de Tiberíades envió al rey mensajes diciéndole que fuese a socorrerla, pues ella y sus gentes corrían grave peligro. Al oír aquellas noticias un clamor se levantó en el ejército, y los caballeros decían: "Vamos a socorrer a las damas y doncellas de Tiberíades." (...)

De acuerdo con el consejo del conde de Trípoli y de los barones, el ejército decidió acampar allí, en un lugar atrincherado, porque las fuerzas de Saladino eran muy superiores a las del rey.

Cuando llegó la noche, el maestre del Temple fue al rey y le dijo: "Señor, no hagáis caso a los consejos del conde, porque es un traidor, y sabéis muy bien que no os ama y quisiera que pasaseis vergüenza y perdiéseis el reino. Por ello os aconsejo que partáis de aquí, y nosotros con vos, y vayamos a vencer a Saladino. Porque eso es lo primero que empezasteis, de acuerdo con vuestra voluntad. Si no partís de aquí Saladino vendrá a atacaros aquí, y entonces si partís obligado por su asalto, la vergüenza y el reproche serán mayores." Cuando el rey oyó aquello mandó que el ejército partiese. Cuando los barones del ejército oyeron que el rey mandaba que partiesen, se asombraron y acudieron a decir al rey: "Señor, se dijo que tanto vos como nosotros habríamos de permanecer aquí. ¿Cuál es el motivo por el cual mandáis que el ejército parta de aquí?" Y él les respondió: "No tenéis que preguntarme por qué lo hago. Quiero que cabalguéis hasta Tiberíades." Ellos, como hombres prudentes y leales, obedecieron al rey e hicieron lo que les decía. Puede ser que si hubiesen desobedecido sus órdenes hubiera sido mejor para la Cristiandad. No puedo dejar de contar un milagro que sucedió en el ejército. Los animales de carga del ejército cristiano, el día anterior y la noche en que se alejaron de la fuente de Saphori, a pesar del gran calor que hacía, no bebieron ni quisieron tocar el agua, como personas que estuvieran tristes y doloridas. Al día siguiente, en medio de la de-

rrota, comenzaron a desfallecer y flaquearon a sus amos, y murieron por causa de la carencia de agua.

No puedo dejar de contaros una aventura que sobrevino a las gentes del ejército, a pesar de que parezca fábula y de que la Iglesia prohíba que se crea en ella. Cuando el ejército se apartó de la fuente de Saphori y llegó a más de dos leguas de Nazaret, los sargentos del ejército encontraron a una vieja sarracena montada sobre un asno. Los sargentos pensaron que debía de ser una esclava que huía de la casa de su amo y la apresaron. Algunos la reconocieron y dijeron que era de Nazaret; le preguntaron adónde iba a esas horas, y ella no supo responder con claridad a esa pregunta. La amenazaron y, puesta en apuros, debió reconocer que era esclava de un sirio de Nazaret. Le preguntaron adónde iba. Y ella les respondió que iba en busca de Saladino para obtener la recompensa por un servicio que le había hecho. La maltrataron más todavía para saber cuál era el servicio que había prestado a Saladino. Dijo que era hechicera y que había hechizado a las gentes del ejército; durante tres noches había rondado y había hecho sus conjuros con la ayuda del diablo (...), y les dijo que iban hacia su perdición, pues muy pocos de ellos escaparían con vida...

Es verdad que muy pocos de los que participaron en aquella cabalgata lograron escapar con vida o con libertad... Juntaron espinas y ramas e hicieron una gran fogata, y la arrojaron adentro; saltó fuera del fuego dos o tres veces. Había un sargento que tenía un hacha danesa; le dio un golpe tan fuerte con ella en la cabeza que se la partió por el medio; luego la arrojaron al fuego y allí ardió. Saladino oyó decir que la habían quemado y ofreció un gran rescate, para saber si no había sido quemada.

El desastre de Hattin, del 4 de julio de 1187, señala el final del reino de Jerusalén.

Entonces el rey Guy preguntó al conde qué consejo le daba para él y la Cristiandad, y el conde de Trípoli dijo que si el rey hubiese seguido su primer consejo, como quería hacerlo ahora, aquello hubiera sido de mucho provecho para la Cristiandad y quizá la hubiese salvado, pero que ahora era demasiado tarde. "Por eso, dijo, lo único que digo es que ahora acampemos y que el rey levante su tienda en lo alto de aquel monte." Entonces el rey Guy siguió el consejo e hizo lo que el conde le decía. En lo alto de la montaña donde el rey Guy fue tomado prisionero, Saladino edificó una mezquita que todavía

se levanta en alabanza y recuerdo de la victoria.

Cuando los sarracenos vieron que los cristianos acampaban se alegraron mucho y establecieron su campamento en torno del ejército de los cristianos. Estaban tan cerca que los unos hablaban con los otros. Y si un gato hubiera querido escapar de las filas cristianas, los sarracenos lo hubiesen aprisionado. Durante aquella noche los cristianos padecieron muchísimo, y ningún hombre ni caballo pudieron beber en toda la noche.

(...) Toda la noche los cristianos permanecieron armados y tuvieron que padecer mucha sed. A la mañana siguiente estaban listos para combatir, y del otro lado, los sarracenos. Pero los sarracenos se retiraron y no quisieron combatir antes de que arreciase el calor. Y os diré lo que hicieron. Había por allí muchas hierbas secas y en la llanura de Barouf se extendían los campos en barbecho, y el viento soplaba con mucha fuerza desde aquella dirección; entonces los sarracenos encendieron fuego a todos aquellos campos, para aumentar con el fuego el calor del sol. Y así hicieron hasta la hora tercia. Entonces partieron cinco caballeros de las filas del conde de Trípoli, se presentaron ante Saladino y le dijeron: "Señor, ¿qué esperáis? Cargad contra ellos; no resisten más; están todos muertos." Los sargentos de los infantes se entregaron con las gargantas secas de sed. Cuando el rey vio el padecimiento y la angustia de nuestras gentes y supo que los sargentos iban a entregarse a los sarracenos, ordenó al conde de Trípoli que atacase a los sarracenos, pues la batalla se combatía en sus tierras y a él le correspondía el primer asalto. El conde de Trípoli cargó contra los sarracenos y los rechazó hasta la pendiente de una colina en el extremo del valle. Los sarracenos, cuando los vieron atacar, se abrieron y les dejaron libre el paso, según su costumbre, y el conde pasó a través del ejército de los sarracenos, y cuando hubo pasado, aquéllos rehicieron sus filas y acudieron contra el rey que había permanecido en el campo; y allí lo aprisionaron junto con todos los que estaban con él, fuera de los que formaban la retaguardia, que pudieron huir.

La misma batalla de Hattin, vista por un árabe, Ibn-al-Athir:

La mañana del sábado los musulmanes salieron al campo formados en orden de batalla; también avanzaban los francos, pero debilitados por la sed que los atormentaba. Por una parte y otra la acción comenzó con furia. La primera línea de los musulmanes arrojó una nube de flechas que parecía una nube de langostas. Las

flechas hicieron un gran estrago en medio de los jinetes cristianos. La infantería cristiana se había apartado en dirección al lago para abastecerse de agua. Con toda rapidez Saladino acudió a cortarles el paso, animando a los suyos con sus voces y su ademán. De pronto, uno de los jóvenes mamelucos del sultán, arrebatado por el ardor, se lanzó contra los cristianos, y luego de realizar prodigios de valentía, cayó muerto. Los musulmanes avanzaron para vengar su muerte, e hicieron una gran carnicería entre los infieles. Cualquiera esperanza de salvación se esfumó para los cristianos. El conde de Trípoli intentó abrir un paso: Taki-Eddin, sobrino del sultán, estaba con su tropa frente a él. Cuando vio avanzar al conde a la desesperada, mandó abrir sus filas, y el conde las atravesó con su comitiva. El ejército cristiano quedó de ese modo en una terrible situación. Como el terreno donde combatían estaba cubierto de matorrales y de hierbas secas, los musulmanes les prendieron fuego y provocaron un gran incendio. El humo, el calor del fuego, el calor del día y el del combate se sumaron contra los cristianos. Fue tanto el asombro que aquello les produjo que estuvieron a punto de pedir cuartel. Por último, cuando comprendieron que no tenían salvación posible, cargaron contra los musulmanes con tanto ímpetu que, sin la ayuda de Dios, no se les podría haber resistido. Pero ya, a cada nuevo ataque, perdían mayor número de soldados; por último quedaron rodeados y se los rechazó hasta una colina cercana, no lejos del caserío de Hattin. Una vez allí intentaron alzar algunas tiendas para resistir en aquel lugar... Pronto el rey no tuvo en torno de él en lo alto de la colina más que a unos ciento cincuenta caballeros de los más aguerridos. Afdal estaba entonces junto al sultán, su padre. "Yo estaba", decía él después, "al lado de mi padre cuando el rey de los francos se retiró a lo alto de la colina. Los valientes que lo rodeaban cargaron contra los nuestros y rechazaron a los musulmanes hasta el pie de la colina. Miré a mi padre y pude ver que su rostro se entristecía. "¡Desmentid al diablo!", gritó a los soldados, mesándose las barbas. Al oír aquellas palabras nuestras tropas se precipitaron sobre el enemigo y lo rechazaron otra vez hasta lo alto de la colina. Yo comencé a gritar, lleno de gozo: "¡Huyen, huyen!" Pero los francos volvieron a la carga y bajaron nuevamente hasta el pie de la colina. Luego fueron rechazados una vez más, y yo grité otra vez: "¡Huyen, huyen!" Entonces mi padre me miró y me dijo: "¡Cállate!, no se darán por vencidos hasta que no caiga su pabellón." No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuan-

do el pabellón caía. Mi padre desmontó del caballo con rapidez, se prosternó delante de Dios y le dio gracias, derramando lágrimas de alegría.

He aquí cómo cayó el pabellón real. Cuando los francos que estaban retirados en lo alto de la colina atacaron a los musulmanes lo hicieron porque sufrían horriblemente la sed e intentaban abrirse un paso. Al verse rechazados, desmontaron de los caballos y se sentaron en el suelo. Entonces los musulmanes treparon por la colina y abatieron la tienda del rey. Todos los cristianos que estaban allí fueron hechos prisioneros. Fue notable el número, pues además del rey, estaban ahí su hermano, el príncipe Geoffroy, Renaud, señor de Carac, el señor de Gebail, el hijo de Onfroy, el gran maestro de los templarios y muchos templarios y hospitalarios. Al contemplar la cantidad de muertos no podía sospecharse que hubiese tantos prisioneros, y al ver los prisioneros no podía creerse que hubiese habido tantos muertos. Nunca los francos, desde que invadieron Palestina, habían sufrido una derrota como aquélla. Yo mismo, al pasar un año después por el campo de batalla, pude ver todavía las osamentas amontonadas. Estaban esparcidas por doquier, sin contar las que los torrentes y los animales carniceros habían arrastrado al valle o las montañas. (...)

Otro cronista árabe Emdad-Eddin, cuenta:

La batalla tuvo lugar un sábado. Los cristianos comenzaron peleando como leones y al final parecían corderos dispersos. De todos aquellos miles de hombres sólo se salvó un puñado. El campo de batalla quedó cubierto de muertos y agonizantes; yo mismo atravesé el monte Hattin y pude ver un horrible espectáculo. Vi lo que una nación feliz hizo a un pueblo desventurado. Vi el estado de sus jefes: ¿quién podría describirlo? Vi cabezas cortadas, ojos ciegos o reventados, cuerpos cubiertos de polvo, miembros dislocados, brazos separados del cuerpo, huesos partidos, cuellos degollados, ijares hendidos, pies arrancados de sus piernas, cuerpos divididos en dos, labios destrozados y frentes partidas. Al ver aquellos rostros contra el suelo, cubiertos de sangre y de heridas, recordé las palabras del Corán: "El infiel dirá: ¡Me convertiré en polvo! ¡Qué suave olor exhala esta terrible victoria!"

La venganza de Saladino, relatada por un cruzado:

Cuando los sarracenos¹ derrotaron a los cristianos,

¹ *Historia de Heraclio.*

Saladino dio gracias a Dios por el honor que le había otorgado y mandó pregonar por todo el ejército que llevasen a su tienda a todos los caballeros prisioneros... Cuando vio al rey y a todos los otros caballeros que estaban a su merced, sintió mucha alegría; vio que el rey tenía calor, y era evidente que sentía mucha sed y que bebería de muy buena gana. Mandó que trajesen una copa llena de jarabe para que bebiera y se refrescase. Cuando el rey hubo bebido tendió la copa al príncipe [*Renaud de Châtillon*] que estaba sentado junto a él, para que bebiese. Cuando Saladino vio que el rey había dado de beber al príncipe Renaud, que era el hombre al que más odiaba en el mundo, se irritó muchísimo y dijo al rey: "Me desagrada que le hayáis dado de beber. Pero puesto que le habéis dado, que ahora beba. Pero será con la condición de que nunca más volverá a beber." Y dijo que aun cuando ofreciesen las mayores riquezas por su rescate, no lo dejaría vivir, y él mismo habría de cortarle la cabeza, pues no había respetado pactos ni juramentos, ni había cumplido las treguas. Cuando el príncipe Renaud hubo bebido, Saladino lo hizo prender y sacar fuera de la tienda. Pidió una espada y se la llevaron; la tomó y le cortó la cabeza. Y luego mandó que la arrastrasen por todas las ciudades y castillos de su tierra. Y así se hizo.

LA PERDIDA DE TIERRA SANTA

Después de haberse vengado de Renaud de Châtillon, Saladino emprendió la conquista de todas las plazas fuertes de Tierra Santa. Una tras otra fueron cayendo en sus manos Acre, Nazaret, Cesarea, Sidón y Ascalón. Se dirigió luego hacia Jerusalén. Allí, uno de los barones, cuyo nombre hemos hallado anteriormente, y que había estado junto a Raimundo de Trípoli, Balián d'Ibelin, se transformó en el improvisado defensor de la Ciudad Santa. Balián armó caballeros a sesenta burgueses para que participasen en la defensa de Jerusalén, pero no podía dudar sobre lo poco que habría de resistir la ciudad.

Dice un testigo sarraceno:

Jerusalén era por aquel entonces¹ una ciudad muy fuerte. El ataque comenzó por el lado del norte, hacia

¹ *Ibn-al-Athir.*

la puerta de Amud o de la Columna, no lejos de la iglesia de Sión. Allí estaba el cuartel del sultán. Se armaron las máquinas durante la noche y el ataque comenzó a la mañana siguiente. Los francos demostraron desde un comienzo gran valentía. Para ambas partes la guerra era una guerra religiosa. No eran necesarias las órdenes de los jefes para excitar a los soldados: todos defendían sus puestos sin temor; todos atacaban sin mirar hacia atrás. Los sitiados salían todos los días y descendían al llano.

Durante uno de los ataques murió un emir distinguido, y entonces los musulmanes avanzaron todos a una, como un solo hombre, para vengar su muerte, y obligaron a los cristianos a huir. Después llegaron hasta los fosos de la plaza y abrieron la brecha. Los arqueros situados en las cercanías rechazaron los ataques de los cristianos que estaban en lo alto de las murallas y protegieron a los trabajadores. Al mismo tiempo se iba cavando la galería. Cuando estuvo lista, la llenaron de leña; lo único que faltaba era encender el fuego. Ante el peligro, los jefes de la Cristiandad resolvieron capitular. Enviaron a los principales habitantes para que viesan a Saladino, quien les dijo: "Haré con vosotros como los cristianos hicieron con los musulmanes cuando tomaron la Ciudad Santa. Es decir, que los hombres morirán bajo el filo de la espada y los demás serán reducidos a servidumbre. En una palabra: devolveré mal por mal." Al oír aquella respuesta, Balián, hijo de Basrán, que mandaba en Jerusalén, pidió un salvoconducto para tratar él mismo con el sultán. Su pedido le fue acordado. Presentóse ante Saladino y le manifestó sus deseos. Saladino mostróse inflexible. Balián se humilló y le rogó y suplicó. Pero como Saladino se mostrase inexorable, abandonó todo intento de llegar a un acuerdo y le dijo: "Sabed, ¡oh, sultán!, que nuestro número es infinito y que sólo Dios puede saber cuántos somos. Los habitantes no quieren combatir, porque esperan una capitulación, como las que habéis concedido a otros. Temen la muerte y se apegan a la vida, pero si la muerte es inevitable, os juro por Dios, que nos espera, que mataremos a nuestras mujeres y a nuestros hijos, quemaremos nuestras riquezas y no dejaremos ni un solo escudo. No hallaréis mujeres para convertir en esclavas, ni hombre para encadenar. Destruiremos la capilla de la Sacra y la mezquita Al-Aksa, junto con todos los lugares santos. Degollaremos a los cinco mil musulmanes que están caulivos dentro de nuestros muros. No dejaremos un solo animal de carga vivo. Saldremos contra vosotros y combatiremos como quienes defienden su vida. Por ca-

da uno de nosotros que muera, morirán muchos de los vuestros. Moriremos libres o triunfaremos con gloria." Al escuchar aquellas palabras, Saladino consultó a sus emires y todos estuvieron de acuerdo en que debía otorgarse la capitulación. "Los cristianos", dijeron, "saldrán a pie y no se llevarán nada sin mostrárnoslo. Los trataremos como a cautivos que están a nuestra disposición y se rescatarán de acuerdo con los precios que se determinen." Aquellas palabras satisficieron a Saladino. Se estableció con los cristianos de la ciudad que por cada hombre, pobre o rico, habrían de pagarse diez piezas de oro; por las mujeres cinco, y por niños de ambos sexos, dos. Se otorgó un plazo de cuarenta días para pagar el tributo. Una vez transcurrido aquel plazo, los que no hubiesen pagado su rescate serían considerados como esclavos. Por lo contrario, quienes pagaran el tributo, quedarían libres en seguida y podrían ir donde se les antojase. Con respecto a los pobres de la ciudad, cuyo número se fijó en unos dieciocho mil aproximadamente, Balián se comprometió a pagar por ellos treinta mil piezas de oro. Cuando todo fue estipulado, la Ciudad Santa abrió sus puertas y el estandarte musulmán se enarboló sobre sus muros. Era el viernes 24 de *régeb* [los primeros días de octubre de 1187 de la Era Cristiana].

El cronista lamenta que por culpa de la codicia de los emires y de sus subalternos, gran parte de aquel dinero nunca llegó a poder del sultán.

Si se hubiesen conducido con fidelidad¹, el Tesoro se hubiera colmado. Se calculó que los cristianos que había en la ciudad en condiciones de poder manejar las armas debían ser unos sesenta mil, sin contar las mujeres y los niños. La ciudad era grande y la población había aumentado con los habitantes de Ascalón, de Ramleh y de otras ciudades vecinas. La muchedumbre colmaba las calles y las iglesias, y a duras penas podía hallarse un lugar para estar. Muchos de aquella multitud pagaron el tributo y se les dejó ir en libertad. Salieron también dieciocho mil pobres, por los cuales Balián había pagado treinta mil piezas de oro, y a pesar de todo ello, todavía quedaron dieciséis mil cristianos, que por falta de rescate fueron esclavizados. Todo está anotado en los registros públicos, y no hay duda posible. Añadamos que muchos habitantes escaparon con fraude, descolgándose por las murallas, con la ayuda de unas cuerdas; otros

¹ *Ibn-al-Athir.*

compraron a precio de plata vestidos musulmanes y salieron sin pagar. Por último algunos emires reclamaron un cierto número de cristianos, como si les perteneciesen, y fijaron ellos mismos el precio del rescate. En una palabra: sólo una pequeña parte del dinero ingresó en las arcas del Tesoro.

La pérdida definitiva de la Tierra Santa:

Había sobre la cúpula de la Sacra¹ una gran cruz de oro. El día en que la ciudad se rindió, algunos musulmanes subieron hasta allá arriba para voltearla. Ante aquel espectáculo, tanto los ojos de los cristianos como los de los musulmanes se volvieron hacia allá. Cuando cayó la cruz se elevó un grito general en la ciudad y sus alrededores. Eran gritos de alegría que lanzaban los musulmanes y gritos de rabia y dolor que lanzaban los cristianos. Fue tan grande el ruido que se hubiera creído que llegaba el fin del mundo.

El dolor de los cristianos:

Yo tenía² en Alepo una esclava cristiana, tomada en Jaffa, madre de un niño de un año. Un día el niño cayó al suelo y se lastimó la cara. Como la vi llorar a lágrima viva, intenté consolarla diciéndole que la herida del niño no era grave, y ella me respondió: "No es por la caída de este niño por lo que lloro, sino por las desgracias que hemos padecido. Yo tenía seis hermanos y todos han muerto. Tenía un marido y dos hermanas, y no sé dónde estarán." Esto le había sucedido a una sola persona. Pero muchos otros habían padecido el infortunio de aquella mujer. Un día vi por las calles de Alepo a una esclava cristiana que acompañaba a su amo a una casa vecina; de pronto otra mujer aparece en la puerta de la casa. La primera lanza un grito; ambas se besan tiernamente. Luego se sientan y comienzan a hablar entre sí. Resultó que eran dos hermanas convertidas en esclavas, a las que se había llevado a la misma ciudad, sin que ninguna de ellas supiese el destino de la otra.

Los viejos cruzados no quieren partir. Esto es lo que cuenta un cronista cristiano:

Sucedió que había en la ciudad, cuando Saladino tomó Jerusalén, dos hombres ancianos. El uno se llamaba Ro-

¹ y ² *Ibn-al-Athir.*

berto de Coudre, y había participado con Godofredo de Bouillon en la conquista, y el otro se llamaba Foulque Fiole y había nacido en la ciudad de Jerusalén, durante la primera conquista, en cuanto la ciudad fue tomada. Saladino halló a los dos hombres en la ciudad de Jerusalén; porque eran ancianos tuvo piedad de ellos. Le suplicaron que les permitiese quedarse y terminar sus días en la ciudad de Jerusalén. El se lo otorgó y mandó que les diesen lo que necesitasen, siempre que ellos lo pidieran, y acabaron allí sus vidas.

No habían transcurrido aún diez días después de la batalla de Hattin — el 13 de julio de 1187 — cuando una pequeña flota apareció frente a San Juan de Acre. Era la flotilla del marqués piamontés Conrado de Montferrato. Le asombró que no se oyeran, como era costumbre, las campanas al vuelo, con las que se acogía a las naves cristianas. Mirando con mayor atención a las gentes que se veían por la orilla, la tripulación advirtió pronto que la plaza de Acre había caído en manos de Saladino. Conrado tuvo la buena suerte de poder hacerse a la vela antes de haber empezado a desembarcar. Volvió hacia alta mar y desde allí se dirigió hacia Tiro, la cual, bien defendida por su posición natural y por sus murallas, permanecía aún en poder de los cristianos. Pero no por mucho tiempo, pues sus ocupantes y defensores, vencidos por el desaliento, habían iniciado tratativas con los enviados de Saladino, cuya enseña flameaba ya en lo alto de una de las torres. La llegada de Conrado cambió el destino de la ciudad e hizo de la plaza fuerte de Tiro el centro de la resistencia. En vano Saladino ofreció a Conrado la libertad de su padre, hecho prisionero en Hattin, a cambio de la ciudad de Tiro. Conrado le respondió diciendo que a cambio de la libertad de su padre no le ofrecería ni siquiera uno de los torreones de las murallas de Tiro. Por otra parte Saladino debía afrontar el problema creado por diferentes islotes de resistencia, que ya fuera por las fuerzas con que contaban, o por la astucia que desplegaban, significaban un obstáculo para la reconquista. Sirva de ejemplo lo que sucedió con la fortaleza de Beaufort (Schakif), según lo que cuenta un cronista árabe:

Renaud¹ [señor de Schakif], la primera vez que se presentó ante el sultán (Saladino), fingió llegar hasta él sin escolta, sin ser anunciado; en una palabra, de improviso. Saladino estaba en aquel momento sentado

¹ Beha-Eddin.

a la mesa y le hizo comer con él. Renaud sabía muy bien el árabe y tenía también algún conocimiento de nuestros cronistas. Se decía que había tomado a un musulmán a su servicio para aprender con él nuestra lengua. Ofreció a Saladino entregarle Schakif, diciendo que se contentaría en cambio con una casa en Damasco, que tuviese algunas tierras que le permitiesen vivir con cierta holgura, junto con su familia. Entre tanto, iba a menudo a vernos y discutíamos sobre religión; él por su parte quería probarnos que la religión cristiana es la mejor; y nosotros, por el contrario, sosteníamos que no vale nada. De todos modos, era agradable conversar con él, y su lenguaje mostraba que poseía instrucción. (...)

Aquel señor poseía un espíritu astuto y sutil. Como temía no poder resistir solamente con sus fuerzas, le dio (*al sultán*) muchas pruebas de amistad, diciéndole: "Os amo y reconozco el agradecimiento que os debo; pero mis hijos están en este momento, junto con todos mis parientes, dentro de Tiro, y temo que el marqués que allí manda ahora, al saber la amistad que me une a vos, se venga en ellos. Acordadme un plazo y dadme tiempo para hacerlos volver. Cuando lleguen, os entregaré Schakif y todos nosotros nos pondremos a vuestro servicio; aceptaremos lo que vos queráis otorgarnos." Aquellas palabras halagaron muchísimo a Saladino y por eso concedió a Renaud un plazo de tres meses.

Después de lo cual Saladino supo que los cristianos de Tiro marchaban contra su ejército:

Aquella noticia, según cuenta *Ibn-al-Athir*, afligió mucho a Saladino; no sabía qué actitud adoptar. Por una parte hubiera querido salir inmediatamente contra los cristianos de Tiro y detenerlos en el camino, y por otra parte no se animaba a dejar a sus espaldas una plaza fuerte de la importancia de Schakif, pues si él se marchaba, podía suponer que Renaud aprovisionaría la plaza y recuperaría fuerzas para defenderse. No podía faltar a su palabra y exigir que le entregasen Schakif antes de que hubiese expirado el plazo de tres meses. Estaba en aquella disyuntiva cuando recibió una carta del cuerpo de ejército que permanecía en observación frente a Tiro y en la que le informaban que los francos estaban por ponerse en camino para atacar Sidón. Saladino dejó algunas tropas frente a Schakif y se puso en marcha junto con sus valientes; pero no llegó a tiempo. Los francos ya habían salido de Tiro y sorprendieron a los musulmanes en un desfiladero. El combate que sostuvieron fue tan espantoso que pudo hacer encanecer

de terror las cabezas de los niños. La lucha fue funesta para ambas partes. Al final los cristianos hallaron una resistencia tan empecinada que debieron volver sobre sus pasos y regresar a Tiro.

El resultado de aquel combate afligió muchísimo a Saladino; estaba deseoso de entablar una vez más combate para vengar la matanza que habían hecho con sus tropas. Un día montó a caballo y con una pequeña escolta subió hasta lo alto de una colina para observar al enemigo. Al ver aquel movimiento, los pastores de las cercanías, árabes y voluntarios del ejército, pensaron que se entablaba un nuevo combate; tomaron sus armas al pie de la colina y a toda prisa se lanzaron al combate. En vano el sultán mandó que los siguiesen; aquellos imprudentes no escucharon ninguna exhortación y se dejaron sorprender por los francos y fueron a dormir el sueño eterno: ¡Que Alá tenga piedad de ellos! Entre aquellos musulmanes había algunas personas distinguidas. Saladino se afligió mucho por aquel accidente. Desde lo alto de la colina presenció la matanza y acudió a toda prisa para perseguir a los francos, que huyeron en dirección a Tiro; los francos entraron en la ciudad y el sultán fue a visitar los grandes trabajos que se realizaban en Acre.

Poco después acudieron para avisarle a Saladino que los cristianos se preparaban a salir de la ciudad para abastecerse de leña y forraje. Mandó que algunas tropas se emboscasen en los valles y lugares angostos y encomendó a algunos de sus valientes que provocasen a los cristianos y los arrastrasen al combate. Por desgracia, cuando aquellos valientes estuvieron en presencia de los francos, en lugar de fingir que huían como se les había mandado que hiciesen, les hicieron frente y consideraron un honor combatirlos a pie firme. Las tropas que estaban emboscadas, cansadas de esperar, acudieron a tomar parte en la acción y el fin fracasó. Se destacó en todo un mameluco del sultán al que alcanzaron muchos golpes y fue abandonado en el lugar creyéndoselo muerto: a la mañana siguiente, cuando los musulmanes pasaban por aquel lugar, lo escucharon gemir, y al reconocerlo y ver que todavía respiraba, lo envolvieron en un manto, y como el estado en que se hallaba no permitía forjarse ninguna esperanza lo exhortaron a que hiciese su profesión de fe para morir como un buen musulmán, felicitándolo por su fin glorioso.

Entre tanto expiró el plazo concedido a Renaud, señor de Schakif. Por desgracia, Renaud había aprovechado el intervalo de tiempo para adquirir víveres en nuestro campamento y se había preparado a resistir dentro de

los muros de la fortaleza. Ya se había advertido a Saladino de lo que estaba sucediendo, pero éste se había negado a creer en tanta mala fe e insistía en tener confianza en Renaud. Cuando se le hablaba de ese tema, y se le decía que Renaud sólo pensaba en ganar tiempo y que muy pronto mostraría su verdadero rostro, rehusaba dar crédito a lo que se le decía. Por último, cuando faltaba muy poco tiempo para que expirase el plazo, Saladino llamó a Renaud y le dijo que debía entregarle la fortaleza. Renaud arguyó que sus hijos todavía no habían regresado de Tiro, y en una palabra, solicitó un nuevo plazo. El sultán lo hizo arrestar y lo urgió a que cumpliera su palabra. Renaud prometió hacerlo y pidió que le dejaran hablar con un sacerdote al que dijo que enviaría a la guarnición para comunicarles que debían rendirse. Fue llamado el sacerdote y tuvo una conversación secreta con Renaud. Lo dejaron entrar en la fortaleza, y desde aquel momento fue más evidente que nunca que dentro de las murallas todos se preparaban a resistir cualquier ataque. Saladino, indignado, cargó a Renaud de cadenas y lo envió a Damasco e inició el cerco contra la fortaleza de Schakif.

SE ORGANIZA LA RESISTENCIA

Durante el sitio de Tiro, que duró varios meses, abundaron los episodios notables, como los que brindó la valentía del Caballero Verde, según cuenta la Crónica de Ernoul:

Saladino no hacía nada de provecho en Tiro. No pasaba día sin que los cristianos no hiciesen una salida contra los sarracenos, y a veces eran dos o tres. Los encabezaba un caballero de España, que estaba en Tiro y usaba armas verdes. Sucedió que cuando los cristianos efectuaban una salida todos acudían para verlo y los turcos lo llamaban el Caballero Verde. Llevaba una cornamenta de ciervo sobre su yelmo.

Saladino vuelve a encontrar al Caballero Verde en el sitio de Trípoli.

Cuando Saladino se marchó para sitiar a Trípoli, llegó a Tiro la flota del rey Guillermo [Guillermo el Bueno, rey de Sicilia] y junto con ella doscientos caballeros: entonces el marqués [Conrado de Montferrato] hizo ar-

mar sus galeras para socorrer a Trípoli y envió a los caballeros del rey Guillermo que fuesen a socorrer la ciudad. Se marcharon junto con los caballeros que el marqués enviaba, y con ellos iba el Caballero Verde. Cuando los socorros llegaron a Trípoli, luego de haber descansado un poco, salieron fuera de la ciudad, y al frente de todos iba el Caballero Verde. Cuando los sarracenos vieron al Caballero Verde se asombraron y se lo comunicaron a Saladino. Este mandó que le dijese que él quería hablarle y que le daba un salvoconducto; él fue y Saladino se contentó mucho con ello y le presentó gran cantidad de caballos y riquezas. Saladino le dijo que si quería quedarse con él, le daría muchas tierras. Y él le respondió que no se quedaría, porque no había venido a esas tierras para quedarse con los sarracenos, sino para combatir por la Cristiandad al servicio de Nuestro Señor, y que los combatiría cuanto pudiese. Se despidió y volvió a la ciudad.

El Caballero Verde, cuyas proezas asombraban a Saladino, era un caballero español llamado Sancho Martín. Entre tanto la noticia de la caída de Jerusalén provocaba una gran emoción en todo Occidente. Fue entonces cuando se organizó lo que tradicionalmente se llama la tercera cruzada. Como ya había sucedido cincuenta años antes, los grandes señores tomaron la cruz. El rey de Francia, Felipe Augusto, el rey de Inglaterra, Enrique Plantagenet, y luego su sucesor, Ricardo Corazón de León y el emperador germánico, Federico Barbarroja, decidieron responder al llamado del Papa y tomaron la cruz. El primero en ponerse en camino fue Federico Barbarroja, que partió el 11 de mayo de 1189 a la cabeza de un ejército que, según aseguran los contemporáneos, debía contar con más de cien mil hombres. Aquel ejército estaba perfectamente organizado y de antemano se habían establecido postas de reabastecimiento a lo largo de todo el trayecto. Pero el 10 de junio de 1190 el emperador se ahogó en las aguas del Sélef. Y aquel ejército espléndido, cuyo avance había paralizado de terror al mundo musulmán, y que ya se había apoderado de Konieh, la capital de los turcos seldjúcidas, fue literalmente desmembrándose. La mayor parte de los soldados regresaron a Europa; otros marcharon a unirse con los cristianos de Tiro o de San Juan de Acre.

Saladino abandonó el sitio de Tiro el 2 de enero de 1188, y desde entonces, todos los esfuerzos del ejército cristiano se habían concentrado en torno de Acre, que caería después de un sitio de dos años (20 de agosto de 1189-12 de julio de 1191), durante el cual se sucedieron

las alternativas de desánimo o de entusiasmo que provocaban los éxitos o los reveses y en cuyo transcurso hubo notables episodios de fraternidad entre los bandos opuestos. Los cronistas árabes han contado con mucho detalle el sitio de Acre:

EL SITIO DE ACRE

Dos años antes¹, cuando Saladino se apoderó de Acre, algunos emires lo aconsejaron diciéndole que arrasase la ciudad y no dejara ni vestigios de ella, pues mientras estuviese en pie, los cristianos sentirían tentaciones de recuperarla. Saladino en un principio estuvo de acuerdo, pero otros pensaron que sería lamentable destruir una ciudad tan grande y tan bella y que sería suficiente con rodearla de buenas fortificaciones. Saladino mandó que viniese de Egipto el emir Beha-Eddin Caracusch, que había construido los muros de El Cairo y que tenía fama de experto en edificación. Caracusch tuvo a su disposición gran número de prisioneros cristianos; hizo transportar desde Egipto las máquinas necesarias para los trabajos. Se repararon los muros, reconstruyeron las torres y la ciudad quedó rodeada por una temible muralla. Cuando comenzó el sitio Caracusch estaba todavía dentro de la ciudad y permaneció en ella hasta el final. (...)

El ataque estaba dispuesto² para el viernes, a la hora de la oración pública. Los emires quisieron que fuese un día viernes, mientras los katibes o predicadores estuviesen en los púlpitos, persuadidos de que esa hora santa les daría suerte, pero todos los esfuerzos de los musulmanes fueron inútiles. La noche separaba a los combatientes: los dos ejércitos pasaron la noche velando las armas y el combate recommenzó a la mañana siguiente. Se combatió hasta mediodía sin que la victoria se decidiese en favor de ninguno. Por fin el ala derecha musulmana, comandada por Taki-Eddin, en un supremo esfuerzo, se precipitó sobre los cristianos hacia el norte de la ciudad, cerca de la orilla del mar: era uno de los sitios que los francos habían ocupado en los últimos días y no habían tenido tiempo de atrincherarse. Taki-Eddin pudo abrirse paso a través de ellos para llegar a la ciudad. Así se restablecieron las comunicaciones. El sultán se

¹ *Emad-Eddin.*

² *Beha-Eddin.*

apresuró a introducir nuevas fuerzas en la ciudad. El mismo entró y recorrió las defensas para contemplar al ejército cristiano. Tuve la dicha de subir yo también y pude arrojar algunos tiros contra los cristianos. La guarnición, por su parte, había realizado una salida y había rechazado a los cristianos en esa escaramuza. Aquel día habría sido decisivo si nuestros guerreros hubiesen proseguido el combate; por desgracia, al ver restablecidas las comunicaciones creyeron que habían hecho suficiente tarea y se fueron a descansar. Se postergó el ataque para el día siguiente; pero durante el intervalo los cristianos recuperaron fuerzas y ya fue imposible alejarlos. El sultán demostró poseer siempre el mismo ardor. Como una leona a la que le han arrebatado su cría, estaba en perpetuo movimiento. Supe por su médico que transcurrió casi todo el tiempo sin probar bocado.

El sitio fue largo y los adversarios fraternizaron frecuentemente.

Como los ataques¹ eran continuos, de una y otra parte, los cristianos y musulmanes acabaron por acercarse los unos a los otros, por conocerse y entablar conversación entre ellos. Cuando estaban muy cansados dejaban las armas y se mezclaban unos con otros; se cantaba y danzaba y todos procuraban alegrarse. Ambos partidos habían llegado a hacerse amigos, y se frecuentaban unos a otros, hasta que la guerra volvía a empezar. Un día en que se había combatido mucho y ambos bandos intentaban distraerse luego del cansancio, un cristiano dijo a los soldados de la guarnición: "¿Hasta cuándo combatirán los mayores? ¿Por qué no hacemos que combatan también los pequeños? Vamos, que peleen vuestros niños con los nuestros." Poco después salieron de la ciudad varios niños musulmanes, y los cristianos condujeron a los suyos, y comenzó el combate. Aquellos niños pelearon con mucha valentía. Un niño musulmán aferró a su antagonista con todas sus fuerzas y lo volteó al suelo. Entonces, cosa extraña, el vencido fue considerado prisionero, y sus padres entregaron dos piezas de oro para rescatarlo. Y fue en vano que el vencedor se negase a recibirlas, pues le insistieron diciéndole que el vencido era su prisionero, y entonces debió aceptarlas.

El asalto, visto por un árabe:

El miércoles 2 de *schaban*², los francos avanzaron

¹ *Beha-Eddin.*

² *Emad-Eddin (a fines de setiembre de 1189).*

enarbolando sus cruces y llegaron hasta nuestra colina con el ardor del caballo que corre hacia las praderas. En un instante se extendieron como un diluvio o como un mar embravecido. El choque fue tan grande que la tierra tembló y el aire se oscureció. Yo estaba en aquel momento sobre una colina, junto con algunos piadosos musulmanes, contemplando los dos ejércitos. Estábamos muy lejos de sospechar que el enemigo pudiera llegar hasta donde nosotros estábamos. Al ver que los cristianos se acercaban y que ya iban a rodearnos, nosotros, que estábamos montados en mula, sin ninguna defensa, debimos preocuparnos por nuestra salvación. Nos retiramos de allí, temerosos de que pudiera sucedernos algo, y corrimos sin detenernos hasta Tiberíades, por donde atravesamos el Jordán; y como todo el país que recorriamos estaba aterrorizado, proseguimos nuestra carrera hacia el Oriente, con el corazón destrozado por la derrota del ejército musulmán. Ninguno de nosotros pensaba en comer; ninguno intentó detenerse. Con mano firme sosteníamos la brida de nuestros caballos y respirábamos apenas, con el alma oprimida; algunos continuaron huyendo hacia Damasco. Mientras tanto algunos rumores comenzaron a llegar. Se decía que los musulmanes habían reaccionado y que el Islam había sido vengado. Los infieles fueron derrotados; el ala derecha resistió; los mamelucos del sultán rechazaron al enemigo. Estas frases fueron repetidas por unos y otros. Algunos mensajeros las confirmaron y, por último, a la mañana siguiente, escuché la voz de un mameluco que gritaba: "¿Dónde está Emad-Eddin? La victoria que él deseaba se ha realizado." En aquel momento nos precipitamos sobre él y lo cubrimos de preguntas: "¿Cómo se ganó la victoria? ¿Qué hizo el sultán? ¿Cómo prevaleció el decreto de Dios?" Y entonces, al apaciguarse nuestros espíritus sentimos remordimiento por haber huido tan pronto.

Saladino, a pesar de su victoria, sentía gran inquietud, pues se había enterado de que en Occidente se preparaba un nuevo ejército para partir a la Cruzada. El sultán temía no poder resistir a todas esas fuerzas reunidas y se apresuró a escribir al califa de Bagdad y a todos los príncipes musulmanes. El compilador de los Dos Jardines nos ha conservado el texto de la carta al califa; helo aquí:

Confiamos por la bondad de Dios en que el peligro en que nos hallamos ha de avivar el celo de los musulmanes y los impulsará a apagar el ardor de nuestros ene-

migos y a abatir el edificio que los francos han levantado. Mientras nuestros enemigos acuden por tierra y por mar, nuestro país está expuesto a todas las desgracias. Nos asombra ver la emulación de los infieles y la indiferencia de los verdaderos creyentes. ¿Existe un solo musulmán que responda a la invitación, uno que acuda cuando se lo llama? Mirad entre tanto a los cristianos; ¡ved cómo acuden numerosísimos, cómo se ayudan unos a otros, cómo se sostienen mutuamente, cómo sacrifican sus riquezas, cómo pagan sus cuotas al unísono, cómo se resignan a todas las privaciones! No hay entre ellos un solo rey, un solo señor, una sola isla o ciudad u hombre, aunque sea poco distinguido, que no envíen a esta guerra sus paisanos y sus súbditos, para que se muestren en este teatro de la valentía. No hay un solo hombre poderoso que no participe de la expedición; todos quieren servir y ser útiles al objeto impuro de su tarea. Lo hacen convencidos de que así sirven a su religión; es por eso que consagran sus vidas y sus riquezas a esta guerra. Y todo lo hacen por la causa del que adoran y por la gloria de aquel en quien creen. Ni siquiera piensan en que toda la Palestina será subyugada, que el velo del honor de los cristianos se desgarrará, que perderán sus dominios y los verán pasar a otras manos. Los musulmanes, por el contrario, permanecen mudos, abatidos, apáticos, disgustados, paralizados por el estupor, sin ningún celo por la religión. Hasta tal punto que, si las riendas del Islam se volviesen hacia una dirección equivocada — ¡que Dios no lo permita! —, no hallaríamos ni en Oriente ni en Occidente, ni lejos ni cerca de aquí, un solo hombre que quisiera consagrarse a la causa de la religión de Dios y que emprendiese la defensa de la verdad contra el error. Hemos llegado a un momento en que es imposible contemporizar y en que debemos tener el apoyo de todos los amigos de la religión, tanto de los países lejanos como de los cercanos. Esperamos que Dios quiera concedernos su apoyo y que los infieles, por la gracia de Dios, sean exterminados; que los verdaderos creyentes se salven y queden fuera de peligro.

Saladino, después de enviar aquella carta tan urgente, mandó un hombre de su confianza para apresurar los socorros que solicitaba.

A mí, Beha-Eddin me eligió para cumplir esa misión. Fui inmediatamente a ver a los príncipes de Singar, Gezira, Mosul, y otras ciudades de Mesopotamia, y exhorté a todos los musulmanes para que acudiesen a la guerra santa. Fui también hasta Bagdad para cumplir la mis-

ma misión. Dios favoreció mi viaje: vi a todos esos príncipes y todos prometieron hacer lo que les pedía.

Otro cronista árabe, Emad-Eddin, cuenta cómo los musulmanes sitiados dentro de Acre mantenían correspondencia con sus hermanos de religión por medio de palomas mensajeras:

Cuando volvió el buen tiempo y el mar estuvo nuevamente tranquilo, los navíos cristianos ocuparon otra vez sus posiciones frente a Acre. Nuestra flota debió alejarse y retirarse hacia Egipto, y de ese modo cesó cualquier tipo de comunicación directa con la ciudad. Lo más que se pudo hacer fue emplear hábiles nadadores que animados por el monto de las recompensas llevasen aferrados a sus cintos dinero y víveres a la guarnición; también llevaban cartas y palomas, y los de la guarnición devolvían las respuestas bajo las alas de aquellas palomas. Había entonces en el ejército un hombre que se entretenía en amaestrar palomas; las hacía volar en torno de su tienda y les enseñaba a acudir cuando él las llamaba. En aquellas circunstancias aquel hombre nos fue de mucha utilidad: día y noche le pedíamos palomas y tantas le pedimos que llegó un momento en que fue raro poder hallar alguna.

El campamento de Saladino, visto por Abd-Allatif:

En medio del campamento había una gran plaza que contenía hasta ciento cuarenta casillas de albéitares; por este dato puede imaginarse la proporción. En una sola cocina había veintiocho marmitas que podían contener cada una una oveja entera. Yo mismo conté los negocios registrados por el inspector del mercado: conté hasta siete mil. Debo advertir que no eran negocios como los negocios de nuestras ciudades: con uno de los negocios del campamento podían hacerse cien de los nuestros, pues todos estaban muy bien surtidos. He oído decir que cuando Saladino levantó el campamento para retirarse hacia Karuba, a pesar de que la distancia es muy poca, el transporte de sus mercancías le costó a un solo vendedor de manteca setenta piezas de oro. El mercado de ropa vieja y de ropa nueva es algo que sobrepasa la imaginación. Había también en el campamento más de mil baños. La mayor parte de ellos los tenían los hombres de África, que por lo común se unían, dos o tres. Se hallaba agua a dos codos de profundidad. La piscina era de arcilla; se la rodeaba de una empalizada cubierta con lienzos para que los bañistas no fuesen vistos por el público.

La leña provenía de los jardines de los alrededores. El baño costaba una pieza de plata o poco más.

Los cristianos no dejan de emplear su capacidad de ingenieros:

Felizmente¹ Dios nos envió un motivo de consuelo. El ejército cristiano había construido una máquina de cuatro pisos: el primero era de madera, el segundo de plomo, el tercero de hierro y el cuarto de acero. Aquella máquina sobrepasaba en altura a los baluartes de Acre y ya estaba a una distancia de unos cinco codos de las murallas de la ciudad, o por lo menos eso parecía a simple vista. La guarnición estaba muy abatida y todos pensaban que debían rendirse, cuando Dios permitió que aquella máquina se incendiase. Al contemplar el espectáculo todos nos alegramos muchísimo y dimos gracias a Dios.

Los sarracenos contaban con recursos para preparar el "fuego griego".

Había en el ejército un hombre nacido en Damasco² que se entretenía por su gusto en manipular la nafta y en estudiar las materias propias para irritar al fuego. Durante mucho tiempo se lo censuró y él respondía: "No lo hago como trabajo; para mí es un gusto dedicarme a este estudio." Dios permitió que aquel hombre se hallase dentro de la ciudad. Continuó estudiando las materias inflamables y entre otras las que pueden vencer la resistencia del vinagre y la arcilla. Cuando terminó sus experimentos fue a ver al emir Caracusch, gobernador de la ciudad, y le dijo: "Mandad al jefe de las máquinas que haga lo que yo diga; al lanzar contra las torres lo que yo le daré, las incendiará." Caracusch estaba en aquel momento preocupado por el temor y la cólera. Temía no poder resistir durante mucho más tiempo y por eso recibió mal a aquel hombre y le dijo: "Muchos otros más hábiles que tú lo intentaron y fracasaron." Uno de los ayudantes observó que nada se perdía con probar y que bien podría ser que Dios hubiese puesto en manos de aquel hombre el destino del ejército cristiano. Caracusch no opuso más resistencia y dio su consentimiento. El hombre de Damasco, para engañar a los cristianos, lanzó al principio sobre una de las torres ollas de nafta y de otras materias sin encenderlas, de

¹ *Beha-Eddin.*

² *Ibn-al-Athir.*

modo que no produjesen ningún efecto. Entonces los cristianos, llenos de confianza, subieron triunfantes a lo alto de la torre y colmaron de burlas a los musulmanes. Mientras tanto el hombre de Damasco esperaba a que la materia de las ollas hubiese empapado bien la torre, extendiéndose por todas partes. Cuando llegó el momento oportuno lanzó una nueva olla inflamada: en un instante el fuego se propagó por la torre y la consumió. El incendio que se produjo fue tan instantáneo que los cristianos no tuvieron tiempo de descender. Todo ardió; los hombres, junto con las armas. Dios lo quiso así, para que los cristianos ardiesen con el fuego del mundo antes de arder en el otro. Las otras dos torres ardieron igualmente, pero los cristianos tuvieron tiempo para huir. Aquel día sobrepasó en gozo a todos los otros. Los musulmanes lo celebraron con gran alegría. En el momento en que empezó el incendio todas las miradas se dirigieron hacia allí. Los rostros tristes y desanimados brillaron de entusiasmo. Todos se alegraron con el socorro que Dios les enviaba para liberar la ciudad. Pues en efecto, no había nadie en el ejército que no tuviese algún pariente o amigo dentro de Acre. Entre tanto el hombre de Damasco fue conducido ante el sultán, quien le ofreció dinero y muchas tierras, pero él los rechazó, diciendo: "Lo hice por amor de Dios; no espero otra recompensa más que la suya." La buena noticia se comunicó a todas las provincias musulmanas.

Mientras tanto comenzaron a llegar los tan esperados refuerzos de Occidente. El primero en llegar fue el rey de Francia, Felipe Augusto, que avistó San Juan de Acre el 20 de abril de 1191. Ricardo Corazón de León desembarcó dos meses más tarde, después de haberse apoderado, de paso, de la isla de Chipre.

El rey de Francia¹, con el ejército cristiano, llegó allí entre la Pascua y la noble fiesta de Pentecostés, y entonces el rey de Inglaterra, que se había apoderado de Chipre, también llegó... Cuando el rey de Inglaterra llegó a la Tierra Santa... hizo una cortesía y realizó una hazaña liberal que merece ser contada. El rey de Francia había prometido y acordado a sus gentes que cada uno de ellos, cada mes, recibiría de su tesoro tres besantes de oro. Se habló mucho de ello. Cuando el rey Ricardo llegó y oyó aquella gran novedad, mandó preguntar por su ejército que todo caballero, de cualquier tierra que fuese, que quisiera ponerse a sueldo suyo, re-

¹ Ambrosio.

cibiría cuatro besantes de oro, y que lo prometía desde aquel momento.

A pesar de todas esas rivalidades, el sitio proseguía activamente. Junto con las máquinas de guerra se emplean todos los procedimientos conocidos entonces para minar y zapar las murallas.

Los zapadores¹ del rey de Francia, como le habían prometido, cavaron tanto bajo la tierra que llegaron hasta los fundamentos del muro. Los sostuvieron con puntales de madera a los que luego prendieron fuego, de modo que un gran fragmento de la muralla se desmoronó; y todo sucedió no sin peligro, pues antes de caer, el muro se inclinó provocando mucho miedo. Cuando vieron que el muro caía, los enemigos acudieron en gran cantidad. Hubieseis visto la prisa de aquellos malditos paganos, con sus pendones y enseñas; les hubieseis visto avanzar y arrojarlos el fuego griego; hubieseis visto la lucha en torno de las escalas que se apoyaban en los muros. Hubo una gran proeza y fue Aubry Clément quien la realizó:

*“Là fut fait un grand hardement
Et le fit Aubery Clément
Qui dit qu'à ce jour mourrait
Ou que dedans Acre entrerait.
Il n'en daigna jamais mentir
Mais devint illecques [là] martyr.”²*

Todo el ejército se entristeció por Aubry Clément y, para lamentarlo y llorarlo, se postergó el asalto hasta el otro día. No había transcurrido mucho tiempo después de la muerte de Aubry Clément cuando los zapadores llegaron a la Torre Maldita, de la que ya os he hablado, y la apuntalaron; estaba ya muy socavada. Los sitiados, por su parte, intentaron detener a los zapadores y comenzaron otra excavación. Ambos grupos se encontraron e hicieron una tregua de común acuerdo. Había entre los que construían el otro túnel algunos cristianos prisioneros: hablaron con los nuestros y por último escaparon. Cuando los turcos de la ciudad lo supieron tuvieron un gran disgusto.

¹ Ambrosio.

² Allí se hizo una gran osadía / Y la hizo Aubery Clément / Quien dijo que ese día moriría / O que dentro de Acre entraría. / Nunca se permitió mentir / Y allí se convirtió en mártir.

No era empresa fácil derribar las murallas de Acre, tan anchas que, según cuenta un viajero del siglo XIV, podían cruzarse dos carros con toda facilidad dentro de ellas. Fue necesario emplear toda clase de máquinas, como lo cuentan los cronistas:

Desembarcaron los arietes de los navíos¹; los desembarcaron en trozos y el esforzado rey de Inglaterra en persona, él junto con sus compañeros, ayudó a llevar sobre sus espaldas —nosotros lo vimos— los maderos de los arietes, a pie, con la cara cubierta de sudor, más de una legua por la arena, cargados como caballos o jumentos.

...Los arietes golpeaban sin cesar los muros, de día y de noche. El rey de Francia tenía una máquina llamada Mala Vecina, pero en Acre estaba Mala Prima [*otra máquina construida por los musulmanes, a la que así apodaron los francos*] que siempre la dañaba y siempre volvían a repararla; y la reparaban tan bien que derrumbó gran parte de la Torre Maldita e hizo muchos daños en el muro principal. El ariete del duque de Borgoña cumplió bien con su deber. El de los buenos caballeros del Temple hirió a muchos turcos en la cabeza; el de los hospitalarios daba golpes que a todos conformaban. Colocaron un ariete al que llamaban ariete de Dios. Para construirlo, un buen sacerdote había predicado y entusiasmado a todo el ejército y reunió mucho dinero, y con el ariete voltearon la estacada que había en torno del muro de la Torre Maldita. El conde de Flandes, en vida, había tenido uno, el mejor que se pueda imaginar. El rey de Inglaterra lo tuvo después y otro pequeño que decían era muy bueno. Ambos atacaban una torre sobre una puerta donde se agolpaban los turcos; la golpearon y sacudieron tanto que terminaron por echar abajo la mitad. El rey hizo construir otros dos, tan bien hechos que cuando avanzaban no dejaban nada en pie. Hizo construir también una torre atalaya que inquietaba muchísimo a los turcos. Estaba recubierta de cuero, madera y cuerdas, y desafiaba a todo cuanto le arrojaran, ya fuesen piedras o fuego griego. Mandó construir también dos catapultas, una de las cuales lanzaba las piedras dentro de la ciudad hasta el Matarero. Aquella pedrera lanzaba día y noche piedras sin cesar, y es tan cierto como que nosotros estamos aquí que una de ellas mató a doce hombres y la llevaron para mostrarla a Saladino. Aquellas piedras las había llevado al país el rey de Inglaterra: eran peñascos de mar

¹ Ambrosio.

que había recogido en Messina para matar a los sarra-
cenos.

Cada uno hacía gala de ingenio. Para solucionar las dificultades de abastecimiento los cruzados construyeron ahí mismo un molino de viento, el primero que se construyó en Siria. El nombre de molino turco con el que después se conoció a los molinos movidos con fuerza eólica, proviene de esa circunstancia. Ambrosio cuenta el temor que produjo a los árabes aquella máquina nueva para ellos:

*"Ils firent premièrement
Le tout premier moulin à vent
Qui jamais fut fait en Syrie;
Voyant, la gent qui Dieu maudie
Étrangement le regardèrent,
Fortement s'en épouvantèrent."*¹

Magnanimidad de Saladino:

Un día llevaron ante el sultán², en mi presencia, cuarenta y cinco prisioneros tomados cerca de Beirut. Entre ellos había un viejo decrepito que había perdido todos los dientes y que apenas si podía moverse. El sultán, admirado, le hizo preguntar por medio de su intérprete de dónde venía y qué quería. El viejo respondió: "De aquí a mi casa hay muchos meses de camino; en cuanto al motivo que aquí me trajo, ha sido el deseo de hacer la peregrinación del Santo Sepulcro." Al oír aquellas palabras Saladino se apiadó del viejo y mandó que lo llevasen a caballo hasta el campamento de los cristianos.

Aquel mismo día, los hijos más pequeños del sultán, de muy poca edad todavía, al ver a un prisionero, se empeñaron en cortarle la cabeza, y me encargaron que fuese a solicitar el permiso de su padre. Así lo hice, pero el sultán se opuso, y como yo le preguntase la razón, me respondió: "No quiero que se acostumbren desde tan jóvenes a derramar sangre. A su edad, aún no saben lo que significa ser musulmán o infiel, y así se acostumbrarían a jugar con las vidas ajenas."

Por su parte el rey Ricardo había producido en los musulmanes una honda impresión, a juzgar por como lo describe Beha-Eddin:

¹ Hicieron antes que nadie / el primer molino de viento / que se construyó en Siria; / Al verlo, la gente, que Dios maldiga / Admirados lo miraron / Y mucho se asustaron.

² Beha-Eddin.

Aquel rey poseía una terrible fuerza y su valor era probado; tenía un carácter indomable. Había conquistado gran fama en otras guerras. Por dignidad y poder era inferior al rey de Francia, pero era más rico que él, más valiente, y contaba con más experiencia de la guerra. Su flota se componía de veinticinco grandes navíos cargados de guerreros y de municiones. Durante el camino se apoderó de la isla de Chipre. Llegó a Acre un sábado 13 de *jumadi* primero [8 de junio].

Al comienzo se establecen relaciones corteses entre los adversarios. Beha-Eddin, cronista árabe, relata lo que sucede durante la enfermedad del rey Ricardo:

El mensajero [*del rey de Inglaterra*], que en realidad venía para pedir algunas cosas necesarias para cuidar la enfermedad de su amo, dijo: "Es costumbre entre nuestros reyes hacerse regalos, aun en tiempos de guerra. Mi señor puede hacer algunos dignos del sultán; ¿me permitís traerlos? ¿Los recibiréis con gusto, aun cuando vengan a través de un enviado?" A lo que respondió Malik-adil [*hermano de Saladino*]: "El regalo será bien recibido, con tal de que se nos permita ofrecer otros en agradecimiento." El enviado continuó: "Hemos traído halcones y otras aves de presa que han sufrido mucho durante el viaje y que mueren de necesidad. ¿Tendríais la bondad de darnos gallinas y pollos para alimentarlos? Cuando se restablezcan, los entregaremos al sultán." "Decid más bien", replicó Malik-adil, "que vuestro señor está enfermo y que necesita pollos para restablecerse. Además, no importa. Tendrá cuantos quiera: hablemos de otra cosa." Pero la conversación no continuó. Algunos días después el rey de Inglaterra envió al sultán un prisionero musulmán, y Saladino entregó al mensajero un vestido de honor. Después el rey mandó pedir frutas y nieve, que se le enviaron.

Sorprendentes negociaciones comenzaron entre Ricardo y el hermano —y heredero— de Saladino, Malik-adil. El rey le ofreció en matrimonio a su misma hermana, que llevaría como dote la ciudad de Acre y todas las posesiones que los cristianos tenían en la costa, mientras Malik-adil recibiría de su hermano Jerusalén y los territorios reconquistados por los musulmanes. El recibiría el título de rey y ella el de reina de Jerusalén; se devolverían recíprocamente los prisioneros y los templarios y hospitalarios recuperarían sus tierras. Malik-adil, muy ufano con la proposición, encargó a Beha-Eddin que la comunicase a Saladino. Pero la hermana de Ri-

cardo, viuda del antiguo rey de Sicilia, rechazó de plano el matrimonio con un musulmán. El rey entonces propuso a Malik-adil que se hiciese cristiano, si quería realizar el proyecto.

Mientras tanto no cesaban las escaramuzas y pequeños combates.

El ejército cristiano —prosigue Beha-Eddin —estaba dividido en tres cuerpos, cada uno de ellos capaz de defenderse. El primero lo mandaba el antiguo rey de Jerusalén, y formaba la vanguardia; el segundo, que marchaba al centro, lo formaban ingleses y franceses; y el resto estaba en la retaguardia. Había en medio del ejército una especie de torre rodante, parecida a nuestros minaretes, colocada sobre un carro; era el estandarte de los cristianos. Además de esa división general, los tres cuerpos se subdividían cada uno de ellos en dos partes: una marchaba a alguna distancia del mar, de frente a los soldados musulmanes y rechazaba sus ataques; la otra, a lo largo de la orilla del mar, marchaba protegida por la primera y al abrigo de nuestros ataques. Cuando los primeros se cansaban, los segundos ocupaban su lugar. La caballería se mantenía constantemente en el centro, llevando en torno la infantería, que parecía un muro y sólo rompía sus filas en casos extraordinarios. Los soldados iban cubiertos con unas especies de gruesos fieltros y con cotas de malla anchas y fuertes, que los protegían de nuestros golpes. He visto algunos soldados que habían recibido más de veintiún golpes y que seguían caminando sin ninguna molestia. Ellos, en cambio, nos atacaban con sus zenburekes y mataban a la vez al caballo y al jinete. Hablo de lo que he visto, o de lo que me han contado los tráfugas y los prisioneros. Los francos conservaban el mismo orden durante la marcha y durante el combate; no se apartaban jamás del grueso del ejército, a pesar de todas las tentativas que se hicieran para hacerles romper filas. Los tres cuerpos de ejército se sostenían mutuamente; cuando uno corría peligro, los otros acudían en su ayuda. La marcha era lenta pues los cristianos caminaban junto con la flota que costeaba la orilla y que era la que llevaba los víveres y las provisiones. Las jornadas eran pequeñas, por la infantería; los infantes debían enfren-
tar a los musulmanes, y lo que marchaban a lo largo de la costa llevaban a sus espaldas, a falta de animales de carga, el equipaje y las tiendas. Advertid la constancia de aquel pueblo, que debía soportar aquellas fatigas penosísimas, sin que le pagasen, ni obtuviese de todo aquello ninguna ventaja real.

Por lo común el ejército musulmán atacaba al ejército cristiano por tres lados diferentes: por el oriente, por el norte y por el mediodía. Sólo el lado del mar permanecía libre. Yo he visto, en muchas ocasiones, al sultán corriendo entre los dos ejércitos, en medio de una lluvia de flechas, con sólo una escolta de uno o dos escuderos, yendo de una fila a otra, para animar a sus guerreros y avivar su ardor. El aire resonaba con el redoble de tambores y el sonido de las trompetas y los gritos de nuestros soldados que se animaban diciendo: “¡Alá es grande! ¡Alá es grande!”, y mientras tanto el ejército cristiano conservaba sus filas; no se estremecía, no perdía el orden, no se apartaban sus filas unas de otras, y abrumaban a nuestros caballos y jinetes con golpes y heridas. El ataque se producía durante la marcha, pero cuando el ejército cristiano se paraba para acampar, era menester retirarse; los nuestros no podían atacarlo con ventaja, y lo más seguro era alejarse.

Saladino hace una última tentativa para salvar a los sitiados:

El sultán escribió a los soldados de la guarnición diciéndoles que saliesen al día siguiente todos juntos para abrirse paso a través del ejército cristiano; les ordenó que siguiesen por la orilla del mar y que cargaran todo lo que pudieran llevarse, prometiéndoles por su parte que acudiría a su encuentro con sus tropas para defender la retirada. Los sitiados se dispusieron a evacuar la ciudad; cada uno apartó lo que pensaba salvar. Por desgracia los preparativos duraron hasta el día siguiente, y los cristianos, sabedores del proyecto, ocuparon todas las salidas. Algunos soldados subieron a los baluartes y agitaron una bandera: era la señal del ataque. Saladino se precipitó sobre el campamento de los cristianos para distraerlos, pero todo fue inútil, pues los cristianos enfrentaron al mismo tiempo a la guarnición y al ejército del sultán. Todos los musulmanes lloraban. Saladino iba y venía animando a sus guerreros, y poco faltó para que penetrase en el campamento enemigo, pero al final fue rechazado por lo numeroso que era.

El mismo Ibn al-Athir relata la toma de Acre:

Cuando Maschtub —dice— vio el estado desesperado en que estaba la ciudad y lo imposible que resultaba seguir defendiéndola, fue a tratar con los francos. Conviniere en que los habitantes y la guarnición saldrían en

libertad mediante el pago de doscientas mil piezas de oro, la libertad de dos mil quinientos prisioneros cristianos, de los cuales quinientos eran de alto rango y la devolución de la cruz de la crucifixión; además, Maschutub prometió diez mil piezas de oro para el marqués de Tiro y cuatro mil para sus gentes. Se concedió un plazo para el pago del dinero y la remisión de los prisioneros. Cuando todo estuvo resuelto, ambas partes juraron cumplir el tratado y los francos entraron en la ciudad.

LA INACCESIBLE JERUSALEN

Inmediatamente después de la caída de Acre, Felipe Augusto comenzó los preparativos para abandonar Tierra Santa y regresar a Occidente. La desilusión y la cólera estallaron en el ejército de los cruzados. Acre era un sólido bastión, ¿pero no era la reconquista de Jerusalén el fin de la cruzada?

Los barones de Francia se enfurecieron y encolerizaron al ver que el jefe al que obedecían estaba decidido [al regreso] y ni sus ruegos ni sus llantos habrían de convencerlo para que allí se quedase. Y cuando, a pesar de tantos esfuerzos, vieron que nada podían hacer, os aseguro que lo vituperaron. Y muy poco faltó — tan descontentos estaban —, para que no renegasen de su rey y señor.

Todos los esfuerzos anteriores se hubiesen perdido si Ricardo Corazón de León, mostrando una generosidad que pareció faltar en absoluto al rey de Francia, no hubiese permanecido en Tierra Santa para afianzar la reconquista. Pero le costó convencer a sus tropas para reanudar la campaña. Las delicias de Acre — descriptas por un cronista poeta — retenían a los hombres del ejército:

*“La gent était trop paresseuse,
Car la ville était délicateuse
De bons vins et de damoiselles
Dont in y avait de fort belles.
Le vin et les femmes hantaient
El follement se délectaient.
Dans la ville étail tant laidure
Et tan péché et tant luxure,*

*Que les prud'hommes honte avaient
De ce que les autres faisaient."*¹

A pesar de todo Ricardo continuó la campaña realizando extraordinarias hazañas militares. Saladino se vio obligado a evitar la acción militar directa y fue haciendo el vacío en torno del ejército del rey Ricardo. Una circunstancia favorable le permitió arrojarle sobre Jaffa (26 de julio de 1192). El rey sólo había dejado una pequeña guarnición. Cuenta Beha-Eddin:

Los zapadores ya habían excavado bajo los bastiones y apuntalado con maderos las partes que amenazaban derrumbarse; a una señal dada prendieron fuego y el muro se derrumbó, pero en aquel mismo momento descubrimos del otro lado un gran fuego que defendía la brecha. Los cristianos habían hecho así una especie de muralla. Fue en vano que el sultán lanzase el ataque. Los francos opusieron una obstinada resistencia. ¡Oh, Dios mío, qué hombres! ¡Qué coraje! ¡Qué valentía! ¡Qué fortaleza! A pesar del peligro, no se preocupaban por sus vidas. Ni se preocupaban por cerrar las puertas de la ciudad. Permanecían fuera de los muros, defendiendo el suelo palmo a palmo. El combate cesó al anochecer. El sultán se arrepintió entonces de no haber aceptado la capitulación. Pero ya era tarde. Al día siguiente, viernes, recomenzó el asalto. Todo el ejército atacó a la vez lanzando grandes gritos; los tambores y trompetas producían un ruido atronador. Las máquinas funcionaban, los zapadores zapaban los muros, hasta que toda la muralla comenzó a derrumbarse y el ruido fue tan grande que parecía que era el mundo el que se derrumbaba. Entonces se elevó un inmenso grito y los musulmanes se precipitaron al ataque; pero los cristianos permanecieron firmes en sus puestos. Ni el polvo ni el humo los enceguecieron; cuando la nube se disipó, los vimos detrás de la brecha, formando un impenetrable bosque de picas y lanzas. Los musulmanes se espantaron al contemplar aquel espectáculo; la verdad es que el enemigo demostraba una constancia asombrosa. Yo mismo he visto dos cristianos que, desde lo alto de la brecha, rechazaban a los asaltantes; uno murió y el otro ocupó su lugar y siguió luchando con la misma sangre fría. Entre tanto la ciudad había quedado desguarnecida por

¹ *La gente era perezosa / Y la ciudad deliciosa / Buenos vinos y doncellas / Y, habíalas muy bellas. / Vino y mujeres encantan / y locamente deleitan. / Había en la ciudad tanta fealdad / Y tanto pecado y tanta lujuria / Que los hombres honestos tenían vergüenza / De lo que los otros cometían.*

doquier y los cristianos enviaron a uno de los suyos para que ofreciese la rendición al sultán. Como el combate no cesaba, pidieron que lo hiciesen terminar. "No puedo hacerlo", respondió el sultán; "que los sitiados se encierren en la ciudadela. En cuanto a la ciudad, dado el estado en que se hallan los soldados, será imposible preservarla del pillaje." El enviado regresó con aquella respuesta y los cristianos abandonaron la ciudad y entraron en la ciudadela, pero nuestras tropas estaban tan enardecidas que durante la retirada de los cristianos mataron a muchos. La ciudad fue inmediatamente ocupada y entregada al pillaje.

Durante estos sucesos el sultán recibió una carta de uno de sus lugartenientes en la que le anunciaba que el rey [*Ricardo*], al tener noticias del peligro que corría Jaffa, en lugar de seguir para atacar Berite [*Beirut*], se había embarcado inmediatamente en Acre y se había hecho a la mar con su flota para acudir a socorrer a los suyos. Saladino quería ocupar en seguida la ciudadela; pero el ejército [*árabe*] estaba cansado y se creyó más prudente dejar la empresa para el siguiente día. Era un viernes. Fue a mí a quien el sultán encargó la tarea de hacer evacuar la ciudadela. En lontananza comenzaba a vislumbrarse la flota real que avanzaba a toda vela, pero la gran distancia no permitía saber el número de navíos. Cuando me presenté ante la ciudadela, los cristianos, que ya habían hecho sonar la trompeta, no opusieron ninguna resistencia y prometieron que irían saliendo. Como todavía nuestros soldados estaban dispersos por la ciudad, entregados a los excesos del pillaje, y podíamos temer que los cristianos fueran insultados a su paso por las calles, el emir que me acompañaba creyó que era su deber hacer evacuar antes la ciudad. Por desgracia los soldados estaban sin jefes y sin disciplina y fue imposible hacerles comprender nada. El emir se vio obligado a emplear la fuerza y hasta los golpes; de ese modo, cuando los cristianos comenzaron a evacuar la ciudadela, el día estaba ya muy avanzado. Los cristianos salieron al principio sin resistirse, llevando con ellos sus caballos, sus mujeres y niños; salieron unos cuarenta y nueve. Pero los que aún estaban adentro advirtieron, a medida que la flota de los cruzados se acercaba, que el número de los navíos era mucho más grande del que habían creído en un principio. En efecto, más de cincuenta navíos formaban la flota, y entre ellos estaba la galera del rey, pintada de rojo y con las velas del mismo color. Al ver aquello no dudaron un instante en que el rey desembarcaría para liberarlos, y entonces tomaron nuevamente las armas.

Yo descendí para advertir a los nuestros que estuviesen alertas. No había transcurrido una hora cuando los sitiados se precipitaron a caballo desde lo alto de la ciudadela, todos a la vez, como un solo hombre, y se extendieron por toda la ciudad. Los nuestros huyeron. Estaban tan turbados que algunos de ellos corrieron el peligro de ser aplastados contra las puertas de la ciudad; algunos, que se refugiaron dentro de una iglesia, fueron cortados en pedazos. Mientras tanto las banderas musulmanas continuaban flameando en lo alto de las murallas. Cuando el rey llegó a la entrada del puerto creyó que todo estaba perdido y dudó si desembarcaría o no. El ruido de las olas y los gritos de los soldados impedían que pudiera oírse nada. El sultán hizo redoblar los tambores y acudió con su ejército; la ciudad fue recuperada. Los cristianos pasaron entonces de la absoluta confianza a la desesperación extrema. Al ver que la flota se mantenía alejada se aterraron tanto que enviaron al patriarca y al castellano para que intercediesen ante Saladino, obtuvieran su perdón y las mismas condiciones anteriores. Mientras tanto el combate continuaba; un poco más, y los asediados hubiesen perecido. Pero de pronto, un cristiano, por devoción a la gloria del Mesías, se decidió a saltar desde lo alto de la ciudadela sobre un montón de arena que había al pie; luego entró en una barca y se dirigió hacia donde estaba el rey para exponerle la situación. Pronto la flota se acercó a la orilla; el rey fue el primero en poner el pie en tierra, y los nuestros comenzaron a huir. Yo, por mi parte, corría para anunciar al sultán lo que sucedía: estaba con los diputados cristianos, preparándose a firmar una nueva capitulación. Tenía la pluma en la mano. La derrota poco después fue general. Evacuamos la ciudad. Ni siquiera el sultán se sintió seguro en el sitio donde estaba. Mandó alejar sus bagajes y él mismo se retiró a alguna distancia. Su propio campamento fue rápidamente ocupado por los cristianos, y el rey se adueñó de Jaffa.

En medio de todos estos sucesos, el rey, que deseaba como nunca regresar a su reino, al ver a algunos mamelucos del sultán a quienes conocía, les dijo: "El sultán es un gran príncipe. Es sin duda el más grande y el más poderoso que hay hoy en el Islam. ¿Por qué al aproximarme yo, se ha retirado? ¿Por Dios, yo no venía en son de guerra! Traigo sólo mis últimos hombres de mar: no estoy en condiciones de emprender nada. ¿Por qué se aleja?" Y añadió: "¡Por Dios, por Dios generoso, jamás hubiera creído que el sultán tomaría Jaffa en dos meses, menos aún, en pocos días!" Después, volviéndose a uno de los mamelucos, le encargó que saluda-

se al sultán de su parte y le dijese: "En nombre de Dios, concededme la paz; es hora de que esta guerra termine. Mis estados yacen en medio de las discordias civiles. Esta guerra no nos favorece ni a vos ni a mí."

Todo esto sucedió el sábado por la tarde, el 19 de *régeb*, el mismo día del desembarco del rey. El sultán, de acuerdo con su consejo, respondió que no se negaba a entrar en tratos y que, dado que Jaffa estaba en ruinas, la dejarían como estaba y además arrasarian Ascalón. Después, el rey escribió inmediatamente a Saladino estas palabras: "Es costumbre entre los francos que cuando un príncipe da unas tierras a otro, lo convierta en hombre suyo y en vasallo; os pido en esa forma Ascalón y Jaffa; consiento entrar con mis tropas a vuestro servicio; estaré a vuestras órdenes cuando lo queráis y os serviré como sabéis que sé hacerlo. No rechazéis mi pedido." Y como el rey insistiese y mostrase que si se le rechazaba su petición se vería obligado a permanecer todavía allí en Palestina todo el verano y el invierno próximos, el sultán le respondió que no cedería jamás. "En cuanto a la partida del rey", añadió, "no podrá irse tan pronto, pues debe saber que las ciudades que ocupa, las retiene por la fuerza, y que en cuanto parta me apoderaré de ellas, o quizá antes, si Alá lo permite. Por otra parte, si él puede resolverse a permanecer aquí durante el invierno, lejos de su familia y su hogar, y eso en la flor de su edad, a la edad de los placeres, ¿por qué habría de dudar yo ante la idea de permanecer aquí durante el invierno y el verano, estando como estoy dentro de mis Estados, con mis hijos y mi familia, pudiendo procurarme, si lo quiero, todas las delicias de la vida? Y más aún, estando ya en la declinación de la vida, en la edad en que se es insensible a los placeres, y todavía más, en que se está hastiado de todo y se siente aversión por el mundo. Tened en cuenta, además, que puedo renovar mis tropas y dividir las de modo que las que actúen en invierno no lo hagan durante el verano, cosa que el rey no podrá hacer, y prosiguiendo esta guerra yo creo cumplir con algo que es grato al Señor. Por eso creo que podré resistir hasta que Alá disponga de mí."

Hubo pues que resignarse a la guerra. Al saber el sultán que las tropas que había dejado el rey en Acre se habían puesto en marcha para unirse con él, resolvió interceptarles el camino, pero no bien llegó a Cesarea supo que las tropas cristianas habían recibido refuerzos por mar y que el rey, al enterarse del peligro que amenazaba a los suyos, habíase debilitado él mismo para sostenerlos. Entonces rápidamente cambió de plan y resolvió volver para enfrentar al rey y aprovechar la ocasión

para derrotarlo. El rey había quedado casi solo y Jaffa estaba tan arruinada que no le serviría como defensa. Saladino apareció frente a Jaffa el 24 de *régeb*, cinco días después del saqueo de la ciudad. El rey sólo había conservado consigo unos diez caballeros y algunos centenares de infantes, que ocupaban en total diez tiendas: con todo no se desconcertó y formó la pequeña tropa a orillas del mar. Los musulmanes rodearon a los cristianos por tres lados y cayeron sobre ellos a la vez y como un solo hombre, pero los cristianos resistieron, rechinando los dientes. Tanta valentía asombró a los nuestros que no osaron atacarlos y se contentaron con caracolear en torno. La verdad es que nuestros soldados estaban muy resentidos por lo sucedido en Jaffa. No sólo se les había impedido el pillaje con el pretexto de la capitulación, sino que incluso a quienes habrían logrado algún botín, se lo habían arrebatado en las puertas de la ciudad. Se vengaron en aquel momento. En vano el indignado sultán recorrió las filas para excitar a los guerreros; en vano su hijo Daher dio el ejemplo arrojándose contra el enemigo; ninguno obedeció. Hasta hubo un emir, llamado Genah, hermano de Maschtub, que dijo al sultán: "¿Por qué no os dirigís ahora a vuestros mamelucos, que golpeaban a los soldados en el saqueo de Jaffa y les arrebataban su botín?" Al oír aquellas palabras Saladino comprendió que se comprometía inútilmente; mandó que tocasen a retirada y se retiró, lleno de cólera. He oído decir que aquel mismo día el rey recorrió todo el frente del ejército musulmán, lanza en ristre, y que ninguno de los nuestros se atrevió a luchar con él.

Al continuar la campaña, Ricardo se aproximó tanto a Jerusalén —llegó a veinte kilómetros de la ciudad— que sus caballeros pensaron que podrían apoderarse de la Ciudad Santa. Pero el rey era hábil estratega y sabía que su pequeña tropa no podría resistir durante mucho tiempo lejos de sus bases de operación y reabastecimiento. Si el rey de Francia hubiese estado allí todo habría sido diferente. Ricardo Corazón de León debió embarcarse descorazonado, de regreso a su reino, el 9 de octubre de 1192, después de haber firmado la paz con Saladino y obtenido libertad para que los cristianos hiciesen la peregrinación a la Ciudad Santa.

Comenzaba un nuevo capítulo de la historia de las Cruzadas. Como el primero, abarcaría un período de cien años y habría un reino de Jerusalén sin Jerusalén.

Algunos meses después de la partida de Ricardo murió Saladino, el héroe más puro del Islam, el 4 de mar-

zo de 1193. Su hermano Malik-al-Adil lo sucedió como sultán de Damasco y de El Cairo, sin poseer el prestigio que Saladino adquirió por su valentía y por su generosidad.

El reino franco se redujo a una franja costera, pero continuó poseyendo una posición muy favorable, que no habían tenido los primeros cruzados: el acceso libre al mar y una base de reabastecimiento y de operaciones tan excelente como la isla de Chipre, que el rey de Inglaterra entregó a Guy de Lusignan como reparación por la pérdida de su reino. Los barones no quisieron que siguiera siendo su jefe el responsable del desastre de Hattin. La realeza recayó en Conrado de Montferrato, el famoso marqués piamontés, a quien se debía la resistencia de Tiro, que fue el punto de partida para la reconquista de la Siria franca. Para justificar su elección se le hizo desposar a Isabel de Jerusalén, a quien correspondía la corona. Isabel, para hacerlo, debió, contra su voluntad, divorciarse de su marido, el incapaz y buen mozo Onfroy de Toron. Pero Conrado no disfrutó mucho de la corona, pues fue apuñalado en las calles de Tiro por los secuaces del "Viejo de la Montaña", el jefe de la terrible secta de los Haschischins o Asesinos. Un tercer marido se le impuso a Isabel: el conde Enrique II de Champagne, que acababa de desembarcar en Oriente, y que por otra parte no tenía ninguna intención de permanecer allí, pero al que los barones lograron convencer. Por desgracia murió cinco años después al caer a la calle desde una de las ventanas de su palacio de Acre. Había que encontrar otro marido para Isabel, viuda por tercera vez a los veintiséis años. Lo extraño es que la elección recayó en el hermano de Guy de Lusignan, Amaury, que por otra parte poseía las cualidades de que el otro estaba desprovisto. A la muerte de Guy, Amaury lo había sucedido como rey de Chipre, y de ese modo se reunían ambas coronas, la de Chipre y la de Jerusalén.

Amaury se distinguió por su valentía — ganó a los musulmanes la ciudad de Beirut, restableciendo así las comunicaciones entre Acre y Trípoli — y su prudencia. En 1204 renovó las treguas concertadas con el sultán Malik-al-Adil.

Entre tanto las tierras cristianas de Siria, Palestina y en general el Cercano Oriente, habían adquirido considerable importancia económica. Desde la primera cruzada, las ciudades italianas — Génova, Pisa, Amalfi y Venecia — habían acudido en ayuda de los cruzados, y ahora recogían los beneficios.

Otras ciudades mediterráneas — Marsella, Montpellier

y después Barcelona — habían establecido agencias comerciales en Oriente. La presencia de los francos en Tierra Santa les permitía el acceso a los mercados de Levante que abastecían las mercancías más preciadas entre todas: las especias, los perfumes y las telas preciosas, los tisús y las sedas, que constituían las riquezas de los mercaderes de aquel entonces. Por otra parte el papel político de las ciudades comerciantes sólo cobra importancia en el segundo acto de la Cruzada: en el de la prosperidad, que va en pos de la conquista. Por eso, para asegurarse apoyos en Tiro, Conrado de Montferrato negocia con los comerciantes occidentales, les promete barrios enteros de la ciudad o les asegura la libertad de comercio, y por último, les hace lo que en nuestros días llamaríamos concesiones territoriales. Lo mismo sucede en Acre, y desde aquel momento, los mercaderes ocupan un importante lugar en las relaciones entre Occidente y el Cercano Oriente.

CONSTANTINOPLA: LOS CRUZADOS SE
OLVIDAN DE LA CRUZADA

En medio de las preocupaciones en las que el espíritu de la cruzada se esfuma, el papa Inocencio III no olvida que el fin principal de la reconquista es la recuperación de Jerusalén. Con ese espíritu y para acabar la obra que los reyes de Francia e Inglaterra sólo habían esbozado, predica una cruzada en los primeros años del siglo XIII. Villehardouin vio nacer la cruzada:

Sabed que mil ciento noventa y ocho años después de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en tiempos de Inocencio III, Papa de Roma, de Felipe, rey de Francia, y de Ricardo, rey de Inglaterra, hubo un santo varón en Francia que tenía por nombre Foulques de Neuilly. Neuilly queda entre Lagny-sur-Marne y París, y él era sacerdote y tenía la parroquia de la ciudad. Y este Foulques hoy empieza a hablar de Dios en Francia y en las otras tierras, y Nuestro Señor hizo por su intermedio muchos milagros.

Sabed que la fama de este santo hombre fue tan lejos que llegó hasta el Papa de Roma Inocencio; y el Papa lo envió a Francia y le mandó que predicase la cruzada con su autoridad, y después de él mandó a un cardenal, maestre Pedro de Chappes [*Pedro de Capua*], cruzado, y mandó con él una indulgencia que dice: "Todos los que se crucen y sirvan a Dios un año en el ejército quedarán libres de todos los pecados que hayan cometido y de los que se hayan confesado." Entonces se conmovieron los corazones de las gentes y muchos se cruzaron para ganar tan gran indulgencia.

Un año después de aquel hombre prudente, Foulques, habló de Dios, hubo un torneo en Champagne en un castillo que se llama Ecry y, por la gracia de Dios, sucedió que Thibaut, conde de Champagne y de Brie tomó allí la cruz, y también el conde Luis de Blois y de Chartres; fue al comienzo del Adviento. Debéis saber que ese conde Thibaut era muy joven y no tenía más de veintidós años, y el conde Luis no tenía más que veintisiete años; con los dos condes se cruzaron dos grandes barones de Francia, Simón de Monfort y Reinaldo de Montmirail. Cuando aquellos dos grandes hombres se cruzaron la fama se extendió por la tierra.

En el torneo de Ecry-sur-Aisne se cruzaron en efecto, acudiendo al llamado de Foulques, muchos grandes barones. Uno de los rasgos notables de esta cruzada es la primera obra escrita en romance, o sea en francés, que fue redactada en su transcurso: la crónica de Geoffroy de Villehardouin, antes citada. Su autor fue también uno de los más importantes barones champañeses de aquel tiempo y ocupó un lugar preponderante en la expedición de la que además formaron parte, entre otros muchos señores, Geoffroy de Joinville, tío del Senescal, que a su vez nos dejará la crónica de la cruzada de San Luis.

La cruzada predicada por Inocencio III, desde un comienzo se aparta de su fin. Ya al principio, durante sus preparativos, se tropieza con obstáculos imprevistos. El más grave de todos fue la muerte del conde Thibaut de Champagne, que a pesar de su juventud, estaba destinado a ser el alma de la expedición, pues poseía sin duda la suficiente autoridad como para haber impedido los cambios de orientación que después se produjeron. Geoffroy cuenta que al regresar de Venecia, a donde había ido a contratar navíos para el transporte de las tropas a los armadores venecianos, se encontró a su señor, el conde Thibaut, enfermo y débil; [el conde] se alegró mucho con su llegada y cuando Geoffroy le contó la noticia de lo que habían resuelto, se puso tan alegre que quiso cabalgar, pues no lo hacía desde mucho tiempo atrás; y se levantó y cabalgó, y ¡ay!, fue una gran pena, pues nunca más lo volvería a hacer.

Al morir Thibaut, la expedición quedó sin jefe. Los barones solicitaron a Bonifacio de Montferrato, hermano de Conrado, defensor de Tiro, que los acaudillase, pero no todos estuvieron de acuerdo y muchos evitaron pasar por Venecia y se fueron a Marsella, por lo cual recibieron gran vergüenza y fueron vituperados, y de allí vinieron las grandes desgracias que les sucederían después, según cuenta Villehardouin, que achaca a la defección de esos cruzados lo que luego habría de suceder.

Reunidos en Venecia los cruzados vieron que no podrían cumplir con los compromisos contraídos con la ciudad.

Hubo una grande disminución entre los que iban al ejército que se embarcaría en Venecia, y fue una gran desgracia, como habréis oído. (...) El ejército fue hermoso y lo formaban gentes excelentes. Nunca se vio un ejército tan bello y tan grande; y los venecianos les dieron todo lo necesario para el transporte de caballos y

hombres; y las naves que tenían aparejadas eran tan ricas y hermosas como nadie las había visto hasta entonces tan ricas y hermosas, tanto los navíos como las galeras y las barcasas... ¡Ay! ¡Por qué los que se embarcaron en otros puertos no habrán ido allí! (...) Los venecianos cumplieron con todo lo prometido y aún más, y sumaron sus cuentas y dijeron a los barones que cumpliesen por su parte y que les diesen el haber [*el precio del transporte*] pues estaban listos para moverse [*partir*].

Entonces reunieron el pasaje [*el precio del pasaje*] en el ejército; y había muchos que decían que no podían pagar su pasaje y los barones tomaban a los que decían que no podían; y pagaron lo que pudieron del precio del pasaje, y cuando lo pidieron y reunieron vieron que no habían llegado a la mitad de la suma.

Los venecianos presentaron unas cuentas por 94.000 marcos de plata, que suponían el transporte de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos, 20.000 soldados y los caballos necesarios, además de los víveres para nueve meses; de acuerdo con los cálculos de Villehardouin faltaban 34.000 marcos de plata para pagar la suma debida. Entonces los venecianos proponen a los cruzados otra forma de pago: que les reconquisten la pequeña ciudad de Zara, situada en una isla del Adriático, que había sido conquistada a su vez por el rey de Hungría. La proposición no logró la unánime aprobación de los cruzados, pero los principales barones la aceptaron.

Un domingo hubo una asamblea en la iglesia de San Marcos; fue una gran fiesta, y todo el pueblo de aquel país y la mayor parte de los barones asistieron. Antes de que comenzase la misa mayor, el duque [*dux*] de Venecia, que se llamaba Enrique Dandolo, subió hasta el facistol y habló al pueblo y le dijo: "Señores, estáis acompañados por la mejor gente del mundo y venís a cumplir la mejor tarea que nadie realizó jamás; yo, que soy viejo y débil, y tendría necesidad de reposo porque mi cuerpo está debilitado, veo que nadie os podrá gobernar y dirigir más que yo, que soy vuestro señor; si queréis concederme que tome el signo de la cruz para guardaros y enseñaros y que mi hijo quede en mi lugar y sitio para conservar la tierra, iré a vivir o a morir con vosotros y los peregrinos." Cuando lo oyeron [*los venecianos*] prorrumpieron en un solo grito: "Os conjuramos por Dios y os lo permitimos; hacedlo y venid con nosotros." Hubo gran piedad entre el pueblo de aquella tierra y entre los peregrinos, y se lloraron muchas

lágrimas, pues aquel hombre prudente tenía muchas razones para permanecer: era un anciano y tenía hermosos ojos, pero no veía nada, pues había perdido la vista a causa de una llaga que tenía en la cabeza.

En medio de la emoción popular el dux de Venecia, Enrico Dandolo, tomó la cruz. El anciano dux tenía noventa años y era ciego. Según algunos autores fue el emperador bizantino Manuel Comneno quien mandó que lo cegaran. Muchos venecianos tomaron la cruz junto con él aquel mismo día, pero los acontecimientos que sobrevinieron después permiten sospechar sobre la pureza de sus intenciones...

Los cruzados partieron para conquistar Zara. El Papa los excomulgó por faltar a su promesa de cruzados y debéis saber que el corazón de las gentes no estaba en paz; unos insistían en que el ejército se dividiese y los otros en que debía seguir unido. Mucha gente del pueblo se fue en los navíos de los mercaderes.

Otra tentación se presentó a los cruzados, y ésta de mayor envergadura que la anterior. Algunos años antes, el emperador bizantino Isaac Comneno había sido destronado por su hermano Alejo, que después de arrancarle los ojos lo encarceló para hacerse coronar emperador en Constantinopla con el nombre de Alejo III. El hijo de Isaac, llamado también Alejo, había huido a Europa, donde halló asilo junto a Felipe de Suabia, esposo de su hermana Irene; durante el invierno de 1201-1202 el joven Alejo acudió a solicitar la ayuda de los venecianos y cruzados. Prometió sumas considerables y dejó entrever la posibilidad de un retorno de la Iglesia griega al seno de la Iglesia Romana. Es indudable que aquella solicitud debió ser favorablemente acogida por los venecianos, a quienes debía parecer oportuna la idea de asegurarse el agradecimiento de un emperador. Por todos estos motivos, la flota de los cruzados se encuentra en Constantinopla el 26 de junio de 1203.

Hubieseis visto el Brazo de San Jorge [el Bósforo] florecido de naves y galeras y barcasas, que era una maravilla ver tanta belleza; remontaron el Brazo de San Jorge hasta una abadía, en San Esteban, que dista tres leguas de Constantinopla, y entonces descubrieron Constantinopla entera; los de las naves y galeras y barcasas entraron al puerto y bajaron en barcas. Muchos de ellos vieron por primera vez Constantinopla, porque nunca la habían visto, y no podían creer que hubiese una ciudad tan rica en todo el mundo, cuando vieron

sus altos muros y sus espléndidas torres que la cercan y rodean, y los grandes palacios y las altas iglesias en tanta cantidad que no se puede creer si los ojos no lo ven y el ancho y el largo de la ciudad que es soberana de todas las otras. Y sabed que no hubo valiente que no sintiese estremecersele el corazón y no hay que admirarse, pues nunca se emprendió una tarea semejante desde la creación del mundo.

El 17 de julio los cruzados tomaron la ciudad. El emperador Alejo III huyó, e Isaac fue restablecido en el trono junto con su hijo (Alejo IV). Villehardouin conservó el discurso que dirigieron al pueblo bizantino el dux de Venecia y el marqués de Montferrato.

Recorrieron las murallas de Constantinopla y mostraron al pueblo de los griegos el mozo [*el joven, es decir, Alejo*] y decían: “He aquí a vuestro señor natural; sabed que no hemos venido a haceros ningún daño, sino que hemos venido para custodiaros y defenderos, si hacéis lo que debéis; porque aquel a quien obedecíais como a señor, os tenía sin razón y en pecado, contra Dios y contra todo derecho, y sabéis que obró deslealmente con su señor y hermano; le arrancó los ojos y arrebató su imperio; he aquí al verdadero heredero: si lo acatáis, haréis lo que debéis, y si no lo hacéis, os haremos todo el daño que podamos.”

Intercalamos aquí un episodio al margen de los acontecimientos que relata Roberto de Clary. El cronista demuestra una curiosidad de verdadero reportero, deslumbrado por todo lo que ve y que al mismo tiempo sabe participar su entusiasmo a quien lee:

Un día los barones fueron a entretenerse al palacio para ver a Isaac y al emperador, su hijo. Mientras los barones estaban allí, llegó un rey que tenía la piel negra y una cruz en medio de la frente marcada con un hierro al rojo. Aquel rey se alojaba en un rico monasterio de la ciudad, donde Alejo había pedido que lo hospedaran, y que fuese señor y doncel y comensal mientras quisiese. Cuando el emperador lo vio llegar, se puso de pie y con muestras de mucha alegría preguntó a los barones: “¿Sabéis quién es este hombre?” “No, señor”, dijeron ellos. “Nada menos”, dijo el emperador, “que el rey de Nubia, que ha llegado en peregrinación a esta ciudad.” Por medio de intérpretes hablaron con él y le preguntaron dónde quedaba su país. Respondió por medio de los intérpretes, en su lengua, que su país queda-

ba a cien días de camino más allá de Jerusalén; y dijo que había ido a Jerusalén en peregrinación, y que al partir de su tierra iban sesenta hombres con él, y que al llegar a Jerusalén sólo lo acompañaban diez hombres vivos, y cuando llegó a Constantinopla, desde Jerusalén, sólo lo acompañaban dos. Y dijo que quería ir en peregrinación a Roma y de Roma a Santiago; y después volver a Jerusalén, si podía, y allí vivir y morir. Y dijo que en su tierra todos eran cristianos y que al nacer un niño, cuando se lo bautizaba, se le hacía una cruz en la frente como la que llevaba él: los barones consideraron a aquel rey como una gran maravilla.

Alejo aún no había cumplido sus promesas. El nuevo emperador parece no haberse dado mucha prisa en hacerlo. En realidad, si lo hacía, se enemistaba con su pueblo, al que espantaban las enormes sumas prometidas a los cruzados, y al que por otra parte inquietaba la presencia de éstos, cuyo ejército estaba acuartelado en el barrio de Galata.

Un cronista ha contado los tratos y discordias suscitados en aquellos momentos. Es Roberto de Clary. A la inversa de Villehardouin, él formaba parte de las gentes poco importantes; era un modesto caballero picardo, que no poseía más que seis hectáreas de tierra en Claryles-Pernois. Menos brillante que la crónica de Villehardouin, su relato posee el mérito de la franqueza. Muestra a las gentes que rodeaban al emperador intentando apartarlo de su alianza con los cruzados:

“¡Ah, señor!, les habéis pagado demasiado; no les paguéis más, pues os habéis arruinado por pagarles tanto. Haced que se marchen y despedidlos fuera de vuestras tierras.” Y Alejo escuchó aquellos consejos y no quiso pagar más. Cuando el plazo expiró y los franceses vieron que el emperador no les pagaba, se reunieron con los condes y los grandes señores del ejército y fueron al palacio del emperador a pedirle que les pagase. El emperador les respondió que no podía pagarles de ningún modo, y entonces los barones le dijeron que se cobrarían tomando todo lo que pudieran, hasta quedar bien pagos. Dicho lo cual se retiraron del palacio y volvieron a sus cuarteles, y reunidos tuvieron un consejo para decidir lo que harían, y decidieron que el dux de Venecia fuese a hablar con él. Le envió un mensajero y le dijo que fuese a hablar con él en el puerto. El emperador fue a caballo y el dux mandó armar cuatro galeras y fue a la isla e hizo que las tres lo guardasen, y cuando fue hasta la orilla del puerto y vio al emperador que

había ido a caballo le habló y le dijo: “Alejo, ¿qué piensas hacer? Ten en cuenta que te hemos librado de un tremendo cautiverio; te convertimos en señor y te coronamos emperador. ¿No vas a cumplir tus promesas y no harás nada más?” “No”, dijo el emperador, “no haré más de lo que he hecho.” “¿No?” dijo el dux, “mal muchacho; te sacamos de la mierda y a la mierda te arroja-remos, y yo te desafío y te digo que sepas que te perseguiré de hoy en adelante mientras pueda.”

Desde aquel momento la situación iría haciéndose rápidamente cada vez más trágica para el desgraciado Alejo IV, pues aprovechando el desacuerdo entre el emperador y los cruzados, al que se sumaba el descontento provocado en la población griega por la presencia de los latinos, otro Alejo, Alejo Ducas, llamado Murzuf-to, lo destronó, proclamándose emperador con el nombre de Alejo V (28-29 de enero de 1204). Mientras tanto la situación entre los cruzados y el pueblo griego iba ha-ciéndose cada vez más enconada. Dice Villehardouin:

Mientras el emperador Alejo (IV) estaba en el ejército sucedió una gran desgracia en Constantinopla, pues se produjo una pelea entre los griegos y los latinos que estaban allí acantonados; y no sé quiénes, por mal [*por maldad*], prendieron fuego a la ciudad, y fue un fuego tan grande y tan horrible que ningún hombre pudo apagarlo ni amainarlo, y cuando los barones del ejército vieron aquello, pues estaban acampados del otro lado del puerto, sintieron gran dolor y piedad al ver las altas iglesias y ricos palacios caer y derrumbarse, y las anchas calles de los comercios arder, sin poder hacer nada. El fuego se propagó del otro lado del puerto hacia el interior de la ciudad, hasta la otra orilla del mar, del lado de Santa Sofía [*la gran basilica de Justiniano*], y duró ocho días sin que nadie pudiese extinguirlo, y el frente de fuego tenía una extensión de media legua de tierra. Las desgracias que ocurrieron y el dinero y la riqueza perdidos nadie podrá contarlos, y los hombres y las mujeres y los niños que se quemaron tampoco. Todos los latinos que vivían en Constantinopla, de cualquier país que fuesen, no se atrevieron a seguir viviendo allí, y tomaron a sus mujeres y a sus hijos y lo que pudieron salvar del fuego y se escaparon y entraron a las barcas y navíos y pasaron el puerto para unirse a los peregrinos, en número de quince mil entre grandes y pequeños, y los peregrinos los recibieron con sumos cuidados. Entonces se dividieron los francos y los griegos y

ya no fueron amigos como lo habían sido antes, y a unos y a otros les pesó.

El 8 de abril de 1204 comenzó el segundo sitio de Constantinopla, después de haberse establecido por adelantado, entre francos y venecianos, el reparto del botín y la posesión de la ciudad. Dice Villehardouin:

El emperador Marzufto acampó delante del frente de ataque, en una fortaleza, con sus tropas y allí levantó sus tiendas bermejas. Así permanecieron las cosas hasta el lunes por la mañana; y entonces se armaron los de las naves, las galeras y las barcazas. Y los de la ciudad les temieron menos que la primera vez, y estaban tan confiados que en los muros y en las torres sólo se veían gentes. Entonces comenzó el asalto, violento y maravilloso; cada navío atacaba delante de sí y los gritos de la batalla eran tan grandes que parecía que la tierra se desplomaba.

El asalto duró mucho rato, hasta que Nuestro Señor hizo soplar un viento que se llama bóreas y que impulsó las naves y navíos hacia la orilla, mucho más cerca que antes, y dos naves que estaban unidas, una llamada la *Peregrina* y la otra el *Paraíso* se acercaron a una torre, una por una parte y la otra por otra, como Dios y el viento las llevaron, de modo que la escala de la *Peregrina* llegó hasta la torre. Entonces, con gran rapidez, un veneciano y un caballero de Francia, que se llamaba Andrés Durboise, entraron en la torre y otros comenzaron a entrar tras ellos. Y los de la torre fueron derrotados y se fueron.

Cuando los caballeros que estaban en las barcazas vieron aquello, bajaron a tierra y colocaron las escalas al pie del muro y subieron a la fuerza a lo alto del muro, y conquistaron unas cuatro torres. Y comenzaron a saltar de las naves y de las galeras y de las barcazas, a cada cual mejor y más pronto. Quebrantaron tres de las puertas y entraron; descendieron los caballos de las barcazas y los caballeros montaron en ellos y cabalgaron hacia el campamento del emperador Ducas. Este tenía sus cuerpos de batalla ordenados delante de sus tiendas, y cuando los suyos vieron avanzar a los caballeros a caballo, huyeron, y el emperador también escapó por las calles hacia el castillo de la Boca del León.

Roberto de Clary cuenta con más detalles que Villehardouin los episodios del sitio, y sobre todo describe la acción en la que tomó parte con un puñado de caballeros (10 caballeros y 60 soldados), al intentar abrir en una

de las murallas una vieja poterna clausurada, para poder llegar al interior de las fortificaciones.

El señor Pedro de Bracheux (o *Bracieux*) superó a todos los grandes y pequeños, pues ninguno hizo tantas proezas como él. Cuando volvió a la poterna comenzaron a agujerear la pared; los ladrillos iban desmoronándose y desde arriba tiraban tantas piedras que parecía que iban a quedar sepultados al pie del muro, pero los que estaban abajo se protegían con rodela y escudos, y con ellos cubrían a los que agujereaban la poterna. Y desde arriba les arrojaban ollas de pez hirviendo y de fuego griego y grandes piedras, y fue por milagro de Dios que no perecieron todos. El señor don Pedro y los suyos padecieron y recibieron heridas hasta decir basta, y tanto horadaron la poterna con hachas, espadas, barras y picas que le hicieron un gran agujero, y cuando la poterna quedó abierta vieron que del otro lado había tanta gente, arriba y abajo, que parecía que la mitad de las personas se habían concentrado allí, y no se atrevieron a entrar. Cuando Aleaume, el clérigo, vio que ninguno se atrevía a entrar, se adelantó y dijo que él entraría. Estaba presente un caballero, su hermano, Roberto de Clary [*es el mismo narrador*], que se lo prohibió y le dijo que no entrase. Pero el clérigo dijo que entraría y así lo hizo, ayudándose con las manos y los pies, y cuando sus hermanos lo vieron, tomándolo por los pies lo ayudaron a trepar, y a pesar de la oposición de su hermano, con razón o sin ella, pudo entrar; cuando estuvo dentro todos los griegos se arrojaron sobre él y los que estaban arriba comenzaron a arrojarle enormes piedras. Al ver esto el clérigo extrajo su cuchillo, los persiguió y los hizo correr delante como si fuesen animales, y decía a los que estaban fuera, al señor don Pedro y a sus gentes: "Señor, entrad; están derrotados y huyen." Cuando el señor don Pedro oyó lo que decía, y también lo oyeron los que con él estaban afuera, el señor don Pedro entró, y él era el único caballero, pero estaban con él sesenta soldados, todos de a pie. Cuando entraron todos los que estaban en las inmediaciones se aterrorizaron al verlos, y no se atrevieron a permanecer allí y huyeron por doquier. Y el emperador Murzufto, el traidor, estaba cerca de allí, a un tiro de piedra y hacía sonar las trompetas de plata y los timbales, con mucho ruido.

Hubo a continuación un terrible saqueo. El relato de lo que sucedió lo ha conservado una crónica, la

crónica de Novgorod, escrita por un ruso que se hallaba de paso en Constantinopla.

Los francos entraron en la ciudad un lunes, el doce de abril, aniversario de San Basilio, y plantaron su campamento en un lugar donde antes había estado el emperador de los griegos, junto al santuario del Santísimo Redentor, y allí pasaron la noche. A la mañana, cuando salió el sol, invadieron Santa Sofía y luego de arrancar las puertas destruyeron el coro donde están los sacerdotes, adornado con plata y doce columnas de plata; arrancaron de los muros cuatro retablos ornados con iconos y la Santa Mesa y doce cruces que estaban sobre el altar, entre las cuales dominaban las cruces cinceladas como árboles, más altas que un hombre. El frontal del altar, en medio de columnas de plata, estaba hecho de plata repujada. Robaron también una tabla admirable con piedras preciosas y una gran piedra, sin saber todo el mal que hacían. Se apoderaron de cuarenta cálices que había sobre el altar y de un sinnúmero de candelabros de plata cuya cantidad yo no sabría decir, y otros vasos de plata que los griegos utilizaban en las grandes fiestas. Tomaron el Evangelio que servía para celebrar los misterios y las cruces sagradas con todas las imágenes y el cobertor del altar y cuarenta incensarios hechos de oro puro. Y se llevaron todo el oro y la plata que pudieron hallar y los vasos de un precio inestimable que encontraron en los armarios, en las paredes y en los lugares donde estaban guardados, en cantidades indescriptibles. Y eso sólo en la iglesia de Santa Sofía; pero también saquearon la iglesia de Santa María de Blaquernas (...) y muchos otros edificios dentro y fuera de los muros y monasterios cuya belleza no podemos describir.

Los jefes del ejército intentaron poner coto a los excesos del pillaje. Dice Villehardouin:

Se pregonó por todo el ejército, en nombre del marqués de Montferrato, que era el jefe del ejército, y en nombre de los barones y del dux de Venecia, que todo lo que había se reuniese en un lugar, como se había prometido y jurado, bajo pena de excomunión. Y se determinaron tres iglesias para que allí se depositaran las cosas, guardadas por los francos y venecianos más leales que pudieron hallarse. Entonces cada uno comenzó a llevar el botín y a reunirlo.

Unos llevaron bien y otros mal, pues la codicia, que es la raíz de todos los males, no descansa nunca. Y los

codiciosos retuvieron lo que codiciaban y Nuestro Señor comenzó a amarlos menos.

Según Roberto de Clary, el ejemplo venía de arriba:

Los mismos que debían guardarlas [las riquezas] tomaban las joyas de oro y lo que ellos querían... y cada uno de los hombres poderosos tomaba joyas de oro y ropajes de seda, y lo que más le gustaba se lo llevaba... y no dieron nada al resto del ejército ni a los caballeros pobres, ni a los soldados que habían ayudado a ganar todo aquello...

El marqués se reservó el palacio de Bucoleón y el monasterio de Santa Sofía y las casas del patriarca, y los grandes señores se reservaron los más ricos palacios y las más ricas abadías que pudieron encontrar, pues después de haberse tomado la ciudad, no se hizo ningún daño, ni a ricos ni a pobres, y quien quiso quedarse se quedó y quien irse se fue, y se fueron los más ricos de la ciudad.

Se ordenó que todos los bienes se reunieran en una abadía que hay en la ciudad. Allí se llevaron las riquezas y fueron escogidos diez caballeros de los peregrinos y diez venecianos leales y se los puso de guardia...

Había allí ricas vajillas de oro y plata y paños de oro y joyas, y era una maravilla contemplar todo lo que ahí se había reunido, y jamás después de la instauración de este siglo se vio tanta riqueza, ni en tiempos de Alejandro, ni en tiempos de Carlomagno, ni antes, ni después.

En cuanto al palacio de Bucoleón, elegido por el marqués de Montferrato dice el cronista:

Había dentro de aquel palacio quinientas moradas [cuartos] comunicadas unas con otras, cubiertas de mosaicos de oro, y había treinta capillas, grandes y pequeñas. A una llamaban la Santa Capilla y era tan rica y tan hermosa que no tenía ni goznes ni fallebas de hierro, sino de plata. Y las columnas eran de jaspe y de pórfido o de ricas piedras preciosas. El pavimento de la capilla era de un mármol blanco transparente y claro que parecía un cristal, y la capilla era tan rica y tan noble que es difícil describirla... Dentro de la capilla había ricos relicarios, y allí se encontraron dos fragmentos de la Vera Cruz, tan grandes como la pierna de un hombre, y también estaba el hierro de la lanza con que atravesaron el costado de Nuestro Señor y los dos clavos con que le clavaron las manos y los pies...

El mismo testigo se demuestra inagotable en la descripción de las maravillas de la ciudad y a ellas mezcla el relato de muchas leyendas:

Había en la ciudad una puerta a la que llaman el Manto de Oro. Sobre la puerta había una esfera de oro hecha por medio de un encantamiento y dicen los griegos que mientras aquel globo permanezca allí no caerá sobre la ciudad ningún fuego de centella; sobre el globo había una estatua fundida en cobre que tenía un manto de oro, que extiende hacia adelante con su brazo, y tenía escrito un cartel que decía: "Todos los que viven en Constantinopla un año deben tener un manto de oro como yo."

Además, en la ciudad, hay otra puerta que llaman la Puerta de Oro. Sobre esa puerta hay dos elefantes fundidos en cobre, tan grandes que es una maravilla mirarlos. Esa puerta sólo se abre cuando el emperador vuelve de alguna batalla después de conquistar nuevas tierras. Dicen que cuando el emperador regresaba de las batallas en que había conquistado nuevas tierras, el clero de la ciudad salía en procesión en busca del emperador y le abría esta puerta, y le llevaban en un carro de oro, construido como un carro de cuatro ruedas y en medio tenía un alto sitio y sobre el sitio un trono y en torno al trono cuatro columnas que sostenían un dosel que daba sombra al trono y todo parecía de oro. El emperador se sentaba sobre el trono, coronado, y se lo transportaba en medio de gran regocijo hasta su palacio... Había además en la ciudad una maravilla aún mayor, pues hay dos columnas para rodear cada una de las cuales eran necesarios tres hombres, y cada una de ellas tenía cincuenta toesas de alto, y sobre cada una había una ermita, en unos pequeños habitáculos que allí hay, y había una puerta dentro de la columna para subir hasta allá. Por fuera estaban esculpidas y tenían escritas las profecías de todas las aventuras y conquistas que han sucedido a Constantinopla y las que han de sucederle. No se puede saber la aventura antes de que suceda, y cuando ha sucedido, las gentes van a verla y la ven y comprenden lo que ha pasado: la conquista que hicieron los francos está allí escrita y esculpida, con las naves con que asaltaron y tomaron la ciudad... Y se halló que estaba escrito sobre las naves esculpidas que desde Occidente vendrían gentes cubiertas con cotas de hierro que conquistarían Constantinopla.

Era necesario elegir otro emperador. Los barones convocaron al ejército. Cuenta Villehardouin:

Entonces convocaron a un parlamento y dijeron al resto del ejército lo que deseaban hacer y cómo se habían decidido y hablaron tanto que dijeron que tomarían otro día y que ese día elegirían los doce a quienes encargarían la elección. (...) Y llegó el día del parlamento en el que el parlamento se reunió, seis por una parte (los cruzados) y seis por otra (los venecianos) y juraron por los santos que elegirían bien y de buena fe a aquel que tanto necesitaban y que sería el mejor para gobernar el imperio. De ese modo eligieron los doce y el día fijado se reunieron en un magnífico palacio, donde el dux de Venecia se alojaba, uno de los más hermosos del mundo. Se reunió allí tanta gente como pocas veces se había visto en el mundo; todos querían ver al que fuera elegido. Convocaron a los doce que tenían a su cargo la elección y les hicieron entrar en una rica capilla que había dentro del palacio y cerraron las puertas por fuera para que nadie quedase con ellos, y los barones y caballeros permanecieron en un gran palacio que había afuera. Y el consejo duró hasta que encargaron que hablase en nombre de todos a Névelon, obispo de Soissons, que era uno de los doce. Salieron fuera, donde estaban los barones y también el dux de Venecia. Y debéis saber que se miró a muchos hombres, para saber cuál había sido la elección; y el obispo les dijo: "Señores, hemos resuelto, Dios mediante, elegir un emperador y vosotros todos habéis jurado que aquel que eligiésemos sería considerado como tal y que ninguno apoyaría a aquel que quisiese oponérsele. Lo nombraremos a la hora en que nació el Señor [*la proclamación se hacía a medianoche*]: es el conde Balduino de Flandes y de Hainaut. Hubo gritos de alegría en el palacio y lo llevaron a la catedral... Y se eligió el día de la coronación, tres semanas antes de la Pascua.

El modesto caballero Roberto de Clary describe, maravillado de asistir a una ceremonia tan resplandeciente, todos los detalles:

Llevaron al emperador a la catedral de Santa Sofía y cuando llegaron a la catedral le hicieron dar vuelta en torno y entraron en un cuarto. Allí lo desvistieron y descalzaron; le pusieron calzas bermejas y luego unos zapatos adornados de ricas pedrerías; luego lo revistieron con una espléndida cota con botones de oro por delante y por detrás, en las espaldas y el pecho. Luego lo vistieron con el palio: es una vestimenta que cae hasta los tobillos y por detrás es muy larga y la envuelven

en el brazo izquierdo. El palio es espléndido y noble y bordado con piedras preciosas.

Luego le pusieron un espléndido manto cargado de piedras preciosas, con águilas bordadas de ricas piedras que brillaban tanto que parecía que el manto despedía llamas.

Cuando lo hubieron vestido de aquel modo lo condujeron delante del altar. El conde Luis [*de Blois*] llevaba el estandarte imperial, el conde de Saint-Pol su espada y el marqués Bonifacio [*de Montferrato*] la corona, y dos obispos sostenían los brazos del marqués que llevaba la corona y otros dos obispos escoltaban al emperador; todos los barones estaban ricamente vestidos y no había ningún francés ni veneciano que no llevase ropas de terciopelo o de seda.

El emperador llega frente al altar y allí se arrodilla; le quitan el manto y luego el palio. Queda sólo con la cota. Desabrochan los botones de la cota, delante y detrás, y cuando el pecho queda al desnudo comienzan la unción. Luego de ungirlo cierran los botones de oro, vuelven a ponerle el palio y prenden una vez más el manto sobre sus hombros. Después de vestirlo, dos obispos toman la corona que está sobre el altar; los otros obispos se unen a ellos. Todos juntos toman la corona, la bendicen, la consagran y se la ponen en la cabeza. Luego le cuelgan del cuello una riquísima piedra que el emperador Manuel había pagado sesenta mil marcos.

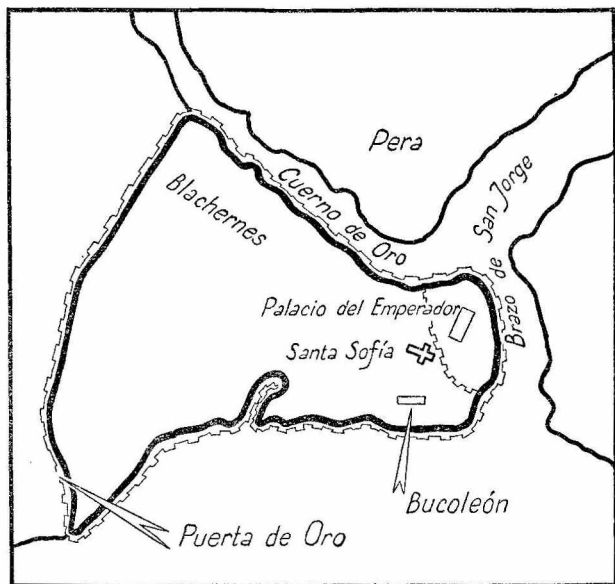
En seguida de coronarlo lo sientan en una alta silla y allí permanece mientras cantan la misa. En una mano tiene el cetro y en la otra un globo de oro con una pequeña cruz arriba. Los ornamentos que lleva sobre sí valen más que los tesoros de un rey poderoso. Terminada la misa le presentan un caballo blanco y, montado en el caballo blanco, los barones lo conducen a su palacio de Bucoleón y le hacen sentarse en el trono de Constantino. Allí, sentado en el trono de Constantino, recibe como emperador el homenaje de todos; y también los griegos que están allí lo honran como a su santo emperador.

La insólita ceremonia dio comienzo al Imperio latino de Constantinopla, que duró algo más de medio siglo, hasta 1261. El papa debió resignarse ante los hechos, pero en realidad era gravísimo que la Cruzada se volviese contra los mismos cristianos. Comenzaba así una era durante la cual el principal motivo de las expediciones a ultramar sería la ambición de los príncipes y señores o la codicia comercial de los mercaderes. Sólo las cruzadas de San Luis vivificarían la pureza original del espíritu con que se emprendieron las campañas de

los primeros tiempos de la Siria franca, volviendo al ideal que inspiró el llamado de Urbano II.

Pero no podemos abandonar a Roberto de Clary sin recordar la anécdota curiosa que cuenta al final de su relato:

Contaremos una aventura que le sucedió a monseñor Pedro de Bracheux. Fue cuando el emperador Enrique [*Enrique de Hainaut, sucesor de Balduino*] estaba en el ejército y Juan el Valaco y los cumanos [*población de Bulgaria*] llegaron a las tierras del emperador y acamparon a dos leguas o menos de las tierras del emperador. Habían oído hablar mucho de monseñor Pedro de Bracheux y de sus buenos caballos; y así fue como mandaron con un salvoconducto a un mensajero diciendo que querían hablar algún día con él. Entonces el señor don Pedro fue montando en un gran caballo y cuando llegó cerca del ejército y Juan el Valaco supo que llegaba, salió a su encuentro, acompañado por los grandes hombres de Valaquia; lo saludaron y le dieron la bienvenida y lo miraron con mucho trabajo pues era



Constantinopla

muy grande y le hablaron de una cosa y de otra. Hasta que le dijeron: "Señor, admiramos mucho vuestros caballos y nos admiramos más aún al pensar que siendo de tierras tan lejanas hayáis venido a este país... ¿No tenéis en vuestro país tierras que os hubiesen podido satisfacer?" Y el señor don Pedro les respondió: "¡Bah! ¿No habéis oído cómo fue destruida Troya la grande y de qué manera?" "Sí", respondieron los valacos y los cumanos, "lo hemos oído contar. Eso sucedió hace mucho tiempo." "¡Bah!", dijo el señor don Pedro. "Troya fue de nuestros antepasados y los que pudieron huir se fueron a radicar a las tierras de donde nosotros venimos, y porque ellos fueron nuestros antecesores, por eso venimos nosotros a conquistar sus tierras." Después de dicho esto se despidió y regresó al campamento.

FRANCISCO DE ASIS FRENTE A LOS MUROS DE DAMIETA

Durante el siglo XIII los Papas no cesaron de lanzar obstinados llamados a la cruzada. Parecería que muy pocos contemporáneos advirtieron el cambio que se había producido, sustituyendo la idea fundamental que había justificado la convocatoria de Urbano II — la reconquista de los Santos Lugares — por lo que sólo había sido un medio para lograr el fin: la guerra contra el Islam. Poco a poco, la defensa de los reinos latinos — abarcan también el imperio de Constantinopla conquistado a otros cristianos, con menosprecio hasta del mismo sentido de la cruzada — justifica el empleo de las armas. Era posible alegar, y eso es cierto, que aquellos reinos latinos podían ser utilizados en el futuro como base para la reconquista de Jerusalén. Pero lo notable es que nunca hubo tal conquista y sólo tendieron a ello las astucias, por vía diplomática, del emperador germánico Federico II.

Cuando Federico II de Hohenstaufen tomó la cruz en 1215, una gran esperanza animó al papado. Los predicadores se lanzaron con entusiasmo a exhortar a que se empuñase la cruz, siguiendo el ejemplo que daba uno de los más ilustres de sus colegas, Santiago de Vitry, obispo de Acre y luego autor de una Historia Orientalis que relata los hechos de los reinos latinos. La cruzada había sido convocada para el primero de junio de 1217. Una célebre carta de Santiago de Vitry, escrita en Génova en octubre de 1216, relata su viaje de regreso a Acre.

Cuando llegué a Lombardía sucedió que el diablo arrojó y precipitó en un torrente, rápido y profundo, mis armas, es decir, los libros con los que había decidido combatirlo y todas las otras cosas que necesitaba; aquel río, debido al deshielo, había aumentado el caudal de sus aguas y arrastró con su corriente rocas y puentes. Uno de mis cofres, lleno de libros, se hundió en las aguas del río; otro cofre, en el que llevaba un dedo de mi madre María de Oignies, sostuvo a mi mula, impidiéndole ahogarse. Y a pesar de que sólo había una probabilidad contra mil de poder salvarse, mi mula llegó sana y salva a la orilla, junto con el cofre. El otro cofre se halló por milagro, entre las raíces de unos árboles, y aunque los libros se mojaron se puede leer en ellos, lo que es aún más milagroso.

Cuenta los preparativos que ha hecho para la travesía propiamente dicha:

Arrendé en un navío nuevo, que todavía no tocó el mar y que han fabricado al precio de cuatro mil libras, cinco *loca* [*lugares*] y para mí y los míos en el castillo superior. Allí comeré, estudiaré mis libros y permaneceré durante el día, si no hay tempestad en el mar. Arrendé una cámara para dormir por la noche con mis compañeros, otra para poner mis ropas y los víveres necesarios para la semana; arrendé otra cámara donde dormirán mis servidores y donde prepararán mis alimentos; otro lugar para los caballos que llevo. Y por último, en la cala del navío, hice poner el pan, la galleta y la carne, y otras cosas más, que servirán para dos meses.

Cuando llegué de Francia, como era invierno y tenía que ponerme en camino muy pronto, y tenía poco tiempo para descansar y mucho trabajo, y estaba muy cansado, decidí descansar un poco para poder emprender mejor mi trabajo de ultramar, pues varios miles de cruzados han ido al otro lado del mar, y debo acogerlos y confortarlos. Me he propuesto predicar la palabra de Dios a los hombres de mi diócesis y a los de ultramar, antes de que llegue la gran muchedumbre [*de los cruzados*] y advertirlos y exhortarlos para que reciban bien a los peregrinos y se abstengan de los pecados para no arrastrar a los extranjeros al mal con su ejemplo. Cuando llegue la muchedumbre, estaré tan ocupado, que no podré dedicarme a las gentes de Acre, las cuales están especialmente confiadas a mi cuidado, de modo que debo hacerlo antes...

Me puse en camino hacia Génova. (...) Al llegar a esa ciudad, los ciudadanos que me habían recibido muy

bien, se apoderaron de mis caballos, quieras que no quieras, para partir al asalto de una fortaleza. Es costumbre de la ciudad, cuando parten hacia alguna expedición, apoderarse de los caballos que encuentran por el camino, sea quien fuere el dueño. Las mujeres permanecieron en la ciudad. Yo, entre tanto, hice lo que pude y prediqué la palabra de Dios a muchas mujeres y a algunos hombres. Numerosas mujeres nobles y ricas tomaron la cruz. Los hombres se habían llevado mis caballos y yo hice que sus mujeres tomaran la cruz. Eran tan fervientes y devotas que apenas si me dejaban un instante de reposo, desde el alba hasta la noche, y tenía que decirles palabras edificantes y también confesarlas. Cuando los ciudadanos regresaron de la expedición, al ver que sus mujeres e hijos habían tomado la cruz, luego de escuchar mi predicación, también ellos tomaron la cruz con mucho fervor y amor. Permanecí en la ciudad de Génova durante todo el mes de setiembre y a menudo prediqué los domingos y días de fiesta al pueblo de la ciudad. A pesar de que yo no conocía su lengua, miles de hombres se convirtieron a Dios y tomaron la cruz.

No quise volver [*a mi obispado de Acre*] sin haber defendido por doquier a los cruzados donde los oprimen con tributos y otras exacciones. Si no lo hiciera, no escucharían la palabra de mi predicación y en cambio me escupirían en la cara, por no haber sido capaz de protegerlos como les prometí en mis sermones.

Recordemos, para tener idea clara de lo que significaba la tarea de un predicador de la cruzada, que nadie estaba autorizado a predicarla sin haber tomado antes la cruz, y que debía haber leído el Corán y conocer la religión de Mahoma antes de encaminarse hacia Tierra Santa.

El rey de Jerusalén, Juan de Brienne, contando con el refuerzo de tropas que esperaba, inició una campaña contra Egipto y durante esa campaña inició el sitio de Damietta.

Los francos se apresuraron¹ a establecer el campamento y lo rodearon de fosos y trincheras, y luego emprendieron el ataque contra la torre de la cadena. Tenían muchos deseos de tomarla, pues era el único camino para poder abrir paso a sus grandes navíos hacia el interior del Egipto. Ocho catapultas no cesaban de arrojar piedras ni de día ni de noche; las piedras que arrojaban llegaban hasta Damietta. Constantemente se veía

¹ *Historia de los patriarcas de Alejandría.*

arrojar flechas y lanzas y muchísimos musulmanes perdieron la vida; el terror fue general. En muy poco tiempo abandonaron los poblados que rodean Damietta y la desolación se extendió hasta El Cairo.

Mientras tanto llegaron desde todas partes socorros a la ciudad. Malik-adil, que había permanecido en Siria, se apresuró a enviar todas las tropas disponibles. Egipto estaba entonces bajo la autoridad del hijo mayor, Malik-kamil. El príncipe acudió para ubicarse en los alrededores de Damietta, en la orilla oriental del Nilo. En aquel momento muchos musulmanes de El Cairo tomaron las armas; unos por espíritu religioso y otros porque los obligaron. Los ciudadanos principales entregaron cuantiosas sumas y reunieron algunas tropas. Era tan grande el temor que reinaba en ambas ciudades que comenzaron a hacer provisión de trigo, harina, bizcochos, arroz y otros alimentos; se hubiese dicho que el enemigo ya estaba a las puertas.

El viernes 28 de *buné* [23 de junio] los cristianos atacaron la torre de la cadena. Setenta barcas cubiertas de cuero a prueba de nafta y fuego griego avanzaron formadas con terrible despliegue. El ataque fue violento; pero no tuvo éxito. Hubo otro ataque el domingo 7 de *abib* [3 de julio]. Ese día los francos emplearon cuatro navíos coronados cada uno de ellos por una torre: tres destinadas a combatir la torre de la cadena y la cuarta contra la ciudad. El enemigo se esforzó lo más que pudo y estuvo a punto de triunfar. Habían alzado sus escalas cuando el mástil que sostenía una de las torres se quebró y todos los guerreros que estaban en ella cayeron al agua; la mayor parte se ahogó, abrumados por el peso de las armas. Aquello causó muchísima alegría a los musulmanes. En El Cairo y en el viejo Cairo lo festejaron con luminarias, y los habitantes celebraron lo sucedido con gran alegría. (...)

Mientras tanto prosiguieron los ataques contra la ciudad y la torre de la cadena. Cada día se efectuaba un nuevo asalto. Las piedras que arrojaban las máquinas de los cristianos eran de un prodigioso grosor; algunas pesaban trescientas libras de Egipto. Los francos fabricaron una especie de pontón al que ellos llamaban *marema*: lo forman dos o tres navíos unidos, amarrados unos a otros por medio de postes y tablas, de tal manera que parecería que fuese uno solo. Este estaba formado por dos naves; arriba había cuatro mástiles que sostenían una torre almenada, con parapetos, como las de las ciudadelas; había en lo alto un puente levadizo, que se alzaba y bajaba a voluntad, por medio de poleas. Todo se hacía para atacar la torre de la cadena. En el día fi-

jado los francos hicieron avanzar la marema y bajaron el puente levadizo. En pocos momentos se apoderaron del piso superior y poco después cayó el puente que unía la torre con la ciudad. Los musulmanes que habían quedado encerrados dentro de la torre — eran unos trescientos —, al verse sin recursos, entregaron las armas y fueron hechos prisioneros; algunos pocos intentaron arrojar al agua y salvarse a nado. Aquel día fue horrible. Los cristianos enarbolaron sus cruces y estandartes en lo alto de la torre, luego cerraron la puerta que enfrenta a Damietta, y por el otro lado construyeron un puente de barcas para unir la torre a su campamento. Habían transcurrido cuatro meses desde la llegada de los cristianos, cuando tomaron la torre de la cadena.

El éxito de aquella acción no fue debidamente explotado. El sultán de Egipto propuso que cesasen las hostilidades y ofreció a los cruzados, como precio para que se retirasen, la entrega de Jerusalén y Palestina. Era una oferta inesperada que debieron aceptar sin titubear, pero la rechazaron por influencia de un recién llegado, el cardenal legado Pelagio, que habría de convertirse en el mal espíritu de la expedición. Algunos historiadores modernos han intentado rehabilitarlo, pero aquel prelado testarudo y corto de entendimiento aspiraba a una sola victoria: la capitulación absoluta del Islam.

El Papa, escribe el autor de la *Historia de Heraclio*, mandó al ejército de Damietta a dos cardenales: el cardenal Roberto [de Courson] que era inglés y el cardenal Pelagio que era de Portugal. El cardenal Roberto murió y Pelagio vivió, lo cual fue en daño de todos, pues cometió muchos males.

Pelagio era de esos hombres que confunden tradición y vejez, de ese tipo de personas que pretenden aplicar al presente las fórmulas del pasado y para los cuales la fe es ante todo un problema de autoridad. En nuestra época hubiese sido un "integrista". Añadamos, para explicar el estado en que se hallaba el ejército, que la ofensiva contra Damietta se realizó con el fin y la esperanza de que el emperador Federico II, que desde hacía tres años era cruzado, acudiese con la ayuda que había prometido. Luego del rechazo de la inesperada proposición del sultán, la guerra prosiguió, contrariando el parecer de Juan de Brienne.

Un extraño cruzado aparece entonces en el campamen-

to de los sitiadores, junto a Damietta. Santiago de Vitry, que lo conoció, lo describe de la siguiente manera:

Vimos al primer fundador y maestro de esa orden, a quienes todos los otros obedecen como a prior; es un hombre simple e iletrado, amado de Dios y de los hombres; lo llaman hermano Francisco...

Este hermano Francisco, el Pobrecito de Asís, le inspiraba cierta desconfianza a Santiago de Vitry, pero sobre todo lo que lo inquietaba era su fundación.

Esa orden me parece muy peligrosa porque no sólo los perfectos sino también los jóvenes e imperfectos que tendrían que estar sometidos durante algún tiempo a la disciplina conventual para doblegarse y ser probados, salen de a dos a recorrer el mundo.

La presencia de Francisco de Asís en Damietta es muy significativa pues anuncia el advenimiento de una nueva forma asumida por el espíritu de caballería, y enfrentando al cardenal Pelagio, que se aferra a las soluciones caducas, surge la solución del mañana, aquella que el venerable Raimundo Lulio expondría admirablemente en sus escritos y a la cual consagraría su vida entera, para confirmarla con su sangre.

Y es entonces cuando se produce un episodio que asombra tanto a musulmanes como a cristianos.

El historiador Santiago de Vitry hace el siguiente relato:

Cuando el ejército cristiano llegó a Damietta, en la tierra de Egipto, armado con el escudo de la fe, el hermano Francisco, intrépido, (...) fue hacia el sultán de Egipto. Cuando estaba en camino los musulmanes se apoderaron de él y él les dijo: "Soy cristiano; conducidme al sitio donde está vuestro amo." Lo condujeron hasta allí, y la bestia feroz, al verlo, recuperó la dulzura del aspecto humano ante aquel hombre de Dios y escuchó con atención lo que le predicó sobre Cristo a él y a los suyos durante algunos días.

La crónica de Juan Elemosina da a entender que Francisco ofreció al sultán padecer en el fuego el juicio de Dios:

Cuentan que compareció delante del sultán y que éste le ofreció muchos regalos y tesoros y como el servidor de Dios los rechazó, le dijo: "Tomadlos y repartidlos en-

tre las iglesias y los pobres cristianos.” Pero el servidor de Cristo, despreciando los bienes de la tierra, los rechazó y dijo que la divina Providencia proveía a las necesidades de los pobres. Cuando el bienaventurado Francisco comenzó a predicar, ofreció entrar al fuego junto con un sacerdote sarraceno y probar de aquella manera que la ley de Cristo es verdadera. Pero el sultán le dijo: “Hermano, no creo que ningún sacerdote sarraceno quiera entrar al fuego por su fe.”

Después, temiendo que algunos de su ejército, por la eficacia de su palabra, se convirtiesen al Señor y pasasen al ejército cristiano, mandó que lo condujesen con todo cuidado y seguridad al campamento de los nuestros diciéndole como despedida: “Rogad por mí, para que Dios se digne revelarme cuál es la fe y la ley que más lo complacen.”

Los resultados de aquella primera incursión hecha por el hermano Francisco en medio de las filas enemigas durante el sitio de Damietta pertenecen a la historia de las misiones y no a la de las Cruzadas.

El asedio terminó en 1219, con la caída de Damietta. El acontecimiento tuvo mucha repercusión en el mundo islámico. Pero tampoco se obtuvo ningún resultado inmediato, debido a que el legado pontificio Pelagio pretendió dirigir él solo la expedición. Juan de Brienne, cansado e inquieto por las noticias que llegaban de Siria, donde se habían multiplicado las operaciones de represalia, regresó a Palestina. El ejército permaneció durante un año y medio inactivo. Pelagio, sin advertir nada a Juan de Brienne, pasado ese tiempo, mandó que el ejército se encaminase hacia El Cairo. Las condiciones eran desfavorables cuando se reanudó la lucha y, como era de esperar, la campaña acabó en un verdadero desastre. Los cruzados debieron contentarse canjeando su libre retirada con la entrega de Damietta.

LA TRISTE CRUZADA DEL EMPERADOR EXCOMULGADO

Los socorros prometidos por el Imperio romano germánico no llegaban nunca. Federico II demostraba cada vez menos prisa en tomar la cruz. Y por otra parte se apresuraba a apoderarse del título de rey de Jerusalén, casándose con Isabel, la hija de Juan de Brienne, heredera del reino (1225). Felipe de Novara relata las

circunstancias en que se realizó el matrimonio del emperador con la princesita de catorce años.

El matrimonio fue concertado por ambas partes; el emperador mandó aprestar y armar veinte galeras para que fuesen a Siria en busca de la doncella, reina de Jerusalén (...) y mandó caballeros y escuderos para que fuesen en las galeras y acompañasen a dicha señora, y el emperador envió hermosos regalos y hermosas joyas a la señora y a sus tíos [*Juan y Felipe de Ibelin*] y a los otros parientes. (...) Todos los barones y caballeros y la gente del pueblo y los burgueses mandaron hacerse ropas y otras cosas convenientes para festejar tan importante matrimonio y tan alta coronación y condujeron a la doncella hasta Tiro. Y allí la desposó [*por procuración*] y coronó el arzobispo de Tiro Simón, y la fiesta duró quince días, con torneos y danzas y otras fiestas. (...) Y llegado el día 8 de julio del año 1224 la reina subió a las galeras que el emperador le había enviado. Al partir, la reina Alicia, su hermana, reina de Chipre, y las otras damas, la acompañaron hasta el puerto, y llorando lágrimas, como quienes piensan que no volverán a verse nunca más, como así fue, se despidieron; y al partir la dicha Isabel miró la tierra y dijo: "A Dios os encomiendo, dulce Siria, que nunca más te volveré a ver", y profetizó, pues así fue.

Isabel murió tres años después al dar a luz un hijo, Conrado. Mientras tanto el emperador Federico II, quebrantando los compromisos que había contraído con Juan de Brienne, según los cuales debía entregar a éste la regencia mientras viviese, se había apropiado de la corona de Jerusalén.

Sólo en 1228 cumplió con su voto de cruzado, después de haber sido excomulgado por incumplimiento de ese mismo voto. Muy pobre cruzada, por otra parte, pues sólo llevó consigo 600 caballeros y algunos miles de soldados. Y para mayor absurdo, se apoderó, al pasar, de la isla de Chipre, arrebatándole el dominio a Juan de Ibelin, señor de Beirut, regente durante la minoridad del joven rey Enrique de Lusignan. La brutalidad que empleó ha quedado registrada en una crónica contemporánea, la Gesta de los Chipriotas, obra de Felipe de No-
vara.

Felipe II desembarca en Limasol o Limiso:

Envió cortesés cartas a monseñor de Beirut, que estaba en Nicosia, pidiéndole y rogándole, como a tío muy querido que era, que fuese a hablar con él y llevase con-

sigo al joven rey y a sus tres hijos y a todos sus amigos; y le mandó otras palabras que por gracia de Dios fueron proféticas, pues le decía que él y sus amigos y sus hijos adquirirían riquezas y honores con su venida. Y así fue, gracias a Dios, pero no por su voluntad de él.

El mensajero del emperador fue muy honrado en Nicosia [*donde estaba Juan de Ibelin*] y celebróse su llegada. El señor de Beirut convocó a sus amigos y pidió-les consejo sobre lo que debía hacer con el joven rey Enrique y lo que él mismo debía hacer. Todos a una estuvieron de acuerdo en decir que ni él, ni sus hijos se entregasen en poder del emperador, ni le llevasen al rey su señor, pues las malas obras del emperador eran muy conocidas y muchas veces había encubierto con dulces palabras hechos horribles y duros. Y le aconsejaron que se disculpase de cualquier forma, diciendo que él y sus amigos y los barones de Chipre se preparaban activamente para ir con él a Siria, al servicio de Dios. (...) Pues en Siria estaban el Temple y el Hospital y otras buenas gentes que querían el bien y la paz, y el emperador no podría hacer lo que le diese la gana. El señor de Beirut respondió diciendo que lo aconsejaban leal y amigablemente, pero que era mejor morir y sufrir lo que Dios tuviese dispuesto, que consentir en que por él, y por su linaje o por las gentes de ultramar no se cumpliese con el servicio de Dios y la conquista del Reino de Jerusalén y de Chipre, pues no quería traicionar a Nuestro Señor y que pudiesen decir por los siglos: "El emperador de Roma cruzó el mar con grandes esfuerzos y todo lo conquistó, pero el señor de Beirut y los otros desleales de ultramar amaron más a los sarracenos que a los cristianos y por eso se apartaron del emperador y no quisieron que fuese liberada la Tierra Santa."

Juan de Ibelin, junto con su séquito, parte en busca del emperador.

Este los recibió con grandes festejos y con rostro alegre y le pareció que sus enemigos se habían equivocado. Dio vestidos de escarlata a los que estaban vestidos de negro. [*Los Ibelin llevaban luto por uno de ellos, Felipe, muerto poco tiempo antes.*] Y también joyas, y les rogó que todos fuesen a comer con él al día siguiente. Pusiéronse las ropas rápidamente y al día siguiente por la mañana estaban todos vestidos de escarlata delante del emperador.

Esa misma noche aquél hizo abrir secretamente una puerta en el muro de un cuarto que daba al jardín, en la bella morada donde se albergaba, que Felipe [*de Ibe-*

lin] había construido en Limasol; por aquella falsa porterna hizo entrar en secreto tres mil hombres armados, entre soldados, ballesteros y hombres de mar, y casi toda la guarnición de sus naves entró por allí; se distribuyeron por los establos y los cuartos, y cerraron las puertas, esperando que llegase la hora de comer, que las mesas estuviesen tendidas y que se hubiese servido el agua.

El emperador hizo sentar junto a él al señor de Beirut y al condestable de Chipre, mientras los dos hijos de Juan de Ibelin servían, el uno la copa y el otro la escudilla, uno como copero y el otro como escudero trinchante, de acuerdo con la usanza de aquel tiempo, en que servían la mesa los jóvenes señores de los séquitos principescos.

Después de haberse servido los últimos platos, los hombres de armas que estaban ocultos entraron en el salón y se pusieron delante de las puertas. Los chipriotas no dijeron una palabra y se esforzaron en conservar buen semblante. Entonces el emperador se desenmascaró y, dirigiéndose al señor de Beirut, le dijo:

“Os exijo dos cosas: primero (...) que me entreguéis la ciudad de Beirut, pues no la poseéis ni la conserváis por derecho. En segundo lugar, tendréis que entregarme todo cuanto el bailiato de Chipre os ha dado luego de la muerte del rey Hugo, o sea la renta de diez años, pues es mi derecho de acuerdo con el uso de Alemania.”

El señor de Beirut respondió: “Señor, creo que os chanceáis y os burláis de mí; o bien puede ser que algunas malas personas os han aconsejado que me las exijáis, y esas personas me odian, y por eso os lo han sugerido. Pero si Dios lo permite, vos sois tan buen señor y tan prudente que advertiréis que nosotros os podemos servir y lo haremos de buena gana y no les creeréis.” El emperador se llevó la mano a la cabeza y dijo: “Por esta cabeza que ha llevado muchas veces la corona, yo haré lo que me plazca y obtendré las dos cosas que os he pedido, o vos seréis mi prisionero.” Entonces se puso de pie el señor de Beirut y dijo con altanería y muy buen rostro: “Tuve y tengo Beirut por mi derecho, y mi señora la reina Isabel, que fue mi hermana y legítima heredera del reino de Jerusalén, me entregó Beirut cuando la Cristiandad la recuperó, tan abatida y desguarnecida, que el Temple y el Hospital y los barones de Siria la rechazaron; y yo la fortifiqué y mantuve con las limosnas de la Cristiandad y mi trabajo y todos los días le he

consagrado lo que recibía en Chipre y en otras partes. Si vos decís que la poseo sin razón, os daré razones y derechos ante la corte del reino de Jerusalén. En cuanto a lo que decís de las rentas del bailiato de Chipre, jamás he recibido ninguna y mi hermano sólo fue baile de la cruz y del trabajo y del gobierno del reino; pero la reina Alicia, mi sobrina, ha tenido las rentas y ha hecho de ellas lo que ha querido, como quien posee derecho al bailiaje y como se usa entre nosotros... Y tened por cierto que ni el temor a la muerte o a la prisión me obligarán a hacer nada, al menos que el juicio de una corte buena y leal no me lo mande.”

El emperador se indignó, y juró y amenazó, y por último dijo: “Muchas veces oí que me dijeron, cuando estaba del otro lado del mar, hace ya mucho tiempo, que vuestras palabras son muy hermosas y cumplidas y que sois prudente y sutil en palabras, pero yo os demostraré que todas vuestras argucias y vuestra sutileza y vuestras palabras nada pueden contra mi fuerza.”

El señor de Beirut respondió de tal manera que todos los que allí estaban se maravillaron y sus amigos sintieron temor. Esta fue su respuesta: “Señor, vos habéis oído hablar de mis palabras y yo también he oído hablar de vuestras obras, y cuando me preparaba a venir hacia aquí, mi consejo me dijo todo cuanto ahora estáis haciendo. Y no quise escuchar a nadie; no porque dudase, pues vine a sabiendas de lo que podía suceder, queriendo antes ser encarcelado por vos o muerto que puedan decir o creer que la necesidad de Nuestro Señor y la conquista de la Tierra Santa han sido descuidadas por mí, o por mi linaje o por los de la tierra donde yo estoy... Lo dije a mi consejo cuando partí de Nicosia, y partí pensando en que padecería todo cuanto pudiese suceder por amor de Nuestro Señor que padeció por nosotros y nos salvó por su voluntad. Y si es su voluntad y quiere que muramos o seamos encarcelados, yo se lo agradezco, y a El me encomiendo.” Entonces se calló y se sentó.

El emperador estaba indignado y cambió muchas veces de color y las gentes miraban al señor de Beirut y le dirigían palabras y amenazas, y entonces las gentes religiosas y otras buenas personas intentaron conciliarlos, pero ninguno logró que el señor de Beirut renunciase a lo que había dicho que haría. En cuanto al emperador, proseguía profiriendo extrañas y peligrosas exigencias.

Convinieron de común acuerdo en que acudirían a la corte del Reino de Jerusalén. El emperador pidió como

rehenes a los dos hijos de Juan, Balian y Balduino de Ibelin y los hizo encadenar con una cruz de hierro a la que estaban tan estrechamente ligados que no podían doblar ni los brazos ni las piernas, y de noche ponían a otras personas aherrojadas junto con ellos.

Más adelante, dos señores, Anseau de Brie y el sobrino de Juan, valientes y vigorosos, le dijeron: "Señor, id al emperador y llevadnos con vos y cada uno llevará un cuchillo escondido entre sus ropas; cuando lleguemos junto a él, lo mataremos, y nuestras gentes permanecerán junto a las puertas, con los caballos y bien armados. Cuando hayamos dado muerte al emperador nadie se moverá y podremos socorrer a nuestros primos." El señor de Beirut se indignó y amenazó con golpearlos y matarlos si volvían a decirle lo que le habían dicho y les dijo que si tal hacían se deshonrarían para siempre y toda la Cristiandad exclamaría: «Los traidores de ultramar han asesinado a su señor emperador». Y cuando él esté muerto y nosotros vivos y sanos, nuestro derecho habrá desaparecido y la verdad no podrá ser creída. El es mi señor; haga lo que hiciere, nosotros conservaremos nuestra fe y nuestro honor."

Entonces partió el señor de Beirut. Hubo un gran tumulto cuando dejó el campamento. El emperador escuchó los gritos y tuvo mucho miedo y partió de la mansión del Hospital que estaba cerca de sus naves...

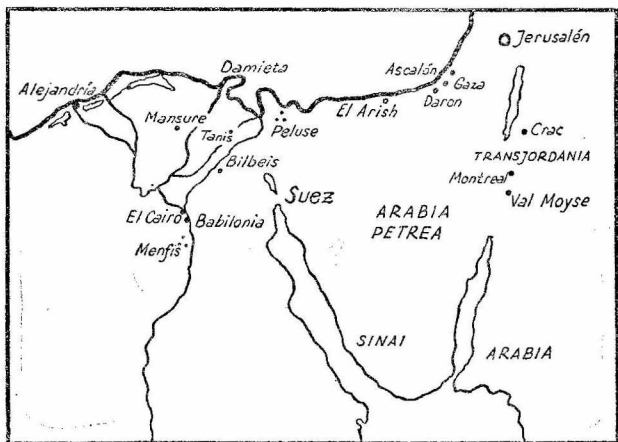
El emperador y toda su flota se alejaron de Chipre una tarde, casi de noche, y aquella misma noche el viejo príncipe de Antioquía escapó y se refugió en un castillo que llaman Nephin. Dio gracias a Dios por haber escapado del emperador, pues había llegado a Chipre después de que el señor de Beirut había hecho la paz y el emperador lo había requerido para que mandase a todos los hombres de la liga de Antioquía y de Trípoli que le hiciesen homenaje de fidelidad, como lo habían hecho los hombres de Chipre. El príncipe se dio por muerto y desheredado y entonces se fingió enfermo y mudo, y gritaba con mucha fuerza: "Ah, ah, ah", y así hizo hasta que hubo partido de allí. Pero en cuanto llegó a Nephin se curó.

Las patéticas escenas de Chipre tuvieron como epílogo un final de comedia: el viejo príncipe de Antioquía haciéndose pasar por un anciano chocho engañó al emperador.

Entretanto la cruzada de Federico II iba presentándose cada vez peor. Primero se había enemistado con los señores de ultramar; estaba excomulgado por el Papa,

lo que le quitaba el apoyo de los caballeros del Temple y del Hospital, y por último, había descontado el apoyo del sultán de Egipto, Malik-al-Kamil, el cual, a su vez, disgustado con su hermano Al-Muazzam, sultán de Damasco, había llamado en su ayuda a las tropas imperiales. Pero a lo largo del tiempo transcurrido entre la fecha en que Federico había hecho su voto de cruzado y la realización de la cruzada, Al-Muazzam había muerto, y el nuevo sultán de Damasco, el joven Al-Nazir, ya no era un adversario temible para el sultán de Egipto, y el emperador quedaba solo y aislado en aquellas tierras. Fue entonces cuando escribió a Al-Kamil una carta suplicante:

“Soy tu amigo. No ignoras cómo estoy por encima de todos los príncipes de Occidente. Tú me comprometiste para que viniese; los reyes y los papas conocen mi viaje. Si yo llegase a regresar sin haber obtenido nada, perderé toda consideración a sus ojos. Y después de todo, ¿no ha dado origen a la religión cristiana esa ciudad de Jerusalén que vosotros habéis destruido? Hoy yace en la última miseria. Te ruego que me la entregues tal cual está, para que pueda, al volver, presentarme con la cabeza alta ante los reyes. Renuncio desde ya a cualquier otra ventaja que pudiese obtener.”



Egipto

Después de una demostración militar durante la cual los templarios y hospitalarios siguieron a cierta distancia al pequeño ejército del emperador excomulgado, al cual su inferioridad numérica ponía en gran peligro, las negociaciones finalizaron con el tratado de Jaffa, en 1229. Al-Kamil entregó a los cristianos las tres ciudades santas: Jerusalén, Belén y Nazaret, junto con un "corredor" que permitía llegar hasta ellas por Lida, Ramleh y Emaús.

Parecería que de ese modo se habían logrado los fines deseados por la Cristiandad, pero en realidad el tratado no contentó a nadie. Al sultán Al-Kamil "le reprocharon unánimemente haber obrado de aquel modo y todo el país juzgó severamente su conducta", según cuenta el historiador árabe Maqurizí. En cuanto a los cristianos, achacaron al tratado de Jaffa el haber dejado sin puntualizar un tema tan importante como la reconstrucción de los muros de Jerusalén. Y en efecto, pocos años después, una razzia demostró la justeza de aquella observación, provocando una cantidad de víctimas entre la población de la Ciudad Santa, indefensa ante los ataques de los bandidos. En 1244, un ataque de los kharismianos arrebató definitivamente de manos de la Cristiandad la ciudad de Jerusalén. En cuanto al emperador Federico, que llegó hasta la Ciudad Santa con la intención de ser coronado en ella como el patriarca se negase a asistir a la ceremonia debido a la excomunión que pesaba sobre él, tomó él mismo la corona que estaba sobre el Santo Sepulcro y la puso sobre su cabeza en presencia del gran maestre de la orden de los Caballeros Teutónicos, Germán de Salza, el único representante del poder religioso que permaneció a su lado. Luego atacó la casa de los templarios en San Juan de Acre y al mismo tiempo dirigió otro contra Chatel-Pèlerin, uno de los castillos que pertenecían a los caballeros. Hizo cuanto pudo para que la Siria franca pasase al poder de los señores alemanes y de la Orden Teutónica. Después se embarcó en Acre el primero de mayo de 1229. Veamos cómo lo hizo:

Partió cobardemente. El emperador preparó su partida en secreto y el primer día del mes de mayo, antes del alba, sin que ninguno lo supiese, se encaminó hacia una galera que estaba fondeada frente al matadero. Entonces sucedió que los carniceros de aquella calle lo persiguieron y le arrojaron tripas y suciedades de muy mala manera. El señor de Beirut y el señor don Eudes de Montbéliard oyeron el tumulto y acudieron al lugar y los detuvieron y apartaron a los hombres y a las mu-

jeros que lo habían atacado y le gritaron desde tierra, a donde él estaba, en su galera, que lo encomendaban a Dios. El emperador les respondió en voz muy baja, y no se supo si les respondió bien o mal... Así partió de Acre el emperador odiado, cobarde y maldito.

SAN LUIS

La cruzada de Federico II y el intento de someter los reinos de ultramar al imperio germánico provocaron innumerables divisiones en la Siria franca. La pérdida de Jerusalén terminó por desorganizar casi definitivamente la Cristiandad de ultramar y en realidad parecía acercarse a su fin cuando San Luis decidió tomar la cruz en diciembre de 1244.

Con él revivió en toda su pureza el espíritu de la primera cruzada y es extraño contemplar cómo antes de desaparecer para siempre el deseo de la reconquista de la Tierra Santa por medio de las armas, florece, recuperando el "recto sentido", en la persona de un cruzado místico, cuya lealtad absoluta despertó la admiración de sus mismos enemigos y para el cual el voto de la cruzada significaba ante todo la oblación de sí mismo.

Sabemos algo de todos los cuidados que San Luis dedicó a la preparación de la expedición. El rey, al ver que no poseía un puerto para embarcarse en el Mediterráneo, comenzó por hacer edificar uno; de ese modo nació Aigues-Mortes, cuyo origen no es otro que la cruzada, y que ha permanecido hasta nuestros días como un magnífico testimonio de la actividad real, y quizá el más fiel, pues sus murallas nunca debieron soportar ningún sitio y nos ofrecen todavía hoy el ejemplo más perfecto de una ciudad del siglo XIII. San Luis estimuló la fundación concediendo a los habitantes las franquicias y privilegios que por lo general se acordaban a los burgueses de las nuevas ciudades, y dedicó la misma preocupación a los preparativos para el reabastecimiento del ejército.

Encontramos en Chipre cantidades de provisiones del rey, o sea las despensas, las arras y los graneros. Las despensas del rey eran tan grandes que las gentes habían hecho en medio del campamento junto a la orilla del mar, grandes montones de toneles de vino que habían comprado dos años antes de que llegase el rey; y los pusieron unos arriba de otros, y cuando se los veía desde le-

jos parecían granjas. El trigo candeal y la cebada los amontonaron en medio del campo y cuando se los veía desde lejos parecían montañas; porque la lluvia que cayó sobre el trigo largo tiempo lo había hecho brotar por arriba y sólo se veía la hierba verde. Pero cuando hubo que llevarlo a Egipto, se quitó la corteza de arriba con la hierba verde, y se halló que el trigo candeal y la cebada estaban tan frescos como si los hubiesen aventado poco tiempo antes.

El rey llevó consigo, en la expedición, zapadores, carpinteros y constructores de balistas, al mando de maese Jocelin de Cournault. Durante la campaña pudieron demostrar sus habilidades construyendo puentes y malecones en los brazos del Nilo. Todo ese despliegue y preocupación técnicos permitió que se pudiese decir de aquélla que fue una cruzada de ingenieros.

Con el rey se cruzaron numerosos barones franceses, y entre otros, el senescal de Champagne, Juan de Joinville, que algunos años más tarde relataría la expedición, a lo largo de la cual iba a nacer una sólida amistad entre el rey y él, pues a ambos los impulsaba el mismo espíritu caballeresco que habrían de conducir hasta su más alta expresión. El testimonio de Joinville tiene el interés de ser expresión de alguien que estaba en un todo de acuerdo, con la personalidad del santo que evoca. Los unía una profunda "simpatía".

Joinville se embarcó en Marsella. El relato de su partida es muy conocido, pero también es demasiado hermoso como para privarnos de volver a leerlo:

En el mes de agosto entramos con nuestros navíos en la Peña de Marsella.

El día que entramos con nuestros navíos se abrió la puerta del navío y metieron dentro nuestros caballos, para llevarlos al otro lado del mar, y luego cerraron la puerta y la aseguraron bien, como cuando se ajusta un tonel, pues cuando el navío está en el mar, toda la puerta queda bajo el agua.

Cuando los caballos estuvieron dentro, nuestro maestre marinero gritó a sus marineros que estaban en la proa del navío y les dijo: "¿Estáis listos?" Y ellos le respondieron: "Sí, señor, que los clérigos y los sacerdotes vengan." Y cuando llegaron, les gritó: "¡Cantad, en nombre de Dios!" Y ellos comenzaron a cantar a una sola voz: "Veni, Creator Spiritus." Y el maestre gritó a sus marineros: "¡Izad las velas, en nombre de Dios!" Y así lo hicieron.

Y poco después el viento infló las velas y nos quitó

de la vista la tierra, y sólo vimos cielo y agua, y a cada día que pasaba el viento nos alejaba cada vez más de los países donde nacimos.

Y con esto os demuestro que es un loco temerario el que osare ponerse en tales peligros con los bienes de otro o en pecado mortal; pues se duerme por la noche y no sabe si se hallará en el fondo del mar a la mañana siguiente.

La carta de un cruzado a uno de sus amigos describe los acontecimientos que siguieron al embarque del rey en Aigues-Mortes.

Os hago saber que el rey y la reina, el conde de Artois, el conde de Anjou y su mujer y yo estamos muy alegres delante de la ciudad de Damieta, que Dios, por milagro, por su misericordia y por su piedad, devolvió a la Cristiandad el domingo de la quincena de Pentecostés.

Y ahora os contaré cómo sucedió. El rey y el ejército de la Cristiandad se embarcaron en las naves en Aigues-Mortes y nos hicimos a la vela el día de la fiesta de San Agustín, a fines de agosto (1248), y llegamos a la isla de Chipre quince días antes de la fiesta de San Remigio, es decir, el día de la fiesta de San Lamberto. El conde de Anjou descendió en la ciudad de Limasol, y el rey y nosotros, que estábamos con él en su navío, llamado Montjoie, descendimos al día siguiente muy de mañana, y el conde de Artois estaba en la tercera en el mismo puerto. Llegamos a la ciudad con muy poca gente y permanecemos ahí hasta la Ascensión esperando a las tropas que todavía no habían llegado.

Luego el rey y toda la tropa armada que alcanzaba a 2.500 caballeros y 5.000 ballesteros y muchas otras personas a pie y a caballo, entraron en las naves y se hicieron a la mar en Limasol y en otros puertos de Chipre el día de la Ascensión, que fue el trece de mayo, para ir hacia la ciudad de Damieta, que no queda más que a tres jornadas de Chipre. Estuvimos en el mar veintidós días y padecimos muchas dificultades y contrariedades en el mar.

El viernes después de Trinidad, hacia la hora tercia, llegamos frente a Damieta y gran parte de la flota llegó con nosotros, aunque no estaba toda. Faltaban tres leguas para llegar a tierra. El rey hizo anclar la flota y llamó a todos los barones. Se reunieron todos en Montjoie, la nave del rey, y decidieron que desembarcarían al día siguiente muy de mañana, aun cuando los enemigos intentasen impedirlo. Ordenóse que se aparejasen todas las galeras y las pequeñas barcas de la flota y

que a la mañana siguiente cuantos cupiesen en ellas que entrasen. Se dijo que cada uno se confesase y se preparara e hiciese testamento y arreglase bien sus asuntos como para morir si así lo quería Nuestro Señor Jesucristo.

Sin duda fue en ese momento cuando San Luis pronunció aquel admirable discurso conservado en otra carta:

Mis fieles amigos, seremos invencibles si permanecemos inseparables en la caridad. No sin el divino consentimiento hemos llegado hasta aquí, para desembarcar en un país poderosamente defendido. Yo no soy el rey de Francia, ni tampoco soy la santa Iglesia; vosotros sois lo uno y lo otro. Sólo soy un hombre cuya vida terminará como la de los otros hombres, cuando Dios lo quiera. Cualquier cosa que nos suceda será para nuestro bien. Si nos vencen, seremos mártires; si triunfamos, será ensalzada la gloria de Dios, también la de Francia y la de la Cristiandad.

Carta de Juan Sarraceno:

Al día siguiente muy de mañana, el rey asistió al oficio de Nuestro Señor y a la misa como se hace en alta mar, y se armó y mandó que todos se armasen y entraran en las barcas pequeñas. El rey entró en un coche de Normandía [*barca liviana redondeada en la popa y en la proa*] y nosotros y nuestra compañía con nosotros y también el legado que llevaba la Vera Cruz y bendecía a las gentes armadas que entraban a las barcas para desembarcar. El rey mandó que entrasen en la chalupa monseñor Juan de Beaumont, Mateo de Marly y Geoffroy de Sergines, y puso la oriflama de monseñor San Dionisio con ellos. La chalupa iba delante y todas las otras barcas iban detrás y siguieron la oriflama, el coche donde estaba el rey y el legado junto a él, portador de la Vera Cruz, y nosotros estábamos detrás de ellos.

Cuando nos acercamos a un tiro de ballesta de la orilla, muchos turcos de a pie y de a caballo muy bien armados, que estaban delante de nosotros en la orilla, dispararon sobre nosotros y nosotros sobre ellos. Y cuando nos aproximamos a la tierra, unos dos mil turcos que estaban allí, a pie o a caballo, entraron al mar para atacarnos y también otros de a pie. Cuando los que estaban bien armados en las barcas, y también los caballeros vieron aquello, dejaron de seguir la oriflama de monse-

ñor San Dionisio, y entraron al mar con sus armas, y el agua les llegaba a unos hasta los sobacos y a otros hasta las tetillas; a unos más y a otros menos, pues el mar era más profundo en unas partes y en otras menos. Muchos de los nuestros arrastraron sus caballos con gran peligro, trabajo y dificultad fuera de las barcas donde estaban; nuestros ballesteros acudieron y tiraron tanto y en tanta cantidad que era una maravilla verlo. Entonces nuestras gentes se precipitaron a tierra y llegaron hasta ahí. Cuando los otros vieron lo que sucedía, reuniéronse y hablaron en su lengua y nos atacaron con tanto ímpetu y brío que pareció que nos habrían de matar y vencer. Pero los nuestros se mantuvieron en la orilla y combatieron con tanto vigor que parecía que jamás hubiesen sufrido ni los trabajos ni las angustias del mar por virtud de Jesucristo y de la Santa Cruz que el legado sostenía detrás de su jefe contra los infieles.

Cuando el rey vio saltar a los otros y entrar en el mar, quiso descender junto con ellos, pero intentaron impedirselo, y descendió a pesar de la oposición de los que quisieron impedirselo, y entró en el mar hasta la cintura, y todos nosotros con él. Luego que el rey descendió al mar la batalla duró mucho tiempo. Cuando la batalla duraba ya, por mar y por tierra, desde la mañana a mediodía, los turcos se replegaron y entraron en Damietta. El rey permaneció en la orilla junto con el ejército de la Cristiandad. No perdió en aquella batalla casi ningún cristiano. Turcos murieron unos quinientos y muchos caballos. Cuatro almirantes murieron. El rey que había mandado las tropas que vencieron a los condes de Bar y de Montfort, en la batalla cerca de Gaza, murió en esa batalla. Dicen que era el más grande señor de toda la tierra de Egipto después del sultán, y que era buen caballero, valiente y prudente en la guerra. Al día siguiente, es decir, el domingo después de Pentecostés, por la mañana, llegaron algunos sarracenos para ver al rey y dijeron que todos los otros sarracenos habían abandonado la ciudad de Damietta, y que los colgasen si no era verdad lo que decían. El rey los hizo detener y envió algunas personas para que comprobasen si era verdad lo que decían. Antes de la hora nona llegaron noticias al rey de que muchos de los nuestros habían entrado ya a la ciudad de Damietta y que la bandera del rey flameaba en lo alto de una torre. Cuando los nuestros lo supieron alabaron a Dios y le agradecieron por la gran bondad que había manifestado hacia los cristianos, pues la ciudad de Damietta tenía muy fuertes muros y fosos, y grandes y poderosas torres, con barbacanas y armas y abastecimiento y todo lo necesario para defender una

ciudad, por lo cual parecía imposible que hubiese sido tomada, pues habían pensado que les costaría mucho hacerlo, después de grandes trabajos y pérdida de gente. Los nuestros la hallaron bien abastecida de todo lo que necesitaban.

Se encontraron adentro, en la prisión, 53 esclavos cristianos que habían estado allí, dijeron, 22 años; los libertaron y llevaron a presencia del rey. Dijeron que los sarracenos habían comenzado a huir el sábado a la noche y se decían unos a otros: "Ha llegado el chanchito." Se hallaron no recuerdo qué cantidad de sirios cristianos que vivían allí sometidos a los turcos. Cuando vieron que los cristianos entraban en la ciudad, tomaron sus cruces y las llevaron fuera y por eso quedaron libres: se les dejaron sus casas y lo que tenían adentro después de que hablaron con el rey y el legado.

El rey y el ejército armaron el campamento y se alojaron dentro de la ciudadela de Damietta. Al día siguiente, día de la fiesta de San Bernabé apóstol, el rey fue el primero en entrar en Damietta y mandó quitar lo que había en la mezquita más grande de la ciudad, y de todas las otras, y la convirtió en iglesia en honor de Nuestro Señor Jesucristo.

Creemos que no podremos dejar la ciudad antes de la fiesta de Todos los Santos, por la creciente del río del Paraíso que corre por allí, al que llaman el Nilo; pues no se puede ir a Alejandría, ni a Babilonia, ni a El Cairo cuando se derrama por la tierra de Egipto, y dicen que no bajará antes de esos días, y por ello nos vemos obligados a permanecer en la tierra de Egipto. Nada sabemos del sultán de Babilonia y dicen al rey que otros sultanes le harán guerra y desde que Dios nos entregó la ciudad, no hemos visto cerca de nuestro ejército a nadie, fuera de algunos beduinos sarracenos que algunas veces llegan a dos leguas de nuestro ejército y cuando nuestros ballesteros se aprestan para arrojarles algunos tiros, ellos huyen. Los mismos vuelven de noche para robar caballos y cortar las cabezas de nuestra gente, y se dice que el sultán da diez besantes por cabeza de cristiano que se le lleve. Por eso los sarracenos cortan las cabezas de los ahorcados y desentierran los cuerpos, para poder hallar cabezas para llevar al sultán, según lo que cuentan. A un beduino que venía solo lo aprehendieron y todavía está aquí con nosotros. Pueden comer esas tropelías, pues si bien el rey y la reina y una parte de sus bienes están en el palacio y los lugares fortificados que pertenecieron al sultán de Babilonia, y también el legado se aloja en las salas y los lugares fortificados que pertenecieron al jefe que murió en la batalla,

y los barones tienen grandes y hermosas casas en la ciudad de Damietta, de acuerdo con sus rangos, el grueso del ejército de la Cristiandad, del rey del legado, se aloja fuera de la ciudad. Debido a las correrías de los beduinos los cristianos han empezado a cavar en su campamento fosos profundos y anchos, pero todavía no están terminados.

El extraordinario éxito obtenido — los compañeros de Juan de Brienne tardaron tres años en apoderarse de Damietta — no tuvo los resultados que podían esperarse. El tiempo que se perdió en esperar refuerzos permitió al ejército egipcio reorganizar sus fuerzas y además, los cruzados en lugar de dirigirse hacia Alejandría y apoderarse del litoral, siguiendo el consejo de Roberto de Artois, que ejerció una influencia nefasta sobre toda la expedición, se encaminaron hacia El Cairo. Debieron detenerse algún tiempo junto al Bahr-es-Séguir, uno de los brazos del Nilo, y allí soportaron el ataque con fuego griego del ejército egipcio, congregado en la otra orilla. Dice Joinville:

El fuego griego que arrojaban era tan grande como un tonel de muérdago y la cresta de fuego que asomaba tenía el grosor de una espada ancha... Al caer hacía tanto ruido que parecía un relámpago del cielo; parecía un dragón que volaba por el aire. Y era tanta la claridad que daba que en el ejército se veía como si fuese de día claro. (...) Cada vez que nuestro santo rey oía que nos arrojaban el fuego griego, se levantaba de su lecho y tendía las manos hacia Nuestro Señor y decía en medio de sus lágrimas: "Buen Señor Dios, protege a mi gente." Creo de verdad que sus oraciones fueron para nosotros una gran ayuda.

El ejército pudo atravesar el río por un vado que indicó un beduino.

Prosigue Joinville:

El rey convocó a todos los barones para celebrar consejo. Estuvieron todos de acuerdo en decir que no podían hacer ninguna calzada para atravesar, pues no sabían por dónde salir mientras los sarracenos salían por cualquier parte. Entonces el condestable, monseñor Imbert de Beaujeu, dijo al rey que había venido un beduino a decir que podría indicar un vado, con tal de que le diesen quinientos besantes. El rey dijo que él consentía en que se los diesen, siempre que cumpliese con lo que había prometido. El condestable habló con el beduino y éste dijo

que él no enseñaría el vado si antes no le daban el dinero. Se le dijo que se le daría el dinero y así se hizo.

El rey decidió que el duque de Borgoña y los otros hombres de ultramar que estaban en el ejército vigilarían el paso de las tropas para que no les hiciesen ningún daño; y que él mismo, junto con sus tres hermanos, cruzaría el vado por donde el beduino había indicado. Todo esto se realizó y se decidió comenzar el día del comienzo de la cuaresma [8 de febrero de 1250]. (...) Se ordenó que el Temple formaría la vanguardia y el conde de Artois tendría la segunda batalla después del Temple.

Pero aquellas órdenes prudentes fueron desbaratadas por la temeridad del mismo conde de Artois, hermano de San Luis.

Roberto de Artois representa el espíritu caballeresco en el comienzo de su decadencia — la temeridad se convierte en locura, y la acción llega a los extremos de un individualismo exacerbado — que a través de los siglos XIV y XV se desbarrancaría en un verdadero desastre.

En cuanto el conde de Artois cruzó el río, él y sus gentes se lanzaron sobre los turcos, que comenzaron a huir. Los templarios les dijeron que los afrentaban pasando delante de ellos cuando tenían que ir detrás, y les rogaban que los dejaran pasar a la primera fila, como lo había mandado el rey.

El conde de Artois no pudo decirles una palabra porque monseñor Foucaud du Merle sostenía el freno de su caballo, y este Foucaud du Merle, que era muy buen caballero, no oía nada de lo que los templarios decían al conde, pues era sordo, y gritaba: "¡A ellos! ¡A ellos!"

Al ver esto los templarios pensaron que quedarían deshonrados si permitían que el conde de Artois se les adelantase; clavaron sus espuelas y quién más quién menos, como mejor pudieron, persiguieron a los turcos que huían delante de ellos, y atravesaron la ciudad de Mansura hasta los campos junto a Babilonia. Cuando retrocedieron para regresar, los turcos les arrojaron postes y maderas por las estrechas calles de la población.

Allí murió el conde de Artois, el señor de Coucy, al que llamaban Raúl, y muchos otros caballeros con ellos; en total unos trescientos. El Temple, por lo que me contaron, perdió en aquella ocasión cuatrocientos veinte hombres armados, todos de a caballo. (...)

Y acudió el rey con todo su cuerpo de batalla, dando grandes gritos y con mucho ruido de trompetas y timbales; y se detuvo junto al camino de una calzada. Nunca

vi tan buen caballero, como entonces se lo veía en medio de todas sus gentes, sobrepasándolos por encima de los hombros, con un yelmo dorado sobre la cabeza y una espada de Alemania en la mano.

El rey Luis corrió peligro de muerte en aquella dura jornada.

Mientras descendíamos la corriente por la orilla entre el arroyo y el río, vimos que el rey se había acercado al río y que los turcos empujaban a las otras tropas del rey, golpeando con grandes golpes de mazas y espadas, y rechazaron hasta el río a las otras tropas y a la tropa del rey.

La derrota fue tan absoluta que muchos de los nuestros pensaron en cruzar a nado para unirse con el duque de Borgoña [*el duque mandaba la retaguardia que aún no había podido cruzar el vado*], pero no pudieron hacerlo; los caballos estaban cansados y el día se había hecho más caluroso. Vimos, mientras descendíamos la corriente, que el río estaba cubierto de lanzas y espadas y de caballos y guerreros que se ahogaban y perecían. Vimos un puentecillo sobre el arroyo y le propuse al condestable que permaneciésemos allí para guardar aquel puentecillo, pues "si lo dejamos, se avalanzarán sobre el rey por allí, y si nuestras gentes quedan cercadas correrán peligro de morir".

Así lo hicimos. Y puedo decir que aquel día todos hubiésemos perecido, si el rey no hubiese pagado con su persona.

El señor de Courtenay y monseñor Juan de Saillenay me contaron que seis turcos se precipitaron sobre el caballo del rey y lo aferraron por el freno y se lo llevaban prisionero; él solo se liberó con los grandes mandobles que dio con su espada. Y cuando los soldados vieron cómo se defendía el rey, recobraron el coraje y muchos de ellos abandonaron su intención de cruzar el río y acudieron en defensa del rey.

Entonces fue cuando vimos, nosotros que estábamos guardando el puentecillo, al conde Pedro de Bretaña, que venía desde Mansura y tenía una herida de espada en la cara, chorreando sangre por la boca.

Montaba un caballo de poca alzada, muy membrudo; había abandonado las riendas sobre el arzón de la montura y se aferraba con las dos manos, por temor a que sus gentes que venían tras él, y lo fustigaban, lo arrojasen fuera del paso del puentecillo; y cuando escupía sangre decía: "¡Ah, sí, por el Señor Dios, ¿habéis visto a esos granujas?"

Al final de aquellas tropas venían el conde de Soissons y monseñor Pedro de Neuville, al que llaman Caier, y que había recibido muchos golpes durante aquella jornada. Cuando hubieron pasado y los turcos advirtieron que nosotros custodiábamos el puente, los dejaron porque vieron que teníamos las caras vueltas hacia ellos.

Fuí hacia el conde de Soissons, con cuya prima hermana yo me había casado, y le dije: "Señor, creo que haríais muy bien en quedaros para guardar el puentecillo, pues si dejamos libre el paso esos turcos que veís allí delante de vos se precipitarán por el puentecillo y asaltarán al rey por delante y por detrás."

Cuando el condestable me oyó, dijo que no me apartase de allí, mientras él corría en busca de socorros.

En el lugar donde permanecí sobre mi rocín, permanecieron conmigo el conde de Soissons a la derecha y monseñor Pedro de Neuville a la izquierda. Entonces un turco que estaba cerca de donde se hallaban las tropas del rey, vino por detrás y golpeó por detrás a monseñor Pedro de Neuville con una maza y lo acostó sobre el cuello del caballo con el golpe que le dio, y luego se precipitó del otro lado del puente y se perdió entre los suyos. Cuando los turcos vieron que no abandonábamos el puentecillo, cruzaron el arroyo y se colocaron entre el arroyo y el río, como habíamos hecho nosotros para descender la corriente, y nosotros nos precipitamos sobre ellos para perseguirlos, ya fuera que atacasen al rey, ya que quisiesen atravesar el puentecillo.

Delante de nosotros estaban dos soldados del rey, Guillermo de Boon y Juan de Gamaches; los turcos que se habían colocado entre el arroyo y el río los atacaron arrojándoles montones de tierra, pero no pudieron hacerlos retroceder.

Por último llevaron a un villano de a pie que les lanzó tres veces fuego griego. Una vez, Guillermo de Boon recibió el golpe de fuego griego con su rodela y si el fuego hubiese caído sobre él, lo quema.

Nosotros estábamos cubiertos de golpes que no alcanzaban a los soldados. Hallé una vestimenta forrada de estopa de un sarraceno; volví el lado que estaba abierto y me escudé con aquella vestimenta, que me sirvió muchísimo, pues sus golpes sólo me produjeron cinco heridas y mi caballo recibió quince. Uno de mis burgueses de Joinville me alcanzó una bandera con una punta de lanza; cada vez que veíamos que atacaban a los dos soldados del rey, los corríamos y ellos huían.

El buen conde Soissons, en el lugar en que estábamos, hacía bromas conmigo y me decía: "Senescal, dejemos

de rechiflar a esta canalla, pues ¡por Dios!, que hasta en las alcobas de las damas, hablaremos aún de esta jornada.”

Y por último, la victoria de los cristianos:

Por la tarde, al ponerse el sol, el condestable nos llevó los ballesteros a pie del rey, y los alineó delante de nosotros; cuando los sarracenos los vieron poner el pie en el tirante de estribo de las ballestas huyeron. Y entonces el condestable me dijo: “Senescal, eso está muy bien; ahora idos con el rey, y no lo dejéis hasta que desmonte frente a su pabellón.”

En cuanto hube llegado junto al rey llegó monseñor Juan de Valéry y le dijo: “Señor, monseñor de Châtillon os ruega que le encomendéis la retaguardia.” El rey lo hizo de buen grado, y luego se puso en camino.

Mientras regresábamos le dije que se quitase el yelmo y le entregué mi sombrero de hierro para que tuviese aire. Entonces se acercó a él el hermano Enrique de Rosnay, prevoste del Hospital, que había cruzado el río y le besó la mano armada.

El rey le preguntó si sabía alguna noticia de su hermano, el conde de Artois; y le dijo que sí sabía noticias, pues estaba seguro de que su hermano el conde de Artois estaba en el paraíso.

“¡Eh, señor, consolaos! Pues nunca los reyes de Francia han tenido tanto honor como vos, que para combatir a vuestros enemigos habéis cruzado un río a nado y los habéis derrotado y arrojado del campo de batalla, y os habéis apoderado de sus máquinas y de sus tiendas, donde esta noche dormiréis.”

El rey respondió que Dios fuese alabado por todo lo que le daba; y las lágrimas corrieron de sus ojos.

La enfermedad comienza a hacer estragos entre los cruzados.

Después de las dos batallas que he contado empezaron los grandes males en el ejército, pues al cabo de nueve días, los cuerpos de los nuestros que ellos habían matado, surgieron en el agua (y dicen que fue porque la hiel estaba podrida) y llegaron flotando hasta el puente que había entre los dos campamentos y no podían pasar porque el puente tocaba el agua.

Había tanta cantidad que todo el río estaba repleto de muertos, desde una orilla a la otra, y a lo largo, hasta la distancia de un tiro de piedra.

Y por culpa de esa desgracia y por la malignidad del

país donde jamás cae una gota de agua, penetró la enfermedad en el ejército y la enfermedad secaba la carne de las piernas, y la piel se manchaba de negro y se ponía del color de la tierra como una bota vieja, y a los que tenían la enfermedad se les podría la carne de las encías, y nadie se escapaba de la enfermedad, porque era mortal. Cuando las narices empezaban a sangrar era señal de muerte y había que morir.

Durante la quincena siguiente, los turcos, para cercarnos por hambre (muchos se maravillaron de esto), tomaron varias de sus galeras más arriba de nuestro campamento, y las llevaron por tierra para ponerlas a más de una legua más abajo de nuestro campamento, en el río, por la parte por donde se venía desde Damietta. Y esas galeras nos dieron el hambre, pues nadie se atrevía a llegar desde Damietta hasta donde estábamos nosotros para llevarnos provisiones y agua, por culpa de las galeras. No supimos nada hasta que un pequeño navío del conde de Flandes que se les escabulló vino a decírnoslo; y supimos que las galeras del Sudán habían aprisionado ochenta galeras que habían llegado desde Damietta y habían matado a todos los que las tripulaban.

Hubo mucha escasez en el campamento, y cuando llegó la Pascua un buey valía en el campamento ochenta libras, y un cordero treinta libras, y un puerco treinta libras, y un huevo doce denarios, y un barril de vino diez libras.

Por las heridas que recibí durante las Carnestolendas, la enfermedad del ejército me tomó la boca y las piernas y tuve unas fiebres tercianas dobles y un catarro de cerebro tan grande que el catarro me corría de la cabeza por las narices; y por esas enfermedades me metí en la cama, enfermo, a mitad de la cuaresma; y mi sacerdote me cantó la misa delante de mi cama en mi pabellón, y él tenía la enfermedad que yo tenía. Sucedió que mientras consagraba el sacramento se desvaneció. Cuando vi que iba a caer al suelo, como tenía puesta mi cota, salté de la cama sin calzarme y lo tomé entre mis brazos y le dije que con toda tranquilidad consagrarse su sacramento, pues yo lo sostendría hasta que hubiese terminado.

Volvió en sí e hizo su consagración y terminó de cantar entera la misa, y nunca más volvió a cantarla.

Intentan una retirada que la creciente del Nilo hace peligrosa. Entre tanto los sarracenos bloqueaban Damietta.

Se ordenó entonces¹ que las naves siguieran las orillas

¹ *Deposición de Carlos de Anjou durante el proceso de canonización de su hermano en 1282.*

por donde se efectuaba la retirada, por temor a que los navíos de los sarracenos que estaban del otro lado se dividiesen para ocupar las dos orillas y molestar de ese modo a los nuestros por tierra y por agua, por ambos lados a la vez, y de ese modo los nuestros se prestaban ayuda mutua, pues los barcos servían de muralla a los que iban por tierra, y estos últimos, a su vez, cubrían el descenso por tierra de los barcos a lo largo de la orilla que ocupaban. Por eso era necesario que se esperasen mutuamente, y los caballeros debían ir a un paso más lento del que podían haber llevado para llegar a Damietta; además los barcos no habían podido cargar todos los infantes, lo que aumentaba aún más el retardo. La misma noche que se partió de Masura el estado del rey empeoró: hubo que bajarlo varias veces del caballo, por el flujo de vientre que tenía, además de las otras enfermedades. A la mañana, que era la del miércoles después de la octava de Pascua [6 de abril de 1250], se cruzó tranquila y pacíficamente el río Tanis. El descendió de su caballo y se mantuvo apoyado en la silla: junto a él estaban sus caballeros, Geoffroy de Sargines, Juan Foinon, Juan de Valéry, Pedro de Baucay, Roberto de Bazoches y Gautier de Châtillon, los cuales, al ver que su mal se agravaba y viendo el peligro al que se exponía permaneciendo en tierra, le suplicaron todos juntos, y cada uno en particular, que salvase sus días subiendo a una nave. Se negó a dejar a su pueblo; el rey Carlos, su hermano, entonces conde de Anjou, le dijo: "Señor, mal hacéis en rechazar el buen consejo que os dan vuestros amigos, negándoos a subir a un barco, pues si os quedáis en tierra, la marcha del ejército se retrasa, con mucho peligro, y vos podréis ser causa de nuestra pérdida." Y él lo dijo, como lo contó después, por el deseo que tenía de salvar al rey, pues de verdad temía perderlo, y hubiera dado toda su herencia y la de sus hijos con tal de salvar al rey en Damietta. Pero el rey, muy conmovido, le respondió con el rostro encolerizado: "¡Conde de Anjou, conde de Anjou!, si soy una carga para vos, desembarazaos vos de mí, pero yo jamás abandonaré a mi pueblo."

Entonces fue cuando el rey cayó prisionero junto con los restos de su ejército.

Sólo quedó con el rey uno de su casa, que se llamaba Isambart¹, pues todos los otros estaban enfermos. Isambart cocinaba para el santo rey, le cocía el pan, la carne y la harina que llevaba de la corte del Sultán. El rey es-

¹ Guillermo de Saint-Pathus.

taba tan enfermo que los dientes de la boca se le meneaban y movían y la carne la tenía pálida, apagada y tenía flujos de vientre y estaba tan delgado que los huesos de la espalda los tenía notablemente marcados. Era necesario que Isambart llevase al rey para todas sus necesidades y también lo desvestía, y según lo ha contado bajo juramento el mismo Isambart, que era hombre maduro y honesto, nunca vio al rey irritado, ni impaciente, y jamás protestó por nada y soportó y padeció la enfermedad con mucha paciencia y bondad. Y siempre oraba.

Mientras tanto, una mujer daba prueba de su heroísmo encerrada dentro de la ciudad de Damietta: la reina Margarita de Provenza, mujer de San Luis. Había partido con él, y en Damietta, donde tres días después daría a luz, se enteró de la derrota de los cruzados, de la prisión del rey y del peligro que amenaza a la ciudad. Cuenta Joinville:

Antes de parir mandó que saliesen todos de su cuarto, excepto su viejo caballero de ochenta años [*un anciano de su confianza que dormía al pie de su lecho*]; se arrodilló delante de él y le pidió una merced; y el caballero se lo prometió y juró, y ella le dijo: "Os pido, por la fe jurada, que si los sarracenos entran en la ciudad, me cortéis la cabeza antes de que caiga en manos de ellos." Y el caballero respondió: "Estad tranquila; así lo haré. Pues ya había pensado mataros, para que no cayeseis en manos de ellos."

Acababa de nacer el niño cuando la reina supo que los mercaderes italianos, pisanos, genoveses y de otras partes, que habían llegado a la ciudad junto con los cruzados, se preparaban a salir de Damietta. La ciudad quedaría abandonada a su suerte, y sólo permanecerían en ella las mujeres, los ancianos y los enfermos. La reina convocó a los principales mercaderes y los reunió en su cuarto — era al día siguiente del nacimiento del pequeño Juan Tristán — y les pidió que tuviesen piedad de ella: "Y si no tenéis piedad de mí, por lo menos tenedla de esta mísera criatura que aquí yace, y esperad hasta que yo pueda levantarme."

Pero la reina hablaba con mercaderes, con hombres "realistas". "¿Qué podemos hacer?", le respondieron. "Nos moriremos de hambre en esta ciudad", añadieron. La reina entonces les propuso adquirir ella misma todos los víveres que había en la ciudad, para poder distribuirlos. Así los italianos aceptaron permanecer dentro de la ciudad. El racionamiento permitió la salvación de Damietta

y, más tarde, a cambio de la ciudad, se logró el rescate del rey y sus hombres.

Entre tanto el rey intentaba negociar su libertad y la de sus compañeros. Cuenta un cruzado:

Cuando el rey cayó prisionero de los sarracenos, y muchos señores junto con él, oyó decir que algunos cristianos ricos que habían sido aprisionados junto con él hacían proposiciones para que los libertasen por rescate; el santo rey les prohibió, bajo pena de castigo, que hiciesen cualquier cosa en ese sentido, por temor a que comprometiesen así la liberación de los pobres, pues dijo que si obraban de aquella manera, los ricos quedarían en libertad y los que no pudieran pagar el rescate permanecerían presos. "Dejad en mis manos todo lo que se refiera a la liberación, pues no quiero que ninguno de vosotros use sus bienes para libertarse y quiero ser yo quien cargue con la suma para el rescate de todos."

Los sarracenos intentaban obtener a cambio de los prisioneros las fortalezas claves para la defensa de Tierra Santa. Las negociaciones se entablaron de la siguiente manera:

"Señores, el sultán nos envía a preguntaros si queréis obtener la libertad." El conde [*Pedro de Bretaña, compañero de Joinville*] respondió: "Sí." "¿Qué le daríais al sultán a cambio de vuestra libertad?" "Lo que podamos hacer y cumplir razonablemente", respondió. "¿No daríais, a cambio de vuestra libertad, algunos castillos de los barones de ultramar?" El conde respondió que no tenía ningún poder sobre esos castillos porque pertenecían al emperador de Alemania, que todavía vivía. Entonces preguntaron si entregaríamos algunos castillos del Temple o del Hospital. Y el conde respondió que no podía ser, pues cuando se entregaban los castillos a un castellano se le hacía jurar sobre las reliquias que nunca entregaría el castillo como rescate de nadie. Entonces respondieron que les parecía que no teníamos demasiada gana de libertarnos, y que nos enviarían a quienes sabían manejar las espadas, como ya lo habían hecho antes con otros. Y se fueron.

Esta discusión tuvo lugar, en efecto, después de una atroz escena durante la cual los sarracenos hicieron desfilar un grupo de prisioneros, preguntándole a cada uno: "¿Quieres renegar?" Y según cuenta Joinville, "a los que no querían renegar se los ponía a un lado y les cor-

taban la cabeza, y los que renegaban quedaban a salvo”.

Lo mismo sucedió cuando los mensajeros del sultán conversaron con el rey:

Los consejeros del sultán probaron al rey como antes habían probado a los otros, para saber si el rey les entregaría uno de los castillos del Temple o del Hospital o algún otro castillo de los reyes del país. Y Dios permitió que el rey les contestase lo mismo que nosotros les habíamos dicho. Entonces lo amenazaron y le dijeron que puesto que no quería entregarles un castillo, lo torturarían. Ante las amenazas el rey respondió que era un prisionero y que podían hacer con él lo que quisiesen. Al ver que no podrían vencer al buen rey con amenazas, volvieron a verlo y le preguntaron cuánto dinero estaba dispuesto a entregar al sultán, y si además entregaría Damietta. El rey les respondió que si el sultán estaba dispuesto a recibir una suma razonable de denarios, él le pediría a la reina que la pagase para liberarlos. Y como ellos le preguntaron: “¿Por qué no os queréis comprometer?”, el rey les respondió que la reina era el ama, y no sabía si querría hacerlo. (...)

El rey negoció su libertad y la de todos los otros: se comprometió a pagar una cantidad de plata, a entregar Damietta y a firmar una tregua de diez años; y sus hermanos, junto con algunos otros, fueron a recibir el juramento del sultán para concluir el tratado.

Una vez puestas de acuerdo ambas partes, el rey, sus hermanos y todos los otros fueron conducidos hasta unos navíos, para bajar hacia Damietta por el río. Cerca de la ciudad el sultán mandó que el rey, sus hermanos y la comitiva subiesen a una tienda preparada para ellos; el resto quedó en el río. Pero a la hora tercia se produjo entre los sarracenos un gran tumulto y los guardias del rey y de los príncipes se demudaron llenos de estupor. Rehusaron responder a las preguntas que les hicieron, pero comprendieron, por sus ademanes, que el peligro desbordaba y era inminente. Entonces el rey, dirigiéndose al Señor, mandó que cantasen el oficio de la Cruz, el del día, el del Espíritu Santo y el de *Requiem*, y otras oraciones que le parecieron oportunas para el caso. Entonces entraron los que habían asesinado al sultán y unos doscientos hombres junto con ellos. Sus vestiduras blancas estaban todavía manchadas de sangre. El rey y los otros pensaron que iban para asesinarlos. Pero por el contrario los asesinos justificaron la muerte del sultán y alegaban dos razones: la primera, que sin duda era una mentira, había sido, según ellos, la mala fe que el sultán había empleado con los cristianos y con el rey, pues

había resuelto, a pesar del juramento, que aunque le entregasen Damietta, mataría al rey y a los prisioneros, y lo hubiese hecho de la siguiente forma: hubiera mandado que atasen al rey, a sus hermanos y a los barones a dos postes delante de los muros de Damietta, y por medio de torturas les hubiese obligado a entregar la ciudad; si se hubiesen negado los hubiera hecho morir en medio de los más atroces y refinados tormentos. Si hubiesen consentido, también los hubieran muerto. Y para tener una prueba de aquellos proyectos homicidas no había más que recordar que después de sus juramentos el sultán había hecho matar a varios cautivos y a otros los había enviado a El Cairo. Pero Dios había vuelto contra él la muerte que tenía preparada contra los cristianos, como ya lo había hecho con Aman, ahorcado en la horca que había preparado para Mardoqueo.

La segunda razón que daban era la siguiente: decían que el sultán había arrebatado las dignidades a los servidores de su padre, que habían combatido con aquél, para entregárselas a unos jóvenes que nunca habían combatido.

Con ellos estaba un enviado del califa de Bagdad; muy turbado por la muerte del sultán, insultaba e imprecaba al rey, y pretendía que porque éste había retardado el pago de la deuda contraída se había convertido en verdadera causa de la catástrofe.

Y aquel enviado del califa amenazaba a los asesinos con el enojo de su amo, que habría de lanzar contra ellos a todo el Islam. Por eso los asesinos temían una guerra con los de su misma ley y se apresuraban por adueñarse de Damietta, que podía servirles de refugio, y querían también el resto del rescate...

El respondió que en ese momento no tenía más dinero, pero que si le daban un plazo se lo procuraría y pagaría y entregaría Damietta, pero deseaba tener una garantía de su libertad y de la de los otros, pues temía perder ambas cosas.

Para convencerlos ofrecieron al rey que eligiese entre estas dos posibilidades: permanecer él solo cautivo y partir libres todos los otros, o irse solo, y dejar a los otros cautivos, hasta que pagasen el rescate y entregasen Damietta.

El rey, sin dudarle, respondió rápidamente, delante de sus hermanos y caballeros, que elegía el cautiverio para él y la libertad para los otros. Pero sus hermanos y caballeros respondieron que jamás lo consentirían y que no soportarían quedar en libertad mientras su señor permanecía prisionero, y que había que hacer lo contrario y dejarlos cautivos en lugar del rey.

Se entabló una gran disputa entre el uno y los otros,

y los sarracenos, por medio de los intérpretes, pudieron saber lo que se trataba en aquel debate de mutua caridad, en el que el señor deseaba permanecer como rehén de sus caballeros y éstos querían serlo de su señor. Entonces Dios tocó el corazón de aquellos tiranos y ablandó su dureza, y dijeron que Luis eligiese a uno de sus hermanos para que sirviese como rehén del rey y de todos los otros cristianos hasta que Damieta y el resto del rescate les fuese entregado, y que luego quedaría libre, igual que los otros.

Como el rey eligió como rehén al conde de Anjou, los sarracenos creyeron que prefería al conde de Poitiers, al que acostumbraba tener por compañero, y pidieron que se quedase como rehén, para que el rey, a fin de recuperarlo, se apresurase a pagar el resto del rescate.

Y cuando llegaron a Damieta el rey no quiso abandonar el navío hasta que no se pagara el dinero prometido y no se entregase Damieta, para que su hermano quedara libre.

Joinville cuenta cómo fue la liberación:

Al levantarse el sol, el señor don Geoffroy de Sergines se llegó hasta la ciudad [*Damieta*] e hizo entrar en la ciudad a los almirantes [*los almirantes del sultán de Egipto*]. Pusieron sobre las torres de la ciudad las enseñas del sultán. Los caballeros sarracenos entraron en la ciudad, comenzaron a beber vino y muy pronto se embriagaron. Uno de ellos se acercó a nuestra galera y mostró su espada ensangrentada y dijo que había matado a seis de los nuestros. Antes de entregar Damieta, la reina había subido a nuestras naves junto con todas las personas que estaban en la ciudad, fuera de los enfermos. Los sarracenos debían respetarlos bajo juramento: los mataron a todos. Las máquinas de guerra del rey también debían ser respetadas, bajo juramento, y las hicieron pedazos. Las carnes saladas que debían conservar, porque ellos no comen cerdo ni lo guardan, tampoco las conservaron, y reunieron los fragmentos de las máquinas y las carnes saladas y las personas muertas y les prendieron fuego dentro, y el fuego duró el viernes, el sábado y el domingo. Tenían que habernos dejado en libertad, al rey y a nosotros, a la salida del sol, y nos tuvieron hasta que se puso el sol; y no comimos nada en todo el día, ni los almirantes tampoco, pero discutimos durante todo el día. Uno de los almirantes decía en nombre de algunos otros: "Si nos hacéis caso, nosotros y todos los que conmigo están de acuerdo, mataremos al rey y a todos estos hombres que están aquí, y de aquí a cuaren-

ta años ya ni se oirá hablar de ellos, pues sus hijos son pequeños y Damietta está en nuestro poder, y ahora podemos hacer lo que queramos." Otro sarraceno, llamado Sevreci y que había nacido en Mauritania, no pensaba lo mismo y decía: "Si matamos al rey después de haber dado muerte al sultán, dirán que nosotros los egipcios somos la gente más perversa y más desleal que existe en el mundo." Y los que querían matarnos decían: "Es verdad que hicimos mal en matar a nuestro sultán, porque hemos obrado contra el mandamiento de Mahoma que manda cuidar a nuestro señor como a la pupila de nuestros ojos, pero he aquí lo que está escrito, y es también un mandamiento, en el libro de Mahoma y es el mandamiento siguiente." Y el que así hablaba volvió las hojas de un libro que tenía y les mostraba el otro mandamiento de Mahoma que dice: "Para seguridad de tu fe, mata al enemigo de la Ley." "Ved, que si despreciamos los mandamientos de Mahoma asesinando a nuestro señor, haremos algo mucho peor si no matamos al rey, aun cuando le hayamos prometido lo que le hubiéremos prometido, pues es el peor enemigo de nuestra Ley." De ese modo casi se decidió nuestra muerte, y uno de los almirantes, que era nuestro adversario, estaba seguro de que nos matarían. Se acercó al río y comenzó a gritar en sarraceno a los que estaban en las galeras, y se quitó el turbante de la cabeza y les hizo señas con el turbante. Entonces levaron anclas y nos llevaron cerca de una legua hacia atrás, en dirección a Babilonia [*El Cairo*]. Entonces pensamos que estábamos perdidos y hubo muchas lágrimas.

A pesar de lo que esperaba Joinville, lo convenido en el tratado se cumplió, y los prisioneros recuperaron la libertad, después de haberse entregado la ciudad de Damietta. El rey asumió como un deber el cumplimiento de la segunda parte del tratado: el pago del rescate. El rey, ya libre, lejos de vengarse del incumplimiento de los sarracenos, exigió que las sumas que debían entregárseles fuesen escrupulosamente exactas.

Cuando se pagó, el Consejo del rey que había pagado se llegó al rey, y le dijo que los sarracenos no querían liberar al hermano del rey, que permanecía como rehén hasta no tener el dinero delante de ellos. Hubo quien dijo, en el Consejo, que no se entregase el dinero hasta que no devolviesen al hermano del rey, y el rey respondió que les daría lo que les había prometido y que ellos por su parte cumplieran las promesas según lo que les pareciese. Entonces el señor don Felipe de Nemours dijo

al rey que se les habían quitado a los sarracenos, del contenido de una balanza, diez mil libras, y el rey se indignó muchísimo y dijo que quería que se les devolviesen las diez mil libras, pues había prometido pagar ciento veinte mil libras antes de abandonar el río. Entonces toqué a monseñor Felipe con el pie y le dije al rey que no lo creyese, porque no decía la verdad, pues los sarracenos saben contar mejor que nadie en el mundo. Y monseñor Felipe dijo que yo decía la verdad y que él sólo lo decía por burlarse. El rey dijo que le parecía mal que se burlasen de esa manera: "Y os ordeno", dijo a monseñor Felipe, "por la fe que me debéis, que si las diez mil libras no fueron pagadas, las paguéis sin que nada falte."

Una vez que todo se hubo pagado, el rey, sin que nadie se lo rogase, nos dijo que ya su juramento se había cumplido y que debíamos partir de allí en las naves que estaban en el mar. Entonces nuestra galera se puso en movimiento y anduvimos un gran trecho sin que ninguno hablase, pues estábamos inquietos por la suerte que podía correr el conde de Poitiers, que todavía estaba prisionero. Entonces llegó el señor don Felipe de Monfort en un galeón y gritó al rey: "Señor, señor, hablad a vuestro hermano, el conde de Poitiers, que está en este navío." Entonces gritó el rey: "Alumbrad, alumbrad". Así lo hicieron. Y aquello produjo una gran alegría, como no pudo haberla antes entre nosotros.

San Luis llegó a Acre el 13 de mayo de 1250. Allí estaban su mujer y sus hijos. Era necesario decidir si permanecería en Tierra Santa o si, accediendo a las instancias de su madre, Blanca de Castilla, que había quedado en Francia como regente, regresaba a Occidente. Joinville ha relatado con todo detalle el consejo de guerra durante el cual se trató el problema. Así habló San Luis a los barones:

Señores, la reina, nuestra señora y mi madre, ruega e insiste para que yo regrese a Francia, pues mi reino corre gran peligro; no tengo ni paz, ni tregua, con el rey de Inglaterra. Los de esta tierra me han dicho que si yo me voy, todos se vendrán a Acre, pues será imposible permanecer en una tierra que ya está perdida, y nadie osará permanecer en medio de tan pocas personas. Por ello, os ruego, reflexionad sobre lo que os he dicho y porque es un asunto muy importante; os doy tiempo para que me respondáis de aquí en ocho días.

Durante esos ocho días los barones se pusieron de acuerdo y delegaron a uno de ellos para que hablase en nombre de todos. Fue Guy Mauvoisin el que habló en el consejo propiamente dicho:

Señor, vuestros hermanos y los barones que están aquí reunidos, después de considerar vuestro estado, han visto que no podéis permanecer en este país con honor, para vos y para vuestro reino, pues de todos los caballeros que trajisteis con vos, y de los que os acompañaron a Chipre, en número de dos mil ochocientos, no quedan ahora en esta ciudad más que cien; por eso os aconsejamos que volváis a Francia y allá os procuréis tropas con las que podáis regresar a este país, para vengaros de los enemigos de Dios que os han tenido prisionero.

El rey pidió su opinión a cada uno de los caballeros, y muy en especial al conde de Jaffa, que poseía una de las fortalezas de la frontera. El conde se abstuvo de responder y dijo: "Mi castillo está en la frontera, y si dijese al rey que se quede, dirían que lo digo por interés."

Después de dicho lo cual, el conde de Jaffa añadió que "si el rey decidía mantener la campaña durante un año más, mucho se honraría con ello". Joinville, el decimocuarto caballero que dio su opinión, respondió que estaba de acuerdo con el conde de Jaffa. Al oírlo, hubo quien lo apostrofó, diciéndole: "¿Cómo podrá el rey llevar a cabo esa campaña, con tan pocas gentes?" Joinville respondió:

Se dice, Señor (no sé si es verdad), que el rey no ha utilizado sus últimos recursos, sino solamente los del clero; entonces, si se decide a gastar los últimos y manda convocar caballeros en Morea y ultramar, verá que al tenerse noticias de que el rey paga bien y con largueza, acudirán los caballeros de todas partes, y podrá sostener la campaña durante un año, si Dios quiere, y de ese modo podrá liberar a los prisioneros que fueron prendidos al servicio de Dios y al suyo, y que jamás serán liberados si el rey se va.

Hubo un gran silencio en la asamblea. "Todos los que estaban allí reunidos tenían algún amigo y alguno de los suyos prisionero; "ninguno", añade Joinville, "me replicó, pero todos se pusieron a llorar." El que lo sucedió en el uso de la palabra, monseñor Guillermo de Beaumont, mariscal de Francia, afirmó que el senescal había hablado muy bien. Otro Beaumont se enfureció. Era tío del anterior, y según Joinville deseaba regresar a Francia.

Lo apostrofó injuriosamente y le dijo: "Sucia basura, ¿qué pretendéis decir? ¡Sentaos otra vez!" Y el rey lo debió interrumpir: "Señor don Juan, hacéis mal, dejad-

le hablar." El mariscal debió callarse y ninguno estuvo de acuerdo después conmigo, *prosigue Joinville*, fuera del señor de Chatenay. Entonces el rey clausuró la reunión: "Señores, os he oído y os daré las respuestas sobre lo que pienso hacer de aquí a ocho días." (...)

Por todas partes me atacaron. El rey está loco, señor de Joinville, si se pone de vuestra parte contra el parecer de todo el consejo de Francia. Cuando se tendió la mesa, el rey me mandó que me sentase junto a él para comer, como lo hacía siempre que sus hermanos no estaban. No me habló durante toda la comida, lo que no acostumbraba hacer. Creí que de veras estaría enfadado conmigo por lo que había dicho acerca de que él no había gastado todavía su propio dinero y que era necesario que lo gastase en abundancia. Mientras el rey hacía su acción de gracias, fui hasta una ventana de reja que había en una alcoba cerca de la cabecera del lecho del rey, y mientras me apoyaba en los barrotes de la ventana pensaba que, si el rey regresaba a Francia, me marcharía con el rey de Antioquía, que me consideraba como su pariente, hasta que llegasen algunos socorros al país, para poder liberar a los prisioneros... Mientras yo estaba pensando en esas cosas, el rey vino por detrás de mí y me puso las dos manos sobre la cabeza. Pensé que sería el señor don Felipe de Nemours que se había fastidiado mucho por lo que yo le había dicho, y le dije: "Dejadme en paz, señor don Felipe." Pero al volver la cabeza sentí la mano del rey en mi cara y comprendí que era el rey al ver una esmeralda que llevaba en el dedo, y me dijo: "Quedaos quieto, que os vengo a preguntar cómo habéis sido tan atrevido, vos, que sois tan joven, como para aconsejarme que me quede, contra el parecer de todos los hombres más importantes y poderosos de Francia, que me aconsejan que parta." "Señor", le respondí, "si hubiese algún mal deseo en mi corazón, no os aconsejaría que lo hicierais." "¿Pensáis que haría mal si mi fuese?" "Señor", le dije, "sí". Y él me dijo: "Si me quedo, ¿os quedaréis?" "Os digo que sí, si puedo, ya sea con mi dinero o con el de cualquier otro." "Y bien, quedaos tranquilo", dijo; "pues estoy de acuerdo con lo que vos decís, pero no se lo digáis a nadie durante esta semana."

Durante la reunión siguiente el rey participó a los barones lo que había resuelto:

"Los barones de esta tierra dicen que si me voy el reino de Jerusalén se pierde, porque nadie se atreverá a quedarse aquí después. Pienso que nunca dejaré el rei-

no de Jerusalén que vine a defender y a conquistar; estoy resuelto a permanecer aquí. Por eso os digo a vosotros, barones, que estáis aquí, y a vosotros, caballeros, los que deseáis permanecer conmigo: Venid a hablarme con valentía, y yo os daré tanto, que no será error mío si no queréis quedaros, sino vuestro." Muchos al oír esas palabras se quedaron estupefactos y muchos otros lloraron.

San Luis permaneció cuatro años en Tierra Santa y se embarcó el 24 de abril de 1254, después de haber restaurado las fortalezas, apaciguado las divisiones surgidas por incitación del emperador germánico y ratificado algunas alianzas, como la que existía con los Asesinos.

Es muy conocida la escena en que el rey humilló al gran maestre del Temple en Tierra Santa — es decir, la potencia más temida de ultramar —, que había pretendido realizar tratados con el sultán de Damasco sin que el rey lo supiese:

El rey mandó levantar los paños de tres pabellones y allí acudieron todos los que quisieron ir del ejército, y allí llegaron el maestre del Temple y todos los caballeros con los pies desnudos. El rey hizo sentar delante de él y del mensajero del sultán al maestre del Temple y le dijo: "Maestre, le diréis al mensajero del sultán que lamentáis lo que habéis hecho, intentando firmar treguas sin hablarme de ello; y puesto que no me lo dijisteis, le devolveréis la palabra de todo lo que os prometió, y le devolveréis los tratados." El maestre tomó los tratados y los entregó al almirante y dijo: "Os entrego los tratados que hice mal en establecer, de lo cual me lamento." Entonces el rey dijo al maestre que se levantara junto con todos los hermanos. Así lo hicieron. "Ahora, arrodillaos y pedid perdón por todo lo que habéis hecho contra mi voluntad." El maestre se arrodilló y entregó al rey el paño de su manto y abandonó todo lo que poseía para enmendarse. "Decido", dijo el rey, "que el hermano Hugo [*Hugo de Jouy, mariscal del Temple*], que fue quien hizo esos tratados sea expulsado del reino de Jerusalén." Ni el gran maestre, que fue padrino del conde de Alencon, hijo del rey, ni la reina, ni nadie, pudieron hacer nada para que el hermano Hugo no dejase la Tierra Santa y el reino de Jerusalén.

Para medir el alcance de lo que significaba esa humillación pública hay que tener en cuenta que el orgullo de los templarios había llegado a ser proverbial en el

siglo XIII. Pero el motivo era grave: la supervivencia de Tierra Santa dependía de la unidad que la presencia de San Luis imponía a los cristianos de ultramar y que no habría de sobrevivirlo mucho tiempo.

Mientras el rey permaneció en Acre llegaron a él los mensajeros del Viejo de la Montaña. Cuando el rey regresó de misa los hizo comparecer ante él. Los hizo sentar de modo que tenía delante de él a un almirante, bien vestido y bien armado, y tras el almirante estaba de pie un hombre joven bien vestido, con tres puñales en el puño, uno dentro de la vaina del otro, pues si el rey se hubiese negado a recibir al almirante le hubieran presentado aquellos tres cuchillos para desafiario; y detrás del que tenía los tres cuchillos había otro que tenía un sudario envuelto en torno del brazo, y que hubiesen presentado al rey para sepultarlo si rechazaba las propuestas del Viejo de la Montaña.

El rey les preguntó qué deseaban. Los enviados respondieron: "Que el Viejo de la Montaña deje de pagar tributos al Temple y al Hospital." Las órdenes militares eran las únicas fuerzas que inspiraban temor a los Asesinos; por eso les pagaban tributo. El rey dijo a los enviados que volviesen a verlo por la tarde.

Cuando el almirante volvió, encontró al rey sentado con el gran maestro del Hospital a un lado y el maestro del Temple del otro. Entonces el rey dijo a los mensajeros que repitiesen lo que habían dicho por la mañana y ellos dijeron que no lo dirían, sino delante de los que habían estado por la mañana con el rey.

Los dos maestros les propusieron que fuesen a verlos a cada uno por separado, y así lo hicieron; entonces se les rogó, con mucha sequedad, que volviesen a la sede del Viejo de la Montaña:

"Os ordenamos que volváis a vuestro señor y que dentro de quince días regreséis con cartas y regalos de parte de vuestro señor, con los cuales el rey pueda considerarse resarcido y vosotros contentos." Al cabo de los quince días volvieron los mensajeros del Viejo de la Montaña. Le llevaban al rey la camisa del Viejo y le dijeron de su parte que eso significaba que, como la camisa es lo que está más cerca del cuerpo que cualquiera otra prenda, el Viejo quería tener cerca de su cariño al rey como a ningún otro rey."

El jefe de los Asesinos también le enviaba de regalo su anillo y una cantidad de regalos, entre los que se destacaban un elefante de cristal y un juego de ajedrez de "flor de ámbar".

San Luis debía retomar las armas a principios de julio de 1270. Le habían prometido la conversión del emir de Túnez. El 18 de julio desembarcó en Cartago y muy poco después la peste se propagó por el ejército. Gravemente enfermo, San Luis murió el 25 de agosto de 1270, y su muerte fue digna de su vida.

El confesor de la reina Margarita cuenta los últimos momentos del rey:

El domingo antes de su muerte¹, el hermano Geoffroy de Beaulieu le llevó el cuerpo de Jesucristo y, cuando entró en el cuarto donde el rey yacía enfermo, lo vio fuera de la cama, de rodillas, en el suelo, con las manos juntas, y lo mismo la noche antes del día en que murió, mientras descansaba, suspiró y dijo en voz baja: "Oh, Jerusalén, oh, Jerusalén." Y el lunes, víspera de San Bartolomé, el rey extendió las manos juntas al cielo y dijo: "Buen Señor Dios, tened piedad de este pueblo que aquí queda, y condúcelo a su país, y no permitas que caiga en manos de sus enemigos y que se vea obligado a renegar de tu santo nombre." Y después dijo estas palabras en latín: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Y luego que las dijo no volvió a hablar. Poco después —debía ser cerca de la hora de vísperas— abandonó este siglo.

DEL ISLAM A LA CHINA

A mediados del siglo XIII las Cruzadas tienen una extraña prolongación, que permite establecer relaciones directas entre Occidente y el Extremo Oriente. Se llega a la lejana China y a la ciudad de Pekín, residencia del Gran Kan de los mogoles.

En 1215, Gengis Kan, a la cabeza de los mogoles se apodera de Pekín. No habían transcurrido todavía diez años y en 1223 una expedición mogola llega a las orillas del mar Caspio y pilla las factorías genovesas establecidas en las costas del mar Negro. El imperio turco de Karezem cae en manos de aquellos conquistadores que inspiran al Islam un temor semejante al que sus guerreros habían provocado al mundo quinientos años antes.

¹ Guillermo de Saint-Pathus.

Ibn-al-Athir cuenta que nadie osaba resistir a los jinetes "tártaros". Un solo jinete se apodera una vez de una población cuyos habitantes han quedado paralizados por el terror ante la sola presencia del enemigo. Otro de aquellos mismos jinetes se encuentra a lo largo de sus correrías con un grupo de diecisiete árabes y les ordena que se aten, los unos a los otros, las manos a la espalda y que lo sigan; así lo hacen, hasta que uno de ellos reacciona y mata al jinete.

Marco Polo, que vivió en la China durante unos veinte años, describe de la siguiente manera a los "tártaros":

Los tártaros beben leche de burra de un modo que parece vino blanco y tiene buen sabor. La llaman *quemis*. Usan vestidos de telas de oro y de seda; los forran con ricas plumas, cebellinas y armiño, y también con vero y pieles de zorro muy valiosas. Todo cuanto llevan es muy valioso y bello. Usan como armas el arco y la flecha, y espadas y hachas; pero sobre todo emplean el arco y son muy buenos arqueros; los mejores que existen en el mundo. Y sobre las espaldas llevan armaduras de cuero cocido muy fuertes. Son buenos soldados, valientes y capaces de batallar con rudeza. Resisten más que ninguno. Muchas veces, cuando es necesario, pasan más de un mes sin probar carne, y se alimentan con leche de burra, y luego comen las carnes que pueden lograr con sus arcos. Sus caballos se alimentan con las hierbas del campo y no necesitan llevar avena con ellos, ni paja, ni centeno, y son muy obedientes a sus amos. Cuando es necesario permanecen toda una noche a caballo, con sus armas. Siempre quieren que sus caballos pasten; y ellos son el pueblo más resistente del mundo, y el que menos gasta. Son los mejores para conquistar tierras y reinos. Y eso es evidente, pues ya son dueños de casi todo el mundo. Son muy ordenados; os diré de qué manera.

Cuando un señor tártaro va a la guerra lleva consigo cien mil hombres a caballo. Tiene un jefe para cada decena. Y por cada centena, y por cada millar, y por cada decena de millar. Y no tiene que dar órdenes más que a diez hombres, pues esos diez hombres mandan a otros diez hombres que no mandan más que a otros diez. Cada uno sólo tiene que mandar a diez. Por eso cada uno obedece a su jefe bien y ordenadamente.

Los espíritus más alertas de aquel tiempo comprendieron el inmenso interés que podía tener, frente al mundo musulmán, una alianza con los mogoles. Comienzan a surgir las primeras tentativas misioneras. Se abren los caminos hacia el Extremo Oriente. En 1245, durante

el Concilio de Lyon, Inocencio IV expone su proyecto de enviar mensajeros a los mogoles. El 16 de abril de ese mismo año se pone en camino el franciscano Juan de Plan-Carpin, acompañado por otros frailes menores: Esteban de Hungría y Benito de Polonia.

El Imperio de los mogoles abarca ya en ese momento China, Irán y Corea, y ejerce una especie de protectorado sobre Georgia y Armenia. Los seldjúcidas de Asia Menor reconocen su poder. Los rusos y búlgaros sufren derrotas frente a los conquistadores, y Polonia y Hungría se ven amenazadas por las huestes guerreras, que sólo con la muerte del kan Oegodei, sucesor de Gengis Kan, regresan al centro de Asia para la elección del sucesor. Esta retirada de los tártaros dio un respiro a las regiones de Europa Central. Dice Juan de Plan-Carpin:

Vimos al rey de Bohemia; fue muy bueno con nosotros y nos aconsejó que fuésemos por Polonia y Rusia. Tenía parientes en Polonia, que nos permitieron entrar en Rusia, y gracias a ellos pudimos hacerlo. Nos dio cartas y una buena escolta y mandó que nuestros gastos estuviesen a cargo de sus vasallos y de sus ciudades; y así llegamos junto al duque de Silesia, Boleslao, que era sobrino suyo... Este hizo lo mismo y de ese modo llegamos hasta Conrado, duque de Lenzy, a cuya casa, por la gracia divina, había llegado Wasílico [Basilio], duque de Rusia; por él pudimos saber más cosas sobre los tártaros: le habían enviado embajadores que ya habían regresado a su país. Como sabíamos que tendríamos que hacerles regalos, compramos algunas pieles de castor y de otros animales, con el dinero que nos habían dado de limosna durante el camino, para nuestros gastos. Cuando lo supieron el duque Conrado, la duquesa de Cracovia, el obispo y algunos caballeros, nos colmaron de pieles. Después, a pedido de ellos, Wasílico nos condujo a sus tierras para que allí descansáramos algo y nos tuvo en su casa.

Juan de Plan-Carpin llevaba cartas del Papa dirigidas a los obispos de Rusia, exhortándolos a retornar a la unidad de la Iglesia. Aquellos a quienes pudo leerlas postergaron sus respuestas para más adelante. Pronto el duque Basilio los hizo llevar a Kiev.

Nuestras vidas corrían peligro, por culpa de los lituanos, que hacen frecuentes incursiones en las tierras de Rusia, sobre toda por aquella región por donde nosotros debíamos pasar... En Danilov [Ucrania] estuvimos muy gravemente enfermos, a la muerte. Nos hici-

mos conducir en trineo, en medio de la nieve y de muchísimo frío. Al llegar a Kiev pedimos consejo para continuar nuestro camino a los principales del lugar. Nos respondieron que si llevábamos al país de los tártaros los caballos que teníamos, perecerían por culpa de la cantidad de nieve que había, pues no sabrían buscar la hierba bajo la nieve, como hacen los caballos de los tártaros, y no podríamos hallar nada para darles de comer, pues los tártaros no tienen ni heno, ni forrajes.

Todo el conjunto queda a cargo de dos servidores que, en ausencia del jefe, cuidan de que los caballos tengan todo lo necesario. El 4 de febrero los misioneros llegaron a Kanev, a orillas del Dniéper, la ciudad más cercana al territorio de los tártaros.

El primer encuentro fue brutal: una banda de jinetes armada divisó desde lejos, a la caída del sol, la pequeña tropa que formaban los tres frailes y se precipitaron sobre ellos horribilmente, dice el texto. Algunos pequeños regalos los tranquilizaron por el momento, pero al día siguiente volvieron, y el jefe de la banda, después de un interrogatorio, decidió conducirlos hasta Kurenka, pero siempre mediante la entrega de prebendas. Kurenka era la residencia del jefe (dux) que tenía a su cargo la custodia de la frontera entre los territorios conquistados por los mogoles y los de los pueblos de Occidente. Para esa vigilancia disponía de sesenta mil hombres.

No era más que la primera etapa de la interminable ruta que debían emprender para llegar hasta el kan de Quípchak, Batu, nieto de Gengis, en la Horda de Oro, muy cerca del mismo Gran Kan. Para atravesar la inmensa llanura del país de los comanes, debieron emplear más de cinco semanas (desde el lunes de la primera semana de cuaresma hasta el miércoles de Semana Santa). A pesar, subraya, de que "cabalgamos de día y de noche y muchas veces cambiamos caballos hasta tres veces en el día". Uno de los secretos del poder de los mogoles era precisamente el poseer postas a intervalos fijos donde se podían hallar caballos frescos para seguir el viaje.

A lo largo de todo el camino nos apresuramos mucho, pues los tártaros nos dijeron que iban apurados por llegar a las ceremonias, preparadas desde hacía años, para la elección del emperador. Por eso, nos levantábamos a la mañana, y hasta la noche cabalgábamos sin probar bocado; y muchas veces se hacía tarde y tampoco comíamos de noche, pero lo que tendríamos que haber comido por la noche entonces lo comíamos por la mañana. Como

cambiábamos los caballos con frecuencia, no era necesario pensar en cuidarlos, y cabalgábamos rápido y sin descanso, a toda carrera y a todo lo que pudieran aguantar.

Guyuk, nieto de Gengis Kan fue elegido emperador, o sucesor de Oegodei, en aquella asamblea de 1246.

Juan de Plan-Carpin relata su llegada:

Mandó que nos diesen una tienda y que viviéramos a su cargo, como hacía con los otros tártaros; pero a nosotros nos trató mejor que a los otros enviados... Después de transcurridos cinco o seis días nos envió para que viésemos a su madre, en el lugar donde se reunía la solemne asamblea. Cuando llegamos, había allí una gran tienda, decorada de púrpura: era tan grande que, según nuestro parecer, podían vivir en ella unas dos mil personas... Estaban reunidos todos los jefes; cada uno con todos sus hombres. El primer día vistieron todas ropas blancas; el segundo, rojas; cuando Guyuk llegó a la tienda se vistieron de azul empurpurado, y eso fue el tercer día; el cuarto aparecieron con hermosos tejidos de Bagdad. (...) Guardias armados custodian las entradas de la tienda y todos ostentan un verdadero lujo de bárbaros; los que van a caballo deben llevar arneses —frenos, silla y ornamentos— por valor de más de veinte marcos de oro. Los jefes reunidos se dedicaban aparentemente a la elección del emperador, y el pueblo, que se mantenía a distancia, miraba.

A eso de mediodía empezaron a beber leche de burra. Nos asombró ver todo lo que bebieron hasta que fue de noche. A nosotros (...) nos dieron cerveza, pues no bebíamos leche de burra. Creían que nos honraban mucho, pero no pudimos beber, pues la falta de costumbre nos lo impedía; les hicimos comprender que nos hacía mal y entonces dejaron de ofrecernos.

Habían acudido, para asistir a la elección, enviados de casi todas las naciones de Oriente: China, Manchuria, etcétera. El califa de Bagdad, los otros sultanes sarracenos y el rey de Georgia habían enviado, cada uno de ellos, un embajador. El duque Iaroslav de Rusia había acudido personalmente, pero con pocos resultados, pues el desgraciado príncipe murió en medio de los solemnes festejos, muy probablemente envenenado. El viajero calcula que el número de los enviados de los diferentes países debía alcanzar a unas cuatro mil personas. Todos ellos habían acudido, llevando consigo presentes y tributos de los pueblos sometidos a la dominación de los mogoles. "Había más de 500 carros de bueyes, reple-

tos de oro, de plata, de telas de seda, de tisúes, de pieles valiosas.”

Juan de Plan-Carpin tuvo una entrevista con Guyuk. Empezaron por palparlo con mucho cuidado, para ver si llevaba algún cuchillo escondido, y le dijeron que llevarse algún regalo, pero el pobre fraile se disculpó: “No podemos”, dijo, “pues todo lo que teníamos ya lo hemos dado.” La entrevista fue negativa desde un principio. Guyuk había resuelto atacar a Occidente, y las palabras del misionero, lo mismo que las cartas del Papa, no surtieron ningún efecto.

La emperatriz madre recibió a los misioneros muy bien y les regaló unos abrigos de pieles, que los servidores tártaros les robaron muy pronto. Fray Juan había aprendido desde hacía ya algún tiempo a cerrar los ojos, y dejaba pasar aquellas costumbres. El pequeño grupo emprendió el viaje de regreso hacia Occidente, y al llegar a Kiev, la acogida que les dieron les hizo comprender que nadie esperaba volver a verlos con vida. A lo largo del camino de regreso a través de Rusia, Polonia y Bohemia, recibieron por doquier muestras de alegría y de asombro; se celebró el regreso con fiestas y banquetes, de los cuales aquellos pobres desgraciados tenían bastante necesidad, para recuperarse de las tremendas penurias del viaje. Juan de Plan-Carpin no regresaba con resultados positivos, pero en realidad había logrado establecer los primeros contactos con aquellos terribles pueblos del Extremo Oriente, y gracias a su relación podían tenerse algunos conocimientos de sus costumbres, de su existencia y sobre todo de su tremendo poder.

Otra misión partió hacia las tierras de los mogoles: la de fray Ascelín, relatada por Simón de San Quintín. A pesar de haber durado mucho tiempo también fue infructuosa. Fray Ascelín viajó por las tierras de los tártaros durante tres años y siete meses. Poco antes, hallándose en la isla de Chipre, San Luis, que preparaba su viaje a Egipto, había recibido una embajada de los mogoles. Resolvió intentar nuevos contactos, con el fin de ganar un nuevo aliado en su lucha contra el Islam.

Dice una carta de Juan Sarraceno:

Sucedió que cerca de Navidad, uno de los grandes príncipes de los tártaros, llamado Elteltay, que era cristiano, envió al rey de Francia, a Nicosia de Chipre, un mensaje. El rey envió a su mensajero fray Andrés, de la orden de Santiago.

El rey mandó que fuese el mensajero a verle y habló éste en su lengua. Fray Andrés traducía en francés

al rey: el más poderoso de los príncipes de los tártaros se había hecho cristiano el día de la Epifanía, y muchos sarracenos, muy grandes señores, habían hecho otro tanto. Decían además que Eltelatay con todo su ejército acudiría en ayuda del rey de Francia y de la Cristiandad para luchar contra el califa de Bagdad y contra los sarracenos, pues quería vengarse de las humillaciones y los males que los carismitas y los otros sarracenos habían infligido a Nuestro Señor Jesucristo y a la Cristiandad. Y agregaba que su señor rogaba al rey para que pasase a Egipto durante la primavera para guerrear contra el sultán de Babilonia y que entonces los tártaros entrarían en las tierras del califa de Bagdad para guerrear contra él. Así podrían ayudarse los unos a los otros.

El rey de Francia reunió a su consejo y decidieron enviar a sus mensajeros, junto con los de Eltelatay, al señor y soberano de los tártaros, al que llamaban Quioquan [*Guyuk*], y de ese modo poder saber toda la verdad. Decían ellos que para llegar hasta las tierras donde habitaba Quioquan era necesario marchar durante medio año. Pero Eltelatay, su señor, y el ejército de los sarracenos no estaban lejos, pues se encontraban en Persia; habían destruido todo y el país estaba en poder de los tártaros. Añadían que los tártaros estaban listos para luchar junto al rey y la Cristiandad.

Cuando llegó la fiesta de la Candelaria partieron juntos el mensajero de los tártaros y los mensajeros del rey de Francia. Iban fray Andrés de Santiago y uno de sus hermanos, y el maestro Juan Godorico y otro clérigo de Poissy, y Herberto el dispensero, y Gerberto de Sens. Por media cuaresma el rey supo que habían partido hacia las tierras del señor de los tártaros, por países de infieles y que tenían todo cuanto necesitaban, por el temor que inspiraba el mensajero del amo de los tártaros.

También partieron Andrés de Longjumeau y otro fraile franciscano, Guillermo de Rubrouck. Este último inició su expedición en mayo de 1253, y atravesó el mar Negro. A mediados de junio desembarcó en Sudak, en Crimea. Se sabía que Sartac, el hijo de Batu, se había convertido al cristianismo nestoriano, y eso alimentaba las esperanzas.

Guillermo de Rubrouck, indudablemente de origen flamenco, tenía sin duda un carácter mucho menos paciente que fray Juan, su predecesor. El relato destinado a San Luis, que escribió a su regreso, abunda en protestas contra el tiempo, contra la travesía y el camino, contra

los tártaros salvajes, brutales, insoportables, contra los mercaderes que le daban falsas indicaciones...

Cuando caímos en medio de aquellos bárbaros, me pareció que estaba viviendo en otro tiempo. Nos rodearon con sus caballos, después de habernos hecho esperar mucho rato a la sombra de los carros. Lo primero que nos preguntaron fue lo siguiente: "¿Habéis venido alguna otra vez a estas tierras?" Cuando les dijimos que no, empezaron a pedirnos sin ningún pudor los víveres que llevábamos. Les dimos parte del vino y las galletas que habíamos llevado para nosotros, y después de beberse un frasco de vino nos pidieron otro, diciendo que no se entra en una casa con un solo pie. No les dimos, pretextando que teníamos poco. Después nos preguntaron de dónde veníamos y adónde queríamos ir. Les dije que habíamos oído decir que Sartac era cristiano y que yo quería verlo para entregarle unas cartas, que vos le enviabais. Entonces me preguntaron si en nuestros carros llevábamos oro, plata o vestidos preciosos para Sartac. Les respondí que Sartac vería lo que le llevábamos cuando hubiésemos llegado a sus tierras, y que no era asunto de ellos enterarse de esas cosas ni tenían por qué preguntarlo. Pero que me condujesen a presencia de su jefe, y que éste me diese una escolta para llegar al lugar donde estuviese Sartac. Si no podía hacerlo, nosotros emprenderíamos el regreso... Dijeron que nos acompañarían, y así lo hicieron, pero después de obligarnos a esperar mucho tiempo, pidiéndonos pan para sus hijos y todo lo que veían que llevaban nuestros servidores: cuchillos, bolsas, guantes, cintos, porque todo los maravillaba y querían tenerlo. Me negué, diciendo que teníamos todavía mucho camino por recorrer y que no podíamos desprendernos tan pronto de las cosas que nos iban a ser necesarias en esa larga travesía. Entonces dijeron que yo era un mentiroso; en realidad nada nos quitaron, pero pedían con muchísimo descaro cuanto cosa veían, y lo que se les da se pierde, pues son ingratos. Creen que son los dueños del mundo y que por eso nadie puede negarles nada... Cuando se alejaron me pareció que me había liberado de unos demonios...

Primer encuentro con un jefe mogol, Scacatay:

Una mañana nos encontramos con los carros de Scacatay, cargados con toda su casa. Me pareció como si una gran ciudad viniese hacia nosotros. Me asombraron también los rebaños de bueyes, caballos y ovejas que llevaban. (...) Entonces el muchacho que iba con nosotros

comenzó a decirme que debíamos dar algo a Scacatay. Hizo que nos detuviéramos y se marchó para anunciar nuestra llegada. (...) Se acercó el intérprete y cuando supo que era la primera vez que viajábamos por esas tierras nos pidió víveres y algunos le dimos. En seguida nos pidió unas vestimentas para ir con ellas a anunciar nuestra llegada. Nos disculpamos. Entonces nos preguntó qué llevábamos para su señor. Tomamos un frasco de vino y llenamos una bandeja con galletas y pusimos en un plato manzanas y otras frutas. Pero nada de aquello le gustó, porque no le entregábamos ninguna vestidura valiosa. Nos acercamos con temor y reverencia; el jefe estaba en su lecho, con una pequeña cítara entre las manos. Su mujer estaba junto a él. Pensé que en realidad se había hecho cortar la nariz en medio de los ojos, para parecerse más a un mono. No tenía nada de nariz, y tenía aquel lugar todo embadurnado con un ungüento negro, y también las cejas. Era atroz.

Fray Guillermo expuso lo mejor que pudo al mogol los símbolos de la fe, por intermedio del intérprete ("que carecía de dones y de elocuencia"). Pero no obtuvo más que una negativa con la cabeza. Después el jefe le otorgó dos hombres para que lo escoltasen hasta la residencia de Sartac.

A lo largo del recorrido tuvo oportunidad de encontrarse con algunos cristianos, caucasianos de rito griego. Poseían una fe muy rudimentaria, mezclada con muchas supersticiones que fray Guillermo intentó disipar.

La expedición fue penosa, pues no había modo de adquirir nada. Las monedas griegas que llevaban no tenían ningún valor para los bárbaros, que sólo deseaban ricas vestiduras.

Cuando nuestros servidores les ofrecían *hyperperas*¹ las frotaban con los dedos y las acercaban a la nariz para saber por el olor si eran de cobre. Y por todo alimento nos daban leche de vaca agria y fétida. Empezaba a faltarnos el vino. El agua, enturbiada por los caballos, no era potable. Si no hubiese sido por las galletas que llevábamos, y por la gracia de Dios, nos hubiésemos muerto de hambre.

A todas esas penurias debían sumarse la extremada familiaridad y el descaro total de cuantos les salían al paso ("eran capaces de caminarlos por encima, con tal de ver lo que llevábamos"), el calor y para colmo de ma-

¹ Monedas bizantinas.

les, la inutilidad del intérprete, que impacientaba a fray Guillermo:

Lo que más me molestaba era que, cuando yo quería decir algunas frases para edificarlos, mi intérprete me decía: "No me hagáis predicar, porque yo no sé decir esas palabras." Y era cierto, pues pronto advertí, cuando empecé a comprender un poco su lengua que, cuando yo decía alguna cosa, el traducía todo al revés y decía lo que se le ocurría; al ver el peligro que había al utilizar a semejante intermediario, prefería callarme.

El día de Santa Magdalena (22 de julio) llegaron a las orillas del Don ("divide Europa del Asia, como el Nilo divide el Asia del Africa"). Lo atravesaron con algunas dificultades; luego tuvieron que atravesar el Volga, antes de llegar a la corte de Sartac.

Dije al intérprete Coiat, un mogol nestoriano, que habíamos venido a ver a su amo y le pedíamos ayuda para poder mostrarle las cartas que teníamos para él. Me disculpé diciendo que siendo monje, no poseía ni recibía oro, ni plata, ni ninguna cosa de valor, y que sólo llevaba conmigo los libros y la capilla con que servía al Señor. Por eso no llevaba ningún regalo ni para él, ni para su amo. Habiendo abandonado mis propios bienes, no podía llevar conmigo los de los otros. Respondió con mucha dulzura que yo hacía muy bien, pues era un monje. De ese modo podía cumplir mi voto, y él, por su parte, no tenía ninguna necesidad de mis negocios; pero si nosotros teníamos alguna necesidad de los suyos, podíamos decírselo, pues él nos daría lo que necesitásemos. Y después que dijo esto nos pidió que pronunciásemos sobre él una bendición y así lo hicimos. Entonces nos preguntó quién era el más poderoso señor de los francos. Yo le dije: "El emperador." "No", respondió él, "el rey de Francia." Y en efecto, había oído hablar del rey al señor Balduino de Hainaut. Yo mismo había visto allí a uno de los servidores de la casa del Kan, que había estado en Chipre y había contado lo que había visto. Después regresamos a nuestro campamento.

Al día siguiente le enviamos un frasco de vino muy fino que se había conservado muy bien, a pesar de lo largo del viaje, y un cesto con galletas; lo agradeció mucho y aquella noche retuvo a nuestros servidores en su casa.

Al día siguiente nos pidió que fuésemos a la corte y que lleváramos las cartas del rey, la capilla y los libros, pues su señor deseaba verlos. Así lo hicimos y cargamos

uno de los carros con los libros y la capilla, y otro con pan, vino y frutas. Hizo que le explicáramos todos los libros y las vestiduras sagradas; muchos tártaros, cristianos y sarracenos, nos rodearon a caballo. Después de verlo todo nos preguntó si le daríamos todas aquellas cosas a su amo. Al oír aquello tuve miedo, pues sus palabras no me gustaron, pero lo disimulé y respondí: "Rogamos a tu señor que se digne recibir este pan, este vino y estas frutas, no como regalos, pues valen muy poco, sino como signos de bienvenida, para no presentarnos delante de él con las manos vacías. El mismo podrá ver las cartas del rey, y sabrá para qué hemos venido, y entonces nosotros y lo que hemos traído estará a su disposición. Pero estas vestiduras son santas y sólo los sacerdotes pueden tocarlas." Entonces nos dijo que nos vistiésemos para presentarnos ante su señor. Así lo hicimos; yo mismo, revestido de ricos ornamentos, sostuve contra mi pecho un hermoso cojín y la Biblia que vos me habíais dado, y también el hermoso salterio que me dio la reina, en el que había muy bellas pinturas. Mi compañero tomó el misal y la cruz, y el clérigo revestido de sobrepelliz llevó el incensario: así nos encaminamos hacia donde estaba su amo, y cuando alzaron la cortina que cubría la puerta, para que pudiese vernos... nosotros entramos cantando la *Salve Regina*... Coiat le alcanzó el incensario con incienso y él lo miró, lo tomó entre sus manos con atención y luego recibió el salterio, que miró con mucho detenimiento, y lo mismo hizo su esposa que estaba sentada junto a él; luego la Biblia, y entonces preguntó si allí estaba el Evangelio. Yo le dije: "Está toda la Sagrada Escritura." Tomó la cruz entre sus manos, y al ver la imagen preguntó: "¿Es ésta la imagen de Cristo?" Respondí que sí. Los nestorianos y los armenios no representan jamás sobre sus cruces la figura de Cristo. Se diría que los incomoda la Pasión y que se avergüenzan de ella. Luego mandó a los asistentes que se apartasen para poder vernos mejor con nuestros ornamentos. Entonces le entregué nuestras cartas, con las traducciones en árabe y en sirio. Las había hecho traducir en Acre a las dos lenguas... Salimos y nos quitamos los ornamentos; mandó que recogiesen el pan, el vino y las frutas, y devolvió a nuestro campamento las vestiduras y los libros. Todo esto sucedió el día de la fiesta de San Pedro aherrojado [2 de agosto].

Sartac les mandó que fuesen a la corte de su padre, Batu, el que a su vez los enviaría a la corte del Gran Kan Mongka (Mangu Kan), en Karakorum, en la China del Norte. Fray Guillermo partió muy desilusionado:

No sé si Sartac cree en Cristo o no cree. Sé que no quiere que lo llamen cristiano; en realidad, parece burlarse de los cristianos. (...) Tratan mejor a los mercaderes sarracenos que pasan por sus tierras que a los cristianos. A pesar de eso, hay en su corte sacerdotes nestorianos que cantan el oficio.

El viaje continuó, lleno de peligros y dificultades, como en un comienzo. De paso Guillermo rectifica las nociones geográficas de Isidoro de Sevilla, sobre las que se fundaba el mundo medieval. Comprueba, por ejemplo, que el mar Caspio, que se creía abierto sobre el océano, contrariamente a lo que afirmaba Isidoro, no desemboca por ninguna parte en el océano y está rodeado de tierra por todas partes. Añade que son necesarios cuatro meses para circundarlo.

La corte de Batu semeja una ciudad que abarcara tres o cuatro leguas.

Fue introducido a la presencia del poderoso señor de acuerdo con el mismo ceremonial con que fuera recibido Juan de Plan-Carpin algunos años antes:

Fuimos conducidos hasta el centro de la tienda... Nos miró con atención, y nosotros también hicimos lo mismo. Me pareció que era tan alto como el señor don Juan de Beaumont, que Dios tenga en su gloria. Por último me ordenó que hablase. Entonces nuestro guía me indicó que debía arrodillarme y hablar. Doblé una rodilla, como se hace delante de los hombres, pero me hizo señas de que debía doblar las dos, y así lo hice para no discutir por aquello. Entonces me mandó que hablase, y yo, pensando que debía rezar a Dios, porque había doblado ambas rodillas, comencé por decir una oración: "Señor, rogamos a Dios, de quien tú procedes, el cual te ha dado todos estos bienes terrestres, que también os dé en seguida los bienes celestiales, sin los cuales los otros no tienen sentido." Escuchaba con atención y entonces añadí: "Tened por cierto que no recibiréis los bienes celestiales, si no os hacéis cristiano." Al oír estas palabras sonrió, y los otros comenzaron a aplaudir para burlarse de nosotros. Mi intérprete guardó silencio y debí animarlo para que siguiese hablando y no tuviese miedo. Cuando se restableció el silencio le dije: "Vine a ver a vuestro hijo porque oímos decir que era cristiano, y le traje cartas de parte del rey de Francia; es él quien me ha enviado hasta aquí para veros; vos debéis saber por qué." Hizo que me pusiese de pie y preguntó vuestro nombre, el mío, el de mi compañero y el del intérprete, y todo lo escri-

bieron. Nos dijo que había sabido que vos habíais dejado vuestro país con vuestro ejército para ir a la guerra. Respondí: "Contra los sarracenos que violaron la casa de Dios y Jerusalén." Me preguntó si alguna vez le habíais enviado embajadores. "A vos", dije, "jamás." Nos hizo sentar y nos dio de beber leche, pues ellos creen que es muy importante que las gentes beban el *kumis* con ellos, en sus casas.

Les faltaban cuatro meses de camino para llegar a Mongka. El invierno estaba por empezar. Corría el mes de setiembre. Por orden de Batu, ambos monjes recibieron el equipo que les permitiría afrontar la travesía de aquellas tierras de frío y de nieve; eran las mismas ropas que usaban los tártaros o mogoles. Abrigos de piel y zapatones de piel de carnero; botas forradas de fieltro, capuchones de piel. Fray Guillermo relata lo que vio a lo largo de la ruta interminable: los campamentos nocturnos, en torno de un fuego escaso, insuficiente para cocer la carne; los onagros y los búfalos que se ven a lo lejos, en la llanura; las religiones y costumbres de los pueblos. El fraile es un observador sagaz, que sabe asombrarse, ya sea ante los distintos estilos de escritura, como ante las diferentes creencias, o ante el extraño uso del papel moneda.

En quince ciudades de Catay hemos visto nestorianos, y en la que llaman Según está su obispo; los otros son idólatras puros. Los sacerdotes de los ídolos de aquellos pueblos llevan vestiduras largas de color amarillo. Según lo que dicen, hay entre ellos algunos ermitaños que en medio de los bosques y las montañas llevan una vida muy austera. Los nestorianos son muy ignorantes. A pesar de ello, dicen el oficio y tienen libros sagrados en siríaco, que no pueden comprender; por eso cantan como los monjes que entre nosotros desconocen la gramática: por eso hay una gran corrupción. Son usureros, borrachos, y algunos que viven con los tártaros, al igual que ellos, tienen varias mujeres.

(...) La moneda corriente de Catay es un cartón de algodón, del ancho y el largo de una palma, sobre el que se imprimen unas líneas semejantes al sello de Mangu Kan. Los naturales de Catay escriben con un pincel como los pintores, y una sola figura abarca varias letras que expresan una sola palabra. Los tibetanos escriben como nosotros, de izquierda a derecha, y tienen signos muy parecidos a los nuestros. Los de Tengut escriben de derecha a izquierda, como los árabes, y acumulan las líneas hacia arriba.

Los billetes de banco de los mogoles llevaban efectivamente el sello impreso del emperador. Emitidos por la Casa de Moneda de Pekín, tenían curso obligatorio, bajo pena de muerte, por todo el imperio; no se jugaba con la moneda en la China de aquel tiempo. Kublai Kan inicia el régimen de inflación que, a fines del siglo XIV, arrastraría a la ruina al poderío mogol.

Otras sorpresas esperaban a Rubrouck a lo largo del camino:

Una mujer de Metz, en Lorena, llamada Pâquette, y que había sido apresada en Hungría, fue a buscarnos, y nos preparó una comida lo mejor que pudo. Pertenecía al séquito de una dama que era cristiana; (...) nos contó las privaciones increíbles que debió padecer, antes de entrar al séquito de aquella dama. Pero ahora estaba muy bien, pues tenía un joven marido ruso que le había dado tres bonitos niños y que era carpintero, que es un oficio muy bueno entre los tártaros.

Entre otras cosas nos dijo que había en Karakorum un orfebre llamado Guillermo, natural de París, cuyo apellido era Boucher y cuyo padre se llamaba Lorenzo Boucher. Creía que un hermano vivía junto al Gran Puente y se llamaba Rogelio Boucher.

En cuanto a la ciudad de Karakorum, sabréis que, fuera del palacio del Kan, no llega a ocupar lo que abarca el barrio de San Dionisio, y el monasterio de San Dionisio es dos veces más grande que ese palacio. Hay dos barrios. Uno es de los sarracenos, donde están los mercados, y allí cerca está la corte y también el lugar donde viven los embajadores. El otro barrio es de los catainos [chinos], y todos son artesanos. Además del palacio hay otros palacios donde viven los secretarios de la corte. Hay doce templos consagrados a los ídolos de diferentes naciones, dos mezquitas donde se cumple la ley de Mahoma y una iglesia de cristianos, en un extremo de la ciudad. La ciudad está rodeada por una muralla de tierra y tiene cuatro puertas. Al este, se venden mijo y otros cereales, que por otra parte son muy escasos; al oeste, se venden ovejas y cabras; hacia el mediodía, bueyes y carros; hacia el norte, caballos.

Más asombroso le parece el palacio del Kan, y sobre todo los "distribuidores automáticos" contruidos por el orfebre parisiense:

Mangu [Mongka] tiene en Karakorum un gran palacio junto a los muros de la ciudad, cerrado por una muralla de ladrillos como las que rodean los prioratos de

los monjes en nuestro país. En aquel palacio da dos grandes fiestas en el año; una, por Pascua, cuando pasa por allí; la otra, en verano, cuando regresa. La última fiesta es la más importante, porque entonces van a su palacio todos los notables que se han alejado durante más de dos meses de distancia, y el soberano les distribuye vestidos y regalos espléndidos y ostenta toda su magnificencia. Hay allí muchas habitaciones, amplias como granjas, donde guardan sus víveres y tesoros. A la entrada del gran palacio — dado que no introducen odres con leche u otras bebidas —, maese Guillermo de París construyó un árbol de plata, al pie del cual hay cuatro leones de plata, con un tubo por el que vomitan leche blanca de burra. Otros cuatro tubos corren por dentro del árbol hasta lo alto, y desde allá vuelcan su licor por la garganta de unas serpientes doradas, cuyas colas se enroscan al tronco del árbol. Uno de los caños escancia vino, el otro caracosmos o leche de burra purificada, el otro hidromiel y otro cerveza de arroz. El palacio es como una iglesia; tiene una nave al medio y dos laterales, separadas de la nave central por dos hileras de columnas. Tiene tres puertas abiertas a mediodía, y delante de la puerta central, en el interior, está el árbol. El Kan tiene su trono al norte, sobre una calle, para que todos puedan verlo, y se llega hasta allí por dos escaleras: por una le llevan el alimento, y bajan por la otra. El espacio que hay entre el árbol y las escaleras está vacío, pues allí está el oficial encargado de presentar al Kan las viandas que quiere comer y los embajadores que le llevan regalos, y él está sentado en lo alto, como un dios...

Al volver a Antioquía, el 29 de junio de 1256, Rubrouck anota en su relación para el rey de Francia todas las observaciones que pudo hacer en la corte de Mongka, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones entre los mogoles y el Islam.

En aquella época vi a un embajador del califa de Bagdad, que se hacía llevar hasta la corte en una litera sostenida por dos mulas, y me dijeron que había firmado la paz con los tártaros, a condición de proveerlos de diez mil caballos en tiempos de guerra. Otros decían, por el contrario, que Mangu no firmaría la paz hasta que los árabes no destruyesen sus fortalezas. Contaban que el embajador había respondido: "Cuando hayáis arrancado las pezuñas a todos vuestros caballos, entonces nosotros destruiremos nuestras fortalezas." También vi a los embajadores de un sultán de la India que habían llevado consigo ocho leopardos y diez lebreles; les habían ense-

ñado a mantenerse sobre las grupas de los caballos, igual que a los leopardos. Cuando pregunté por ese país de la India, me señalaron hacia Occidente. Y esos embajadores viajaron junto conmigo durante tres semanas, siempre en dirección hacia Occidente. También vi a los embajadores del sultán de Turquía; llevaban regalos espléndidos y nos dijeron (lo oí con mis propios oídos) que a su señor no le faltaban ni el oro ni la plata, pero sí le faltaban hombres; por ello deduje que pediría hombres como socorro en caso de guerra.

Las respuestas del Kan a las proposiciones de alianza con Occidente, que Rubrouck le había transmitido en nombre de San Luis, tenían un tono algo inquietante.

Os enviamos... por intermedio de los dichos sacerdotes, la orden de Dios que os transmitimos. Y cuando la hayáis recibido y oído, si queréis obedecernos, nos enviaréis vuestros embajadores para decirnos si queréis vivir en paz o en guerra con nosotros. Cuando por el poder de Dios eterno, desde levante hasta occidente, el mundo entero esté sometido a la alegría y la paz, entonces surgirá lo que nosotros podremos hacer, si habéis oído y comprendido el mandato de Dios eterno. Si os resistís diciéndoos: "Nuestra tierra está lejos, nuestras montañas son altas y numerosas, nuestro mar es ancho", y animados por estos pensamientos nos declararéis la guerra, Dios eterno sabe que sabemos lo que podemos, y él hace fácil lo difícil, y acerca lo que está lejos.

Las conclusiones personales sobre la posibilidad de un acuerdo entre China y el mundo occidental son implacables: para él, las victorias de los mogoles nacen esencialmente del bajo nivel de vida con que se conforman aquellos hombres, sometidos a un poder de hierro. Da algunas indicaciones sobre las futuras misiones que partan hacia el Extremo Oriente:

Os diré confidencialmente que si vuestros campesinos —no hablo de los reyes ni de los caballeros— quisieran actuar como hacen los reyes de los tártaros, y se contentasen con el alimento de sus potentados, se convertirían en dueños del mundo.

Me parece inútil que un religioso como yo, o como los frailes predicadores, vaya ahora a tierras de Tartaria. Pero si el Papa que está al frente de todos los cristianos quiere enviar a esas tierras de modo conveniente un obispo y responder así a todas las cartas que el Kan ha enviado por tres veces consecutivas a los franceses

(la primera al papa Inocencio IV, de gloriosa memoria, y la segunda a vos; la tercera por el intermediario de David, que os engañó, y por último conmigo), podrá decir al Kan todo lo que quiera, y cumplir todo lo que esas cartas dicen. El Kan escucha siempre a un embajador y luego le pregunta si no tiene nada que agregar; pero interesa que tengan un buen intérprete o varios, y dinero para gastar...

Estos primeros contactos habría de fructificar, con los primeros intentos de evangelización, hacia fines del siglo XIII. Mientras tanto, el rey mogol de Persia, Argún, hizo varias proposiciones a la Cristiandad, sin ningún resultado. Envío al Papa y a los reyes occidentales un embajador: el obispo caldeo de origen turco, Barcoma, al que los cronistas llaman Raban Coma. Era rey de Francia, por aquel entonces, Felipe el Hermoso, el cual, muy ocupado por sus propias ambiciones, no prestó oídos al enviado de los mogoles. El papa Nicolas IV intentó, por su parte, restablecer los vínculos de unión con la Iglesia de Caldea y envió a Bagdad al dominico Ricold de Monte-Croix; se estableció un pequeño convento dominico en Marghah y comenzó a brotar una nueva jerarquía, pues uno de los frailes predicadores fue consagrado obispo de la región en 1318. En 1289 Argún insistió en su pedido de Alianza, y envió a Felipe el Hermoso una carta que se conserva todavía en el Archivo Nacional de París: es un magnífico documento escrito sobre un rollo de papel "sellado".

En esa carta el rey propone establecer un frente único contra Jerusalén y atacar la ciudad dos años después. Y precisamente dos años después — muerto ya Argún —, en 1291, San Juan de Acre caía en poder de los mamelucos del sultán Al-Achraf, y la caída de la ciudad señalaba la desaparición del reino de Tierra Santa y la muerte de todos los cristianos que habían permanecido en él. La alianza con los mogoles era, para siempre, un proyecto sin futuro.

El sultán Baibar, un turco mameluco, asestó los últimos golpes a la Siria franca. Baibar se había destacado, al frente de la guardia de mamelucos, durante el alocado ataque de Roberto de Artois en Mansurah. Algunos meses después tomó parte en el complot que derribó, después de una atroz caza del hombre, al último descendiente de Saladino, el sultán Turanshah, que fue muerto ante los aterrados ojos de los prisioneros francos. Joinville, que lo presencié, nos ha conservado el relato de lo sucedido.

Turanshah había edificado "una torre de madera de abeto, cubierta de telas pintadas"; cuando vio que la guardia de los mamelucos lo atacaba, en medio del banquete que él les había ofrecido, intentó refugiarse en la torre.

El sultán, que era joven y ágil, huyó hacia la torre que había mandado construir, junto con tres de los que habían comido con él; les pidió que lo protegiesen. Le contestaron que lo harían bajar a la fuerza y que no estaba en Damietta, y le lanzaron fuego griego, que prendió en la torre, que estaba hecha de abeto y tela de algodón. La torre ardió y surgió un fuego tan hermoso y tan recto como jamás había visto. Al ver el fuego, el sultán descendió con toda rapidez y huyó hacia el río, a lo largo de la calle de la que os he hablado antes... Los mamelucos habían abierto la calle con sus espadas, y al pasar el sultán por allí, hacia el río, uno de ellos le asestó un lanzazo en el costado, y el sultán siguió corriendo hacia el río arrastrando la lanza. Y ellos fueron tras él, hasta entrar en el agua, y lo mataron en el río muy cerca de la galera donde estábamos nosotros.

Una serie de asesinatos —entre otros el del sultán Qutuz, del cual era lugarteniente— pusieron bajo su poder a todo el mundo musulmán. Los historiadores árabes no retroceden ante ningún detalle, con tal de situarnos al hombre. Era un turco de Rusia, "que tenía en sus venas la sangre que habría de dar más adelante a un Iván el Terrible y a un Pedro el Grande", como ha dicho René Grousset. Dice Ibn-férat:

El sultán no dejaba descansar a sus oficiales; cargó de impuestos al pueblo. Su visir hizo grandes actos de administración. Durante su reinado la mayor parte de

los ricos murieron en el tormento. A quienes más se les quitó fue sobre todo a los judíos y a los cristianos. Un día que tenía necesidad de dinero, mandó convocar a todos los cristianos de El Cairo y del viejo Cairo; el patriarca iba al frente de todos y ordenó que los arrojasen en una gran fosa que había mandado cavar para eso, y donde había preparado una hoguera. Los cristianos, aterrados, ofrecieron dinero para rescatarse, y entonces se los puso en libertad. Se cobraban impuestos con el garrote en la mano: muchos cristianos se hicieron musulmanes; muchos otros murieron en medio de suplicios.

Cuando Baïbar partió para Asia Menor, cargó a los habitantes de Damasco con un tributo extraordinario para pagar los gastos de su expedición. Aquella exigencia sublevó a las gentes. El imán Mohi-Eddin, hombre muy piadoso y venerado en todo el país, fue a verlo para presentarle las quejas del pueblo. Baïbar lo escuchó con mucho respeto y le dijo, para calmarlo: "Por gracia, ¡oh maestro!, hagámoslo una vez más; cuando la guerra haya terminado terminará el impuesto y todos seremos amigos." Aquellas palabras calmaron los espíritus. Baïbar venció, pero a su regreso envió la siguiente orden al jefe del diván de Siria: "No descabalgaremos ni dejaremos el estribo hasta que Damasco no haya pagado doscientas mil piezas de plata, su provincia trescientas mil, los pueblos y alquerías otras trescientas mil y la Siria meridional un millón de piezas de plata." Aquel rigor excesivo transformó la alegría de los sirios en tristeza; el pueblo deseó la muerte del sultán, y todos acudieron a quejarse al imán Mohi-Eddin; y el tributo aún no había sido cobrado cuando ya el sultán había muerto.

Es así como algunos cuentan lo que sucedió. Baïbar bebía apasionadamente *cumis*, una especie de leche agria de burra, que suelen tomar los nómades de Tartaria, y él la bebía con mucho más gusto que si fuese vino u otro licor espirituoso. Al regresar de Asia Menor, estando en Damasco, reunió un día a sus emires para beber junto con ellos *cumis*; en el exceso de su alegría bebió tanto que lo asaltó la fiebre. Era un jueves 14 de *moharrem* [17 de junio]; al sábado siguiente, como volviese a sentir calor, alguien, para aliviarlo, le administró, en ausencia del médico, una poción; el mal se agravó y no tardó en exhalar el último suspiro.

Frente a ese guerrero feroz, sin piedad y sin escrúpulos, los últimos descendientes de los cruzados daban muestras de una carencia total de valores. Los habitantes del que había sido Reino de Jerusalén transcurrían

sus últimos días en medio de un frenesí de placeres. La coronación del rey de Chipre, Enrique II (1286), les brindó nuevos motivos para sus desenfrenos.

Celebraron fiestas durante quince días en un lugar de Acre que se llama el Albergue del Hospital de San Juan donde había un gran palacio, *cuenta el cronista Gerardo de Montreal*. Fue la fiesta más hermosa que se recuerda en los últimos cien años, con tantos regocijos y torneos. Representaron la Tabla Redonda y la reina de Feminia; es decir, que los caballeros, vestidos como damas, representaron juntos; después representaron enanos con los monjes y hubo justas de unos contra otros; y representaron a Lanzarote, a Tristán y a Palamedes, y muchos otros juegos deleitosos y entretenidos.

Pero el muchacho al que coronaban en medio de todas aquellas fiestas extravagantes era un epiléptico...

Baïbar, en un período que no abarca más de tres años, fue haciendo capitular, una por una, las más hermosas fortalezas de la Siria franca: Cesarea, Arsuf, Saphed, Jaffa, Beaufort (1265-1268), hasta llegar a Antioquía. En una carta que dirige al conde de Trípoli, Bohemundo VI, evidencia el salvajismo con que conduce esa guerra de exterminio:

Debes acordarte de nuestra última expedición contra Trípoli... Las iglesias fueron arrasadas de la faz de la tierra, las calles vieron caer las casas, sobre las orillas del mar se acumularon los cadáveres y formaron penínsulas, los hombres murieron, los niños se convirtieron en esclavos y también los hombres libres fueron esclavizados; los árboles fueron talados y sólo sirvieron como madera para nuestras máquinas de guerra; las riquezas de sus vasallos fueron botín de mis hombres, y las mujeres, los niños y los animales de carga se repartieron entre ellos; nuestros soldados, que no tenían familia, se hallaron, de pronto, con mujer e hijos, y los que eran pobres fueron ricos, y el servidor se convirtió en señor y el que andaba a pie halló montura...

Enumera los más recientes sucesos de Antioquía:

¡Ah, si hubieras visto a tus caballeros hollados por las patas de nuestros caballos, a tu ciudad de Antioquía entregada a la violencia del saqueo, convertida en presa de todos! ¡Los tesoros se distribuían por quintales, las damas de la ciudad se vendieron por monedas de oro! ¡Si hubieses visto en las iglesias las cruces volcadas, arran-

cadadas las hojas de los Sagrados Evangelios! ¡Si hubieses visto al musulmán, tu enemigo, caminando por sobre el tabernáculo y el altar, inmolando al religioso, y al diácono, y al sacerdote, al patriarca! ¡Si hubieses visto tu palacio en llamas, y los muertos devorados por el fuego de este mundo, antes de arder en el fuego del otro! ¡Si hubieses visto los sepulcros de los patriarcas pisoteados! ¡Si hubieses visto tus castillos y sus torres derribarse! ¡Si hubieses visto la iglesia de San Pablo destruida hasta sus cimientos!

Después de la destrucción de Antioquía, siguió la destrucción de Trípoli, atacada por las tropas del sultán Kalaun, sucesor de Baïbar. Abul Fida cuenta las atrocidades que se cometieron:

Los habitantes huyeron hacia el puerto, pero muy pocos pudieron embarcarse. Casi todos los hombres murieron. Las mujeres y los niños fueron esclavizados. Cuando se terminó de matar, se arrasó la ciudad hasta sus cimientos. Había cerca de allí un islote donde se levantaba una iglesia dedicada a San Bartolomé. Una gran muchedumbre fue a refugiarse allí. Los musulmanes se precipitaron, con sus caballos o a nado, y cuando llegaron al islote degollaron a todos los hombres. Fui hasta el islote un tiempo después y lo encontré repleto de cadáveres en putrefacción; era imposible permanecer allí, por el olor.

Lo único que quedaba del Reino latino era la fortaleza de San Juan de Acre. Una tregua concertada con el sultán le concedía un respiro provisional. Un grupo de cruzados italianos, desembarcados poco tiempo antes, quebró estúpidamente la tregua:

Estando esas gentes en Acre, escribe Gerardo de Montreal, la tregua que el rey había hecho con el sultán se mantenía muy bien entre ambas partes, y los pobres villanos [paisanos sarracenos] volvieron a entrar en la ciudad para vender sus productos como solían hacerlo antes. Hasta que un día, por obra del enemigo del infierno, que siembra males en medio de las buenas gentes, aquellos cruzados que habían llegado para hacer el bien y por el bien de su alma, para socorrer a la ciudad de Acre, fueron la causa de su destrucción, pues se arrojaron por la tierra de Acre y mataron con sus espadas a todos los pobres villanos que llevaban sus bienes a vender, trigo y otras cosas, que eran sarracenos de las al-

querías de Acre; y también mataron a varios sirios que llevaban barba y eran de la ley de los griegos, y por llevar barba los mataron, tomándolos por sarracenos; y eso estuvo muy mal hecho [*concluye el cronista*] y fue causa por la cual Acre cayó en manos de los sarracenos.

Aquella matanza motivó la caída de la última ciudad cristiana de Oriente.

El sultán Al Achraf, como represalia, emprende el sitio de Acre, que debía ser el último acto del drama de Siria. Cuenta Abul-Mahacén:

El sitio de Acre comenzó un jueves, el 4 de *rebi segundo* [*a principios de abril*]. Combatieron guerreros de todas partes. El entusiasmo de los musulmanes era tan grande que el número de los voluntarios superaba al de las tropas regulares. Se emplearon muchas máquinas contra la ciudad; algunas habían sido tomadas anteriormente a los mismos francos. Las había tan grandes que podían arrojar piedras que pesaban un quintal, y aun más. Los musulmanes abrieron varias brechas en la muralla.

Formaban el ejército sitiador 66.000 jinetes y 160.000 infantes. Los sitiados sólo reunieron 14.000 infantes y 800 caballeros; en total, los sitiados debían sumar 35.000 habitantes.

Las peripecias del sitio las ha relatado un testigo ocular, al que se ha llamado el Templario de Tiro, cuya crónica fue retomada en 1325 por Gerardo de Montreal:

El sultán formó sus tiendas y pabellones unos muy junto a los otros; llegaban desde Toron hasta Samaria, y toda la planicie quedó cubierta por las tiendas, y la del sultán, que se llamaba *dehliz*, estaba en lo alto de un montículo donde había una hermosa torre y un huerto, y una viña del Temple... Permaneció ocho días delante de Acre, sin moverse, y al cabo de los ocho días armaron las máquinas y comenzaron a arrojar piedras que pesaban más de un quintal.

El sultán poseía cuatro grandes catapultas, con las que atacó las principales torres de la ciudad. El ataque comenzó contra la torre a la que llamaban "la Torre Maldita".

Tenían sus gentes a caballo, armados todos, con los caballos cubiertos, de un lado y otro de la ciudad... Se acercaron al foso, y llevaron a caballo cada uno un leño,

cada uno sobre el cuello del caballo, y les arrojaron encima los escudos y todo se transformó como en un muro, y una máquina no hubiese podido hacer nada.

Durante el asedio, el rey de Chipre acudió a socorrer la ciudad. La noche en que llegó, los sitiados encendieron grandes fogatas para celebrarlo, pero sólo permaneció con ellos tres días. Cuando advirtió el estado desesperado de los sitiados, temió quedarse allí y tener que compartir el peligro con ellos. Entonces partió.

Antes había enviado dos mensajeros al sultán. Este, según lo que cuenta el cronista, los esperó "en un pequeño pabellón". "¿Me traéis las llaves de la ciudad?", les dijo. Los mensajeros intentaron arrancarle otras condiciones, pero el sultán se negó a escucharlos: "Entonces, marchaos, pues no aceptaré otras condiciones."

Dice la crónica de Gerardo de Montreal:

Un día nuestras gentes decidieron salir para prender fuego a los leños. Y ordenó el gran maestre del Temple, un provenzal que era vizconde del puerto de Acre, prender fuego a las grandes maquinarias del sultán; y salieron aquella noche y llegaron hasta la leñera, y el que tenía que arrojar el fuego lo arrojó con miedo y lo hizo de un modo que el fuego no alcanzó y cayó al suelo e iluminó la tierra. Todos los sarracenos que estaban allí, tanto de a caballo como de a pie, murieron. Y nuestras gentes, hermanos y caballeros seculares, avanzaron entre los pabellones con sus caballos, enredándose en las cuerdas de las tiendas, y tropezaban, y los sarracenos los mataron; y de ese modo perdimos aquella noche dieciocho hombres de a caballo; pero se tomaron muchos escudos y espadas de los sarracenos. Al regresar encontraron a muchos sarracenos emboscados, y los mataron a todos, pues la luna brillaba como si fuese de día, y por eso pudieron verlos muy bien.

Prosigue el sitio:

Del lado de la torre del rey, los sarracenos hicieron pequeños sacos de cañamazo y los llenaron de arena, y cada uno de los de a caballo llevó un saco sobre el cuello de su animal y lo arrojó a los otros sarracenos que estaban en aquel lugar; y cuando llegó la noche, tomaron los sacos y los extendieron sobre las piedras y aplanaron todo como si fuese un pavimento, y al día siguiente, miércoles, a la hora de vísperas pasaron sobre los sacos y tomaron la torre.

Cuando la torre cayó, como os he dicho, tanto se espantaron las gentes que llevaron a sus mujeres y niños al mar; y al día siguiente, que fue jueves, hubo tan mal tiempo y un mar tan alterado que las mujeres y los niños que habían subido a las naves no pudieron soportarlo y desembarcaron y regresaron a sus casas.

Y cuando amaneció el día viernes, un gran timbal sonó muy fuerte, y al son de aquel timbal, que tenía una voz terrible y muy tremenda, los sarracenos asaltaron la ciudad de Acre por todas partes. Y el lugar por donde primero entraron fue aquella Torre Maldita, que ya habían tomado; y os diré del modo en que llegaron.

Entraron a pie, pues eran muchísimos; iban delante los que llevaban grandes escudos en alto, y detrás de ellos marchaban los que arrojaban el fuego griego, y tras éstos los que arrojaban venablos y flechas emplumadas que oscurecían el cielo.

Parecían disparar sobre un muro de piedra, y los que arrojaban fuego griego lo arrojaban tan seguido y tan espeso que el humo no dejaba ver, y en medio de la humareda los arqueros lanzaban las flechas emplumadas, que herían a nuestras gentes y a nuestros animales muy malamente... Y cuando los sarracenos habían permanecido algún tiempo en un lugar, elevaban sus escudos y los juntaban unos con otros, y avanzaban un poco, y cuando se les golpeaba encima arrojaban otra vez fuego griego, y las flechas no cesaban un momento, y esta lucha duró hasta la hora tercia, cuerpo a cuerpo.

Dice Abul-Mahacén:

El viernes 17 de *giumadi* [mediados de mayo], al despuntar el día, todo estaba listo para un asalto general. El sultán montó a caballo con sus tropas. Se escuchó el redoble del tambor, mezclado con horribles gritos. El ataque empezó antes de la salida del sol. Pronto los cristianos huyeron y los musulmanes entraron espada en mano. Era la tercera hora del día. Los cristianos corrieron hacia el puerto. Los musulmanes los persiguieron, matando y haciendo prisioneros. Muy pocos se salvaron. La ciudad fue saqueada. Todos los habitantes murieron o fueron convertidos en esclavos. En medio de Acre se alzaban cuatro torres que pertenecían a los templarios, los hospitalarios y unos caballeros germánicos o teutones: los guerreros cristianos estaban dispuestos a defenderlas. Al día siguiente, que era sábado, algunos voluntarios musulmanes se encaminaron para atacar la casa de los templarios y una de sus torres; los que estaban adentro ofrecieron rendirse. Se aceptó su proposi-

ción y el sultán les prometió que serían respetados. Se les entregó una bandera, como salvaguardia, y ellos la enarbolaron en lo alto de la torre. Pero cuando se abrieron las puertas los musulmanes se arrojaron adentro en desorden, dispuestos a saquear la torre y a violar a las mujeres que allí se habían refugiado; entonces los templarios volvieron a cerrar las puertas, y cayendo sobre los musulmanes que habían entrado los mataron...

El sultán¹ se enfureció, pero no lo dejó traslucir y mandó decir que aquellos hombres habían muerto por culpa de su locura y por el ultraje que habían cometido, y que no les guardaba rencor y que podían salir con entera confianza. El mariscal del Temple, que fue un hombre prudente..., confió en el sultán y salió; quedaron en la torre algunos hermanos heridos. Cuando el sultán tuvo en su poder al mariscal y a las gentes del Temple, hizo cortar las cabezas a todos los hermanos y a todos los hombres.

Aquel acto de barbarie y el menosprecio por la palabra empeñada desencadenaron el tercero y último de los episodios de esa lucha tan cruenta. Gerardo de Montreal lo describe:

Cuando los hermanos que estaban adentro, y que no estaban tan heridos como para no poder defenderse, supieron lo que habían hecho con el mariscal y los otros hermanos, se pusieron a la defensiva; los sarracenos comenzaron a minar la torre, y la minaron y apuntalaron, y los que estaban adentro se rindieron, y los sarracenos entraron dentro de la torre, y entraron tantos, que los puntales que la sostenían cedieron; y la piedra se derrumbó, y los hermanos del Temple y los sarracenos que estaban adentro murieron; y la torre, al caer, se volcó sobre la calle y mató a más de dos mil jinetes turcos.

Así fue tomada la ciudad de Acre, el viernes 18 de mayo, y la casa del Temple diez días después, del modo que os he contado.

Abul-Mahacén testimonia la valentía de sus adversarios, los cruzados:

Los cristianos que aún permanecían, al saber lo que había sucedido a sus hermanos, resolvieron morir con las armas en la mano y no quisieron oír hablar más de capitulación. Se encarnizaron tanto que habiendo caído cinco musulmanes en sus manos, los precipitaron desde

¹ Gerardo de Montreal.

lo alto de una torre; y por último, cuando la torre estuvo minada por completo y los cristianos admitieron rendirse, con la promesa de que sus vidas serían respetadas, cuando los musulmanes se aproximaron para tomar posesión de ella, la torre se derrumbó y todos murieron sepultados bajo sus escombros.

BIBLIOGRAFIA

Existe en Francia una importante publicación llamada *Recueil des Historiens des Croisades* (15 vol. in folio) donde se hallan las principales fuentes narrativas de la Historia de las Cruzadas.

Entre las obras más importantes que estudian el tema se encuentran las siguientes:

BREHIER, L. *L'Eglise et l'Orient au Moyen Age*. París, 1912.

CAHEN, Claude. *La Syrie du Nord à l'époque des Croisades*. París, 1940.

GROUSSET, René. *L'épopée des Croisades*. París, 1939.

GROUSSET, René. *Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem*. París, 1934-1936, 3 vol. in 8º

RICHARD, Jean. *Le Royaume latin de Jérusalem*, París, 1953.

ROUSSET, Paul. *Histoire des Croisades*, París, 1957.

LISTA DE LOS CRONISTAS CITADOS

- Abul-Feda. Descendiente de Saladino. Asiste en 1284 a la toma del castillo de Margat, y en 1289 a la toma de Trípoli. Muere en 1331.
- Abul-Mahacén. Cronista del siglo XV.
- Alberto de Aix. Escribió entre 1119 y la mitad del siglo XII.
- Ambrosio. Formó parte de la expedición de Ricardo Corazón de León. Escribió la *Historia de la guerra santa*.
- Ana Comneno. Hija del emperador bizantino Alejo Comneno (1083-1148). Escribió la *Alexiada*, relato de la vida de su padre.
- Anónimo de la primera cruzada. Caballero del séquito de Bohemundo. Escribió un diario de viaje, que pasó en limpio en 1110 y que luego sufrió varias interpolaciones.
- Beha-Eddin. Compañero de Saladino. Escribió un *Tratado de la guerra santa*, y una *Historia de la vida de Saladino*.
- Carlos de Anjou. Deposición en el proceso de canonización de su hermano, Luis IX, en 1282.
- Emad-Eddin (1125-1201). Escribió una *Historia de Saladino*.
- Eudes de Deuil. Capellán de Luis IX. Lo acompañó durante su expedición. Murió en Saint-Denis, donde había sucedido a Suger, en 1162.
- Felipe de Novara. Escribió en el siglo XIII una crónica que aparece en diferentes compilaciones.
- Foucher de Chartres. Cruzado del ejército de Esteban de Blois; en 1097 es capellán de Balduino I, en Edesa, y luego en Jerusalén.
- Geoffroy de Villehardouin. Señor champañés, uno de los jefes de la expedición que fue a Constantinopla, cuyo relato escribió entre 1207 y 1212.
- Gerardo de Montreal, llamado "el templario de Tiro". Escribió una crónica utilizada en el siglo XIV en una compilación llamada *Gestas de los chipriotas*.
- Guiberto de Nogent. Monje de Flay, muerto en 1124. Escribió sus memorias (*De vita sua*); un relato de la primera cruzada, fundado en testimonios responsables (*Gesta Dei per francos*), y un tratado sobre las reliquias, donde demuestra poseer un sentido crítico riguroso.

- Guillermo de Rubrouck. Fraile predicador, enviado por Luis IX, como embajador ante los mogoles. Escribió una relación de su viaje.
- Guillermo de Saint-Pathus. Confesor de la reina Margarita de Provenza. Escribió una *Vida de San Luis*, donde utilizó los testimonios recogidos durante el proceso de canonización.
- Guillermo de Tiro. Preceptor de Balduino IV y arzobispo de Tiro (1130-1184). Escribió la *Historia de los reinos latinos después de la primera cruzada*. Su obra fue muchas veces traducida y se la conoce bajo el título de *Historia de Heraclio*.
- Ibn-al-Athir (1160-1234). Escribió una *Historia universal* y una *Historia de los atabegs* (Gobernadores de Alepo, Mosul y Damasco).
- Ibn-Férat (1335-1405).
- Juan de Joinville (1224-1317). Senescal de Champaña. Tomó parte en la primera cruzada de San Luis y escribió una biografía del rey.
- Juan de Plan-Carpin. Fraile franciscano enviado por el Papa a las tierras de los mogoles. Escribió un relato de su viaje.
- Raimundo de Agiles o d'Aguilers. Capellán de Raimundo de Tolosa. Escribió su relato durante el sitio de Antioquía, en 1099.
- Roberto de Clary. Hacia 1170-hacia 1216. Cruzado picardo del séquito de Pedro de Amiens. Escribió *La conquista de Constantinopla*.
- Santiago de Vitry. Obispo de Acre. Escribió una *Historia de Oriente*, fundándose en escritores anteriores.
- Usama. Emir sirio del siglo XII. Escribió una célebre *Autobiografía*.

I N D I C E

<i>Introducción</i>	7
---------------------------	---

P R I M E R A P A R T E

El Concilio de Clermont	21
Pedro el Ermitaño y la Cruzada popular	23
Al margen de las Cruzadas: los bandidos	27
El fin de la Cruzada popular	29
La leyenda de Pedro el Ermitaño	32
El ejército de la Cristiandad	35
Constantinopla: el choque de dos cristiandades	40
El "Camino de la Cruz"	45
A través de los desiertos	54
El sitio de Antioquía	56
La Santa Lanza	64
Jerusalén	71

S E G U N D A P A R T E

Los cruzados descubren su reino	85
Los musulmanes descubren a sus amos	97
Los caballeros defienden sus fronteras	103
La fuga novelesca de Balduino II	113
Franceses y alemanes se baten y son derrotados	118
Un vecino pintoresco: el califa de Egipto	125
El hombre nuevo del Islam: Saladino	132
El rey leproso	134
Guy de Lusignan, rey de Jerusalén	137
Los grandes momentos de Saladino	141
El desastre de Hattin	147
La pérdida de Tierra Santa	153
Se organiza la resistencia	160
El sitio de Acre	162
La inaccesible Jerusalén	175

TERCERA PARTE

Constantinopla: los cruzados se olvidan de la Cruzada	183
Francisco de Asís frente a los muros de Damietta ..	198
La triste Cruzada del emperador excomulgado	204
San Luis	212
Del Islam a la China	236
La caída del reino latino de Oriente	253
Bibliografía	263
Lista de los cronistas citados	265